

EL NOMBRE DE TUS SUEÑOS



de

JOSE DOCAVO ALI

Lectulandia

Una asesina que se dedica a matar a perpetradores de violencia de género en diferentes capitales de Europa.

Una rica empresaria que sueña con ella el día 11 de cada mes, fecha en la que se cometen todos los crímenes.

Un psiquiatra forense que ayuda a esta última a desentrañar el complejo mar de sueños en el que está sumida.

Y un policía presuntuoso, son los cuatro vértices de esta historia circular, impredecible, llena de pasión y de misterios y en la que acabarás no sabiendo distinguir si lo que sucede está siendo real, o si por el contrario es solo un producto de tu imaginación.

Lectulandia

José Docavo Alberti

El nombre de tus sueños

ePub r1.0

XcUiDi 26.04.2018

Título original: *El nombre de tus sueños*

José Docavo Alberti, 2017

Editor digital: XcUiDi

ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

más libros en lectulandia.com

*A mi padre, la persona más extraordinaria que he conocido nunca.
In memoriam.*

*Sueña el rico en su riqueza,
que más cuidados le ofrece;
sueña el pobre que padece
su miseria y su pobreza;
sueña el que a medrar empieza,
sueña el que afana y pretende,
sueña el que agravia y ofende,
y en el mundo, en conclusión,
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende.*

La vida es sueño

D. Pedro Calderón de la Barca

«**T**odo comenzó el día en que comprendí que bajarle la bragueta a un hombre y proceder a hacerle una felación era algo contra lo que ninguno poseía un antídoto. Se trataba del profesor de ciencias; al parecer pretendía suspenderme porque en el examen había sacado solo un cuatro con cinco. Aquella mañana de finales de junio, nada más ver la nota publicada en el tablón, desconsolada por la triste perspectiva de un verano dedicado al estudio, me dirigí hacia su despacho con la vaga intención de hablar con él. Al principio no fui capaz de balbucir ni una mísera queja, pero luego, espoleada por lo que percibí como una repentina llamarada de clarividencia, toda mi frustración se transformó en certeza. El tipo cambió de decisión tan pronto como osé acercarme hasta su mesa. Mi cara a escasos tres centímetros. Mis labios carnosos rozando el hueco de su boca. Mi mirada fijada en sus pupilas, contraídas al máximo por el efecto del terremoto que intuía estaba a punto de materializarse. Abrir la cremallera, notar cómo su bulto crecía entre mis manos, agacharme, restregarle la lengua y lamerle la verga hasta que sucumbió por entero a mis sueños.

No dejes que se corran de forma prematura. Apriétalos con fuerza. Hazlos gritar hasta que su actitud de machos solitarios claudique para siempre. Y luego no lo repitas nunca. Que tengan la falsa sensación de que no ha sucedido. Trátalos con una actitud jovial que los haga dudar, que les impida saber cuándo podría volver a producirse, que les haga conservar la esperanza sin darles esperanzas. Si lo haces de esta forma, habrás creado un hombre a tu justa medida. Un esclavo moderno.

Sin embargo, aunque este es el principio, no es ni mucho menos la razón de esta historia. Esto es solo para sentar las bases, para que no digáis después que no os lo había advertido. Soy despiadada, pero a la vez soy la persona más limpia que hay sobre la Tierra. Tengo cientos de esclavos y ninguno de ellos ha querido vengarse. Yo satisfice brevemente sus sueños y ellos ahora quieren colmar los míos, sin límites, sin poner condiciones, para siempre, “in aeternum”, pues tal fue el paraíso que vivieron que nada les importa.

Mujeres, haced como yo; convirtámonos en un ejército que salve la civilización. No tengáis miedo. No permitáis que los sacerdotes ni nadie os acusen de ser unas arpías, unas putas, hablando llanamente. Es solo por el temor que les causamos. El futuro del mundo depende de que tú también te convenzas de ello. Que cada hombre que camine por la calle no sepa a qué atenerse. Exprímeles el semen y déjalos en paz. La violencia desaparecerá, volverá el edén a estar en esta tierra, volverá la serpiente a ofrecer su manzana y el hombre no tendrá necesidad de mentir a su dios, de decir que fue Eva la que cayó primero, de ocultar su pecado, porque ya estará ahíto de los frutos a los que siempre pensó que tenía derecho».

—¿Acostumbra usted a transcribir sus sueños?

—Por favor, no me trates de usted, debemos de tener la misma edad —dice la mujer observando con detenimiento la cara del psiquiatra y confirmando así lo acertado que resulta su apodo.

—Perdona, es la falta de costumbre —contesta *el rata* con esa voz tan grave que lo caracteriza—. ¿Y bien?

—Solo estos. Por alguna razón, a la mañana siguiente soy capaz de recordarlos como si alguien me los estuviera dictando —replica ella mientras cierra con suavidad la libreta que ha estado leyéndole.

—Curioso. ¿Y con qué frecuencia los tienes?

—Una vez al mes y siempre en la misma fecha, el día 11. Empezaron el septiembre pasado.

—¿Así que se trata de eso?

—Sí, ¿comprendes por qué no quise adelantarte nada? No me hubieras creído.

—¿Y por qué imaginas que ahora sí voy a hacerlo? —pregunta el forense pensando que en esta ocasión su mentor le ha enviado a una loca de atar.

—Porque ahora me conoces y lo veo en tus ojos —responde ella al tiempo que sostiene con una dulzura calculada la mirada del hombre.

A Rómulo Méndez no le apetece nada tener que atender a esa señora que viene de parte del profesor Urbiza, pero por supuesto no ha podido negarse. Al fin y al cabo, si *el rata*, pues es así como a Rómulo lo apodan en sus círculos, ha llegado a ser alguien o cumplido al menos parte de sus aspiraciones, es sin duda gracias al apoyo que el catedrático y su encantadora esposa le dieron en su día. Escucha los pasos al otro lado de la puerta mientras mordisquea los últimos bocados de un sándwich vegetal. Rómulo, aunque entre semana no dispone de tiempo para cocinar el tipo de comida que le agrada, sí que trata de esmerarse con las cosas que se prepara a modo de merienda. Sus jornadas de trabajo son largas y en la medida de lo posible procura alimentarse bien. A mediodía toma un menú casero en un restaurante en el que conocen ya de sobra sus gustos. Nada de fritos ni grasas saturadas. De primero un guiso o una sopa y de segundo algo a la plancha acompañado de una ensalada verde. La fruta la toma a media mañana, y por la tarde se apaña con sus famosos sándwiches, lo que sea con tal de no tener que salir e interrumpir las horas de trabajo en las que mejor rinde.

Cuando oye los golpes en la puerta, guarda en un cajón el platito en el que ha recogido todas y cada una de las migas, se pasa una servilleta de tela por los labios, se estira la corbata y se alisa el chaleco. Es consciente de que su pinta de roedor le suele chocar a todo el mundo en su primer encuentro, pero como lleva viviendo esa experiencia de repudio desde que era un niño, casi ha logrado acostumbrarse a ella. Como el especialista que es, Rómulo sabe que ese es solo uno más del buen número de complejos infantiles que su mente grabó y que no tendría por qué seguir afectando

al adulto en el que se ha convertido; sin embargo, a sus cincuenta años aún no ha podido superarlo del todo. Después de decirle a la señora que tuviera la amabilidad de pasar y de que esta haya abierto la puerta y avanzado hasta la silla que Rómulo le ofrece, se levanta cuan alto es y le tiende la mano. La mujer debe rondar también la cincuentena. Viste de forma elegante y sus ojos marrones, sin que al parecer hayan detectado la fealdad notoria de su interlocutor, le devuelven una mirada franca y a todas luces exenta de cualquier matiz de menoscabo. Ella sonrío y le agradece que haya podido hacerle un hueco en su apretada agenda. Está al tanto de la cantidad de casos que tiene que seguir y no es su intención robarle más tiempo del que sea necesario para explicar su historia. Ha estado siete meses callada, pero ya no hay opción, ahora tiene que contársela a alguien, alguien que la pueda ayudar a evitar esas muertes.

Hace pocas semanas, una empleada suya con la que mantiene una estrecha amistad, se ofreció a acompañarla a la comisaria; «a ver a esos buitres yo no voy ni borracha», replicó, acordándose de todas las veces que había acudido en vano al cuartel de la guardia civil. Es verdad que hace treinta años era todo distinto, pero ella no olvida, y precisamente porque no olvida era por lo que había removido Roma con Santiago hasta lograr que una amiga de una amiga suya le hablara de su caso al profesor y este moviera los resortes necesarios para que el Dr. Méndez, *el rata*, un psiquiatra forense que trabaja como consultor para la policía, aceptara recibirla en su despacho de la Gran Vía madrileña. Así que, sin dudarle un instante, Judith Torres hizo la maleta, se despidió momentáneamente de su adorado pueblo de Castro Urdiales y se fue a la capital a pasar unos días.

—¿Qué opinas de lo que te he leído? Imagino que hace poco que estáis al corriente de los hechos —dice ella esforzándose todavía en descifrar su rostro. Más que a una rata, le recuerda a un conejo al que una colegiala hubiera primero teñido de naranja y luego tratado de lavar.

—Desde hace casi tres meses —admite Rómulo de forma áspera a la vez que fija su atención en un rodal de humedad que hasta ahora no había detectado—, desde que la Europol comenzó a atar cabos y se dio cuenta de que se trataba de la misma asesina. —«Por ahora será mejor que me haga el impávido y procure seguirle la corriente».

—Creía que lo sabíais desde hace menos tiempo.

—Ya ves que no —contesta él mientras se levanta de la silla para comprobar si la mancha de la pared todavía está fresca—. ¿Y dices que antes de enterarte de los asesinatos, tus sueños no solo no te perturbaban sino que incluso disfrutabas con ellos? —inquire a continuación con el ánimo de que siga explayándose.

—Sí, ella hace todas las cosas que a mí me hubiera gustado hacer y de las que no fui capaz. Es, digámoslo así, mi *yo ideal*, la persona que desearía ser pero en la que no he logrado convertirme —le explica la mujer concentrada ya en la conversación y

observando por primera vez la minuciosa pulcritud con que el psiquiatra tiene organizada su oficina.

—¿Tu *yo ideal* desea matar? —pregunta *el rata* sorprendido.

—Me temo que sí.

—¿A algún hombre en concreto? Me parece que tenemos goteras.

—¿Cómo...?

—Perdone, acabo de darme cuenta de que la pared está húmeda, nada grave. Me decía que ha tenido deseos de matar a un hombre, ¿puedo saber por qué?

—¿Otra vez de usted? A uno no, a varios —puntualiza ella estirando los labios. Al oír su respuesta, Rómulo se gira y mira con perplejidad a la mujer. Su ademán deja claro que desea conocer más detalles.

—A mi hermano por abusar de mí. A mi profesor de lengua por sobarme cuando tenía diez años. A mi marido por pegarme una paliza cada vez que le daba la gana...

—Ya veo. Sin embargo..., no lo hiciste.

—No, no lo hice, pero dentro de mis posibilidades me he asegurado de que mi hermano lleve una vida que podría calificarse como de miserable.

—¿Crees que el dinero puede lograr cualquier cosa? —dice él tratando de quitarse el yeso que se le ha quedado adherido a los dedos. Sigue sin creerse ni una palabra, pero la mujer ha conseguido atraer su atención.

—En efecto. Puede aniquilar a una persona sin tener que recurrir a la violencia, y lo mejor es que nunca te enviarán a la cárcel por ello. —Judith mira a Rómulo y se pregunta si la estará escuchando. Lo ve enfrascado en la tarea de limpiarse las manos y no le parece que haya entendido sus palabras.

—Tengo que avisar al portero para que vengan los de la compañía de seguros, pero dime, ¿cómo te pudiste librar de los abusos sin hacer lo mismo que hace la mujer de tus sueños? —añade con su voz de contrabajo y haciendo así que las dudas de Judith se disipen.

—Esa mujer se llama Paula. El profesor se murió de viejo, a mi hermano le hundí el negocio y ahora vive en un hostal mugriento, y mi marido se mató en un accidente de tráfico. Después del infortunio, fui lista y supe utilizar el dinero que había heredado de su madre.

—Vaya, por lo que veo, aunque estén muertos o fuera de la circulación, no los has perdonado.

—¿Y por qué habría de hacerlo?

—Buena pregunta, pero... dejemos el rencor para más adelante —dice el psiquiatra, que está empezando a sentir una genuina curiosidad por la mujer—. Supongo que ser dueña de más de cien perfumerías equivale a decir que eres muy inteligente. ¿Así que se llama Paula?, bonito nombre para una asesina.

—No son perfumerías, son establecimientos de belleza y cosmética —objeta con suavidad Judith mientras juega con los bajos de su falda plisada—. Y sí, es un bonito nombre.

—Disculpa el lapsus. Estar aquí encerrado tantas horas me hace muchas veces simplificar el mundo. No vives con ningún hombre, pero, y perdona que sea tan directo, ¿te camelas a alguno? —le suelta Rómulo de improviso tratando así de ahondar en las verdaderas razones por las que ha ido a verlo.

—Desde hace siete meses me conformo con los que mi *alter ego* se trajina en mis sueños —responde tranquilamente ella con una sonrisa que deja desarmado a su interlocutor.

Mientras se dirige a pie desde su oficina del centro de Madrid hasta su piso situado en la calle Amanuel, Rómulo Méndez no deja de pensar en la señora que acaba de visitarlo en su despacho. Él es psiquiatra sí, pero no tiene propiamente una consulta. Carece de pacientes y rara vez se entrevista con los sujetos sobre los que realiza sus investigaciones. Lo prefiere así y no desea cambiarlo. No está completamente seguro del porqué, pero por alguna razón siempre ha sabido cómo funcionan las mentes criminales. Quizá fuera debido a que su padre había sido un homicida y a que de niño tuvo que vivir con muchos potenciales delincuentes. En cualquier caso no es eso en lo que piensa ahora. Ahora solo piensa en la mujer. Ha sido una cita inesperada, de esas que solo acepta porque no le queda más remedio que aceptarlas, porque vienen a través de compromisos adquiridos en los tiempos en que ciertas personas lo ayudaron, cuando solo era un chico que se había pasado veinte años estudiando de manera incansable, sin ningún otro mérito que unas notas que se salían de la escala normal. Alumno brillante pero sin dotes de comunicación, se pasó desde los ocho hasta los dieciocho en hospicios y casas de acogida. En aquellos años, lo único que lo salvó de perderse en el triste abismo de su melancolía fueron el colegio y su amor por los libros. Más adelante, al alcanzar la mayoría de edad, pudo por fin ver cumplido su sueño de estudiar medicina, carrera que cursó con distinción para después especializarse en psiquiatría forense, una rama de la profesión que, según reconoce ahora, no hubiera podido ejercer sin el apoyo del catedrático que dirigió su tesis y el de su rica y extravagante esposa. Lo invitaban a las reuniones que Federica solía organizar en su lujosa villa, y allí, entre las elegantes paredes de sus salas, escuchando siempre alguna ópera de fondo, argumentaba con otros estudiantes sobre todo tipo de crímenes y asesinatos reales. Y fue de esa manera, enunciando con apasionamiento sus propias conjeturas, como llegó a darse cuenta de que dentro de ese carácter apocado anidaba también una gran elocuencia. Así que ahora, consciente de que de no ser por ellos no habría podido descubrir esa parte oculta de su naturaleza, *el rata* paga su inmensa deuda con pequeños favores que le disgustan pero con los que cumple con toda la vehemencia de la que es capaz.

«Interesante —piensa Rómulo mientras camina inmerso en el borroso tumulto de las

calles—. Una mujer que en apariencia sueña con la asesina que media Europa anda como loca buscando». Hace menos de un mes casi nadie estaba al corriente del asunto, pero ahora, después de que la Europol decidiera informar a la prensa, se ha convertido en la comidilla de todas las tertulias. Era imposible mantenerlo en secreto por más tiempo. Demasiadas personas fallecidas. Un reguero de cadáveres que no podía continuar impune, a pesar de que en el fondo todo el mundo aprobaba esas muertes. Hombres con abultados historiales de violencia de género, reincidentes y en libertad en la mayoría de los casos debido a la falta de cargos por parte de sus víctimas.

Ahora que la conoce, todas sus reticencias a recibirla han desaparecido. Tanto es así que, como en breve tiene otra reunión, ha decidido citarla de nuevo para el día siguiente en la mañana. Desea cuanto antes escuchar el resto de sus sueños. No ha podido determinar aún si se trata de una esquizofrénica genial o si ha de creerla. Sin embargo, lo que sí sospecha, o mejor dicho, lo que se teme, es que haya sucumbido él también al influjo de esa dulzura distante con la que habla y que le recuerdan a las grabaciones que hace algunos años escuchó de la Monroe. Esas en las que Marilyn se sinceraba con su amante y psiquiatra, incapaz de decir nada sin pretender a la vez que su confidente quedara atrapado en su tela de araña, asfixiado pero también dichoso, como si se supiera caído en las garras de una gran viuda negra que quisiera absorberle hasta la última gota de su esencia tras una breve y apasionada cópula.

Judith, aunque se la tiene jurada a su hermano y no está dispuesta a olvidar sus agravios, trata de ser una mujer ecuánime. Debido a todo lo que ha tenido que luchar para salir adelante en los negocios, en cierta medida ha conseguido superar sus traumas, y en la actualidad, cuando ya ha llegado a la mitad de su vida, se siente satisfecha. En ocasiones echa de menos las caricias de un hombre, pues ella por naturaleza siempre fue una romántica, sin embargo, las pocas veces que se ha sentido atraída por alguno después de que se hubiera librado por fin de sus maltratadores, ha sido capaz de mantenerse al margen. No es que crea que no se merece encontrar el amor, sino que considera que el hombre actual no sabe cómo hacerlo. Intuye demasiada violencia en el ambiente y no acaba de fiarse. Quizá sea por eso por lo que en su pequeño imperio empresarial trabajan solamente mujeres, mil doscientas para ser más exactos. Quizá también fue por eso por lo que eligió la rama de la cosmética cuando decidió abrir el primero de sus establecimientos. Se cerciora de que sean personas responsables y luego ella misma las contrata. Se interesa también por su vida doméstica. No porque sea curiosa, sino por si necesitan ayuda de algún tipo. Como sabe que esas cosas están a la orden del día, tiene dicho a sus encargadas que le informen de cualquier cosa extraña. Y por esa misma razón, y porque por desgracia casi nunca los tiene vacíos, Judith mantiene habilitados tres pisos con seguridad privada en los que acoger a esas trabajadoras, llegado el caso incluso con sus hijos.

No es que se crea una santa por hacer lo que hace, más bien es al contrario, cree que todavía existen demasiados casos y demasiadas muertes como para irse cada noche a la cama tranquila. Sin embargo, ha aceptado que ella no puede abarcar lo que toda una sociedad parece que tolera. Es consciente de sus limitaciones y obra en consecuencia. Atiende su negocio, cuida lo mejor que puede de sus empleadas y de vez en cuando da charlas en asociaciones que luchan también contra el maltrato. «Una vida de lo más normal», considera Judith. Al menos hasta aquel día de hace siete meses en el que comenzó a tener esos sueños que ahora la perturban. Nunca pensó que estuviera trastornada, pero de ningún modo se podría haber imaginado que todo lo que soñaba pudiera ser real.

Rómulo entretanto ha llegado a su casa. Es maniático del orden y antes de entrar por la puerta se quita los zapatos y los coloca debajo de un banquito. Hay un espejo justo enfrente. En él ve ese pelo hirsuto de color rojizo que por mucho que mira no acaba de identificar como si fuera suyo. Y también esos ojos como de comadreja, de avaro resabiado que pareciera estar siempre pensando en la mejor manera de contar su dinero. Nadie pudo explicarle jamás de dónde provenían esos rasgos. Su padre, en la cárcel desde que él era un niño, era tan moreno que parecía sacado de una mina. Su madre, fugada con el hombre que se había inventado el apodo del *rata* para aquel hijo con cara de roedor, era alta y con la tez muy pálida. Sin embargo, Rómulo Méndez, mientras se mira y solo con dificultad reconoce su cara en el reflejo, comprende que fue eso precisamente lo que acabó salvándolo. Porque en efecto fue ese mismo capricho de la naturaleza lo que le llevó, ya desde muy pequeño, a querer averiguar en los libros qué es lo que había pasado, dónde estaba el error que lo había arrojado fuera del ámbito de una familia que, aunque no comprendiera, era su única referencia en la tierra. Las pocas veces que su padre estaba en casa y lo miraba de frente, torcía el gesto y con una mueca de desprecio le decía a su mujer: «a ver cuándo me explicas de dónde coño ha sacado este niño ese pelo», y luego, enceguecido por una ira contendida que lo hacía temblar, se volvía para recriminarla por cualquier otra cosa. Entonces Rómulo, con esa capacidad adaptativa que tienen los niños ante la adversidad, se imaginaba que, convertido ya en un médico eminente, lograba persuadir a su padre de que él era su verdadero hijo, y este, viendo que las pruebas que le había mostrado eran irrefutables, prorrumplía en un largo sollozo y acababa pidiéndole perdón.

—**H**e de terminar unos informes para el juez Coronado, pero no me siento capaz de trabajar después de lo que me leíste —le miente el psiquiatra a la mujer; aunque no logró creerse ni una palabra de su relato, está deseoso de escuchar de nuevo su evocadora voz—. Lo de ayer fue la primera parte del sueño de la noche del 11 de septiembre, ¿no es así?

—Exacto, ¿quieres que continúe? —pregunta Judith sacando su libreta del bolso.

—Por favor...

«Ha llegado la hora. Mi vida hasta este momento solo ha sido un prelude, los compases previos de la magistral sinfonía en la que muy pronto llegará a convertirse. Hace más de diez años que cayeron las torres y como era previsible la situación no ha hecho más que empeorar. El mundo de los hombres está enfermo y yo, para bien o para mal, he decidido constituirme en la cirujana que se ocupe de extirpar el tumor. Desde mañana mismo y a lo largo de los próximos años, el día 11 de cada mes, un hombre abyecto morirá con su miembro en mi boca. Nadie estará a salvo. Atacaré todos los estamentos y las clases sociales y ninguna frontera logrará detenerme. A medida que el tiempo transcurra, la psicosis crecerá hasta tal punto que todos los canallas sin excepción, estén donde estén y sean quienes sean, comenzarán a preguntarse sin remedio si no serán ellos los próximos en pagar con su vida.

Desengañense porque nadie conseguirá atraparme. Utilizo estos sueños para que mi mensaje llegue alto y claro y para incitar a las demás mujeres a que dejen su sempiterno papel de víctimas y se erijan de una vez en “verdugas”. Mañana dará comienzo la fiesta añorada durante tantos siglos. Hombres, vestíos de acuerdo a la ocasión, poneos vuestras mejores galas, sacad el mejor de vuestros vinos, pues si sois justos gustareis de brindar por el futuro, y si no lo sois, entonces brindareis para celebrar vuestra última noche y vuestra muerte».

—Entonces, según conocemos ahora, durante la mañana del día 11 apareció el primer hombre muerto. Nada que llamara demasiado la atención. Un mecánico de Hannover que encontraron en su taller en medio de un charco de sangre y con un estilete clavado en el escroto. Pero dime, ¿cómo es Paula? —termina preguntándole Rómulo para que siga hablando.

—¿No prefieres que te lea los detalles del sueño? —contesta Judith extrañada.

—Mejor después.

—Está bien. Es una chica morena de pelo liso que parece más bien bajita, quizá no supere el metro sesenta de estatura. Es delgada, yo diría que pesa unos cincuenta kilos. Sus facciones son hermosas. Los ojos almendrados y oscuros resaltan dentro de

una cara con la piel muy suave, sin una sola imperfección o peca, con unos labios ni muy carnosos ni muy finos pero sí voluptuosos, no por el efecto del maquillaje, que también lo lleva, sino porque de su boca irradia una especie de fuerza, algo que la impulsa y que cuando habla parece hacerla poseedora de la verdad auténtica. Está fuerte. Se mueve con agilidad y gesticula mucho. Las manos pequeñas pero con dedos largos, las uñas pintadas con esmalte muy negro, el cuello elástico, la mirada cálida pero a la vez exenta de romanticismo.

—Se ve que la recuerdas bien.

—Veo muchas mujeres cada día, y también las observo. Observando se aprenden muchas cosas de la gente. —Y según dice esto, acerca su silla a la mesa de Rómulo, comprueba otra vez la precisión milimétrica con la que sobre ella se alinean los escasos objetos, apoya los codos encima de la madera reluciente y le escudriña sin miramientos las pupilas, como si con ello pretendiera someterlo a algún tipo de examen.

—¿Estarías dispuesta a que un especialista hiciera un retrato robot? Disponemos de imágenes, pero no se la reconoce —responde el psiquiatra, un poco amedrentado por la flagrante aproximación de la mujer. Quiere seguirle el juego, pero empieza a sospechar que no va a ser tan fácil.

—Si no tengo que ir a la comisaría, sí.

Judith se ha acercado aún más y se ha puesto a tamborilear con los dedos una animada cancioncilla.

—No hará falta. Una dibujante de mi confianza puede pasarse por tu hotel. ¿Dónde te alojas? —El forense está desconcertado. En general le repatea que le soben la mesa, pero en esta ocasión parece incluso que se siente dichoso.

—En el *Ritz*.

—Claro, debí suponerlo.

—Vaya, tienes unas manos preciosas, largas como las de un pianista —apunta ella al ver cómo se las frota con un incipiente nerviosismo.

«Joder, ¿de qué va esta tía...?».

—Sí..., bueno... en el colegio se burlaban de mí por tener brazos de orangután y dientes de conejo —se sincera él mostrándole sin pudor sus grandes incisivos. Reconocer sus taras es algo que a Rómulo lo ayuda a serenarse.

—Los niños pueden ser muy crueles. Pero dime, ¿por qué debías suponerlo? ¿No podría haber sido en el Palace?

—El Palace tiene un nombre demasiado vulgar.

—Eres muy perspicaz para ser psiquiatra —se burla ella de forma benévola—. Y tú, ¿dónde vives?

—¿Conoces la ciudad?

—Sí —dice retirando por fin los codos de su mesa.

—Cerca del antiguo cuartel de Conde Duque, en un edificio construido en el solar que anteriormente ocupaba la fábrica de *Mahou*. La chimenea todavía se conserva en

el patio, junto a una fuente cuyo rumor te hace creer que no estás tan cerca del barullo del centro. «Una cosa es que tenga ganas de escucharla y otra muy distinta es que me deje enredar», piensa el hombre al darse cuenta de que está comenzando a perder las riendas de la conversación.

—Me encanta la zona. Paseé por allí varias veces mientras rodaban la película de *Lucía y el sexo*. Las maquilladoras eran asalariadas mías. Parte de la acción transcurría en un piso que asomaba a la Plaza de las Comendadoras.

Rómulo, que cuando sale con su amigo Robert a los únicos espectáculos a los que van son a representaciones operísticas, le confiesa que no ha podido verla.

—A mí me pareció fantástica. Y tú, ¿sales con alguna chica? —le pregunta Judith a bocajarro. Hace rato que intuye que el psiquiatra no está tomándola en serio y quiere intimidarlo. Ella no tiene estudios, pero de psicología masculina ha aprendido mucho a base de mamporros.

Cuando *el rata* oye la pregunta se queda paralizado durante unos segundos. Acaba de percatarse de que ha sido víctima de su propia celada. Su intención era hacerla hablar y ahora se encuentra con que tendrá que ser él quien responda a sus engorrosas preguntas.

—Eso a ti no te incumbe —espetea con brusquedad para salir del paso.

—Quizá, pero ¿no me preguntaste tú ayer algo similar? ¿No opinas que sería justo equilibrar un pelín la balanza? ¿Entonces —dice ella con suavidad pero sin dejar de instarle a que conteste— has salido alguna vez con una chica?

—¿Te refieres a sin pagar? —farfulla Rómulo sin ceder ni un milímetro.

—¿Te crees tan horrible?

—Lo suficiente como para no atraer al tipo de mujer que yo deseo —replica él, convencido de que está adentrándose en un terreno que no le favorece.

—¿Y qué tipo es ese? —prosigue inquiriendo la empresaria. Sabe que el asunto es delicado, pero no tiene la menor intención de recular.

—Una mujer como tú.

—Yo no estoy disponible, aunque tu sinceridad me halaga.

—Eso que llamas sinceridad es algo que detesto. Si no tuvieras una buena razón para estar aquí, no te interesarías ni lo más mínimo por mí.

—Tienes razón. Pero ya que lo estoy, intento descubrir quién se esconde detrás de esa mirada de fastidio. No lo hago por ti, sino porque de otro modo la vida sería aburridísima.

—¿Qué dijo Paula en el resto del sueño? —pregunta él a continuación, esperando de esa forma poder zanjar el tema personal.

Rómulo está confuso pero está empezando a divertirse. Acostumbrado a tratar, aunque sea de lejos, con toda la inmundicia y la escoria del mundo, ha desarrollado un humor ácido que muchas personas podrían calificar como macabro. Sin ir más

lejos, cuando su padrastro, o lo que quiera que fuese aquel tipo que se acostaba con su madre después de que se llevaran detenido a su padre, comenzó a llamarle *el rata*, no solo no le pareció mal, sino que lo consideró algo de lo que con el tiempo podría llegar incluso a sentirse orgulloso. A fin de cuentas, su cara era la prueba irrefutable de que, en alguna de las hélices de los millones de cadenas de ADN que componían su singular genoma, existía algún punto de conexión con esa familia de roedores y que él en aquel entonces empezaba ya a barruntar, hasta tal punto que en ocasiones se sentía como uno de ellos, como un ratón que anduviera de puntillas por la vida e intentara no llamar la atención, como si todo aquello que se trajera entre manos fuera algo prohibido y que no debiera ser visto por la gente.

Ya antes de eso, su verdadero padre siempre se lo andaba recordando, «que tú a mí no me la das, que ese careto que tienes no viene de mi parte», y luego se daba la vuelta e iba a preguntar por enésima vez a su mujer que con cuántos se la había pegado desde el día en que tuvo la mala fortuna de tropezar con ella. Después, cuando iba al colegio, probablemente como una manera particular de autodefensa, sentado en el pupitre, con la cabeza gacha y la mirada muy concentrada en la lectura, empezaba a gesticular con las manos como si de verdad estuviera royendo un pedazo de queso. Y si alguien le preguntaba o le daba un correctivo en clase por hacer cosas que iban en contra de la buena conducta, decía que él era una rata y que estaba practicando para cuando tuviera que salir al mundo y ganarse la vida como cualquier adulto.

Entonces los demás chicos se reían y él se ponía contento, como si en el fondo por decir aquello lo aceptaran, como si por reconocer lo que realmente era estuviera erigiendo a su alrededor un muro que lo protegería de todos los sinsabores y los malos tragos de la vida. Y la verdad es que la estrategia, aunque no fuera algo que su mente infantil hubiera podido calcular, sí que acabó sirviéndole. Porque con esa forma tan abierta de reírse de sí mismo evitó sin saberlo que los demás quisieran reírse de él a sus espaldas. Por eso, adondequiera que Rómulo iba, lo primero que decía era que lo apodaban *el rata* y que no le importaba en absoluto que lo llamaran con ese sobrenombre. Algunas personas, al oírle decir esto con esa cara tan seria y al comprobar que en efecto era un nombre que casaba a la perfección con su naturaleza, no sabían qué decir y se quedaban avergonzadas mirando a las paredes. Y entonces, estallando en grandes risotadas, Rómulo les daba un palmetazo en la espalda y les decía que era todo una broma, que todo era verdad pero que se lo había dicho así para ponerles una especie de prueba.

Pero esto solo lo hacía con los hombres, porque cuando Rómulo era presentado a una mujer de esas que consideraba hermosas, toda su jovialidad y su buen humor parecía de repente que se hubieran quedado encerrados en una habitación inaccesible, una estancia situada en un lugar remoto y cuya llave hubiera sido maquiavélicamente destruida. Las pocas veces que conseguía entablar una conversación en la que no se sintiera cohibido por la presencia de una bella mujer, era cuando sabía que esta estaba

casada. Porque para él, esa circunstancia equivalía a no tener derecho a mirarla de la forma en que los hombres suelen mirar a una mujer bonita. Y fue justo por eso por lo que Rebecca Morgan se encaprichó de él.

Había acudido a una de las reuniones que solía organizar la esposa del profesor Urbiza y allí estaba ella, sentada en el brazo de un sillón de orejas y hablando con un hombre, supuestamente su marido, porque en un momento dado él la besó en los labios. Por eso, cuando un rato más tarde Federica tuvo la amabilidad de presentársela, Rómulo se quedó muy tranquilo; una mujer con su cónyuge delante no constituía para él una seria amenaza. Así que tan pronto como se quedaron solos le soltó por sorpresa y de forma muy solemne aquello de que a él todo el mundo lo conocía por el nombre del *rata*, y luego se puso a imitar a un conejo, pues para decir la verdad con su pelo estirado y las dos grandes paletas que le sobresalían un poco de la boca, también se daba un aire a lo *Bugs Bunny*, y después, cuando ella no sabía a quién mirar por el apuro que debía sentir, él le cogió de la mano y le dijo que era una inocentada. A partir de ese instante no dejaron de hablar en toda la velada. Ella había sido adjunta del profesor hacía varios años y ahora daba clases en la Escuela Superior de Policía, por lo que muy pronto su conversación derivó hacia el análisis de asesinos en serie.

Sintiéndose ya en su salsa y viendo que su pretendido marido andaba enfrascado en una grave discusión con la mujer de su amigo el profesor, Rómulo se quitó la pajarita, se sentó en el otro brazo del sillón de orejas y desde allí comenzó a contarle sus teorías y a hacer alarde de su humor más macabro. Rebecca, que fuera del ámbito académico eso de los descuartizamientos también le producía mucha risa, no le andaba a la zaga. Sin darse mucha cuenta y para su sorpresa, alrededor suyo se había formado un corro de allegados que comenzaron a jalearlos para que describieran, con más pormenores si cabe de lo que en su pequeña intimidad ya lo estaban haciendo, las peores atrocidades que los más sádicos asesinos habían cometido en los últimos años. Después de un rato, cuando el tono de las carcajadas del grupo estaba ya rayando en lo grosero y Rómulo estaba a punto de entrar en materia sobre los crímenes perpetrados por el famoso psicópata Obdulio el Gordo, vino Federica y les llamó la atención. Dijo, y según Rómulo con mucha razón, que el sufrimiento humano nunca debía ser motivo de jolgorio y los invitó a que cambiaran de tema, cosa que por respeto a la anfitriona evidentemente hicieron.

Cuando abandonaron la casa y Rómulo vio que Rebecca se despedía de su hombre con otro beso en la boca y que acto seguido le agarraba del brazo al tiempo que le proponía ir a su casa a tomar una copa, le empezaron a temblar las piernas y le entró el miedo escénico. Al parecer, como ahora le contaba, no era más que su primo y aquel beso una vieja costumbre familiar. En cuanto le oyó decir esto, en vez respirar aliviado y pensar que después de tantos años de oraciones había llegado por fin la oportunidad tan largamente deseada, lo que ocurrió fue que su espontaneidad pareció volver a las catacumbas en las que solía residir en esos casos, y si no llega a ser

porque ella lo intuyó, ese habría sido el final de la historia. Pero por fortuna para *el rata* no fue así y esa noche acabaron follando en su majestuosa cama, y también encima de todas las superficies que encontraron al paso. No es que fuera un amante memorable, pero para esa hora ya se había apretado unos siete *gin tonics* y eso, además de envalentonarlo, le previno de correrse hasta que hubieron echado al menos el mismo número de polvos que copazos tenía en el estómago. A partir de ahí, el romance entró en su fase de declive. Parecía que Rebecca no estaba convencida de lo que había hecho aquella noche y aducía al exceso de alcohol lo que había ocurrido. Y a la tercera cita lo despachó sin más, eso sí, afirmando que quería ser su amigo y que lo consideraba una persona valiosa, y también diciéndole otro hatajo de ese tipo de sandeces que uno a veces dice para tratar de mitigar el sentido de culpa.

Judith Torres por su parte también se siente cómoda. Pese a su notoria fealdad, le hacen gracia las maneras correctas de Rómulo y la cruda visión de la existencia que le ha tocado en suerte. A ella le parece que a pesar de que el hombre ha asumido con buen talante su papel, no se considera una víctima. Sabe que detrás de esa soledad que Judith ha percibido desde el mismo momento en que ha entrado por la puerta y ha visto esos ojillos cargados con un leve fastidio, se esconde un optimismo tácito. Un buen humor que parece haberlo protegido de los estragos de una infancia cruel, unas ganas terribles de reírse del dolor que supuran sus gestos, algo que ella conoce, que ella ha vivido en otra época, cuando pensaba que todas las decisiones de su vida habían sido erróneas y que ya no podría salir del agujero. Y luego encima la gente iba y le decía que si estaba viviendo aquello, era porque en cierta manera lo buscaba, porque su subconsciente quería estar cerca de un hombre que la moliera a palos. Y ella entonces agachaba mansamente la cabeza y decía que sí, que eso era lo que se merecía.

Pero Judith, que en el fondo de su corazón sabía que no era la responsable, iba, poco a poco, en la medida escasa de sus posibilidades, haciendo acopio de una fuerza latente, lo mismo que cuando era pequeña, moneda a moneda, depositaba en su cerdito sus ahorros hasta poder llegar a comprarse aquello que se había propuesto. Y con esa fuerza y esa esperanzadora imagen que había conservado nítida y clara en su memoria, iba superando con humor cada golpe y cada revés que la vida le daba, con un humor que muchas veces se preguntaba que de dónde carajo había salido, pues con certeza no venía de parte del bruto de su padre, y mucho menos de parte de la lánguida mujer que un día de noviembre, hacía cincuenta años, había acabado por traerla a este mundo.

Al mirar a Rómulo de frente, Judith se acuerda ahora de sus tiempos de niña, cuando en su exiguo piso del barrio de San Ignacio reinaba todavía la concordia. Su hermano,

que contaba tres años más que ella, solía llevarla al parque por las tardes. Allí, bajo la persistencia de una lluvia engañosa que calaba los huesos, la dejaba que corriera hasta hartarse y que chapoteara en medio de los charcos, y después, sabiendo que era lo que más le gustaba, la ayudaba a subirse de un salto al columpio y la empujaba tan alto que parecía que iba a darse la vuelta. Pero ella no tenía miedo. Y le daba la impresión de que, si alargaba una mano, podría tocarle las barbas a ese dios que decían que lo escuchaba todo. Y entonces empezaba a reírse y sentía una dicha infinita, como si aquel espacio acuoso fuera ya el paraíso al que según el párroco tendría derecho a disfrutar cuando estuviera muerta.

Y luego Jacobo la llevaba a las canchas y dejaba que lo viera jugar al frontón con sus amigos, envuelto en esas ropas que le venían grandes, porque a los dos siempre les compraban las cosas «para que os duren mucho», como decía su madre con un aire contrito cada vez que los oía quejarse de que con aquellos zapatos era imposible andar. Y allí sentada, al resguardo de un techo cochambroso plagado de agujeros, frente a una fila interminable de edificios grisáceos, comenzaba a imaginarse que en vez de en un barrio humilde de Bilbao, habitaba en uno de esos valles tan verdes y perdidos de Vizcaya de los que con tanta frecuencia oía hablar a la abuela de su amiga Nerea, cuyos padres presumían de su abolengo vasco cada vez que la invitaban a merendar a casa.

Muy al contrario que ella misma. Su familia había como quien dice acabado de aterrizar allí, emigrada desde un pueblo de Huelva, reclamada por el trabajo que en aquellos años abundaba en los hornos, un trabajo duro, de los que hace que un hombre cuando llega al hogar se sienta con el deber cumplido, con el derecho a que le sirvan la cena y a que no se parlotee a su alrededor innecesariamente, sobre todo las mujeres, porque al hijo, a su primogénito, se lo consiente todo, hasta el punto de que termina por creerse que él es también el amo de la casa, hasta que empieza a mirar con codicia los incipientes pechos de su hermana pequeña, dos bultitos que se adivinan ya debajo del uniforme del colegio de monjas, y que según ha concluido aquella misma tarde mientras se masturbaba, nadie más que él debería tocar. Una vez intentó hablar del tema con su madre, pero ella apenas la dejó musitar las primeras palabras. Luego se persignó y le dijo que una niña decente no tenía por qué inventarse esas obscenidades, y después dio una grave alentada y continuó con la tarea de limpieza que tenía entre manos.

Y así estuvo hasta los diecinueve, teniendo que soportar que su hermano se metiera en su cama y le restregara el miembro por su torso desnudo. Por suerte nunca tuvo la tentación de penetrarla, pues no transcurrían más de treinta segundos antes de que estuviera pringándole los pezones de semen, riéndose a carcajadas al tiempo que le impedía que se fuera a lavar. Al muy cabrón le gustaba humillarla, decirle que nadie más se ofrecería hacerle esas *manualidades*, porque en la escuela todos sus compañeros ya estaban al corriente de que era una puta. Por eso en cuanto tuvo la ocasión se arrojó entre los vigorosos brazos de Tomás, porque parecía noble e

incapaz de abrigar intenciones violentas, suposiciones que después resultaron ser falsas, tan pronto como dos años más tarde, ya casada con él, se fue a vivir bajo su mismo techo.

—¿Qué dijo Paula en el resto del sueño? —vuelve a preguntarle Rómulo al ver que no reacciona ante su descarada maniobra para cambiar de tema. Judith, que se ha mantenido en silencio para dar la impresión de estar contrariada y no perder terreno, murmura por fin:

—Habló sobre los detalles del primer homicidio. Hace mucho calor. ¿Te importa abrir una ventana?

—Claro que no. Son viejas y se atascan un poco, pero yo me sé el truco —*el rata* entonces se pone en pie, se acerca al alfeizar, suelta los pernos del cerrojo y empuja el marco hacia arriba con un golpe seco. Luego alarga el brazo y abre la corredera de la contraventana.

En ese mismo instante, los sonidos de la ciudad, que hasta ahora no habían sido más que un murmullo amortiguado, se cuelan en el despacho inundándolo todo; un autobús que arranca de la parada del otro lado de la ancha avenida, la sirena de una ambulancia que a lo lejos se dirige hacia alguna emergencia, la rodadura de los coches sobre el asfalto, cláxones de distintos matices, gente bullendo por las calles con prisas...

—Quizá no haya sido buena idea... —dice ella elevando la voz—. ¿Puedo asomarme?

—Por supuesto.

Judith se levanta, da tres pasos hasta situarse justo al lado de Rómulo y saca la cabeza agarrándose a él deliberadamente, que es en realidad la razón por la que le ha pedido que abra la ventana. Es un día luminoso de mediados de marzo y por debajo del punzante tufo de los gases se detecta ya la primavera.

—Estamos en la confluencia de la Gran Vía con la calle Alcalá —explica él, que como ella había previsto se ha estremecido al sentir el cálido contacto de su mano—. Aquel edificio de allí con una torre adosada es el Círculo de Bellas Artes. Una obra magnífica de Antonio Palacios.

—Muy bonito. El año pasado estuve en el teatro, en el acto de presentación de una película. Todo bastante chic.

—Ya me imagino —contesta Rómulo, dándose cuenta de lo diferentes que son sus respectivos mundos.

—Esta oficina es demasiado ruidosa, igual que la mía de Bilbao. Por eso la insonoricé. ¿Podemos cerrar?

El rata hace lo que le pide y aprovecha para cerrar los radiadores.

—Ya puedes estar asfixiándote, que aquí siguen poniendo la calefacción a todo gas —se queja el psiquiatra antes de invitar a la mujer a sentarse de nuevo.

—¿Por dónde íbamos?

—Me tenías que contar lo que dijo Paula sobre el asesinato...

—¡Señor Méndez! —dice en ese momento una voz imperiosa al otro lado de la puerta que da a su despacho—. ¿Puedo pasar? ¿Cuándo quiere que vengan a mirar lo de las humedades? —pregunta el portero de la finca mientras irrumpen en la habitación con estrépito.

—Pero Sebastián, ¿no le he dicho mil veces que no use su llave maestra si estoy yo dentro?

—No diga boberías don Rómulo; sabe que sin mí este edificio se vendría abajo en menos de dos meses. Aquí nadie se preocupa de nada hasta que la cosa ya es demasiado tarde. Acuérdesse de lo que pasó con el ascensor. No se malogró usted de milagro.

Judith, que al principio se había asustado un poco, mira alternativamente y sin disimulo primero a ese hombre de rostro rubicundo y grandes patillas que los ha interrumpido y después al psiquiatra. Aunque a ella le parezca un tipo siniestro, se da cuenta de que se llevan bien e imagina que su discusión es como la de un matrimonio malavenido y decide permanecer callada.

—Es el portero —aclara Rómulo avergonzado—. Se toma su trabajo muy en serio. Ya le avisaré, Sebastián, pero creo que hasta la semana que viene no podrá ser; estoy muy ocupado.

—Muy ocupado estoy yo, don Rómulo, y ya me ve, al pie del cañón, dispuesto siempre a jugarme el bigote por los vecinos. ¿O ya se ha olvidado de cuando tuve que sacar a la señora Botella de su cuarto de baño?

—No, no, cómo iba a olvidarme...

—Pues entonces, déjese de pamplinas. Mañana, cuando venga el albañil, le deja usted pasar. Tiene que encontrar la fuga antes de que sea imparable. Ayer mismo vi un documental sobre una presa y me convencí de que tenía que atajar este problema antes de que suceda lo peor. Con el agua no puede haber medias tintas, señor Méndez, compréndalo —dice arreglándose el nudo de la corbata con sus manos peludas.

—Sí, sí, claro que lo comprendo. Está bien, mañana lo recibo sin falta —contesta el psiquiatra levantándose y arrastrando al hombre hacia la puerta—. Joder, no sé cómo se me ocurrió decirle nada. Siempre la misma historia.

—Vamos, si en el fondo se ve que lo pasáis muy bien —dice ella riéndose pero afectada todavía por el repelús que le ha causado el hombre.

—Bueno, no se cachondee y cuénteme lo que iba a contarme.

—Te he dicho que no me trates de usted.

«Todavía no ha llegado el otoño y hace ya un frío que congela. Llego a un país, elijo una ciudad, consulto en las efemérides de cualquier periódico local los casos de violencia doméstica y de entre la larga lista de candidatos escojo algunos nombres.

Estoy segura de que el sujeto por el que finalmente me decida no tardará mucho en morder el anzuelo. Una mujer indefensa y hermosa es algo a lo que nadie se puede resistir. Mi aparente debilidad constituye en este caso mi mayor fortaleza, el legado que la genética se ha encargado de transmitirme y que enmascara mi verdadero ser.

He optado por comenzar por la A de Alemania. No me preguntéis por qué. En este momento mi mente está en blanco y va creando pautas a su antojo, como si fuera un mecanismo independiente que funcionara sin ninguna instrucción. En un sentido eso me divierte. Me siento como una artista ante un lienzo virgen, sabiendo de antemano lo que desea pintar pero ignorando por completo cómo logrará hacerlo. En un impulso de seguir con el orden impuesto por las letras, ayer volé hasta Bremen, pero esta mañana, introduciendo variables nuevas que no pienso revelar por ahora, he tomado un tren hasta Hannover. Una hora y veinte de trayecto a través de una campiña amarillenta por la que discurren innumerables cauces. Me resulta extraño ver tanto terreno cultivado. Parece como si cada habitante de esta comarca dependiera de su propio esfuerzo para obtener los alimentos que luego habrá de consumir.

Me alojo cerca de la estación, en el Gran Hotel Mussmann. Como es obvio no uso mi nombre verdadero. Es un edificio moderno en el que me siento sumamente a gusto. Pido una habitación en la última planta y pago al contado, como todos y cada de los gastos que realizaré de aquí en adelante. Tardo unos días en localizar y estudiar a mi hombre. Se llama Hans Mayer. Le pegó una paliza a su mujer hasta que cayó casi muerta y todavía está en la calle a la espera de juicio. Trabaja en su propio taller y ahora vive solo. Cuando a las siete de la tarde acudo a verlo, justo unos minutos antes de que termine su jornada laboral, me recibe con una sonrisa y sus grandes pantalones manchados de grasa. Cuando le cuento el problema que tengo con el coche y le digo que no dispongo de dinero para pagar por sus servicios, se pasa la mano renegrida por la frente y hace como que piensa. Entonces le pregunto si se le ocurre alguna manera en que ambos podamos salir beneficiados. Hace años que no hablaba alemán, pero aún domino lo suficiente los rudimentos del idioma como para hacerme entender por un palurdo con barba y una barriga hecha toda de sebo.

Antes de que me responda, me acerco a él y le echo la mano a la bragueta. Al parecer el miembro se le había puesto tieso nada más conocerme. Le aflojo el cinturón y el pantalón no tarda en caer. Sus calzoncillos de flores rosas son horribles y están incluso más sucios de lo que sería mínimamente aceptable para un pobre mecánico. Pero no importa, no he llegado hasta aquí para hacer disquisiciones sobre el estado de higiene de un hombre que al fin y al cabo está a punto de morir. Hans hace que me arrodille y me coge del pelo. Tiene unas manazas del tamaño de un balón de baloncesto. Le agarro el falo e ignorando su hediondez me lo meto en la boca mientras empiezo a darle a la zambomba. Con mi mano libre saco el estilete que llevo adherido al tobillo. El gordo está a punto de correrse y cierra los ojos,

momento que aprovecho para, con toda la fuerza de mi brazo, clavarle el pincho justo debajo de los huevos.

Os puedo asegurar que no se lo esperaba. Durante diez segundos abrió los ojos con tal intensidad que pensé que antes de morir iba a ser capaz de espachurrarme, pero no fue este el caso. Sus ciento treinta kilos de peso se derrumbaron a mi lado como si fueran una montaña de “blandi blup”. Sorprendentemente, después de exhalar su último aliento, acabó eyaculando. Al parecer murió feliz, pensando quizá que iba a hacer conmigo lo mismo que hizo con la pobre mujer que se casó con él y a la que debió de obligar a que retirara la denuncia».

—Tengo que informar de esto a las autoridades, ¿lo comprendes verdad? —dice Rómulo nada más terminar de escuchar a Judith—. A estas alturas de su segunda entrevista con la mujer, ya se ha convencido de que, por muy extraño que resulte todo, no puede tratarse de una mera patraña. Hay detalles en su relato que nadie podía haber sabido a través de la prensa. Como es lógico, no se había publicado ninguna fotografía de sus horrendos calzoncillos de flores, y muy poca gente tenía acceso a la base de datos de la Europol para averiguarlo. «Quizás una empresaria rica con buenos contactos se las arreglaría para conseguir ese tipo de información, ¿pero para qué?, ¿qué necesidad tendría ella de llamar la atención?, ¿acaso no tiene ya todo lo que desea? Además, aunque sea de mi agrado y pueda por ello haber perdido parte de mi objetividad, no hay signos evidentes de que esté paranoica». Sin embargo Rómulo no las tiene todas consigo. Aunque es verdad que durante su larga carrera como criminalista ha visto de todo, no ha tratado apenas con personas corrientes. Su experiencia como psiquiatra clínico es muy limitada, y por eso, a pesar de que su instinto y sus anhelos lo invitan a la relajación, no quiere abandonarse por completo a su encanto.

—Sí, claro que lo entiendo. Por eso precisamente estoy aquí. Pero te recuerdo el trato que hemos hecho. Si quieres que te lea todos los sueños, nada de hablar de mí a la policía. Tú verás cómo te las arreglas para justificar que estás recibiendo información sin revelar la fuente.

—No te preocupes, de eso me encargo yo —responde él con una sonrisa maliciosa.

—Más te vale —dice Judith en un tono frío que hasta ahora no había sacado a relucir—. Soy rencorosa y no olvido. Si alguno de esos tiparracos se acerca hasta mí, desapareceré con todo lo que tengo que contarte.

— **T**e repito Robert que no puedo darte a conocer su nombre —dice el rata después de haberlo hecho partícipe de todo lo que Judith Torres le ha contado en los dos días previos. Lo hace poniendo una voz más grave aún de lo que es habitual en él. Conoce muy bien a su interlocutor y sabe que no va a ser fácil convencerlo de que no se inmiscuya.

—¿Y de dónde coño digo que me ha llegado el soplo? —responde el detective intentando ponerle presión desde el principio.

—Di que es una de tus conquistas y que te lo cuenta todo mientras está dormida —replica Rómulo haciendo referencia a la más que ganada fama de don Juan del policía.

—Ya, entre polvo y polvo, no te jode.

—Pues que te viene de uno de tus chivatos. A mí no me involucres o corremos el riesgo de perderla.

—¿Así que se trata de una mujer? —pregunta Robert volviendo a la carga. Al tiempo que dice esto acoda los brazos en la mesa. Lleva la camisa remangada y al echar el cuerpo hacia adelante da la impresión de que busca pelea.

«Me cago en la leche, otro que va y se apoya en mi escritorio de madera cubana, como si no supiera lo mucho que me jode».

—Me refería a la fuente. Y no te pongas chulo porque llamo a Jiménez.

—Mira *rata*, a mí no me la das, se nota a la legua que es una tía y que además te gusta.

—No sé cómo te las arreglas pero siempre acabas hablando de lo mismo — responde el psiquiatra exhalando un suspiro mientras le dice que por favor retire los codos de su preciada mesa.

Robert Rodríguez se ha acercado a la oficina de Rómulo Méndez en cuanto este le ha dicho que tenía algo importante que contarle sobre el caso que lo trae de cabeza. Siete asesinatos en siete meses. Uno de ellos, el quinto, cometido en una cárcel cerca de Barcelona. Ni un solo indicio. Ni una sola pista. Una mujer va a visitar a un preso y solicita un vis a vis con él. Dice que es una prostituta y que alguien ha pagado con antelación por sus caros servicios. El funcionario de prisiones le dice que no, que a ese recluso solo se le puede ver a través del cristal. Ella es hermosa y lo sabe. Le susurra al oído que le gustaría que hablaran en privado. Él accede. Van a su oficina y tan pronto como el hombre cierra la puerta, ella se descubre los senos. Acto seguido le coge una mano y deja que se los palpe. Luego le acerca los pechos a la cara y lo invita a besárselos. Cuando el hombre ya no puede más, la mujer se pone de rodillas, le abre la bragueta y le saca el pene, que ya está duro y brillante como un trozo de obsidiana. Se lo lame despacio. No quiere que se sienta frustrado y que cuando

termine le niegue lo que ha venido a buscar. Cuando está a punto de correrse, le pregunta si desea algún servicio más. Él no tiene palabras. Sabe que ha claudicado antes de responder. Al salir del despacho dice que vuelva dentro de media hora. Para entonces todo estará arreglado. El vis a vis tiene lugar y la mujer se marcha. Al día siguiente el hombre está muerto. La autopsia revela que su estómago contenía restos de una cápsula de cianuro potásico. Probablemente colocada dentro de un caramelo que lo indujo a tragarse en el momento cuspide, sin poder imaginarse que esa sería la última chuchería de su vida.

Robert Rodríguez acude al centro penitenciario de Quatre Camins a la mañana siguiente de los hechos. Hace apenas un mes que un policía danés logró establecer la relación entre cuatro crímenes cuyas víctimas eran hombres acusados todos ellos de delitos de violencia doméstica. El *modus operandi* consistía en asestarles una puñalada en el escroto mientras les practicaban una felación. La sospechosa era una mujer de corta estatura que había sido descrita por algunos testigos indirectos como rubia, morena y pelirroja. Los crímenes habían tenido lugar en distintos países, por lo que solo una casualidad, o el extremado celo de un agente como el viejo detective Olof Kierkegaard, podrían haber destapado el asunto y haber puesto a la Europol en guardia.

El asesinato que estaba investigando había ocurrido en Copenhague, en una próspera zona residencial de las afueras. Se trataba del propietario de uno de esos carritos tradicionales en los que se venden cucuruchos de gambas. El sujeto poseía licencia de operación en el Puerto de Nyhavn, el barrio de la capital con mayor afluencia de turistas. Según sus extractos bancarios, ganaba más dinero mensualmente del que Olof ingresaba en un año, lo que no le impedía zurrar de vez en cuando a su mujer y a su hija de manera violenta. La última paliza había sido brutal, pero al no existir testigos ni denuncia, el caso se encontraba en un limbo jurídico del que tenía pocas expectativas de salir.

Jonas Olsson fue hallado muerto dentro de su vehículo, con los pantalones a medio desabrochar y rodeado de un cenagal de sangre. Tanto su cartera como el resto de sus objetos personales estaban intactos, razón por la que el robo no se consideró como el móvil del crimen. La calle en la que había aparcado, a unos tres kilómetros de su domicilio, era tranquila y en ella no se ejercía en modo alguno la prostitución. El cadáver fue descubierto a medianoche por un transeúnte que observó que la puerta del coche estaba entreabierta y manchada de sangre. Tras analizar la escena y proceder junto con el juez de instrucción al levantamiento del cuerpo, Olof se dirigió a casa de la víctima. A pesar de lo intempestivo de la hora, llamó al timbre con determinación. Cuando una señora de muy malas pulgas le preguntó qué deseaba desde el otro lado de la puerta, Kierkegaard le explicó que era inspector y que su marido había tenido un grave percance. Al oír esto, la mujer, con la voz todavía afectada por el sueño, le instó a que la dejara en paz. Por lo que supo más tarde, su esposo la había instruido para que no les permitiera el paso a las autoridades. Después

de que finalmente le abriera y de informarle de los hechos, al comprobar su nada artificiosa reacción de alegría se quedó convencido de que aquella mujer no podría ser la responsable. No obstante, la urgió a que junto con su hija abandonara la vivienda hasta que al día siguiente se efectuara el registro.

Dicho registro y las pesquisas posteriores no arrojaron ninguna nueva pista, aunque el hecho de que el tipo tuviera una denuncia por maltrato que había sido retirada, a Olof le olía a chamusquina. Le resultaba difícil de creer que una simple prostituta descontenta o su chulo hubieran hecho aquello. La prosperidad de su negocio se basaba en que los clientes, después de haber hecho uso del servicio, continuaran con vida. Si alguien no pagaba, se llevaba una buena paliza, pero dejar muertos de por medio no beneficiaba a nadie, y mucho menos si era un rico conductor de un Saab 9-4X de gama alta. No, aquello no tenía mucha lógica, más bien parecía alguna clase de venganza, pese a que estaba casi seguro de que ni su mujer ni nadie de su entorno habría sido capaz de organizarla.

En su maniática búsqueda de evidencias, Kierkegaard, después de haber comprobado que no había casos parecidos en toda Escandinavia, había consultado la base de datos unificada del Reino Unido, Francia y Alemania. No siempre lo consideraba necesario, pero la singularidad del crimen y los antecedentes de la víctima le hicieron prever que, si algún otro hubiera sido perpetrado en circunstancias similares en esos territorios, estarían con casi toda seguridad relacionados. Bingo. Justo hacía cuatro meses, también el día 11, hallaron otra víctima en Alemania, asesinada de la misma forma y con un historial reciente de violencia de género. No había arma homicida ni sospechosos y el sujeto presentaba también síntomas de haber sufrido una fuerte erección.

A la luz de estos hechos, Olof decidió expandir su búsqueda y consultó el fichero de los Países Bajos. Otra vez bingo. El 11 de octubre habían encontrado a otro maltratador ajusticiado en Bélgica. Siguiendo la línea de su lógica y viendo que había un hueco de dos meses entre la segunda víctima y la cuarta, le tocaba ahora buscar a la tercera, la correspondiente al 11 de noviembre. Indagó en España e Italia antes de que, después ordenar cronológicamente los tres países en los que habían ocurrido los crímenes, se le encendiese la bombilla y decidiera investigar en Croacia, único territorio de la Unión cuyo nombre comenzaba por C y donde en efecto el día 11 de noviembre, según averiguó a las pocas horas, había tenido lugar un asesinato similar. La razón para haber llegado a esa deducción fue que, después de darle muchas vueltas al tema, Olof se había dado cuenta de que aunque en inglés las iniciales de los estados no guardaban un orden alfabético, sí que lo hacían si se utilizaba el idioma español, idea que había acabado abriéndose paso de forma natural en su cerebro, pues no a la sazón pasaba todos sus veranos en Mallorca y dominaba bastante bien aquella lengua. Así pues, el viejo Olof, a pesar de su pelo ya blanco y sus maneras un poco artríticas, había conseguido, gracias a su tesón, establecer un más que fundado vínculo entre cuatro muertes acaecidas en lugares ciertamente distantes. Tras recabar

todos los detalles pudo al fin completar la secuencia:

Alemania, 11 sept.

Bélgica, 11 oct.

Croacia, 11 nov.

Dinamarca, 11 dic.

Fiel a su estilo de investigar siempre hasta el final, una de las posibilidades que Kierkegaard había hecho notar al rendir su informe era que el siguiente crimen sucediera en España. Por eso, cuando emitió la nota informativa internacional a través de los canales oficiales, tuvo la precaución de ponerse en contacto con Robert Rodríguez, agente de la Europol con base en Madrid y con el cual había tenido relación. Olof y Robert hablaron un 22 de diciembre. Entre las cosas que discutieron fue la posible conexión yihadista de los asesinatos. Elegir una fecha tan significativa como el 11 de septiembre debía de tener una intención muy clara. Sin embargo, ambos estuvieron de acuerdo en que aquello no tenía sentido. Sabido era que castigar a maltratadores no era una de las prioridades de ningún islamista. Más bien se imaginaron lo contrario, que la elección de esa fecha constituía un desafío por parte de la asesina hacia una religión que había avanzado muy poco en cuanto a los derechos reivindicativos de la mujer; de alguna manera incitaba a los fanáticos de la *sharía* a que formaran una causa común contra ella. Tras su larga conversación y aunque Rodríguez había estado al acecho desde entonces, no había dispuesto de ninguna pista adicional que le permitiera iniciar una investigación. Y por si eso hubiera sido poco, su mesa estaba a rebosar de casos y andaba justísimo de tiempo; a primeros de año pensaba tomarse unos días libres con su nueva conquista y antes quería dejar finiquitados más de una veintena de informes.

Respetaba a Olof. Lo había conocido en París y le había caído simpático desde el primer momento. Durante la semana que pasaron en el curso de formación operativa, sus anécdotas era lo único que le habían alegrado las tardes, bueno, eso y la vivaracha compañía de una oficial sueca que se empeñó en enseñarle a cachear a una mujer sin dejar ni un resquicio. Pero aunque Robert lo estimara, esta vez no iba a poder dedicarse al asunto. «Creo que después de todo me he equivocado de profesión», volvió a repetirse esa mañana borrascosa del mes de diciembre. Y entonces, tres semanas más tarde, se cargaron al tipo de la cárcel y tuvo que viajar a Barcelona. Su suerte fue que para entonces ya había regresado de sus vacaciones y volvía a estar solo. En esta ocasión el romance había durado cuatro meses y medio; justo lo que tardó la chica en confesarle que se había enamorado y que deseaba formar con él una bella familia.

Después de hablar con el funcionario que facilitó el vis a vis de la víctima con su asesina y al que en breve investigarían por un caso flagrante de abuso de poder, procedió a ver el vídeo en el que se veía a la mujer entrando y saliendo de la sala.

Tacones altos, medias negras cubriendo unas piernas esbeltas, abrigo grueso con cuello de borrego, gafas de sol, peluca rubia y rostro exageradamente maquillado. Ningún otro rasgo relevante, excepto quizás una enigmática manera de moverse que sin que Robert supiera las razones, había provocado que se le encogiera bruscamente el corazón. «¡Creo que me gustaría conocer a esa hembra!».

—Venga, *rata*, desembucha y dime quién es esa mujer —vuelve a insistir Rodríguez.

—¿Guardarías el secreto? —ironiza el psiquiatra, sabedor de cuál sería su respuesta.

—Por supuesto, colega —responde el agente con una sonrisa más ancha que su cara. El pronunciado mentón y la barba a medio rasurar le dan un ligero aspecto de mafioso.

—Me lo temía, pero lo siento, le he dado mi palabra.

—¿No pensarás acaso que pretendo birlártela? Ya sabes que no hay nada más sagrado para mí.

—No creo que pudieras; ni le gustan los policías de a pie ni tampoco los detectives petulantes.

—Bueno, dejémoslo estar. Mejor cuéntamelo otra vez desde el principio —dice mientras abre una pequeña libreta que saca del bolsillo.

—No es necesario, he hecho un breve resumen... Como verás, el perfil es bastante similar al que ya teníamos elaborado y la descripción coincide con la mujer del vídeo de la cárcel —y entonces le entrega varias hojas de papel escritas a mano en las que se lee lo siguiente:

PERFIL DE LA SOSPECHOSA

Mujer caucásica de treinta y tantos años, probablemente española y de nombre Paula, baja estatura, alrededor de 1,60 m, guapa, morena y esbelta. Está fuerte pero no tiene una musculatura muy marcada. Con seguridad practica algún deporte, quizá la natación o algún otro que no se haga en equipo. Posee recursos económicos y, o no trabaja, o tiene un empleo que le permite ausentarse durante una o más semanas al mes. Vive sola y tiene un círculo social reducido, pero no es ni mucho menos una persona introvertida. Puede haber sufrido maltratos en la infancia, aunque no parece que sea esa la justificación de los asesinatos.

Es culta, tiene una carrera universitaria que no es de letras puras, viene de una familia de tradición cristiana que ha influido mucho en su moral. Es seductora y le gusta el riesgo y la conquista. No se siente una víctima porque los hombres deseen acostarse con ella, sino que más bien es al contrario; los usa para sus fines sin dudarle y disfruta con ello.

Es sensible al dolor de las mujeres y no utiliza la violencia de forma gratuita. Tiene un profundo sentido de la justicia y espera que, al final del proceso, cuando sea

detenida, pueda contar al mundo el carácter mesiánico de su misión. El ámbito internacional de los crímenes, así como que haya elegido el 11 de septiembre como comienzo de su gran epopeya, demuestra que desea aleccionar al mundo.

Habla idiomas; español, inglés y un poco de alemán. Se mueve con fluidez y está acostumbrada a viajar. Tiene contactos que le proporcionan documentación falsa, aunque como no cruza la zona Schengen no deben ser necesariamente el trabajo de un profesional.

A INVESTIGAR

Llamar al Gran Hotel Mussmann en Hannover y averiguar los nombres de las mujeres que se alojaron allí entre el 4 y el 11 de septiembre del año pasado.

Seguir investigando los patrones seguidos por la asesina para elegir las localizaciones. Ya sabemos desde hace tiempo que sigue un orden alfabético de países según sus nombres en castellano, pero todavía ignoramos qué le hace escoger una u otra ciudad. Crímenes hasta la fecha por orden cronológico:

Alemania, Hannover, 11 sept.

Bélgica, Gent, 11 oct.

Croacia, Pula 11 nov.

Dinamarca, Copenhague, 11 dic.

España, Barcelona, 11 ene.

Finlandia, Helsinki, 11 feb.

Grecia, Atenas, 11 mar.

Robert Rodríguez lee los papeles con interés. Hace tiempo que ha aprendido a confiar en el hombre que se los ha entregado. Rara vez se precipita en sus conclusiones y casi siempre acierta. Lo conoce desde hace diez años, desde el día en el que fue a la academia de inspectores a impartir el recién creado curso de psiquiatría forense. Recuerda que, al término de una de sus siempre entretenidas clases, lo acometió un repentino impulso de saber más de ese hombre con el pelo naranja y cara de roedor que insistía en que todos lo llamaran por su famoso mote. Por eso lo asaltó a la salida y le preguntó, sin tener ni siquiera la delicadeza de presentarse antes, que por qué se había especializado en una disciplina tan teórica y que si pensaba que sirviera de algo. *El rata*, a pesar de que en el aula eran más de cincuenta y de que Robert ni de lejos se sentaba en las primeras filas, le cogió por el brazo y le dijo: «Hombre Rodríguez, me alegro de que me haga esa pregunta», y luego le respondió que era para lo único que poseía dotes y que era sin duda una pérdida absoluta de tiempo. Después lo invitó a abandonar el aula y se fueron a tomar un café.

Cuando acabó la formación, Robert iba a su oficina con frecuencia para plantearle cuestiones de su quehacer diario. Todavía no estaba en homicidios, pero le

interesaban sobremanera las motivaciones de cualquier criminal, aunque fueran las de un simple proxeneta de dudosa ralea. Como había dicho el maestro en su primer discurso: «para detener a un Hannibal Lécter hay que saber antes cómo piensa una hormiga». Luego vinieron las colaboraciones en casos de asesinato y violación, los informes conjuntos, las largas sesiones en las que ambos enunciaban teorías hasta que todos los cabos sueltos acababan uniéndose y explicaban de forma congruente la cadena completa de sucesos. Pasó el tiempo, y aunque Rodríguez andaba siempre metido en devaneos de faldas, continuaban viéndose con regularidad. La mayor parte de esos encuentros los pasaban jugando a los dardos en un local cercano al Templo de Debod, aunque tampoco era extraño que durante la temporada de ópera fueran juntos al teatro a disfrutar de esa afición que, gracias a la influencia del *rata*, ahora compartía con él.

—Así que tenemos a una asesina que quiere que su historia se conozca y para ello utiliza a tu fuente. Podríamos acusarla de obstrucción a la justicia si persiste en mantenerse anónima —dice cuando acaba de leer los papeles.

—No lo hace ante mí —responde el psiquiatra con rotundidad a sabiendas de que le espera otra buena andanada de protestas.

—No creo que te merezca la pena defenderla. Puedes verte en problemas.

—En cualquier caso ella no tiene nada que ver con Paula.

—¿Y cómo recibe la información entonces? ¿Por vía telepática?

—Algo parecido.

—Vamos *rata*, no me jodas.

A Robert está empezando a fastidiarle el misterio que su amigo se trae. En circunstancias normales, con todo lo que lo había presionado, ya se hubiera dado por vencido.

—Sueña con ella.

Rodríguez lo mira de reojo y mueve la cabeza. No puede creerse que de la boca del mejor criminalista que conoce haya salido esa gilipollez.

—Sueña con ella —repite el detective por lo bajo para cerciorarse de que ha oído bien.

—Por muy estrambótico que suene, eso he dicho.

—¿No pretenderás que me lo crea?

—Me gustaría que confiaras en mí.

—Vaya, entonces es más grave de lo que imaginaba...

—Señor Méndez, ¿está usted ahí, señor Méndez? Abra ya de una vez que no está el tiempo para desperdiciarse —se oye a voz en grito mientras alguien hace girar el pomo de la puerta y se abre paso hasta el interior del despacho seguido por un hombre—. He traído refuerzos. Que luego no digan que por mi culpa el edificio se ha ido a la ruina. Veintisiete años, don Rómulo, veintisiete años de subir y bajar escaleras sin descanso para que ustedes puedan vivir seguros. Y ahora el agua

amenaza con echar todo mi trabajo por la borda, una vida entera de sacrificio y sudores, señor Méndez, para que un simple descuido me estropee la jubilación...

—Pero, Sebastián, ¿no ve que estoy con un oficial de policía en medio de una reunión importante?

—La policía, don Rómulo, no le va a arreglar a usted la gotera ni ninguna otra cosa. A ver, Félix, pase usted y estudie el asunto, ¿cree que será necesario evacuar el inmueble?

—Será mejor que nos marchemos, es imposible dialogar con este tipo. Le ruego que cuando terminen dejen todo tal y como está y la puerta cerrada.

—Pero, señor Méndez, ¿por quién me ha tomado? ¿Acaso me cree usted un irresponsable? ¿No insinuará que yo dejaría abierto este despacho tan lleno de secretos para que cualquier listillo pudiera husmear en sus asuntos? Esta llave maestra está tan segura conmigo como lo estarían unos lingotes de oro en el Banco de España. Usted no se preocupe que todo corre de mi cuenta. Vayan al bar y terminen de hablar de la asesina esa porque de mí nadie va a sacar nada.

—¿Pero qué le pasa a este tío?, ¿es que estaba oyéndonos? —dice Robert mirando de arriba abajo al individuo de traje gris y cara rubicunda. Aunque lo conoce desde hace años, su aspecto nunca le ha transmitido confianza, impresión que se acentúa aún más después del comentario que acaba de escucharle.

—No le hagas ni caso, pilla una palabra suelta y luego mete baza como si estuviera al corriente del asunto. Pero no te preocupes, en el fondo es un buen muchacho —dice Rómulo invitándolo a abandonar la estancia.

—¿Estás seguro? En fin, déjalo, no hace falta que me acompañes. Me voy a la comisaría a hablar con la gente de Hannover; pienso visitar en persona ese maldito hotel. Creo que hay alguien que está cachondeándose de ti. Al menos espero que sea guapa y merezca la pena —le dice a su amigo dándole una palmadita en la espalda al tiempo que sale de la oficina y enfila el pasillo—. Te llamo desde allí...

Aunque el bufé del hotel es uno de los más abundantes y mejores surtidos que ha visto en los últimos años, Judith Torres solo ha desayunado un café con leche, un cruasán pequeño y un zumo de naranja. A las ocho de la mañana, cuando después de acicalarse con esmero ha bajado a la cafetería del *Ritz*, había en ella unos setenta hombres y ninguna mujer. «¡Vaya!, un congreso de vaqueros», ha pensado para sí por mucho que todos fueran vestidos con trajes de los caros. «Y veo además que se han puesto muy tiesos por el mero hecho de ver entrar a una mujer con el pelo arreglado. En este mundo definitivamente hay algo que no funciona bien. Es cierto que quizá yo misma esté contribuyendo a ello por contratar solamente a mujeres, pero no hemos sido nosotras quienes hemos iniciado esta confrontación. Cuando todos estos *va(n)queros* dejen de reaccionar al ver a una hembra en sus dominios lo mismo que lo harían setenta polillas al encender una luz en un armario oscuro, entonces seré igual de equitativa. Hasta ese instante me reservo el derecho de actuar a mi propio capricho. Joder —añade para sus adentros un poco después— no sé si debo preocuparme, pero creo que estoy empezando a pensar como Paula», tras lo cual se ha sentado en una mesa de a uno y se ha dedicado a desayunar con parsimonia y a acordarse de la mujer que la tiene abducida.

La cita con Rómulo no tendrá lugar hasta las once y el tiempo que le queda hasta entonces Judith ha querido dedicarlo al trabajo. Después de subir otra vez a la *suite*, quitarse los zapatos, conectar su portátil y estudiar la cuenta de resultados del trimestre anterior, ha hablado con su abogada durante media hora; según le ha comentado, es posible que necesite volver al día siguiente a Bilbao para una importante firma de poderes, contingencia que ha quedado en ratificarle un hora más tarde. Luego, aunque no tenía ganas de que se le estropeará la mañana, ha llamado a su madre. Su relación no es precisamente afectuosa, pero desde que enviudó procura telefonarla al menos una vez a la semana. Tras un flemático saludo, la discusión ha sido la de siempre; su madre ha vuelto a pedirle que perdone a su hermano. Han pasado muchos años y no logra comprender qué placer obtiene en seguir humillándolo. Desde que se las arregló para hundirle el negocio de la panadería y para que su mujer y su hija lo abandonaran, lo obliga a que cada día le acuda a su casa a pedirle dinero. No cuenta con ningún otro recurso, y si quiere seguir viviendo en la inmunda pensión que su hermanita ha tenido la *deferencia* de elegir para él, no le queda más remedio que tragarse su orgullo. A su cuñada, después de que dejara el hogar conyugal a raíz de haber visto una polaroid que Judith le mostró (y en la que Jacobo aparecía desnudo tras haber eyaculado encima de su pecho), le había proporcionado un buen empleo en una de sus tiendas. Además, por si eso no bastase, Judith se encarga en persona de que a su sobrina de dos años no le falte de nada.

Como le ha explicado otra vez a su madre esa misma mañana, aunque lo ha hecho utilizando diferentes palabras, no es que esté orgullosa de tener a su hermano cogido por los huevos, sino que sin experimentar ese mínimo pero significativo triunfo cada mes, no dispondría de la fuerza necesaria para seguir viviendo. El rencor acumulado en su corazón fue lo que le permitió abrirse camino en un mundo de hombres hasta llegar a ser una empresaria de prestigio, y ese recordatorio, esa vacuna basal que cada cuatro semanas la imagen depauperada de Jacobo le inyecta en las venas, es su manera particular de recargarse, la fuente de energía de la que se alimenta y que le hace olvidar su aciaga soledad, o si no olvidarla, al menos sí transformarla en algo soportable.

Judith, que mide casi un metro setenta, es una mujer alta para ser de su generación. «Nada que ver con las chicas jóvenes a las que ahora contrato —que me sacan todas cerca de una cabeza—, pero estoy satisfecha con mi talla», piensa cuando se sorprende mirando a alguna que para su gusto es demasiado estilizada. La empresaria acaba de cumplir cincuenta años y pese a que no es una mujer guapa, es atractiva y viste con estilo. Observada por partes, tiene la boca grande y los labios gruesos, los ojos marrones demasiado separados y la nariz chata y no del todo simétrica. Sin embargo, el conjunto, enmarcado entre una frente sin una sola arruga y unos pómulos todavía tersos, resulta bastante agradable a la vista. Además de eso, el bonito maquillaje que usa y las repetidas sesiones con su estilista, hacen que parezca varios años más joven. Como no ha parido hijos y no ha tendido nunca a la gordura, conserva una figura esbelta que se encarga de mantener por virtud de los largos paseos matutinos que se da junto al mar. Aun así, de lo que ella está más orgullosa es de su pelo; una melena castaña y ondulada que le cae por los hombros y que hasta la fecha no ha perdido ni un ápice de su vitalidad.

Hoy se ha vestido con una camisa blanca de volantes, una chaqueta clara y una falda negra que apenas le llega a las rodillas. Aunque se inclina más por los zapatos planos, esta mañana lleva un poquito de tacón; Rómulo es muy alto y no quiere parecer una enana a su lado. El bolso *Cartier* es de buen tamaño, lo suficiente como para embutir en él la libreta en la que tiene anotados los sueños. Tras hablar con su acongojada madre, ha salido del hotel y se ha dirigido a la Gran Vía. El trayecto no es largo, así que ha preferido hacerlo a pie y disfrutar de la bella y soleada mañana que ese día de mediados de marzo ha traído a Madrid.

—¿Pero qué ha pasado?

—Ya ves. Vino el albañil del seguro y tuvo que picar media pared hasta encontrar la fuga.

—¡Menudo agujero! Parece que han entrado a robar —dice Judith, que aunque percibe un ligero olor a yeso comprueba que la obra no ha dejado ni una mota de

polvo.

En efecto, la tarde anterior, después de que Robert se marchara, o de que fuese obligado a marcharse, Rómulo se quedó hablando con Sebastián y con el individuo que apareció con él. El señor, que ignoraba con quién estaba jugándose las prendas, pretendía entrar en su oficina tal cual, vestido con su mono de trabajo polvoriento y sin dar muestras de que quisiera implementar alguna medida extraordinaria con respecto a la higiene. Ante esta disyuntiva, y no antes de haberse tirado sus buenos diez minutos discutiendo, los tres bajaron a la ferretería del barrio y compraron unos cuantos metros de lámina de plástico para aislar la sección afectada. Rómulo no sabe si ha sido por fastidiar o porque realmente no daba con la avería, pero el albañil ha terminado produciendo un boquete de cerca de un metro de diámetro. De cualquier modo, a ojos del forense la operación ha sido todo un éxito; tras retirar el aparataje, su despacho ha quedado inmaculado y lo único que detecta, después de haber dejado las ventanas abiertas durante la noche, es un ligerísimo olor a humedad (aunque según dijo Judith después, también olía a yeso).

Por lo demás ahora todo está en orden. Los treinta y cinco metros cuadrados de parqué y las estanterías que cubren dos de las paredes, junto con los más de dos mil libros que albergan, no tienen ni una pizca de polvo. El escritorio de caoba cubana, que en su día compró a precio de oro como una antigüedad, sigue relumbrando como si fuera acero. Sobre su lisa superficie solo se ve el informe que está intentando redactar, un lápiz afilado, una foto del día de su graduación y el pisapapeles que le regaló el profesor Urbiza en esa misma fecha. El ordenador y los demás complementos los tiene colocados, también de una forma precisa, en una mesita auxiliar con cajones debajo. Un par de sillas, un perchero y la media docena de macetas que tiene distribuidas entre las dos ventanas, son todos los accesorios de los que se ha provisto. Hace nueve años que Rómulo ocupa la oficina. Anteriormente la policía lo tenía en su nómina, pero ciertas desavenencias con un superior y su propia reluctancia a trabajar en grupo tuvieron como consecuencia que lo *invitaran* a abandonar el cuerpo, momento a partir del cual lo contrataron como asesor externo.

—Aquí no hay nada que robar, solo libros, y la mayoría son incomprensibles incluso para mí —dice él haciendo referencia a la plétora de estanterías y volúmenes que tiene alrededor.

—Ya veo —contesta Judith al tiempo que gira la cabeza para echar un vistazo.

—En fin... en cuanto a... —dice *el rata* señalando el agujero— tengo que confesar que con Sebastián hace años que me di por vencido. Es un hombre leal, pero no hay manera... bueno, a lo que íbamos; se está liando parda con eso de que no quieras tratar directamente con la poli.

—Para mí tú eres la policía.

—Me lo voy a tomar como un cumplido. El inspector Rodríguez ha salido esta madrugada hacia Alemania —le explica Rómulo después de encajar la perturbadora visión de la sonrisa que acaba de mostrarle—. Su plan es reunirse con un colega de Hannover, visitar el hotel y a partir de ahí tratar de seguir los pasos de Paula o como quiera que se llame esa chica. O es muy lista o no creo que tarden en pillarla.

—No la vais a atrapar.

—¿Cómo?

—Lo que has oído; que no vais a ser capaces de arrestarla.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? ¿No dijiste que deseabas evitar esas muertes?

—Era mentira —dice la empresaria con una mirada fulminante—. Esos malnacidos me traen sin cuidado. Ella es la que me importa. Quiero que me ayudes a dar con su paradero; deseo conocerla en persona.

—¿Qué...? —resopla Rómulo, cuya expresión de estupor ha dejado a la vista su indubitable dentadura lagomorfa. A Judith, que todavía no tiene asimiladas sus facciones, le parece una estampa sumamente graciosa. «Solo le faltaría sostener una zanahoria y unas orejas afiladas para ser clavadito a *Bugs Bunny*».

—Lo que te digo. Esa es la segunda parte de mi trato. No pienso revelarte más sueños si no me prometes que harás lo posible para que nos veamos antes de que la arresten —responde tratando de mantener la seriedad a pesar de tener la sensación de estar hablándole a un dibujo animado.

—Eso es una locura.

—Lo que es una locura es este endemoniado mundo.

Al oírla decir esto, el psiquiatra se queda en silencio mirando a la mujer. Para su desconsuelo sabe que aceptaría cualquier cosa que saliera de su boca por muy incongruente que sonara. Sin embargo, esta vez coincide con su punto de vista.

—Tienes toda la razón.

—No me dijiste si te habías enamorado alguna vez —pregunta ella sin previo aviso aprovechando que lo ve atribulado.

Rómulo, que aún está pensando en cómo convencer a Robert para que no ponga impedimentos a la demanda que Judith acaba de exigirle, no se cree que de verdad le haya hecho esa pregunta: «a esta señora se le ha caído un tornillo», piensa antes de echarle en cara que según él no es el momento para cambiar de tema.

—No lo hago. En realidad siempre hablo de lo mismo. ¿Vas a contestarme?

El pobre interpelado, que llegado a este punto se siente como una hoja seca a merced de la brisa, hace de tripas corazón y se acaba rindiendo.

—Claro que me he enamorado. ¿Qué bicho viviente no ha caído alguna vez en las garras de *Shakti*?

—Pues por ejemplo yo —contesta la empresaria entristecida. Aunque siente alivio por ello, sabe que ni siquiera lo estuvo de Tomás—. ¿Fuiste correspondido? —pregunta después en lo que a Rómulo le parece una especie de huida hacia adelante.

—Sí —dice él, pensando en lo cruel que puede ser la vida con algunas personas.

—¿Te apetece contármelo?

—De acuerdo. Por ahora dejaremos a los muertos en paz.

Rómulo Méndez no tiene ya ninguna prisa en que la mujer le lea sus escritos. De alguna manera, desde que apareció por su despacho siente como si hubiera sufrido una catarsis. «¿Qué necesidad hay de que exista una persona como yo? ¿Qué diferencia hay entre que unos criminales anden sueltos por la calle o sean arrestados? ¿Acaso el mundo cambiará substancialmente por ello? Paso solo la mayor parte del tiempo y apenas tengo amigos. Mis padres han fallecido y con ellos ni siquiera hay una posibilidad de reconciliación. El profesor Urbiza y su esposa Federica (que lleva buscándome pareja desde que la conozco) me aprecian, es verdad, pero eso tampoco es una circunstancia que se pueda decir vaya a arreglar las cosas. Con Robert me llevo bien. Lo pasamos en grande y algún viernes que otro jugamos a los dardos y bebemos hasta la extenuación. Él dice que es también un lobo solitario, pero no está en lo cierto. Al final encontrará una chica que no tenga deseos de atraparlo y se enamorará. Entonces lo natural será que se vaya alejando poco a poco de mí. Desde que la perdí mi corazón ha estado congelado. Lo de Rebecca Morgan no fue más que un soplo de aire fresco en medio de una noche interminable. Una noche tan larga y calurosa que ya ni siquiera me acordaba de que pudiera existir algo tan bello como el amanecer», piensa Rómulo apenado antes de empezar a contarle a Judith la historia de su primer, y hasta ahora único, amor.

—Conocí a Estrella en mi segundo curso de carrera —comienza diciendo el psiquiatra—. Nos había tocado el mismo muerto en clase de anatomía; una mujer de unos cuarenta años con unas pechugas que se le desparramaban hacia los costados como si fueran las tetas de una vaca lechera. A pesar de ser morena de piel, después de tres meses metida en formol, se había quedado tan blanca como la porcelana. Los párpados abiertos revelaban una mirada fría que apuntaba hacia un infinito aterrador, pero contrariamente, el rictus dejaba entrever todavía una cierta ternura.

»El día anterior, Estrella había recibido la clase del doctor y sobre sus hombros recaía la responsabilidad de llevar a cabo la primera disección sobre el cadáver. Según el protocolo, debía comenzar con una incisión que fuera desde el esternón al ombligo y después hacia ambos lados por debajo de las falsas costillas. El objetivo era mostrarnos la cavidad torácica y luego extraer los pulmones. Cuando ya tenía el bisturí apoyado en el lugar idóneo y estaba a punto de sajar, se quitó repentinamente la mascarilla y dijo: “Me gustaría antes de nada agradecer a esta señora que nos vaya a permitir hurgar en sus entrañas sin emitir ni una sola protesta. No sé cómo fue su vida, pero sus facciones me indican que de alguna manera fue feliz. Creo que lo menos que deberíamos hacer es desearle una buena vida allí dónde se encuentre y luego darle un nombre. ¿Qué os parece Elvira?”, dicho lo cual volvió a cubrirse la boca y sin un solo titubeo rajó a la mujer de arriba abajo.

»Estrella era una chica con cara de empollona que hoy en día sería tildada de anoréxica. No creo que llegara a los cuarenta y cinco kilos pese a medir más de un metro setenta. Tenía veinte años cuando nos conocimos. No llegó a cumplir los veintiuno, pero puedo afirmar sin temor a equivocarme que lo hizo con más intensidad que muchos de los que llegan a cumplir los ochenta».

—Vaya, lo siento mucho. ¿Y cómo os enamorasteis? —pregunta Judith mientras juguetea melancólicamente con los rizos de su pelo castaño.

Cuando por fin se dispuso a abrir a la recién bautizada Elvira, yo estaba frente a ella. Antes de hacerlo me miró, y en sus ojos profundos y vehementes pude descubrir que esa clase en realidad la estaba impartiendo para mí, para el otro estrafalario de la clase.

—¿Por qué estás empeñada en conocer a Paula? —añade *el rata* reconduciendo así la conversación y dando por terminado su alegato. En ese momento no tiene ningunas ganas de seguir recordando ni de contarle la promesa que Estrella le hizo unos días antes de dejar este mundo.

—¿No lo estarías tú? —contesta la empresaria, entendiendo que por ahora no desea hablar más de su vida privada—. ¿No sientes curiosidad por ella? ¿No crees que las mujeres del mundo, si supieran lo que yo sé, se animarían muchas a seguir su camino? Imagínate un ejército de hembras que estuviera dispuesto a hacer por fin imperar la justicia. ¿Cuánto tiempo crees que tardaría en erradicarse la violencia machista? Si cada maltratador sintiera que tiene un punzón afilado apuntando a sus huevos, el mundo sería diferente. Habría casos, no te digo que no, pero no el apabullante número del que nos hablan todos los días en los telediarios.

—Está bien. Daremos con ella y la conocerás. Aunque sé que me espera una dura batalla para convencer a cierto amigo mío...

Judith Torres sonrío satisfecha. Sabe que puede fiarse de ese hombre que tiene frente a ella. No por la fama que lo precede, sino porque lo puede leer en su mirada. Que unos sueños insólitos la hayan traído hasta la puerta del primer varón en muchos años que le despierta algo de confianza no deja de resultarle paradójico. Ya no se extraña de que la chica de sus sueños, la mujer que dice llamarse Paula, la haya escogido para ser la transmisora fiel de su mensaje. Al fin y al cabo quién podría comprenderla mejor. Ella, que ha sufrido los embates de la ignorancia y del miedo que atenaza a los hombres, que ha sentido en sus carnes las heridas de la violencia física y en su interior los estigmas de una sociedad que la tolera, sería sin duda la primera en seguirla. Pero este encuentro inesperado la ha pillado con las defensas bajas. En el recinto en el que ha fortificado su rencor durante tantos años, acaba de aparecer una fisura. Un intersticio por el que supura un dolor que creía olvidado. No el de sus recuerdos, que con ese hace las paces cada mes humillando a su hermano, sino el del amor no vivido, el de la maternidad no realizada, el del sexo y la lujuria no llevada al

extremo.

De pronto a Judith le han entrado unas ganas irrefrenables de marcharse de allí, de olvidarlo todo, de levantarse y fingir que lo que le ha contado no ha sido más que una broma pesada, una chanza que le han querido gastar sus antiguos colegas, los mismos gracias a cuyas artimañas acabó abandonado el cuerpo para instalarse por su cuenta en la oficina de la calle Gran Vía. Ese cuarto que ahora presenta un boquete bien grande en la pared del que rezuma un poco de humedad y que desprende un aroma a yeso que a Judith le irrita la garganta. Pero a pesar de esa molestia y del estado de alerta en el que la han colocado sus instintos, ha decidido no moverse y dejarse llevar, dispuesta incluso a que le abran el pecho y los pulmones como se los abrieron a la dulce Elvira sobre una fría mesa de la Facultad de Medicina de Madrid hacía más de veinticinco años.

«Hoy he llegado a Bélgica. La investigación previa la he realizado desde casa y ya sé quién va a morir el próximo día 11. No conocía Gante. Es una ciudad cautivadora. Durante la noche deambulo por las orillas empedradas de sus canales y atravieso innumerables puentes. Los flamencos hacen honor a su fama y se muestran simpáticos, dispuestos a acompañar a una bella mujer hasta donde ella misma les permita. Por desgracia para algunos no he venido hasta aquí en plan de conquista, aunque no me hubiera importado montarme una juerguecita con esa pareja tan insinuada que me encontré cenando. De las aguas plateadas del río Leie se levanta una bruma deshilachada y gélida; trozos de algodón transparente que flotan desde las barcas inmóviles hasta las cornisas picudas de las casas, lugar donde empiezan a confundirse con las nubes y la luz blanquecina de una luna aún ausente. Es octubre y la canícula veraniega ha quedado ya atrás. Los habitantes de la ciudad se resisten a ponerse ropa gruesa o de abrigo, pero está claro que el otoño está dando sus primeros zarpazos. Un viento helador ha comenzado a soplar tan pronto como el sol ha caído y parezco ser yo la única que percibe su azote. Cruzo el río a la altura de Karenlei y me refugio en el tercer quiosco. Desde mi taburete veo la silueta del puente de St. Michael recortándose oscura en el crepúsculo. Su imponente figura me recuerda que he venido a matar.

En épocas pretéritas, cuando el hielo glacial se extendía por estas llanuras y su retirada paulatina comenzaba a dibujar el ondulado paisaje que hoy tenemos, había un carnívoro que dominaba el mundo. El tigre dientes de sable no se detenía ante nada. Durante 25 millones de años supo sobrevivir y adaptarse a su entorno. Solo cuando los grandes herbívoros desaparecieron de Europa, empezó su declive. Así me considero yo. Una especie que ha venido a este tiempo a destronar a un monarca que no se merece gobernar. Una especie que no se irá a ninguna parte hasta que vea cumplida su misión. Por muy descomunal que sea un mamut no es más que un paquidermo torpe. Mi astucia supera con creces a su fuerza brutal. Yo sola soy

insignificante, pero unida a vosotras constituyo una amenaza que no sería inteligente despreciar. Hasta que eso ocurra, hasta que comiencen a despertar las conciencias de mis hermanas, he de ser precavida y actuar en la sombra.

Esta noche es propicia, pero todavía estamos a día 9. Ya he conocido a Wouter. Los pasteles y el chocolate que vende en su tienda huelen de una forma magnífica. Cuando me sirvió la bandeja anoche, debajo de su gorro de chef y su nariz obtusa, apareció una fila de dientes inacabable y blanca. Así visto parecía un buen hombre. Lástima que el dulzor de los ingredientes entre los que se afana cada día no le hayan ablandado el carácter. Tampoco le pido que sea un marido modélico. Todos sabemos lo difícil que es vivir en pareja, pero de ahí a sacudirle a su mujer con una manga de crema pastelera hasta reventarle los senos, hay un trecho muy largo. Que por qué la gente del barrio sigue entrando a comprarle es un enigma que todavía no he logrado descifrar. Quizá todos los clientes que veo sean turistas e ignoren que no hace mucho salió en el periódico negando lo que era evidente. “Yo nunca maltrataría a mi Monique. Es lo mejor y único que poseo. Quizás a veces sea un poco descortés, pero jamás me atrevería a tocarla. Y si no pregúnteselo a ella. Las fotos que están en internet son solo un montaje para hundirme el negocio”. Qué hipócrita. A saber qué amenazas habrá proferido para mantenerla con la boca cerrada. O tal vez se trate de ese extraño vínculo afectivo que se desarrolla entre una víctima y su maltratador y que le impide actuar como tal. Miles de años de opresión han dejado una huella indeleble en nosotras, pero la mujer de hoy en día ha madurado y a poco que la ayuden abrirá los ojos con orgullo y querrá recomponer su vida.

Por suerte, la historia de Monique llegó a mis oídos y he acudido veloz a disipar sus dudas. Pasado mañana, cuando a eso de la medianoche su marido haya cerrado ya las puertas y vea mi cara apurada al otro lado del cristal de su escaparate con la intención de llevarme por cuarta vez en cuatro días las delicias que tiene preparadas, no será capaz de negarme la entrada. La lascivia de un hombre no puede esconderse detrás de una sonrisa falsa. Cuando le pida que me enseñe el lugar donde hornea las tartas, no vacilará un segundo. Cuando al pasar a su lado le haya rozado la entrepierna con un gesto aparentemente descuidado y le diga que por favor se quite el delantal, me obedecerá sin poner objeciones. Entonces le diré que ha llegado el momento en el que podrá libar de un néctar que jamás ha probado. Pero primero habrá de permitir que le afloje el pantalón y que vea su miembro, el instrumento viril con el que obra las maravillas que cada noche compro. Y cuando claudique y sea él mismo quien comience a hacer lo que yo había pedido, notaré ya un incipiente olor a fluidos y a semen. Y luego, debido a que yo no soy una mujer carente de principios, le permitiré gozar por última vez e introduciré su verga en mi jugosa boca. Y un poco antes de que en su cerebro se amalgamen los espasmos gozosos de la eyaculación, cogeré mi pincho y se lo ensartaré en medio de los huevos, y su sensación de dolor se

mezclará con los efluvios procedentes de su glándula del placer. Y en ese instante morirá siendo un hombre feliz, que es mucho más de lo que logra la mayor parte de la gente de este otrora planeta virginal, y que, aunque no sea moralmente justo, me permite a mí seguir viviendo mi vida con decoro.

Y tal y como te lo estoy relatando sucedió. Porque a veces, en la desoladora quietud del atardecer, soy capaz de achicar mis pupilas y de ver en el extremo borroso del horizonte la claridad de lo que ha de venir. Y por esta excepcional circunstancia sé que tú y yo habremos de encontrarnos y que compartiremos largas conversaciones más allá de estos sueños, y también que el mundo que conocemos hoy muy pronto desaparecerá».

—Ahora entiendo de dónde nace tu interés; es ella la que está deseando conocerte —dice Rómulo todavía sobrecogido por la cantidad de nueva información que contiene el relato.

—Sí, y lo sorprendente es que la creo cuando afirma que nos encontraremos —contesta Judith.

—En eso confío —apunta el psiquiatra esperanzado—. ¿Por qué habrá mencionado lo del tigre?, ¿no será paleontóloga? Es una profesión que casaría con la clase de persona que buscamos. Indica una formación científica y explica su tipo de lenguaje. Además, que sea investigadora podría justificar la necesidad que tiene de viajar. He de llamar a Robert —concluye el forense sacando el teléfono—. Y así sabremos si ha averiguado algo en Alemania.

—Vale. Ahora debo irme; he quedado en el hotel con la chica del retrato robot —le recuerda la empresaria pensando lo poco que le conviene crear una imagen fidedigna de la persona a la que quiere localizar por encima de todo.

—Muy bien... esto... espera... quería decirte... ¿te gustaría salir luego a tomar algo? —Se atreve Rómulo a preguntarle por fin antes de que se vaya. Lleva todo el día pensando en hacerlo, pero no ha sido hasta ahora que ha reunido el coraje.

Judith Torres se levanta de la silla pero no le responde. Habla un poco del agujero de la pared y de lo mucho que afea una estancia que de otra manera le resulta agradable. También le comenta lo de su ligero picor en la garganta. Después le tiende la mano y mientras Rómulo la retiene en la suya durante un instante más de lo necesario, se observan sabiendo que quizás esa noche se vean. Aunque también es posible que no. Porque a pesar de que ambos lo ansían en alguna medida, es cierto que la tranquilidad de sus vidas es un tesoro que no están dispuestos a poner en peligro. Y sin más comentarios, *el rata* abre la puerta y deja que la mujer se marche. Y por la tarde, cuando regresa por fin a la placidez de su casa, y al remanso de un salón cuya ventana da a una fuente que runrunea al lado de una gran chimenea, decide no llamarla. Por una parte porque no está seguro y no le apetece pasar por el trago amargo del rechazo, y por la otra porque el gozo de la espera es a veces tan intenso que uno nunca quisiera que llegara el momento de realizar sus sueños.

Robert Rodríguez, siguiendo los pasos de la mujer que está sembrando el estupor en toda Europa y con la que ahora vive obsesionado, ha volado esta mañana a Bremen. Desde allí ha tomado el tren hasta Hannover y a través de sus ventanas ha visto los mismos paisajes que describió la todavía para él desconocida fuente de su amigo el psiquiatra. Viendo ese verdor, su mente ha divagado sobre lo que sería no vivir en una ciudad que lo convierte en una persona anónima. Si poseyera una casa de campo, sería muy probable que conociera a todos sus vecinos. Si cada mañana no estuviera obligado a acudir a la comisaría y a bucear entre una montaña de papeles más alta que cualquiera de las colinas que ahora mismo vislumbra, tendría tiempo hasta para quizá dedicarse al teatro. No de una manera profesional, pues no cabe duda de que en un pueblo perdido sería muy difícil labrarse una carrera artística, pero sí lo suficiente como para ver realizada una parte de él a la que renunció.

Pero da la casualidad de que Rodríguez no vive en el campo sino en un noveno piso de una ciudad ruidosa, y cuando en el ascensor coincide con alguna de las pocas personas que comparten su planta, apenas le dedica unas breves palabras. Que vaya con la que está cayendo o cosas por el estilo. Frases que brotan de su boca de manera automática y que aunque pronuncie con cordialidad no significan nada. Y tampoco realiza ninguna actividad que tenga que ver con la interpretación, a pesar de que cuando fue adolescente participó, gracias a su atractivo físico, en algunos anuncios, y también de que cuando le tocó elegir a qué dedicarse, consideró estudiar en la Escuela Superior de Arte Dramático en vez de en la más terrenal y lucrativa Escuela Nacional de Policía.

Ahora sin embargo ya no está tan seguro de haber escogido lo correcto. Es verdad que es bueno en su trabajo y que hay momentos en que disfruta haciéndolo. Es cierto también que cumple una labor social de la que está orgulloso y que gracias a ello en su agenda tiene más números de mujeres de los que su capacidad física y mental le permite atender, pero a veces lo asalta la incertidumbre, y últimamente con más asiduidad, como es el caso de este mediodía, mientras viaja en persecución de una asesina múltiple que afirma que su obligación es matar a hombres de dudosa conducta. Y aunque tenga la certeza de no caer dentro de esa categoría, se pregunta si no estará él también promoviendo de alguna manera ese clima de desconfianza que impera hoy en día entre los sexos.

Robert Rodríguez es moreno de piel y mide más de un metro ochenta de estatura. Tiene los ojos del mismo color que un mar tormentoso, la nariz rectilínea, la cara angulosa y un mentón ancho sobre el que suele lucir una barba a medio afeitado por la que ya se dejan entrever algunas canas. Siempre tuvo un cuerpo atlético, pero a base de ejercicio y de haber jugado durante toda su adolescencia al voleibol, lo ha convertido en un instrumento de precisión por el que se pirran algunos hombres y un

número nada despreciable de mujeres, aunque por los primeros no se siente atraído. Según sus propios deseos, viste de manera pulcra y objetiva. Pulcra, porque él mismo se plancha las camisas y se cerciora de que queden sin una sola arruga. Y objetiva, porque elige su vestuario pensado siempre en gustar a las féminas. Además, a fuerza de práctica y estudio, Robert ha logrado convertirse en un amante excelso. Hace años que se dio cuenta de que proporcionar placer le satisfacía mucho más que solo recibirlo. Por eso ahora se explaya tanto en los preliminares, y por eso ha aprendido también a dominarse y a eyacular solo una vez de cada treinta coitos, tal como recomienda el gran maestro taoísta Sun Sumiao, del que ha leído traducciones en varios de los libros que ha comprado en relación al tema.

Rodríguez, que a pesar de ser un poco engreído es también un hombre juicioso, no considera que sea esto un gran logro del que regodearse. Quizá más bien es al contrario; piensa que es un conocimiento que todos los varones deberían tener. Pero claro, como por desgracia para las mujeres no es una asignatura que se enseñe en el colegio, Robert, debido más que nada a la poca preparación de sus homólogos, se ha erigido en dicha materia en lo que podría similarmente describirse como un rey tuerto en el país de los ciegos. Aunque es innegable que la conquista le sigue cautivando, le ha dejado de hacer gracia que por el hecho de que sea habilidoso sus amantes tengan una desmesurada tendencia al enamoramiento. Según su visión, sería muy sano para la sociedad que las mujeres aspiraran también a realizar su vida sin depender interiormente de nadie, y aunque ha conocido a alguna que lo hace, hasta ahora, ese rasgo que él tanto anhela, ha ido siempre acompañado de una muy poco alentadora frialdad. Y no es que piense que la personalidad del hombre esté más desarrollada que la de las mujeres, en absoluto, sino que sabe que cada género carga con su específico rosario de problemas: ellos con un miedo visceral a sentir que ocultan bajo una gruesa capa de superioridad; y ellas con un sentimentalismo a flor de piel que se empeñan en confundir con su naturaleza. En cualquier caso, aunque a sus treinta y ocho años ya no está muy seguro de quién es, sigue queriendo cumplir lo mejor que puede con la tarea que se trae entre manos.

Cuando el tren comienza a aminorar la marcha y la ciudad de Hannover se presenta ante él, Robert menea la cabeza y sale por fin de sus ensoñaciones. Es consciente de que el agente especial Andreas Brödel lo estará esperando en el andén y no quiere darle una mala impresión. Después de una leve sacudida por lo que parece se debe a un cambio de agujas, se levanta, coge su maletín y el resto de sus pertenencias y entra en el angostísimo baño del vagón. Revolviéndose como puede en ese espacio minúsculo, se lava la cara y se atusa el cabello. Tiene ojeras del madrugón que ha tenido que pegarse y de las últimas noches que se ha pasado en vela. Una con una mujer entre sus brazos y las otras terminando de redactar informes. Tras arreglarse el cuello de la camisa, a duras penas es capaz de ponerse el jersey. Cuando sale de nuevo al pasillo y se enfunda el abrigo, el tren entra en la estación y se detiene.

El alemán es un tipo fornido. Pareciera como si acabara de salir del gimnasio y con las prisas se hubiera puesto por error las ropas de un compañero suyo, pues apenas cabe en el traje que gasta. Aunque conserva el pelo, su cráneo rapado reluce de tal forma que a primera vista eclipsa el resto de su cara. Una observación posterior más minuciosa, revela unos ojos pequeños y un semblante severo. Robert lo ha reconocido porque sostenía un cartel con el apellido *Rodrigues* impreso en una cartulina en la que también había garabateado un chapucero logotipo del cuerpo. Después de estrecharse las manos y de un breve saludo, se dirigen a la cafetería. Sentados en una de sus mesas, entre el bullicio de las conversaciones, el ruido de los trenes, los anuncios de la megafonía y el olor a salchichas y a café, el español, en un más que correcto inglés, pone a Brödel al corriente de las últimas averiguaciones en relación al caso. Sin hacer referencia a su fuente, después de describirle el perfil psicológico de la mujer, le habla de la supuesta estancia de esta en un hotel cercano. Andreas lo escucha con atención y no hace preguntas. Hace tiempo que ha aprendido que la paciencia puede ser un arma tan poderosa como la *Glock* que lleva en esos momentos en el cinto.

Tras reclamar la atención del camarero y abonar la cuenta, se ponen en pie y se dirigen al Gran Hotel Mussmann, situado a escasos doscientos metros de la Hannover Hauptbahnhof. El cielo está preñado de nubes y hace bastante frío, pero no parece que vaya a irrumpir la lluvia. Después de darse a conocer como policías, el botones del hotel los conduce hasta el despacho de la gerente, donde, al cabo de una breve explicación, Brödel le pide que le enseñe el registro de huéspedes de la semana del 4 al 11 de septiembre. Al pedir las copias de las identificaciones de las dos primeras chicas no acompañadas que se hospedaron durante ese período, verifican que no podrían ser ellas; lo primero porque ambas eran de nacionalidad alemana; y lo segundo porque al ver las fotografías, Robert ha podido comprobar que no tienen ningún parecido con las imágenes de la mujer menuda que él mismo había visto salir disfrazada de la prisión de Quatre Camins y que tanto lo había subyugado. La tercera identificación, de muy mala calidad por tratarse de una sencilla fotocopia, muestra a una joven, rubia y con gafas de sol, cuyos rasgos sí que coinciden con los de la persona que están persiguiendo. Ante esta paupérrima prueba, Rodríguez, con una punzada de decepción en el estómago, maldice sobre la supuesta eficiencia germana; «¿acaso en este próspero país no pueden permitirse un miserable escáner?».

Al cabo de unos minutos, después de haber seguido a lo largo de un perfumado pasillo el sugerente contoneo de la directora y de haber tomado el ascensor hasta la quinta planta, los dos agentes acceden al interior de la habitación 537, ocupada durante la semana en vísperas de la fecha del crimen por María del Mar Pérez Urquijo, de nacionalidad española y de profesión sus labores. Robert ha enviado ya a su central de Madrid una copia del poco esclarecedor DNI, pero está convencido de que no va arrojar ninguna nueva pista. Al entrar en el cuarto no se han molestado ni siquiera en hacer un registro; han pasado muchos meses y los vestigios que hubiera

podido dejar la asesina lógicamente han quedado borrados. Lo único que se le ha ocurrido al detective ha sido acercarse a la ventana, descorder las cortinas y observar el paisaje; enfrente se divisa un herrumbroso parque infantil y a la derecha un decadente bloque de apartamentos. Justo cuando Robert va a hacer un comentario sobre la pretendida, pero en este caso ausente, pulcritud alemana, suena su teléfono móvil. La voz de Pavarotti le indica de manera inequívoca quién es el que está efectuando la llamada.

—¿Estás en el hotel? —pregunta *el rata* sin rodeos, pues es consciente de que a su amigo no le gusta divagar cuando está trabajando.

—Sí, he llegado hace veinte minutos. Todavía no he tirado la toalla, pero me da la impresión de que he viajado en balde —responde él en un tono poco esperanzador.

—Quizá no. Mi fuente acaba de referirme el crimen de Bélgica. No te lo vas a creer; además de toda una profusión de detalles que ya conocemos, en su relato la muchacha habla de los tigres dientes de sable como si fuera una especie con la que estuviera muy familiarizada.

—¿Los tigres de qué...? —pregunta Rodríguez, que para la gran sorpresa de su colega alemán, aguijoneado por un repentino deseo de compartir el lecho en el que durmió una vez la asesina, se ha tumbado en la cama y habla desde una bastante poco ortodoxa posición. «Como me descuide este tío se pega aquí mismo una siesta», piensa Brödel en clara concordancia con el estereotipo de que los españoles son todos unos vagos.

—Dientes de sable, ya sabes, los famosos depredadores de la Edad del Hielo.

—Ya, ya, ¿pero a santo de qué los ha nombrado?

—En cuanto cuelgue te envío la transcripción. Por lo que intuyo, es más que probable que Paula haya estudiado Paleontología. Como ya apunté, podría estar incluso dedicándose a la investigación, lo que estrecharía enormemente el círculo.

—No creo que desee ponérselo tan fácil, pero bueno, se trata de una pista y debemos seguirla. Voy a hacerle unas preguntas sobre ello a mi amigo teutón. Hablamos esta noche... —Y sin añadir nada más, corta la llamada y se pone en pie de un salto tan impetuoso que hace que Brödel reaccione y esté a punto de sacar su pistola.

—El informe del crimen dice que no se encontró el arma homicida y que no hubo testigos. Además, según sabemos, los rastros de ADN coinciden con los hallados en las escenas de los otros seis crímenes, pero no hay concordancia con ningún perfil de las bases de datos policiales. ¿Hay algo de la investigación que deba conocer y que no esté aquí escrito? —dice Robert mientras, sentado otra vez en la cama, saca del maletín un voluminoso expediente con toda la información del caso.

—Lo que pudiera haber ya se lo conté con pelos y señales al detective Kierkegaard, con quien usted ha trabajado en el homicidio que tuvo lugar en Barcelona —aclara su colega alemán, que habida cuenta de lo que ha visto no ha

dudado en plantar también sus posaderas en lo que a todas luces parece un mullido colchón—. No obstante, si tiene tiempo y ganas, podemos acercarnos al taller de la víctima, aunque hace semanas que decidimos levantar el perímetro. La viuda ordenó que lo limpiaran y lo ha puesto a la venta.

—Eso no creo que nos sirva de ayuda. Sin embargo, ¿sabes si existe algún museo de Ciencias Naturales en la ciudad?

—Sí, el Niedersächsisches Landesmuseum, aunque no dedicado al tema en exclusiva. Está a poco más de un kilómetro de aquí —explica Brödel, que parece haberle cogido el gustillo a su comfortable asiento y sin darse cuenta ha comenzado un leve balanceo.

—Ajá. ¿Tiene fósiles de animales extintos?

—Hay un iguanodonte.

—¿Qué...?

—Digo que hay un esqueleto y una reproducción a tamaño natural de un iguanodonte. Miden más de siete metros de longitud. Mi hijo se maravilla cada vez que los ve.

Entretanto, el somier de la cama, bajo el notable peso de los dos hombres y especialmente desde que Robert se ha unido a su compañero en eso de mecerse, ha empezado a emitir un *ñic ñic* que para cualquier oído ajeno podría interpretarse como cualquier cosa menos como una charla amigable entre dos policías.

—¿Podríamos hacerle una visita? —pregunta Rodríguez poniéndose en pie avergonzado; acaba de percatarse del movimiento en el que se habían embarcado y le ha parecido una actitud muy poco profesional.

Andreas Brödel cada vez entiende menos lo que ese tipo se guarda en el caletre. Primero envían a un investigador español que nada más llegar lo pone al corriente de ciertos hechos que solo él conoce sobre el caso y de cuyo origen no ha querido revelar nada. Después, confiando tan solo en su palabra, aunque también, por qué no decirlo, siguiendo las instrucciones que su propio jefe le ha dado, lo lleva al hotel donde supuestamente se alojó la asesina y se hacen con un nombre falso y una fotografía de mucha peor calidad que las imágenes de la chica que él mismo ya vio mientras salía de la prisión de Barcelona. Y ahora, por motivos inciertos, tiene que acompañar al sujeto a ver la osamenta de un dinosaurio que vivió en la comarca hace más de cien millones de años, cuando aquellos parajes no conocían la nieve ni el rigor de los crudos inviernos. Andreas no se imagina qué puede tener que ver una cosa con otra, pero, fiel a sus convicciones, no pregunta nada y responde que sí, que estará encantado de llevarlo.

A pesar de que el museo no se halla lejos y de que a Robert, que no conoce la ciudad, le hubiera apetecido ir andando, nada más salir del vestíbulo, abordan un taxi. Son más de las cuatro de la tarde y aunque pasan ya de mediados de marzo, queda

poca luz y el museo está a punto de cerrar. Durante el trayecto, Rodríguez se interesa por la edad de su hijo y por su actual relación con la madre. La estadística evidencia que la longevidad media de un matrimonio en el que uno de los dos miembros es policía no supera los cuatro años y no confía en que en esta ocasión vaya a ser diferente. Sin embargo, para su grata sorpresa, después de casi una década, Brödel sigue felizmente casado. Su vástago cumplió los seis años hace solo dos meses.

A los pocos minutos, el taxi se detiene frente a un gran frontispicio de caliza rosácea. Robert y Andreas, que al bajarse del vehículo han pillado una racha de viento que casi les congela los bigotes, suben con rapidez las escalinatas, acceden al *hall* y solicitan hablar con la persona responsable de la seguridad. Después de mostrar sus credenciales, el recepcionista los conduce hasta una habitación de techo bajo donde se acumulan sin ton ni son un sinfín de monitores y unidades de discos. Aunque no creen que vayan a ser de mucha ayuda, le preguntan al hombre uniformado que se sienta detrás del mostrador por el tiempo que guardan las imágenes.

—Solo seis meses —responde él con expresión contrita—; el presupuesto no llega para más.

—Me lo temía —murmura Rodríguez en una clara crítica a la supuesta prosperidad germana. Nunca había estado en Alemania, pero hasta ahora el país lo está decepcionando—. Muchas gracias señor —le dice en un inglés con acento de Oxford. ¿Podríamos ver el dinosaurio?

Tras una corta subida en ascensor, nada más abrir la puerta, se dan casi de bruces con el iguanodonte. En vez de expuesto en una sala, lo han colocado en el rellano de la segunda planta de la escalera principal del inmueble. Como es un museo dedicado al arte, se ve que todo lo relativo a la fauna han terminado apiñándolo en un sector no apropiado para conservar obras más valiosas. Cuando observa el reptil, Robert no puede dejar de preguntarse qué es lo que podría tener aquello para que le gustara a un niño de seis años. Se trata de una reproducción más bien grotesca de un animal que parece que huye. Tiene la cola extendida y la cabeza girada hacia atrás en una mueca de espanto, como si estuviera a punto de ser engullido por un terrible monstruo. En el momento en el que se dispone a exteriorizar su, otra vez desfavorable, opinión, Andreas le coge del brazo y se lo lleva a otra zona a la que se accede superando un recodo; en el interior de una gran urna se eleva el esqueleto de lo que fue el dinosaurio que han venido a estudiar. Rodríguez comprende al instante que eso es lo que entusiasma al muchacho de Brödel. Sin ser nada del otro jueves, posee sin duda una sencillez conmovedora. El detective se acerca dos pasos y da una vuelta completa a la vitrina. Viendo en su interior aquella hilera interminable de vértebras, Robert piensa de nuevo en la mujer; presiente que también hay algo de prehistórico en ella, un instinto salvaje y peligroso que en algún sentido ha comenzado ya a devorarlo a él. Tiene la certeza de que hace algunos meses, desde ese mismo lugar que él ocupa ahora, la asesina miraba aquellos huesos y en su cabeza adquirirían un sentido

concreto. Probablemente relacionado con algo que estudió cuando era más joven.

En estos mismos minutos, su equipo en España busca indicios de una mujer llamada Paula que trabaje en un museo o en una universidad de Paleontología. Sin embargo, Robert sabe de sobra que no van a encontrar ninguna pista. Los datos que va revelando los tiene medidos al milímetro. «¿Por qué en el quinto asesinato se dejó grabar y cambió su *modus operandi*? Está claro que pretendía dar notoriedad al crimen. Una venganza anónima no le sirve de nada, pero tampoco le sirve que la atrapen demasiado pronto. Si pretende que un ejército de mujeres se una a su causa, debe seguir matando. Y debe también atraer a los medios. Para ello utiliza a la fuente del *rata*, y quizá también me utiliza a mí. Si no llega a ser por que el tigre dientes de sable no coexistió con este espécimen que hay detrás del cristal y no pudo cazarlo, con seguridad se lo hubiera comido. No debo ser yo su tipo favorito de presa, pero intuyo que ella sí lo es del mío, y dentro de muy poco, en cuanto me aproxime lo suficiente, seré yo quien le clave las garras».

Cuando acaban la visita, ya casi de noche, salen a la calle Willy-Brandt-Allee y se encuentran con los jardines y la fachada iluminada del nuevo ayuntamiento, la Neues Rathaus, un edificio de estilo ecléctico de principios del siglo xx sobre el que Robert ha leído en una guía que compró en la estación de Bremen. El frío, que se ha acentuado, hace que de su boca salga un chorro de vaho que parece estuviera a punto de solidificarse. Por lo que recuerda del monumento, fue el Emperador Wilhelm II quién lo inauguró. Además, cuenta con una gran cúpula sobre la que se erige una plataforma de observación situada a cien metros de altura a la que se accede mediante el único ascensor en Europa con un perfil elíptico. Aparte de sobre este edificio que ahora contempla y que por lo tardío de la hora no pueden visitar, durante el viaje en tren, Rodríguez se ocupó de informarse sobre la Opernhaus, el teatro de la ópera más emblemático de la región de la Baja Sajonia. Su buen amigo Rómulo fue el que hace unos años le despertó lo que ahora constituye una de sus aficiones predilectas. Cada vez que iba a visitarlo a su casa, ponía en marcha su anticuado tocadiscos y lo obsequiaba con alguna de las joyas que guardaba celosamente en sus estanterías. Las primeras veces apenas si reparó en esa música incomprensible que sonaba de fondo, pero con el paso de los meses un vivaz interés se apoderó de él. A partir de entonces, *el rata*, mientras daba pequeños sorbos a su *whisky* de malta, comenzó a contarle el argumento de las obras y las, en ocasiones, turbulentas vidas de los cantantes que las interpretaban. Según el programa que ha consultado en su móvil, esa tarde representan una obra de Puccini, *La Bohème*, y ya que ha terminado su jornada, cree que ir a verla sería una buena manera de olvidarse de esa mujer que inexplicablemente parece haberse adueñado de su alma.

Según ha accedido a su despacho, Rómulo Méndez ha caído hipnotizado por la visión de esa pared que ayer tenía un agujero y que a última hora de la tarde enyesó el albañil. Como no quiere que la mujer que va a venir a verlo pueda sentirse incómoda debido al irritante olor, ha decidido abrir un poco la ventana. Espera la visita de Judith Torres y, cosa insólita en él cuando está trabajando, ha puesto música mientras intenta en vano concentrarse en los informes que ha de preparar para el juez Coronado. María Callas interpreta a *Lady Macbeth* en una grabación realizada en el teatro de la Scala de Milán en 1952. En esos momentos la baronesa está instigando a su marido para que mate al rey Duncan. Un poco después comenzará a sufrir remordimientos y se volverá loca, «tal vez lo mismo que me sucederá a mí si no logro apaciguar mis emociones», piensa el psiquiatra al tiempo que se deleita con la voz de la diva.

La noche anterior Rómulo y Judith no fueron finalmente a cenar. Ninguno de los dos quiso ser el responsable de dar el primer paso, o mejor dicho, ella prefirió hacerse la despistada y él por miedo no volvió a proponérselo. Hoy viene a leerle el sueño que tuvo la noche del 10 al 11 de noviembre en relación al hombre asesinado en Pula, ciudad croata conocida por poseer uno de los anfiteatros romanos mejor conservados del planeta. Rómulo nunca la ha visitado, pero como admirador del imperio que alguien con su propio nombre fundó, y debido a que tuvo que estudiar el homicidio que ocurrió allí hace ahora cerca de cuatro meses, ha visto fotografías del fastuoso monumento y ha podido contemplar sus cuatro magníficas torres y su hermosa fachada de setenta y dos arcos.

Mirko Kovasevic era el director de una de las sucursales del Privredna Zagreb, el segundo banco en importancia del país. Estaba casado y tenía tres hijas. Según la denuncia de la mujer, que casualmente fue retirada un poco antes de comenzarse el juicio, cuando descubrió que cada sábado, aprovechando que ella tenía que trabajar, había abusado de forma sistemática de sus tres pequeñas, hizo las maletas y se las llevó a casa de su madre. La reacción del marido no se hizo esperar, y a la mañana siguiente, tras entrar por la fuerza en el piso, agarró de los pelos a la esposa y las niñas y las obligó a volver su domicilio, lugar en el que se encargó de molerle a ella a palos las costillas con una porra que le había regalado un policía perteneciente a los antidisturbios.

Aunque Kovasevic movilizó a sus contactos de las altas esferas, no pudo evitar ser detenido y acusado de un delito grave. Sin embargo, al cabo de tres días estaba en libertad bajo fianza, aunque eso sí, con una orden de alejamiento que le impedía acercarse a menos de 500 metros de su mujer e hijas. En las semanas siguientes a los hechos, según lo que se averiguó más tarde, Mirko le hizo llegar un mensaje a su esposa advirtiéndola de que si no retiraba la denuncia y regresaban, sus hijas terminarían muertas. Ante semejante amenaza y conociendo las deficiencias del

sistema judicial croata en lo que se refería a la violencia de género, no tuvo más remedio que claudicar. Quince días después, encontraron a Kovasevic muerto en la íntima soledad de su despacho. Estaba sentado en una silla con los pantalones y la ropa interior a la altura de los tobillos. Debajo había un charco de sangre tan enorme que a la subdirectora no le cupo duda de que sería inútil llamar a una ambulancia.

—Gracias por volver a recibirme —dice Judith sabiendo que es la cuarta ocasión en que se encuentran y que Rómulo lo está deseando.

—Es un placer ayudarte —responde él complacido—. Esta mañana me han enviado el retrato robot. Es una chica muy guapa pero a la vez demasiado parecida a miles de españolas. Robert está pensando en dar una rueda de prensa antes de divulgarlo.

—Haced como queráis, pero vuelvo a recordarte nuestro trato. Por cierto, antes de continuar con los sueños, he de informarte de que esta tarde tengo que volver a Bilbao. Regresaré pasado mañana en el primer avión. Lo digo porque sé que andas muy escaso de tiempo.

Rómulo, que contaba con verla todos los días hasta que acabara de leerle los sueños, pues una de sus condiciones, aunque no le había explicado la razón, había sido la de relatarle uno solo en cada uno de sus encuentros, aprieta los labios y no dice nada. Teme que cuando hable su voz contenga indicios de la repentina tristeza que se le ha instalado en la garganta. Sin embargo, él mismo se consuela en cuanto repara en el hecho de que solo estará ausente durante poco más de veinticuatro horas.

—Ya lo he apuntado. Gracias por avisarme.

—Es lo menos que podía hacer. Pero ¿te importa antes de comenzar que cierre la ventana? Prefiero mil veces el olor a yeso que el ruido de los coches.

—Adelante, no faltaba más...

«El viaje hasta Croacia ha sido una lata. El avión se movía a horrores a merced de un viento vertiginoso. Dentro de la cabina oscurecida, solo la luz estroboscópica de los relámpagos permitía vislumbrar de forma intermitente los semblantes de pánico de los pobres viajeros. La adolescente que está a mi lado me mira con cara de súplica y le cojo la mano. “No te preocupes preciosa, hoy no es el día en que tú y yo vayamos a morir. Te lo digo porque ya he pasado por múltiples tormentas como esta”. Esto último no es cierto del todo, pero como mi misión aún no ha concluido, sé que el dios de las mujeres sabrá protegerme de cualquier contingencia.

Muy pronto el mundo conocerá la odisea en la que me he embarcado y eso habrá de servirme de acicate. Aunque habían anunciado una meteorología adversa en la zona desde la semana pasada, no he cambiado mis planes. Tan importante es que muera otro cerdo machista como que lo haga en la fecha correcta. Si dejara de cumplir mi promesa, nadie ataría cabos, y lo que es peor, los hombres a los que

pretendo amedrentar no me tomarían en serio. Por fortuna y porque estaba escrito en mi destino, nuestro avión tomó tierra a la hora prevista. Desde Zagreb hasta Pula hay apenas 300 km que recorro en un discreto coche de alquiler. Un poco más al sur, no lejos de la costa, está la isla de Fenoliga, un lugar paradisíaco que quiero visitar. En él se pueden ver las pisadas de saurópodos mejor conservadas de la Tierra. No es que yo me desviva por esos insípidos reptiles, sino que al igual que ellos dejaron sus huellas en el cieno, yo también quiero dejar pistas a mis perseguidores.

Que una asesina de hombres sea paleontóloga es algo que la sociedad no pasará por alto. Si se aspira a crear un gran mito, es imprescindible revestirlo con peculiaridades. Cuando la gente evoca a un animal prehistórico lo hace siempre con un punto de asombro. Así deseo aparecer yo en vuestro imaginario. Como alguien que ha desafiado las leyes de Darwin y ha evolucionado en algo poderoso contra todo pronóstico. Pero dejemos eso ahora y ciñámonos a cosas más prosaicas.

Mirko Kovasevic se cree muy listo porque ha logrado que su mujer retire la denuncia. El muy iluso no sabe todavía que he llegado a la ciudad con la intención de pedirle un préstamo para abrir una sucursal de mi tienda de ropa. Por supuesto eso es solo una treta...».

—Vaya, veo que eso de los animales prehistóricos lo utiliza para parecer culta ante la opinión pública —dice *el rata* con un ligero temblor en su voz mirando fijamente a la mujer. Se acaba de dar cuenta de que hace rato que perdió el hilo de la historia y que solo le estaba prestando atención a sus carnosos labios; hoy los lleva pintados de un color rojo oscuro que hace juego con el fular que lleva alrededor del cuello. No sabe cómo se ha podido despistar de esa forma, pero tiene la convicción de que no se le ha escapado ningún detalle relevante. En lo que se refiere a sus sentimientos, Rómulo está dubitativo. Desearía preguntarle si cree que entre ellos dos podría haber algo más que una simple relación casual, pero no está seguro. Sus miedos al respecto son demasiado profundos. Por eso trata de hilvanar una conversación que lo pueda sacar del estado en el que se encuentra sin que ella lo note.

—¿Estás inquieto? —pregunta Judith percibiendo lo que rumia su mente.

—¿Yo...? —responde él, incapaz de confesar su angustia.

—Mira Rómulo, voy a serte sincera. No acepté salir a tomar algo contigo porque no quiero complicarme la vida, no porque no tuviera ganas. ¿Te vale con eso por ahora?

En un intento de que no se le suban los colores, Rómulo comienza a reírse.

—Pensé que el psiquiatra era yo —dice en un alarde de franqueza.

—En esos temas no hay psiquiatría que valga. Una mujer sabe lo que un hombre tiene en la sesera sin necesidad de recurrir a la ciencia.

—Acabo de comprobarlo; tantos años de estudio para nada. En fin, me conformo con eso.

—Genial —zanja la empresaria con una sonrisa—. Y en relación a los

dinosaurios, he preferido que lo averiguaras con sus propias palabras. Te dije que no la atraparían hasta que ella quisiera.

—¿Cuántas muertes más crees que harán falta?

—Me imagino que no parará hasta que las mujeres decidamos vengarnos.

Antes de formular su siguiente pregunta en relación a lo que ella acaba de decir, Rómulo duda durante unos instantes.

—¿Y por qué piensas que te ha escogido a ti para revelar su propósito al mundo?

Judith se reclina en la silla y se mira el borde de las uñas. Ayer por la tarde la esteticista del hotel subió a su habitación y las tiene perfectas.

—Te lo conté el primer día: porque soy como ella.

—Sí, y también que aunque habías tenido deseos de matar, nunca te decidiste —aventura a decir el psiquiatra dando unos golpecitos en el pisapapeles. Tiene la impresión de que ha pinchado en hueso y como resultado sus ojos de comadreja centellean.

—Correcto —replica ella con seriedad. Parece que en el horizonte de la conversación comienza a vislumbrar algunos nubarrones.

—¿Me puedes contar cómo murió tu marido?

Si ha de ser honesto, Rómulo tiene que reconocer que no es la primera vez que ha querido hacerle esa pregunta. Además, aunque se le había pasado por la cabeza, no había querido tampoco pedirle un informe del asunto a su colega Robert. Primero porque eso la hubiera puesto al descubierto, y segundo porque sabía que al tratarse de una herencia, habría habido una investigación de la que sin duda había salido airosa y sobre la que no quería conocer los detalles. Sin embargo, hoy sí que lo considera oportuno. Cree que si ha de haber algo entre ellos dos, tendrá que estar basado en la sinceridad. Y justo por eso es por lo decide estirar más la cuerda y añadir otra peliaguda cuestión.

—¿Ibas tú también en el coche? Imagino que al morir de forma violenta y conociendo sus antecedentes y la herencia que te dejaba, la policía debió de interrogarte. ¿Qué les dijiste?

—¿Me he convertido ahora en la sospechosa? —objeta Judith sin saberse si está molesta, o por el contrario complacida por su curiosidad—. De eso hace más de veinticinco años, lo que significa que, incluso si yo fuera culpable, el delito ya habría prescrito. Pero ya que me lo preguntas con tanta insistencia...

»Tomás era repartidor de prensa. Cada mañana se levantaba de madrugada y se iba con la furgoneta a recoger los periódicos del día al polígono industrial del aeropuerto. Yo nunca lo acompañé, pero aquella semana dio la casualidad de que el chico que lo ayudaba se puso enfermo y no pudo encontrar un sustituto.

»Como consecuencia tuve que ser yo la que se quedara en el vehículo mientras él iba con el carrito a hacer las entregas. Una vez ya en el asiento del conductor, decidí que lo más práctico sería que yo misma condujera. La cuarta mañana, al pasar por una zona en obras, después de que me golpeara y me dijera otra vez lo inútil que era

al volante, me despisté un segundo y arremetí contra una de las vallas que protegía el perímetro de una cimentación.

»El coche, con la parte trasera atestada de prensa, cayó a un abismo de al menos cuatro metros. Mi marido no llevaba puesto el cinturón. Él murió aplastado contra el parabrisas y yo me rompí catorce huesos, entre ellos la pelvis. Un poco más y la hubiera palmado. La verdad es que quisieron culparme, pero debido a mi estado no pudieron probar que existiera intencionalidad. Lo cierto es que cuando Tomás me pegó y decidí embestirle a la valla protectora al tiempo que le desabrochaba el cinturón, no pensé que las cosas me fueran a salir tan a pedir de boca...

A Rómulo, que antes de hacer su última pregunta ya había detectado algo turbio en la manera de expresarse de la mujer, esta confesión lo ha dejado pasmado. Por una parte está contento, pues que lo haya hecho significa que confía en él, pero por otro lado acaba de averiguar que, se mire como se mire, la empresaria ha cometido un crimen. «¿Y ahora qué coño digo?» se pregunta justo un instante antes de que una tercera persona irrumpa en el despacho y cambie por completo el signo de sus cavilaciones.

—Señor Méndez, ¿ha visto usted lo bien que ha quedado la pared? Ya le dije yo que Félix era un profesional de tomo y lomo. ¡Ah!, perdone que haya entrado otra vez sin llamar, no sabía que tenía visita —dice el portero a voz en grito a la vez que intenta recular sobre sus pasos.

—¡Joder Sebastián! ¿Cómo quiere que se lo diga? En la próxima junta de vecinos pienso formular una queja.

—Pero, don Rómulo, no sea tan quisquilloso —responde el interpelado chasqueando los dedos y soltando una risita—. Aquí quien más quien menos tiene algún defectillo que ocultar y yo no voy por ahí pregonándolo con un megáfono. Si lo hiciera, le aseguro que no dejaría títere con cabeza, ¿o no sabe usted que estas paredes oyen?

Ante estas palabras, vacuas en apariencia pero pronunciadas por el portero con una evidente sombra de maldad, Rómulo y Judith se miran desconcertados. ¿Acaso lo había oído todo? Por lo que parecía, una mujer con cierta posición social y mucho dinero, acababa, más o menos, de confesar un homicidio delante de un psiquiatra que trabajaba para la policía. Si fuera ese el caso, aunque el crimen hubiera prescrito, los dos estarían en una situación bastante delicada.

—Ande, Sebastián —interviene Rómulo queriendo ganar tiempo y tratando de desviar el tema— coja la puerta y márchese. Ya hablaremos de Félix esta tarde. Ha hecho un buen trabajo. Ahora solo falta la pintura.

—Pues para eso precisamente venía yo a verlo. ¿O es que piensa que me dedico a hacer visitas de cortesía durante mi jornada laboral? Que no, señor Méndez, que se lo tengo dicho, que esta casa se caería en pedazos si no llega a ser por mi tesón. Pero bueno, de todo se cansa uno y, la verdad —dice mirándose sus manos peludas—, espero tener un golpe de suerte y que un día de estos me toque la lotería o algo así

para poder dejarlo. El trabajo mata, don Rómulo, no lo dude —y se vuelve a reír con estrépito—. Venga, no los molesto más. Pueden seguir hablando de sus cosas con tranquilidad que ya me ocupo yo de los merodeadores. ¡Ah!, y acuérdesse de que mañana vendrá el pintor —añade mientras cierra la puerta con sigilo.

I

— ¡Jai, te lo digo de verdad; nunca me había pasado nada parecido.
—*Come on*, Paula, solo son unas malditas pesadillas. A ver si pensabas que tu subconsciente no te lo haría pagar; que estás montada en el dólar y no has pegado golpe. Por tu cara bonita, porque cada hombre que te mira piensa únicamente en cómo de frondoso será el pelo de tu coño.

— ¡Anda, ahora me vienes con el rollo piadoso! ¿Crees entonces que tengo que expiar mis pecados?

— Como cualquier hija de vecina, guapa.

— Se nota que fuiste a un colegio de monjas.

— Pues me dirás tú qué puede significar si no que en tus sueños aparezca un psiquiatra. Una de dos, o empiezas a desfallecer o es que estás enamorándote.

— Que no tía, que te digo que está muriendo gente.

— Gente no, en todo caso hombres, que es muy distinto. ¿O lo que haces con ellos no es peor que matarlos?

— Que me aproveche de su impudicia no es algo comparable. Y sobre lo del enamoramiento, te aseguro que eso no va ocurrir. Ni que estuviera loca.

— Ya veremos. Torres más altas han caído.

— ¡Eso es! Judith Torres. Acabo de acordarme del nombre de la mujer que visita al forense.

Paula Burmester ha llamado a su amiga Alejandra porque por cuarta noche consecutiva ha soñado con que, una tal Judith Torres, nombre que hasta hace un instante no era capaz de recordar, se reúne con un psiquiatra en su despacho de la Gran Vía de Madrid. Durante esas reuniones, la mujer, que debe tener unos cincuenta años, le relata al doctor los sueños que ha tenido ella a su vez con una asesina a la que la policía de toda Europa anda buscando. Por las descripciones que hace de la persona en cuestión, Paula ha concluido que están hablando en realidad de ella.

Tanto las características biométricas como su área de especialización, la paleontología, y el propio nombre de pila, coinciden a la perfección. Además, también coinciden en una cierta inclinación de ambas a aprovecharse de los hombres utilizando el sexo y en la aversión que las mujeres tienen en general hacia los perpetradores de violencia de género. En lo único que difieren las dos Paulas, es en que ella jamás ha tenido ganas de liquidar a un hombre. Quizás en alguna ocasión se le haya pasado por la mente, pero no cabe duda de que se ha tratado siempre de un impulso fugaz.

— Al menos has recordado el nombre. Muy bonito por cierto.

— No te cachondees.

— Lo digo de verdad. A ver, ¿qué querías proponerme?

—Que me acompañes a la policía.

—*Ok sweet heart*, pero cuéntame una cosa; ¿qué pretendes decirles?, que sueñas con unos asesinatos que no se han cometido.

—Te equivocas. Anoche me vino a la cabeza el nombre de la primera víctima. Se llamaba Hans Mayer. Ya te conté que regentaba un taller mecánico y pegaba a su esposa. Pues bien, después de pasarme una larga hora buceando en los periódicos locales de Hannover, logré averiguar que había aparecido muerto el día 11 del septiembre pasado. Alguien le clavó un estilete en los huevos.

—¡*Fuck!*, ¿estás segura?, ¿no lo habrás soñado?

—Joder tía.

—Vale, perdona.

—Lo que quiero ahora es localizar al detective de la Europol que va al despacho del psiquiatra para que este le hable de los sueños que le ha contado la mujer.

—¡Vaya galimatías! ¿Y se puede saber cómo se llama el menda?

—No logro recordarlo. Sé que sus iniciales son R. R.

—A ver déjame probar: ¿Ronald Reagan?

—Jai por favor.

—Está bien... ¿Ricardo?

—No.

—Ramón, Ramiro, Rogelio, Raúl, Rodrigo, Roberto, Rafael, Rosendo, Rufino, Ruperto...

—Coño, sí que eres rápida. Nada, no es ninguno de esos. Ahora que lo pienso creo que el nombre suena como a inglés.

—Pues ya la *hem futut*. ¿También el apellido?

—No, el apellido no. Venga, di unos cuantos...

—Ramírez, Ramos, Rebollo, Redondo...

—¿Rebollo? ¿Cuándo has conocido algún Rebollo?

—La verdad es que nunca.

—Me parece que es uno más común, tipo Rodríguez o algo similar. ¿He dicho Rodríguez?

—Sí, has dicho Rodríguez.

—Pues creo que es ese.

Alejandra, que justo hace dos días se vio por tercera vez en pocos meses la serie de películas *Kill Bill*, suelta lo primero que se le pasa por la imaginación.

—¿No será Robert Rodríguez, el puto director de cine?

—Hostias tía, has dado en el clavo. R. R., Robert Rodríguez.

—Vamos no me fastidies.

—Te estoy hablando en serio.

Alejandra Márquez está más que acostumbrada a las extravagancias de su amiga

Paula, pero esta sin duda se lleva el premio gordo. Es la segunda vez que acude a su casa y que le escucha contar lo que durante las últimas noches ha soñado. No lo describe como pesadillas, sino más bien como sueños muy vívidos con un gran despliegue de detalles. De lo único que no logra acordarse bien es de los nombres de los protagonistas. El resto lo conserva en su memoria como si fuera una grabación magnetofónica. Es capaz de repetir al dedillo y las veces que haga falta, todos los diálogos que han tenido lugar entre la mujer y el psiquiatra forense.

En esos momentos las dos mujeres están en el salón frente a dos tazas recién servidas de *kukicha* y un platito de pastas. La estancia es amplia, de unos cuarenta metros cuadrados, dividida en dos ambientes por una chimenea en la que crepita un fuego a punto de extinguirse. Están sentadas en un sofá de esquinera de piel marrón oscuro frente al cual se encuentra una librería lacada en blanco repleta de libros de paleontología y de otras materias. Entre medias, una mesa de centro de cristal con patas de hierro forjado diseñada por C. Martí sobre la que reposan la bandeja con las viandas, una foto de familia, una escultura de un rinoceronte del mismo autor, del que Paula es una especie de mecenas, y otros objetos de arte de diversa índole. De las paredes cuelgan un Gregorio Pietro auténtico, una serigrafía de edición limitada de Rothko y varios cuadros más de autores contemporáneos españoles en los que Paula ha invertido parte del capital que le dejó su segundo marido.

Solo tiene treinta y seis años, pero ya se ha casado y enviudado dos veces. Nada sospechoso, pues en los dos casos la boda tuvo lugar cuando a ambos hombres ya se les había diagnosticado una enfermedad terminal que acabaría con sus vidas en unos pocos meses. Ni que decir tiene que estos hechos no pueden tratarse de una casualidad, sino de algo escrupulosamente planeado por una mujer que no le hace ascos al dinero. Según cuenta ella misma, al volver de Argentina se dedicó a buscar por hospitales de lujo a hombres adinerados que estuvieran dispuestos a dejarle, a cambio de unos meses de su gratificante y bella compañía, lo que después de todo no iban a poder llevarse al otro mundo. Y lo cierto es que, si los dos maridos tuvieran la posibilidad de salir de sus tumbas y de hablar sobre la experiencia que vivieron, dirían sin titubear que había sido el negocio más lucrativo de toda su carrera.

El resto de la casa, de doscientos sesenta metros cuadrados, también está hermosamente decorado. Al otro lado del salón, separada por el recibidor que hace también de pasillo hacia los otros cuartos, se halla la cocina, atendida de ocho a dos de la tarde por un cocinero filipino que se ocupa además de hacer la compra y la limpieza. «Un todo en uno —como dice la anfitriona—, y que por las tardes se vaya a su casita y me deje tranquila, que para eso le pago un sueldo muy decente».

Mientras dan sorbos al té servido en tazas de porcelana fina, encienden el último modelo de *MacBook* y realizan una búsqueda en *Google*. Muy pronto averiguan que el órgano policial de la Europol en España se conoce como la División de Cooperación Internacional, dependiente a su vez de la D. A. O. (División Adjunta Operativa), cuya sede central se encuentra en las oficinas de la Dirección General de

la Policía de la calle Miguel Ángel, lugar muy próximo a la vivienda que la propia Paula ocupa en el Paseo de la Castellana. Una vez recabada esta información, centran su interés en Robert Rodríguez, pero ninguna de las entradas que aparecen en la larga lista del buscador se refiere a un presunto policía español, lo cual, según coinciden ambas, no es nada de extrañar.

—*Perfect*, ya sabes dónde puedes encontrarlo, si es que existe, claro. ¿Por qué no llamas?

—¡Ay mi niña, pero qué lista eres! Pues claro que voy a llamar —y sin más dilación la joven coge el teléfono de la mesita y marca los dígitos que acaba de anotar.

«Dirección General de la Policía, dice una voz de mujer al otro lado de la línea. ¿Podría pasarme con la División de Cooperación Internacional?, dice Paula. Un momentito por favor, dice la mujer a su vez. Tras quince segundos de espera con música de fondo, contesta un hombre: División de Cooperación Internacional, ¿en qué puedo ayudarle? ¿Podría hablar con Robert Rodríguez? ¿De parte de quién? Mi nombre es Paula Burmester. ¿Sería tan amable de indicarme el motivo de su llamada? No faltaba más. Llamo en relación al asesinato de Hans Mayer, dice Paula. Por lo que veo es un tema grave, dice el hombre. ¿Me lo puede deletrear? Sí claro, y tal como le ha pedido le dicta las letras del nombre una por una. ¿Ha hablado ya del asunto con la Policía Nacional? Es el conducto habitual en estos casos, dice él. No, no he hablado con ellos, dice ella, el crimen se ha cometido en Alemania, por eso pregunto por el señor Rodríguez. ¿Quién le ha facilitado el nombre del inspector?, dice él. Me lo ha facilitado una amiga mía, dice Paula mirando de reojo a Alejandra. ¿Me puede decir cómo se llama su amiga? ¿Es que importa eso mucho? Sí que importa, señorita. Se llama Alfonsa Rebollo, dice improvisando. ¿Conoce ella al agente? No, no lo conoce. ¿Entonces cómo ha podido facilitarle el nombre? Es una larga historia. Señorita, esto no es ningún juego. Si tiene información sobre un crimen, debe colaborar, dice el hombre elevando el tono. Por eso mismo estoy llamando, dice Paula. ¿Me puede dar la dirección de su casa y su número nacional de identidad? Sí claro, por supuesto. ¿Tiene un bolígrafo? Señorita, le he dicho que... Vale, vale. Y acto seguido Paula le da la información que pide. En estos momentos Robert Rodríguez no está disponible, pero puede hablar conmigo sobre el asunto. Es que tengo que decírselo precisamente a él. ¿A qué se debe eso? Ya se lo he dicho, es una larga historia. Pero bueno, ya que insiste se la contaré a usted. Adelante, dice él. Como ya le he dicho, tengo información sobre el asesinato de Hans Mayer, encontrado muerto por herida de arma blanca en los genitales en su taller de Hannover. Conozco algunos detalles sobre la persona que lo hizo. ¿Está segura, señorita? Sí, claro que lo estoy. ¿Podría darme esos detalles? Lo siento, pero prefiero hablarlos directamente con R. R. ¿Sabe que podría estar incurriendo en un delito de obstrucción a la justicia? Pero si he sido yo la que he llamado, ¿cómo podría convertirse eso un delito? ¿Tiene móvil, señora Burmester?

Señora no, señorita. Perdón, señorita. Sí, sí que tengo móvil. ¿Tiene para apuntar? Señoritaaaa..., dice la voz visiblemente contrariada. Y entonces Paula le da su número de móvil. Le diré al inspector que la llame en cuanto pueda. Manténgase localizable por favor. Muchas gracias. Muchas gracias a usted, dice ella. Un saludo. Un saludo, dice él». —Y luego la comunicación se corta.

—Ya te dije que el tal Rodríguez existía de verdad. Esperamos un rato y si no llama nos vamos directas a la comisaría.

—*Ok darling*, esto se pone interesante. Déjame mirar a ver qué encuentro sobre Judith Torres. Por lo que me has contado se trata de una persona conocida, y ya no dudo de que sea real.

—Órale —replica Paula recordando sus tiempos del DF.

Judith Torres - Wikipedia, la enciclopedia libre.

Nacida en Villanueva de los Castillejos, provincia de Huelva, en 1963. Fundadora y única propietaria de la cadena de establecimientos de belleza y cosmética MB. Cuando apenas contaba tres años, su familia se traslada a Bilbao, ciudad en la que, tras la muerte infortunada de su marido en un accidente de tráfico, abre la primera tienda en el año 1989 en el barrio de San Ignacio. Al cabo de un lustro ya es poseedora de 10 establecimientos, situados todos ellos en el norte peninsular, entre Vizcaya y Cantabria. En 2009, veinte años después de iniciar la actividad, cuenta con 100 centros, estando la firma presente en casi todas las provincias españolas. Desde 1998 es Presidenta de la Fundación MB, cuyo objeto social es la defensa y ayuda a mujeres víctimas de violencia de género. En la actualidad, Judith Torres reside en el pueblo cántabro de Castro Urdiales.

—Anda, otra que tal baila. Justo empieza a prosperar cuando el tío la espicha — comenta Alejandra divertida.

—No te lo he contado, pero en mi último sueño resulta que Judith le acaba confesando al psiquiatra que fue ella quién mató a su marido.

—*Non fotis* —dice Jai encantada.

—Se tiró de cabeza a un socavón mientras conducía una furgoneta de reparto. Ella casi muere, pero desabrochándole el cinturón se aseguró de que él no saliera con vida. El muy cabrón le pegaba unas hostias de órdago.

—Que se joda entonces.

—Y ahora vive como una reina y se ocupa de otras mujeres que están en su misma situación. Una tipa admirable, ¿no crees...? —Entonces, justo después de haber terminado la frase, suena el móvil de Paula.

«Sí dígame. ¿Paula Burmester? Yo misma, ¿de parte de quién? Soy el inspector Robert Rodríguez, creo que hace un rato ha dejado un mensaje para mí. Efectivamente, antes he llamado y me ha atendido un caballero muy amable. Pues ese caballero me ha dicho que tiene usted información sobre el asesinato de un tal Hans

Mayer. ¿Es eso correcto? Sí que lo es, dice ella. Acabo de comprobar, dice Rodríguez, que ese hombre murió el septiembre pasado, el día 11 para ser más precisos. Así es, dice Paula. ¿Y por qué piensa que yo debo estar informado al respecto?, dice él. ¡Ah!, ¿es que no lo está?, dice ella al tiempo que mira a su amiga con cara de sorpresa. Pues no, no lo estoy. Recién me entero de ello a través de usted, dice él. Qué cosa más rara, dice ella. ¿Y por qué ha de serlo?, no hay manera de que yo pueda estar al corriente de todos los crímenes que se comenten, dice él. Ya lo sé, dice ella, pero al tratarse de una asesina en serie me imaginaba que ya estarían tras su pista. ¿A qué se refiere?, ¿qué asesina en serie?, dice él. La asesina del 11 de septiembre, —nombre con el cual se le acaba de ocurrir bautizarla—, dice ella. Vamos, señorita, no me tome el pelo, si quiere jugar a policías búsquese a otra persona. ¿Cómo se ha enterado de mi nombre? Ya se lo dije a su compañero, es una larga historia, dice ella, pero si quiere que le informe acerca de los otros crímenes, será mejor que nos veamos en persona. ¿Y por qué no me cuenta alguno más ahora?, dice él. Si así lo desea..., dice ella. Sí, así lo deseo, dice él empezando a impacientarse. La segunda víctima se llamaba Wouter Nielsman, pastelero y maltratador de la ciudad de Gent que apareció muerto en la trastienda de su negocio el día 11 de octubre. Murió desangrado por una puñalada asestada en sus partes. ¿Ha dicho Gent, en Bélgica?, dice él. Exacto, dice ella. ¿Me puede deletrear el nombre de la víctima?, dice él. Claro que sí, dice ella, y con las mismas le dicta las letras. Un momento por favor. Entonces, al otro lado del teléfono se escucha el sonido inconfundible de unos dedos pulsando un teclado. Tras dos minutos de espera se oye de nuevo la voz de Rodríguez: señorita, vive usted en Madrid, ¿verdad? Sí, dice ella. ¿Podría venir ahora mismo?, dice él. Por supuesto que puedo, para eso lo he llamado, dice ella. Pues haga el favor, y la advierto que si se trata de una broma pesada, voy a hacer que la encierren, dice él. Le aseguro que dentro de unas horas va a desear que lo fuera. Voy ahora mismo para allá, pero iré con una amiga, dice ella. Como usted desee, dice él». —Y sin mediar más palabras cortan la comunicación.

II

Aunque hubiera preferido ir acompañada, al final Paula ha tenido que ir sola a ver al inspector. Su amiga Alejandra, que se dedica al comercio de cuadros, ha recibido la llamada de un acaudalado comprador y no le ha quedado más remedio que acercarse con él al depósito de su galería a enseñarle un retrato. Se trata ni más ni menos que de un Velázquez recientemente atribuido al pintor sevillano. La obra se hallaba en Panamá, en casa de una rica familia que la compró hace más de dos siglos. Sospechando la posible autoría, la actual propietaria trasladó el cuadro en secreto hasta un museo de Múnich, donde se hicieron las pruebas y peritajes necesarios para confirmar que fue el gran maestro, en una época tardía, el que lo pintó. La operación de venta puede ascender a más de treinta millones y una llamada al respecto no es algo que se pueda ignorar. Por eso Jai, con todo el dolor de su corazón, ha tenido que renunciar a ir con ella a la comisaría.

Antes de salir de su casa, Paula se ha duchado y cambiado de ropa. Por la parte de arriba, encima de un sujetador de encaje *Intimissimi*, se ha puesto una camisa de *Fendi* color crema y una gargantilla que compró el mes pasado durante uno de sus frecuentes viajes. Por la parte de abajo, unas medias oscuras, una falda de *Prada* a juego y unos zapatos de tacón bajo de *Chanel*. La chaqueta de entretiempo es de *Zara*, muy económica pero bonita, que es a fin de cuentas lo que le importa a ella. Como es el mes de marzo y en el día de hoy la temperatura es benigna, no se preocupa por llevarse un jersey. Mientras se echa unas gotas de perfume, no deja de pensar en lo extraño que es que Rodríguez no estuviera al corriente de los asesinatos. En sus sueños quedó muy claro que un policía danés, al producirse el cuarto crimen, había logrado establecer con éxito una relación entre ese y los tres anteriores, momento a partir del cual había puesto en alerta a todos sus homólogos de la Europol, y en especial a Robert Rodríguez, pues según había deducido era muy probable que el siguiente crimen ocurriera en España. Así que cuando deja el domicilio ya no está tan segura de que el inspector se vaya a creer a pies juntillas lo que le va a contar. Por eso, y porque nunca está de más utilizar sus armas de mujer para lograr sus fines, se suelta el último botón de la blusa, se pone el abrigo, coge el bolso con decisión y abandona su vivienda de lujo.

—Muy bien, señorita. ¿Me puede decir de dónde ha sacado la idea de que existe una asesina en serie? —le pregunta Robert Rodríguez a la mujer que tiene delante. Tras anunciarle su visita desde el control de entradas, un agente uniformado la ha conducido a su despacho y él le ha ofrecido una silla. Se trata de una chica singularmente hermosa. No es muy alta, sobre todo en comparación con el propio Rodríguez, pero su negro pelo y sus ojos almendrados desprenden un halo de

atrayente misterio. Además huele de maravilla, como si acabara de salir de la ducha. No obstante, Robert no hace ningún gesto de complacencia y procede con ella como si estuviera interrogando a una mujer corriente.

«Vaya, este tipo no está pero que nada mal. Se le marcan todos los músculos debajo de esa camisa impoluta y tan bien planchada. Y además, al verme se ha quedado impasible, cosa poco común...».

—Por supuesto, pero la verdad no espero que me creas. Por cierto, ¿puedo tutearte? —pregunta Paula sin pretender hacerse la simpática.

—Si lo prefiere así, adelante. ¿Y bien? —dice Robert reclinándose en la silla y cruzando las piernas. Por debajo del pantalón vaquero se adivinan unos cuádriceps muy bien trabajados.

—Se trata de lo siguiente: resulta que llevo unos días soñando sobre una conversación que, en relación a la asesina de la que te he hablado antes, mantienen dos personas; un psiquiatra forense de Madrid y una rica empresaria del mundo de la cosmética. Durante sus diálogos, que tienen lugar en la oficina del hombre, la mujer describe el *modus operandi* de la homicida y da detalles precisos sobre los crímenes que ha cometido, acaecidos el día 11 de cada uno de los siete meses que han transcurrido desde el mes de septiembre, aunque hasta ahora solo ha hablado de tres.

»Recuerdo a la perfección los lugares y las circunstancias de estos tres asesinatos, tanto es así que podría recitarlos de memoria, sin embargo, los nombres de las víctimas me van viniendo a trompicones y aún no he recordado la tercera. Además, para hacerlo todo más enrevesado, también he soñado con una reunión que mantuvisteis tú y el mencionado doctor y en la cual se describieron dos homicidios más, uno en Barcelona y otro en Copenhague.

La joven ha acertado de pleno, Robert no puede creerse ni una sola palabra de lo que está escuchando. Es cierto que ha comprobado que los dos asesinatos sucedieron en las fechas indicadas por ella, pero ese dato, aunque no hubiera sido pregonado a los cuatro vientos por los medios, podría averiguarlo cualquiera. Sin embargo, Robert reconoce que ambos casos tienen cierta similitud y que ningún investigador de la Europol había sido capaz de establecer un vínculo. Por eso ha sido por lo que ha aceptado recibirla, y por eso ahora, incluso después de haber oído toda la sarta de insensateces que ha salido de su preciosa boca, está dispuesto a seguir escuchándola.

—Continúe por favor —dice él sin cambiar su sobrio proceder.

—Tu nombre, que tampoco recordaba y que he logrado traer a mi memoria justo esta misma mañana gracias a mi mejor amiga, lo pronuncia el psiquiatra durante vuestra reunión, cuyas iniciales por cierto son R. M. (es lo único que por ahora recuerdo). Por el tono que usabais parece que sois buenos amigos.

»La rica empresaria se llama Judith Torres, persona que he comprobado que también existe en la vida real y que va a visitar al forense porque ella a su vez sueña con la mujer que está sembrando el pánico en Europa.

—¿Perdón...? —interrumpe Rodríguez al tiempo que coge un bolígrafo

Montblanc que tiene encima de su caótico escritorio—, esta vez me he perdido. ¿Puede repetir eso?

—¿A qué parte te refieres?

—A lo de la mujer que visita a Rómulo —dice Robert con toda la intención. Revelando el nombre de pila del supuesto psiquiatra quiere lanzarle un globo sonda y ponerla en aprietos.

—¡Eso es, ves cómo tengo razón! Rómulo Méndez, conocido en sus círculos como *el rata*. Gracias por recordármelo.

—Ya —responde dubitativo el detective dándose golpecitos en la palma de la mano con el boli *Montblanc*—. Que somos amigos lo sabe mucha gente, eso no es precisamente un secreto de estado.

—Te dije que no ibas a creerme —protesta ella esbozando una tímida sonrisa.

—O sea que, según tú, esa mujer, Judith Torres, va a ver a mi querido colega para narrarle unos sueños que tiene acerca de una asesina, ¿lo he entendido bien?

—Es correcto. Y gracias por tutearme —y la cara de Paula ahora sí que se ilumina de verdad.

Robert reconoce al instante que esa boca y esa manera de sonreír deben causar estragos en los hombres, pero en este momento él es inmune a ambas. Su apetito sexual fue por completo satisfecho hace apenas dos noches por una hembra que no tenía nada que envidiarle a la que tiene enfrente. Además, por esas casualidades del destino, esa noche había eyaculado de forma abundante y ahora está en pleno proceso de recuperación. Siempre le pasa igual; una vez que el semen ha escapado de su cuerpo, se apodera de él una languidez extrema que tarda varios días en soltarle, días que dedica sobre todo a leer y durante los cuales prefiere no tener ninguna relación. Por eso Rodríguez apenas reacciona ante la sonrisa con que le ha obsequiado la chica y sigue hablando de una manera neutra.

—Rómulo Méndez no es un psiquiatra al uso. No recibe a personas para hablar de sus sueños. Además, ayer mismo lo vi y creo que me lo habría comentado.

—No lo dudo. Yo tampoco tengo explicación a lo que está pasándome, pero que los dos primeros crímenes hayan resultado ser ciertos, es algo que no puede ignorarse, ¿o me equivoco? —dice Paula retrepándose en la silla. Al hacerlo ha cruzado las piernas y la raja de su falda ha dejado por un segundo a la vista la mitad de su muslo. No ha sido un gesto calculado, sino la consecuencia de los movimientos naturales de una mujer que sabe lo que quiere.

Aunque Robert no ha podido evitar desviar imperceptiblemente la mirada y ha comprobado que tiene unas piernas bonitas, permaneciendo en su papel de policía circunspecto, no ha dejado traslucir ni una sola emoción.

—No, no te equivocas. Por eso te escucho. ¿Qué me puedes contar del resto de los supuestos crímenes? —dice él con la voz más fría que una placa de hielo.

Por lo atractivo que es y por el aplomo con que lo ve actuar, Paula sabe que el hombre que tiene delante de sus ojos está más que acostumbrado a tratar con mujeres.

«Un magnífico ejemplar —piensa empezando a ordenar sus ideas—, hace mucho que ningún tío me supone un verdadero reto...», y sin dejar que su mente elucubre sobre algo que de momento es solo una fantasía, comienza a recordar su sueño.

—El tercero tuvo lugar en Pula, una ciudad croata. La asesina parece que sigue un orden alfabético a la hora de escoger los países. La víctima trabajaba como director en una sucursal bancaria. Como te he dicho, todavía no recuerdo su nombre. El individuo en cuestión fue hallado en su despacho, sentado en su silla giratoria con los pantalones bajados hasta las pantorrillas y encima de un cenagal de sangre. Según la autopsia, murió como consecuencia de una herida por arma blanca infligida en sus partes pudendas. Ocurrió el 11 de noviembre del año pasado.

En ese instante Robert Rodríguez se levanta y, tras disculparse con la mujer, se ausenta del despacho. Sin que el agente lo pueda llegar a atestiguar, Paula se queda deslumbrada. Su planta le ha recordado al actor oriental Leung Kar Fai, protagonista de *El amante*, película que se sabe casi de memoria. «Quizás más que su físico lo que tengan en común sea una manera de moverse, como si a los dos la gravedad les afectara de una forma distinta», reflexiona Paula mientras oye cómo la puerta se cierra a sus espaldas.

Ya que se ha quedado sola, aprovecha para levantarse ella también y estirar un poquito las piernas. El ventanal que tiene enfrente da a un extenso jardín. Diseminados entre los arriates, hay algunos magnolios. A la derecha, en fila, cinco almendros todavía en flor intentan alcanzar con sus ramas las oficinas de la primera planta. Paula distingue también algunos pajarillos haciendo piruetas sobre el césped, pero como los cristales son blindados no consigue escucharlos. Sin embargo, al prestar atención, lo que la joven sí oye es un zumbido sordo que proviene de alguna clase de artilugio, «tal vez sea una torre de refrigeración», piensa antes de darse la vuelta y concentrar su mirada en el despacho.

Encima de la mesa, colocadas en completo desorden, hay un sinfín de carpetas de distintos tamaños. A la izquierda, sobre una cajonera auxiliar también medio cubierta de papeles, hay un teléfono, un voluminoso objeto que parece una simple piedra del desierto y un portátil cerrado. No ve fotografía ni retrato alguno. A su derecha hay una estantería repleta hasta el techo de libros. Paula da dos pasos y gira la cabeza para leer los títulos. Además de las obras completas de Jung, tiene algunas novelas, entre las cuales, *Las inquietudes de Shanti Andía* es la única que recuerda haber leído. El resto son libros de criminalística y derecho penal, todos de un grosor tan excesivo que solo verlos provoca somnolencia. Cuando han pasado diez minutos y Paula ya está a punto otra vez de sentarse, se oyen pasos y la puerta se abre.

Rodríguez ha entrado. Tras rodear la mesa para ocupar su silla, alarga la mano y le ofrece un botellín de agua, que Paula acepta. Como no ve indicios de que vaya a proporcionarle un vaso, desenrosca el tapón y bebe directamente del envase.

—Qué rica —dice a la vez que le escudriña el rostro: los ojos del mismo color que un azulejo de piscina, la nariz grande y recta; las cejas pobladas y muy juntas; el

pelo revuelto y bien cortado; y por último una incipiente barba entrecana a lo George Clooney que no oculta su anguloso y atractivo mentón. Si no llega a ser porque al entrar ha tenido que pasar por un escáner y una agente le ha hecho quitarse los zapatos, diría que podría tratarse de un gánster o un capo de la droga. Sin embargo es policía, eso lo sabe bien, y como a Paula, que aunque carece de moral en muchos aspectos, le complace estar del lado de la ley, se alegra por ello.

Quizás en algunos momentos le gustaría ser como la chica que describe Judith Torres en sus sueños; idealista y defensora a ultranza de los débiles, pero no, ella no es de ese tipo; no es una persona capaz de renunciar a los lujos y a los placeres que el dinero le brinda, ni tampoco una mujer que se compadezca de las miserias que viven los desfavorecidos, y mucho menos alguien que no pueda dormir por las noches pensando en las guerras y en todos los niños inocentes que mueren en ellas. «Es verdad que soy así y que algunas veces me desprecio a mí misma, pero si algo he aprendido hasta ahora, es que no puedo renunciar a mi carácter. Yo he venido al mundo en este bonito cuerpo que dios me ha dado y lo utilizo sin tapujos y de forma honesta para mis propios fines. Es cierto que mis acciones pueden ser criticables, pero no es menos cierto que de mi boca jamás ha salido una sola mentira».

—Acabo de comprobar que en efecto, un tal Mirko Kovasevic, de profesión banquero, murió en la ciudad de Pula, al este de Croacia, mientras se hallaba en su puesto de trabajo el día 11 de noviembre del año pasado. Sin embargo, y me imagino que será algo que me podrá explicar —añade Rodríguez volviendo a tratarla de usted para seguir manteniendo las distancias—, ni su muerte fue violenta ni era un hombre que maltratara a su familia.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que Mirko no fue asesinado? Es el mismo nombre que aparece en mi sueño.

—Eso es.

A Paula esta revelación le supone un severo mazazo. Después de haber comprobado que la mayoría de los hechos que ha visto en sus sueños tienen una correspondencia exacta en la vida real, no se esperaba una divergencia de tal magnitud.

—¿Estás seguro?

—Mira Paula —le dice Robert usando por primera vez un tono más o menos cercano—, te aconsejo que me cuentes de qué va todo esto. Tengo infinidad de cosas que hacer y mi tiempo es escaso. Mirko murió de un ataque al corazón y tenía los pantalones en su sitio.

—Debe de haber un error..., ¿y qué me dices del hombre que mataron en la cárcel de Quatre Camins?, ¿no fue una mujer que después de seducir a un guardia envenenó al recluso? ¿No te encargaste tú de la investigación? ¿Y del danés que vendía cucuruchos de gambas y fue encontrado en su vehículo con un puñal clavado en los cojones?

—No sé de qué me hablas.

Paula se queda paralizada. Una sensación de vértigo se ha apoderado de su estómago y su capacidad de raciocinio ha desaparecido. No puede pensar con claridad y mucho menos decir algo coherente. En esos instantes desearía salir corriendo e irse a casa a ordenar sus ideas, pero antes de actuar de forma compulsiva se obliga a recapacitar: «Vamos a ver, niña, estate tranquila. No es posible que estés loca. Se ha demostrado que ese hombre existe y también esas muertes. Aunque haya discrepancias significativas, el grueso de la historia es real, tan real como que ahora estoy en el interior de un edificio y tengo un policía delante. Solo necesito un poco de tiempo para poder pensar correctamente», y según acaba de reflexionar, ya dueña de sí misma, se dirige de nuevo al detective:

—Vaya..., entonces me parece que tengo que pedirte disculpas. Creo que me he precipitado al venir. Debería haber hecho los deberes en casa —tras lo cual echa mano del bolso que había dejado al pie de la mesa, se arregla la falda y hace el ademán de levantarse.

—Espera un segundo. ¿Me estás insinuando que es cierto que lo has soñado todo?

—¿Y cómo crees si no que podría haberlo averiguado? ¿Acaso piensas que he estado husmeando en la prensa internacional y en tu vida privada con algún propósito siniestro?

—La verdad es que no —responde él convencido.

—Me alegra saberlo. Ahora lo siento pero debo marcharme; necesito hacer una llamada —dice ella resuelta a seguir con su plan.

—Por curiosidad, ¿podrías decirme a quién?

—A Judith Torres —y como si la mera mención del nombre hubiera activado un mecanismo oculto, Paula se levanta de la silla, se pone la chaqueta, le tiende la mano al policía, le da las gracias y abandona el despacho.

Con toda esta precipitación no se ha dado cuenta de que en cierto instante, por virtud de que se había desabrochado adrede el último botón de la blusa, Robert ha podido vislumbrar con claridad el sujetador de encaje y la vibrante curvatura de sus pechos. «Justo del tamaño adecuado», ha pensado mientras, esta vez sí, un ardor familiar le ha atravesado el cuerpo.

III

Alejandra Márquez ha acudido por segunda vez en la misma jornada a la lujosa vivienda de su íntima amiga. El rico británico que contactó con ella antes de que Paula se marchara a ver al inspector, tiene un gran interés en adquirir el cuadro. Este se halla ahora en Madrid, en el depósito de seguridad de su prestigiosa galería de arte. La propietaria decidió traerlo a España para cumplir con la Ley de Protección del Patrimonio Histórico, la cual obliga a obtener el permiso del Ministerio de Cultura para que la obra pueda ser primero vendida y subsecuentemente trasladada fuera del país. Como quiera que el pasaporte del retrato no está todavía en regla, lo único que Alejandra ha podido hacer de momento ha sido intentar convencer al comprador de que firmara un contrato de arras.

Para discutir sobre el asunto, el supuesto *gentleman* ha querido invitarla a comer, invitación que Jai educadamente ha sabido rechazar sin que el sujeto se sintiera ofendido. La razón para ello no ha sido otra que, aunque estuviera deseosa de cerrar el negocio, su turbio acento y la extrema tosquedad de la que hacía ostentación el individuo le han causado rechazo. Alejandra sabe que en condiciones normales lo conveniente hubiera sido aceptar, pero cuando su instinto le indica que es mejor no arrimarse a alguien, procura seguirlo a rajatabla.

Son las cuatro de la tarde y las dos amigas están todavía en la cocina. Sobre la mesa en voladizo del aparador principal, han extendido algunos de los platos que Rolando, su hombre para todo, ha preparado a mediodía: unos pinchitos *satay* de pollo; una sopa picante *tom yam* y unos *futomakis temporizados* de atún rojo recién pescado en el Mediterráneo. Desde que el año pasado viajaron por el Sudeste Asiático y Japón, las dos se han aficionado mucho a la comida oriental y a las especias. Sentadas en sendos taburetes de diseño, mientras beben un rosado *Mont Marçal* y van dando cuenta de esos deliciosos entremeses, Paula la pone al día de la conversación mantenida con Robert.

—Parece raro que coincidan todos los hechos excepto que el croata no fuera asesinado —dice Jai después de haberla escuchado durante un buen rato—. ¿Qué sentido tienen entonces tus sueños?

—Ni idea, tía. Pero no se trata solo del banquero de Pula. Tampoco concuerdan las muertes ocurridas en Barcelona y Copenhague. Acabo de investigarlo en internet. El danés fue víctima de un robo y murió de un disparo, y el recluso cayó a manos de su propia esposa en un vis a vis. En este último caso ni siquiera ocurrió en la misma fecha, pues tuvo lugar el día 13. La mujer fue juzgada y ahora cumple condena. Es una matrona de etnia gitana que no se parece ni de lejos a la justiciera que andamos buscando —refiere Paula jugando con su copa de vino.

—¡*Bloody Sunday!* —exclama Alejandra, a la que como ya se sabe, aunque solo

lo hace cuando está con amigos, le encanta ir soltando cada dos por tres modismos en diferentes lenguas—. ¿Y qué coño *fem*? —añade considerándose ya como una pieza más del engranaje.

—Lo único que se me ocurre es llamar a Judith. Quizá sea cierta la parte que le concierne a ella y haya soñado también con la asesina.

—Genial —responde su amiga llevándose un *satay* a la boca.

—Pero no logro dar con una buena manera de abordarla.

Al escuchar esto, Alejandra se queda pensativa. En su paladar acaba de explotar el sabor punzante de la deliciosa sopa tailandesa.

—Ya lo tengo —dice al cabo del rato—. ¿No preside una fundación para mujeres maltratadas? Pues la llamo en nombre de la galería y le digo que estamos pensando en realizar una donación y que deseamos mantener una reunión con ella.

—Es una buena idea. Aunque, bien pensado, preferiría no tener que ir contando mentiras.

—No vamos a mentir *my dear*, esa mujer se lo merece y pienso soltarle al menos seis mil euros.

—*All right* —vitorrea Paula imitando por una vez a Jai—. Y súmale otros seis mil de parte de mis difuntos —añade invitando a su amiga a que apuren sus copas.

Judith Torres ha aceptado recibir a las dos mujeres en su despacho de la alameda Recalde de Bilbao. Han pasado ya dos noches, durante la última de las cuales Paula ha soñado que, la mujer que está a punto de conocer ahora, le contaba al psiquiatra Rómulo Méndez el crimen ocurrido en Helsinki. La misma asesina y el mismo *modus operandi*. El mismo tipo de víctima y la misma ausencia de lágrimas por parte de su esposa. Si no llega a ser porque la policía está obligada por mandato constitucional a perseguir a todos los delincuentes, sería muy probable que la dejaran actuar a sus anchas. Pero como en las sociedades democráticas el peso de la ley ha de recaer en todos los individuos por igual, los medios y los equipos de investigación continúan afanándose en descubrir la identidad de la persona que está desafiando la paz social y la forma de vida de occidente.

Para Paula, sin embargo, lo más interesante de esas horas que ha pasado rodeada de oscuridad y sueños, es el cariz que está tomando la relación entre el psiquiatra y la rica empresaria; dos personas amables que a sus cincuenta años viven en un celibato que no les satisface. Aparte de eso poco más comparten o tienen en común, excepto quizás un buen humor que les hace encarar el futuro con una buena dosis de ilusión. Ya agotada la tarde, unas horas después de que se hubieran despedido en la oficina, Rómulo ha llamado a Judith y se han ido a tomar una copa al *Dry Bar 1862* de la calle del Pez. Es una *coctelería* clásica en la que han aprovechado la antigua bodega del sótano para crear un ambiente *chill out*. Música electrónica a un volumen muy bajo cubre justo el rumor de las conversaciones, mantenidas todas a un nivel de

susurro, como si allí dentro tan solo se estuvieran contando confidencias.

Ella ha pedido un *Blue Monday* y él se ha decantado por un *Cosmopolitan*, que es el único que ha probado en alguna ocasión. Tras unos momentos de un silencio plomizo, no solo como un manido pretexto para hablar sobre algo y llenar el incómodo vacío, sino porque siente una curiosidad real, Judith le ha preguntado a Rómulo por su infancia. «A las pocas semanas de que mi padre, mientras estaba en el tajo —comienza diciendo el psiquiatra—, arrojara desde el andamio a su amigo Inocencio por haberse atrevido a repetirle que su hijo parecía ser hijo de otro y de que lo ingresaran en prisión, mi madre apareció en casa con un gañán que se las daba de chulito y con el cual se fugó unos meses después. Mi padrastro, o lo que quiera que fuese aquel tipo, fue el que me rebautizó con el nombre del *rata*, favor por el que siempre le estaré agradecido, pues el mote, por mor de que me lo he tomado siempre a cachondeo, me ha servido de forma recurrente para protegerme de mis propios complejos. Como solo tenía diez años y no podía pagar el alquiler del piso en el que me habían abandonado, tuve que pedirle ayuda a mis vecinos, quienes no tardaron mucho en ponerme en manos de los servicios sociales. Durante los siguientes ocho años fui de un hogar de acogida a otro sin realmente apenarme por salir de ninguno...», le escucha Paula decir a Rómulo en sus sueños justo antes de que el despertador la trajera de vuelta a la vigilia; ha tenido que levantarse pronto para coger el vuelo a Bilbao y se ha quedado sin conocer el final de la historia, ni tampoco cómo demonios fue que acabó la velada.

—Gracias por recibarnos —dice Alejandra una vez que han accedido al despacho de la empresaria—, aquí tienes mi tarjeta. ¿Te puedo tutear?

—No faltaba más. Gracias a vosotras por el interés hacia mi fundación —responde Judith mirando con agrado la bonita tarjeta que le tiende la chica—. Así que sois marchantes de arte. No debe de ser fácil con los tiempos que corren...

—No te creas, en este mundo el dinero sigue fluyendo con abundancia. Y lo que veo a mi alrededor parece ser una prueba de ello —replica Jai haciendo un mohín de aprobación hacia el cómodo tresillo en el que están sentadas.

Judith no puede evitarlo y al oírla suelta una carcajada.

—Tienes toda la razón. Solo hay que saber poner las manos en el sitio correcto y esperar a que llegue.

—Justamente —dice Paula con una sonrisa—, pero no, la marchante es ella, yo solo me dedico a mis labores, aunque he de reconocer que tampoco paso penalidades —ironiza a continuación mientras se toca la sortija de brillantes que lleva puesta en la mano derecha.

—¿Os puedo ofrecer algo?

—Un vaso de agua estaría bien. Pero vayamos directas al asunto. Hace algunas semanas, una conocida tuya que prefiere mantenerse en el anonimato, nos habló de la encomiable labor que haces y de los tres pisos de acogida que regentas. Como

imaginamos que los gastos serán elevados y nuestra situación nos los permite, Paula y yo hemos decidido hacer una contribución. Supongo que no tendrás inconveniente en aceptarla, ¿o me equivoco?

—Desde luego que no, toda la ayuda es poca para esas mujeres. Pero decidme, ¿por qué desea esa persona que yo no sepa que os ha hablado de mí? Me parece extraño.

—Qué va, es solo que huye a más no poder de la notoriedad —responde Jai guiñándole el ojo a su acompañante. Paula, que la está mirando con cara de incredulidad, no tiene ni idea de dónde se ha sacado ese cuento macabeo.

—¡Ah!, entonces creo que ya sé de quién me hablas. Siendo así me quedo más tranquila.

—Pues ya no hay más que discutir. Aquí tienes. —Y según dice esto, Alejandra pone encima de la mesa y bien a la vista de Judith, dos cheques debidamente firmados por valor de seis mil euros cada uno. Paula lo desconoce, pero da la casualidad de que la cuñada de Jai, una rica aristócrata que financia todo tipo de proyectos sociales, es medio amiga de la empresaria y antes del viaje habían quedado en que, si les fuera de ayuda, Alejandra podría utilizarla de coartada.

—Vaya, es muy generoso de vuestra parte —agradece ella después de haber comprobado los importes—. Lo cierto es que estoy pensando en hacer unas cuantas reformas. Pero decidme, entre todas las causas justas, ¿por qué habéis escogido esta?

—Es una larga historia —contesta Paula intentando componer una sonrisa. «Espero que Jai me aclare luego de qué va esa película»—. ¿Te gustaría escucharla?

—Claro que sí —responde Judith cogiendo el teléfono para decirle a su secretaria que les traiga algo de beber y que no le pase ninguna llamada—. Dispongo de tiempo.

—Me alegro, porque lo que estoy a punto de contarte te va a dejar pegada a la butaca durante un buen rato —y sin más preámbulos la joven comienza a referir su historia.

»Cuando tenía dieciséis años le hice una felación a mi profesor de ciencias para que me subiera la nota de un examen. Fue entonces cuando me di cuenta de que manipular a un hombre, tratándose de una chica hermosa como yo, era más fácil de lo que imaginaba. Un año después dejé la casa de mis padres. Como no quiero entretenerme en explicar qué pasó durante aquellos meses, baste señalar que cuando me vieron preparar las maletas no les pareció raro, e incluso podría decirse que comenzaron a respirar tranquilos. No era un buen ejemplo para mis hermanas, y ahora que estaban haciéndose mayores, era mejor que yo no deambulara por allí.

»A partir de entonces siempre he tenido dinero para todo aquello que he querido comprar y nunca he trabajado para proporcionármelo. Cuando lo he deseado, he sido capaz de encontrar a un hombre de mi tipo con los recursos suficientes como para pagar los gastos de mi manutención. Además, durante todos estos años, no he tenido la mala fortuna de haberme enamorado.

Llegada a este punto, Paula interroga con la mirada a la mujer para corroborar que

desea que siga, ante lo cual la empresaria no duda en asentir.

—Después de estudiar Paleontología en la facultad de Ciencias Geológicas y de pasar varios años en Sudamérica desenterrando fósiles, regresé a España y me propuse, como quien dice, *sentar la cabeza*. Tenía treinta años. Lo primero que hice fue ir al hospital Ruber Internacional y pasarme seis semanas enfrente de la cabina de admisiones. Iba vestida con elegancia y nadie me preguntó jamás qué se me había perdido por allí. A mi primer marido lo conocí en el pasillo de la segunda planta. Era la tercera vez que lo ingresaban y al ver que tenía la cabeza como una bola de billar por la quimioterapia, me imaginé que tal vez le interesaría oír mi ofrecimiento. Aunque estaba aquejado de leucemia y apenas le quedaban unos meses de vida, Johannes seguía siendo un hombre muy guapo. Cuando le expuse mi propuesta, lo único que me dijo fue que, después de todo lo sufrido, se alegraba de que dios hubiera escuchado sus plegarias. Te aseguro que no hay nada más hermoso que colmar los últimos deseos de una persona que está a punto de morir y que ha prometido dejarte su fortuna. Pero por qué te cuento todo esto, te preguntarás ahora...

Mientras oía el relato de la joven, Judith Torres ha ido adquiriendo una expresión de sorpresa cada vez más grande. Aparte de lo inusual de la historia, a medida que sus palabras han ido penetrando en su cerebro, ha tenido una inquietante sensación de *déjà vu*, como si tan solo unos días atrás alguien le hubiera hablado de lo mismo. Sin embargo, como no es capaz de definir ese vago recuerdo, prefiere conservar la calma y no azuzar la angustia. «A mi edad ya no tiene sentido imaginar fantasmas, dejaré que la chica se explaye...».

—Continúa por favor, me interesa mucho lo que cuentas —dice Judith con amabilidad entrelazando las manos sobre su regazo. Lleva una camisa de color morado y dos finas perlas como pendientes. En la muñeca, cubierta parcialmente por la manga, se adivina un grueso brazalete. Su manicura es perfecta, de un rojo en consonancia con el color del carmín de sus labios. Lleva el pelo castaño recogido en un moño con un alfiler de plata que parece algún tipo de reliquia.

En ese momento, llaman a la puerta y entra la secretaria con una bandeja. Sobre ella hay diferentes tipos de bebidas y un pequeño surtido de galletas.

—Gracias Isabela. Ya me ocupo yo. Si dan las dos y no hemos terminado, puedes irte a comer. —La mujer asiente con una sonrisa, sabedora de que su jefa, aunque a veces eche fuego por la boca, tiene siempre un pensamiento para sus empleadas.

—Bueno Paula, ¿qué me estabas diciendo? Pero qué digo, permitidme antes servirlos algo...

La bandeja la ha dejado en la mesita que hay entre la butaca en la que ella está sentada y el tresillo, situado este junto a una de las paredes laterales de la gran estancia rectangular que ocupa su oficina. Su escritorio, de estilo inglés, está al fondo y completamente libre de papeles. Las vistas a través de los tres balcones que tienen frente a ellas son amplias por lo elevado del piso en que se encuentran. Desde su posición no se aprecia, pero si se asomaran al exterior, verían abajo una ancha vía de

cuatro carriles atestada de coches. Sin embargo, no se oye un suspiro. Pareciera como si el despacho hubiera sido construido con materiales que absorbieran los ruidos. Ahora mismo, mientras están calladas, solo se escucha el tintinear de las cucharas removiendo el café que Judith acaba de servir. Durante unos minutos ninguna dice nada. Se limitan a dar pequeños sorbos a las bebidas y a mirarse con interés las caras, como si ese acto de reconocimiento fuera indispensable antes de poder continuar hablando.

Finalmente es Paula la que rompe el silencio.

—En realidad, lo que acabo de contarte carece de importancia, solo la tiene en la medida en que hay algo que ambas tenemos en común.

Judith mira dentro de los profundos ojos negros de la chica. El *déjà vu* ha vuelto a golpearla, pero esta vez con mucha mayor intensidad, como si de repente alguien la hubiera atizado por la espalda con un bate de béisbol y le hubiera dejado los pulmones sin aire.

—¿Me tengo que preocupar por algo? —dice imprimiendo a su voz un tono deliberado de disgusto.

—No hay nada que temer —y al decir esto Paula mira a Alejandra invitándola a que ratifique sus palabras.

—Es cierto, hemos venido aquí para pedirte ayuda —aclara Jai con suavidad.

—¿Ayuda? Pues decidme pronto de qué se trata porque no soy amiga de las adivinanzas —replica Judith, a quien se le han encendido las mejillas hasta alcanzar el mismo color que su carmín.

—Mi vida y la tuya —prosigue Paula con celeridad viendo que la mujer está cercana a rebasar su punto de ebullición— se parecen en cuanto a que las dos nos hemos desembarazado de nuestros maridos y nos hemos quedado con su pasta. Yo porque cuando los conocí estaban al borde de la muerte, y tú porque le desabrochaste el cinturón justo cuando te decidiste a embestir esa valla.

Judith, que no da crédito a lo que acaba de oír, deja con violencia la taza encima de la mesa y se pone de pie. El fuerte impacto ha provocado que el café se desparramara por la mesa, pero no ha hecho ni caso.

—¡Mirad, si esto es algún tipo de broma, os ruego que cojáis vuestro dinero y os larguéis cuanto antes! ¡Y no llamo a la policía porque los aborrezco! —dice con un grito que ha resonado más allá de las insonorizadas paredes de la estancia. Al otro lado de la puerta, su secretaria, que conoce sus prontos, ha sonreído aliviada; por lo menos ella no es la única que despierta su ira.

—No es ninguna broma. He soñado con lo que acabo de contarte y con muchas más cosas: sé que tu hermano mayor abusaba de ti, y que tu madre hacía la vista gorda, y que tu marido, Tomás, te trataba muy bien hasta que te tuvo bajo su mismo techo... —replica Paula en un tono reconciliador. Entiende sus razones y sabe que ha de ser ella quien debe conseguir apaciguarla.

—¿Pero cómo es posible...? —pregunta Judith al tiempo que se sienta de nuevo

en la butaca. A pesar de su arrebatado, cada minuto que pasa su *déjà vu* se le presenta ante sus ojos con mayor claridad: por las noches ha soñado con un hombre al que iba a visitar y con el que hablaba de todas esas cosas, incluyendo de la joven que tiene frente a ella. Al parecer se trataba de una asesina en serie, aunque no recuerda los detalles concretos...

—Es algo extrañísimo —dice Alejandra alargando el brazo hacia la mujer y tomando su mano—. Aquí mi compañera Paula ha estado soñando con que ibas a ver a un psiquiatra forense de Madrid y le contabas, no solo esas intimidaciones, sino sobre todo tus propios sueños con una asesina, muy parecida a ella, que está sembrando el terror en la mitad de Europa.

—¡Acabo de acordarme! Una mujer que cada día 11 mata a un cabrón maltratador clavándole un puñal en los cojones.

Y entonces, como si en ese instante alguien hubiera derribado con una maza un tabique existente dentro de su cabeza, Judith recuerda todo lo que ha soñado: sus visitas a Rómulo; sus conversaciones sobre cada una de las víctimas; la estancia en el *Ritz*; los cócteles de la calle del Pez; el beso que se dieron antes de despedirse; y por último, la visita espantosa del portero de la finca afirmando que tenía una grabación del momento en el que ella confesó su crimen delante del psiquiatra, un crimen que según se jactaba Sebastián y aunque ella creyera lo contrario, no había prescrito todavía.

IV

—Antes de que cunda el pánico debemos analizarlo bien; en el hipotético caso de que el crimen no haya prescrito, afirmación que supongo que es falsa pero que habría que comprobar, la presunta grabación se realizó en tus sueños, ¿no te das cuenta? —le ha dicho Alejandra a Judith aplicando su lógica—. Siendo de esta manera, nadie podría tener una prueba material de los hechos.

—Pero si Paula sorprendentemente los conoce, según lo veo yo, es muy probable que el portero también, y entonces no hay ninguna razón para pensar que ese tipo de prueba no pudiera existir, ¿no te parece?

Después de que las tres mujeres hubieran charlado largo y tendido sobre los acontecimientos de los últimos días, o quizá fuera mejor decir, de las últimas noches, ahora trataban de esclarecer qué tipo de amenaza, real o infundada, se podría cernir sobre Judith. En ese instante, todo lo que le habían contado y todo lo que ella misma había logrado recordar sobre Rómulo y las simpatías mutuas que de modo natural se habían despertado entre los dos, habían pasado a formar parte de un plano secundario. Aunque a su carácter romántico le hubiera encantado aferrarse a la llamita que en sus sueños acababa de encenderse, lo único que ahora le preocupaba era que la verdad sobre lo que le había *sucedido* a su marido se diera a conocer. No tanto por lo que parecía ser una improbable pena de cárcel, habida cuenta de lo que había estudiado en internet, sino por la repercusión que una noticia así podría tener en los medios de comunicación.

Judith conocía personalmente a las responsables de la mayor parte de las revistas del corazón del país y como era natural no podía congraciarse con todas. Que una rica empresaria, presidenta además de una prestigiosa fundación, fuera culpable confesa del asesinato de su propio marido, era una carnaza demasiado jugosa. Solo imaginar la cantidad de millares de ejemplares que podrían venderse, provocaría que se le cayera la baba a cualquiera de ellas. Incluso si no existiera *per se* un soporte grabado, un simple rumor ya valdría su peso en diamantes. Y si la chica que ahora mismo tenía delante de sus ojos lo sabía, entonces cualquier cosa sería posible. No porque Paula fuera a ir con el cuento a ningún periodista, que eso le había quedado claro a lo largo de sus conversaciones, sino porque entonces la posibilidad de que existiera un portero de nombre Sebastián en la finca de Rómulo y de que además fuera conocedor de los hechos, se convertía en una coyuntura altamente probable.

—No hay más remedio que coger el toro por los cuernos e ir a hablar con el psiquiatra —dice por fin Judith—. Tengo ganas de conocer al hombre que me ha robado un beso.

—No hay otra solución: averiguar si existe Sebastián y obrar en consecuencia. Ya

tengo ganas de *encargarme* de él —replica Paula emitiendo un gruñido.

—¿Tenéis alguna idea?

—Creo que lo mejor es que hablemos con Robert. Por cómo nos despedimos, sospecho que estará dispuesto a presentarme a Méndez.

—Me parece que ese tío te gusta —dice Alejandra entornando los ojos—. Esa mirada que tienes indica que has olido una presa.

Paula no dice nada. Sabe que Jai tiene más intuición de lo que ella podría argumentar en contra. Así que sin querer ahondar en una cuestión que aún no tiene decidida, le pregunta a Judith que si le gustaría viajar con ellas a Madrid.

—Eso mismo os iba a proponer. Las cosas hay que hacerlas en caliente. Si os parece, paso a recoger mi equipaje y nos vemos luego en el aeropuerto. ¿A qué hora sale el vuelo?

—A las seis de la tarde. Tenemos el tiempo justo para ir antes a visitar el Guggenheim.

—Genial. Así podré acercarme a Castro Urdiales mientras vosotras estáis en el museo.

En efecto, Jai ha consultado la guía cultural del periódico y sabe que en esas fechas hay una exposición temporal del malogrado pintor y poeta Jean-Michel Basquiat. Nacido en Nueva York en 1960, murió de una sobredosis a la temprana edad de veintiocho años. Fue apadrinado por Andy Warhol y disfrutó de una fama precoz, llegando a ser para algunos críticos, «el más celebrado artista afroamericano de los años ochenta».

Alejandra Márquez está enamorada de Paula Burmester desde el mismo momento en que la conoció hace ya cuatro años. El encuentro tuvo lugar en el Museo Reina Sofía durante la inauguración de la exposición *Un lugar donde nada sucede* de Abraham Lacalle, pintor almeriense de la misma generación que Basquiat pero con una obra mucho más vitalista. En aquel entonces, Alejandra trabajaba para la galería Marlborough y se ocupaba de promocionar y dar a conocer al talentoso autor. Un poco antes de la hora de cierre, cuando ya estaba deseando quitarse los zapatos y marcharse a su casa, se le acercó una chica menuda que sin hacer aspavientos le dijo que deseaba adquirir las pinturas. Además de ser increíblemente hermosa, la joven mujer tenía una mirada tan intensa que a Jai no le cupo la menor duda de que sus palabras habían ido en serio. Sin embargo, ese era justo el meollo de la obra expuesta; que no podía comprarse porque había sido ejecutada sobre un muro construido ex profeso que luego sería demolido. Resultaba cuando menos chocante que uno de los reclamos más aireados de la exposición, su carácter efímero, no lo conociera esa chica.

Al aclararle esta circunstancia lo único que respondió es que ya lo sabía, pero que a la vez estaba segura de que podría sin ningún problema persuadir al autor, dicho lo

cual agarró a Alejandra con suavidad del brazo y se la llevó a tomar un café. Muy pronto quedó claro que a Jai ya la había convencido y que sería capaz de hacer lo mismo con Lacalle, osadía que luego ni siquiera intentó debido a que enseguida sintieron tanta afinidad la una por la otra que su conversación se fue de forma natural por otros derroteros. Aquel día Alejandra supo que Paula, pues tal era su nombre, acababa de heredar una considerable suma y que deseaba invertir en obras de jóvenes promesas, tesitura que provocó que se vieran muchas veces en el curso de los siguientes meses y que acabó derivando en una estrecha relación de amistad, una amistad que ahora, por distinguirla de cualquier otra que pudiera tener y aunque esté casada, a Alejandra le gusta denominar como enamoramiento.

Su marido y socio de la galería que en la actualidad regentan, es un ricachón bastante más mayor que ella que en lo que respecta al sexo la tiene abandonada. Por esa razón, y porque sabe que a él más o menos le trae sin cuidado, se echa cada vez que puede una canita al aire. Alejandra Márquez es una chica oronda y rubia que ha cumplido hace poco cuarenta y siete años y a la que nunca le han gustado las mujeres, a pesar de lo cual no tiene reparos en reconocer ante su amiga que ha tenido fantasías sexuales con ella y que no le importaría lo más mínimo hacerlas realidad. Cuando dice esto, Paula nunca contesta. Se limita a mirarla con una sonrisa *giocondiana* cuyo significado hasta ahora no ha querido revelarle, hecho que a Jai le hace aún mantener la esperanza. Con bastante frecuencia las dos se reúnen en casa de Paula y charlan hasta la madrugada, casi siempre en torno a una buena botella de vino y a los ricos refrigerios que prepara Rolando.

Todavía recuerda cuando, en una de aquellas veladas, Paula le contó cómo había conocido a su primer marido y cómo había pasado con él los últimos meses de su vida. Johannes era un cirujano plástico de origen holandés cuya familia se había afincado en Tarragona. Tras estudiar la carrera, heredó la clínica que tenía su padre e hizo cantidades ingentes de dinero arreglándoles los pechos a modelos famosas. Cuando tenía cuarenta y cinco años contrajo una leucemia incurable cuyo carísimo tratamiento, por no haber sido precavido y no haber contratado un buen seguro médico, lo obligó a vender su próspero negocio. No tenía hijos, y su mujer, cansada de que después de operar a sus pacientes tuviera, a sus ojos, la poco elegante costumbre de acostarse con ellas, lo había abandonado un año antes, aunque por supuesto no sin llevarse un buen pellizco de la pequeña fortuna que guardaba en el banco. Así que cuando apareció Paula por la segunda planta del hospital y le hizo la propuesta que le hizo, el hombre la recibió como si fuera un ángel enviado por un dios en el que no creía pero al cual cada noche, desde hacía unos meses, dirigía puntualmente sus rezos.

La boda tuvo lugar dos semanas más tarde. En aquel entonces, carente ya de pelo y bastante delgado, a Johannes apenas le quedaba energía. Sin embargo, según le describió Paula a su amiga, todavía era muy atractivo. Aunque la noche nupcial no pudieron hacer el amor, los dos se esmeraron por igual en cubrirse los cuerpos de

caricias y besos. Y es que con independencia de las razones que llevaron a Paula a casarse con él, en un ejercicio puro de honestidad hacia ella misma, se había propuesto amarlo y cuidarlo con toda su alma durante todo el tiempo que le quedara en esta a veces ingrata orilla de la eternidad. Johannes, cumpliendo su palabra, le dejó la casa de Madrid en la que ahora vive y una cantidad de dinero que, aunque no pequeña, era insuficiente para mantener el estilo de vida al que Paula aspiraba, motivo por el cual, tras un semestre de riguroso luto, se buscó otro marido, también en las últimas pero mucho más rico.

—¿Te ha gustado la exposición? —le pregunta Jai a Paula una vez que han salido del museo. Aunque han entrado juntas, la han visto cada una por su cuenta.

—Demasiado tétrica. No sé qué tendría en la cabecita ese Basquiat, pero vistas sus obras y cómo terminó, nada agradable me aventuro a decir.

—No pocas veces el arte nace del sufrimiento, eso ya lo sabemos.

—Yo prefiero la luz —replica su amiga señalando el perro gigante hecho de plantas en floración que tienen ahora al lado; la obra de Jeff Koons que constituye uno de los iconos más carismáticos del Guggenheim.

—Tú es que vives metida entre algodones, querida Paulita. A mí esto me parece una gran horterada.

—¿Entre algodones? Habló la ricachona. Por cierto, no acabo de entender todavía por qué te has inventado eso de que íbamos de parte de una conocida de Judith. Habíamos quedado en otra cosa.

—Ya te lo he dicho antes, es algo que me ha venido de repente a la cabeza, como una especie de intuición milagrosa. Y ya ves, ha funcionado a las mil maravillas. Pero deja de pensar en eso y vamos a por un taxi o perderemos el vuelo —dice Jai para evitar que le haga más preguntas sobre algo que no tiene la menor intención de desvelarle.

Después de que Sebastián hubo cerrado la puerta con un más que exasperante sigilo, el despacho del psiquiatra se inundó de un silencio trágico. Los dos eran conscientes de que, casi con toda probabilidad, el portero habría escuchado la confesión que la empresaria acababa de hacerle a Rómulo sobre el pretendido *accidente* de su esposo. Judith no podía explicarse aún cómo había podido escapar de sus labios esa revelación. Imaginaba que sería porque un secreto guardado en lo más profundo de su alma durante veinticinco años se había convertido para ella en un fardo demasiado pesado, una carga de la que había necesitado desembarazarse antes de poder encontrar algo parecido a la paz.

El hecho de que el acto de haber matado a Tomás, bajo su punto de vista, tuviera justificación, no cambiaba nada. Se mirara como se mirase le había arrancado la vida a una persona y eso obviamente tenía un efecto destructivo en su karma. Sí, sin duda había sido eso, combinado con la circunstancia de que el crimen, según había estudiado en una página especializada de internet, ya había prescrito. Además, entre ella y Rómulo, en los pocos días que llevaban viéndose, se había establecido una especie de intimidad conmovedora. El hombre no era de su tipo, pero cuanto más lo trataba más pensaba que podría gustarle. Sin embargo, tras la inesperada irrupción de Sebastián, Judith se dio cuenta de que se había equivocado dejándose llevar por el romanticismo. Soñar con lo que según ella era una vengadora que iba a librar al mundo de una de sus peores lacras, la había impelido a sincerarse. «¿Qué habrá querido decir con eso de que “el trabajo mata, don Rómulo”? Nada bueno, supongo», recapacitaba la empresaria amargamente mientras ninguno de los dos se decidía a romper el silencio.

—No creo que tarde mucho en pedirme dinero —dice ella por fin con voz pesarosa—. No te lo comenté, pero ese tipo me causó rechazo nada más conocerlo.

—Que no mujer, que Sebastián no es un mal hombre —replica Rómulo en un intento fútil de levantarle el ánimo.

—Ojalá —murmura la mujer con lágrimas en los ojos.

—Ya verás cómo todo se arregla —dice el psiquiatra ingenuamente. Está perdido en un torbellino de emociones y no sabe cómo responder a las evidentes muestras de dolor de su invitada—. ¿Quieres un pañuelo?

—No es nada, es que el polvo me ha irritado los ojos. Creerás que estoy loca pero ¿puedo volver a abrir?

—Claro, ya lo hago yo.

Después de ocuparse de la ventana, Rómulo, que se ha puesto a temblar como un flan, duda entre abrazar a la mujer para consolarla o volver a sentarse.

—Es posible que no lo haya oído —dice por fin desde su adusta silla.

—Quizás —contesta Judith. Las estridencias de la ciudad, que junto con el aire fresco han aprovechado para hacer acto de presencia, más que molestarla, parece que

esta vez la ayudan a relajar la mente.

—Lo peor es que no podemos hacer otra cosa que esperar. ¿O prefieres que vayamos a negociar con él? —añade Rómulo con voz ahogada. Desde que ha tomado asiento, reprochándose no haberla abrazado, siente un dolor puntiagudo lacerándole el pecho.

—Ni loca. Ha sido un grave error; me arrepiento de habértelo contado y sobre todo de haberte puesto en el papel de cómplice.

—Si el crimen ha prescrito, no puedes tener cómplices —dice él casi afónico.

—Aun así —continúa reprobándose ella.

En la calle, al otro lado de la ventana, en ese mundo ajeno a sus vicisitudes y a su pesadumbre, la prisa y el griterío continúan. Aunque ahí abajo con seguridad cada persona individual también abriga sus congojas, el conjunto no cesa, no descansa, no se para a pensar, como si todos formaran parte de una manada de criaturas que huyeran de un peligro inminente.

—¿No crees que el mayor error fue matarlo? —Logra articular el psiquiatra sin saber si está aventurándose en un territorio pantanoso.

Judith mira a Rómulo con intensidad pero no dice nada. «¿Quién podría saber, después de tanto tiempo, si hice lo correcto? No puedo imaginarme qué tipo de vida hubiera tenido cerca de ese bastardo. ¿La justicia...?, ¿hace treinta años...?, juro que lo intenté. Sin embargo una muerte no es algo con lo que una pueda jamás sentirse satisfecha. He de reconocer que desde hace ya meses, a pesar de mi aparente dicha, mi corazón se ha convertido en un charco de tinta, un líquido negro procedente de una roca que se ha derretido, una piedra que antes pensaba indestructible y cuya fragilidad el tiempo ha demostrado. No el paso de un segundo, ni de una hora, ni siquiera de un año. Ha sido el paso de las décadas. Ese monstruo que lo devora todo, que vocifera en medio de la noche y que acaba despertándote de tu plácido sueño. Y cuando abro los ojos por fin, esperanzada por poder encontrar una brizna de amor, parece como si me hubieran abandonado a bordo de un velero fantasma, en medio de un océano sin olas, sin brisa, sin un soplo de viento que me pueda salvar. Y para colmo es de noche. En el cielo no hay nubes y por mucho que busco no encuentro la luna. Tampoco hay estrellas. Solo puedo ver una oscuridad que carece de límites. Sin contornos. Una negritud sacada de las profundidades de una cueva abisal. Y luego el silencio, una superficie sin arrugas, como el tapete de terciopelo de una mesa de *snooker*. Avanzo por cubierta, siento cómo la madera cruje bajo mis pies pero no se oye nada. ¿Estaré viva? Sí, lo estoy. Me lo indica el dolor que me corroe por dentro...».

—Judith, ¿me oyes? —susurra Rómulo. Han transcurrido varios minutos desde su última pregunta y aunque no quiere interrumpir sus reflexiones, cree que es lo mejor.

—Sí, perdona, estaba vagando por mis sueños. ¿Qué me habías preguntado?

—Nada, solo te decía que el chantaje es un delito grave y que, si intenta hacer algo, le echaré a mis sabuesos —exclama excitado ante la perspectiva de poder serle

útil.

—Gracias, pero no quiero tratos con la poli, ya lo sabes.

—¿Lo hiciste de verdad?

—Creía que ambos moriríamos, pero en un intento de inclinar la balanza de mi lado, le quité el cinturón.

—Podrían haberte absuelto si durante el juicio hubieras alegado que estabas bajo los efectos de una enajenación mental transitoria.

—Los tecnicismos nunca han sido mi fuerte. De igual manera, me habrían encerrado en un psiquiátrico, lo que a mi entender es peor que la cárcel. De verdad, siento haberte metido en este embrollo. —Una vez que ya ha recuperado el aplomo, Judith echa un vistazo a su reloj y cae en la cuenta de que se le hace tarde para coger el vuelo que la llevará de vuelta a Bilbao. Tal como le advirtió hace un rato, no podrán verse hasta dos días después—. Me tengo que ir o perderé mi avión —dice cuando ha comprobado con su móvil que su reloj marca la hora correcta.

—Vale —responde él mirándose a su vez la muñeca—. Y no te preocupes que mantendré vigilado a Sebastián. ¿Qué te parece si te llamo mañana por la tarde y te cuento si hay alguna noticia?

Judith, que ya ha recogido sus cosas y está lista para abandonar la estancia, le tiende la mano para despedirse pero no abre la boca. Sin embargo, su semblante indica que acepta de buen grado la idea.

V

Tras la visita al Guggenheim, todavía rumiando sus respectivas opiniones sobre las casi cien obras de Basquiat que han podido contemplar en vivo, las dos amigas se han dirigido en taxi hacia el aeropuerto de Sondika, donde al cabo de media hora, ya en el interior del vanguardista edificio diseñado por Santiago Calatrava, se han encontrado con Judith. Desde allí mismo Paula ha llamado a Robert, quien dos días atrás, antes de despedirse en su despacho, (y de sentir el aguijón del deseo al vislumbrar de manera furtiva la arrebatadora redondez de sus pechos), en un gesto puramente amistoso, le había dejado una tarjeta con su número de teléfono móvil.

Después de un breve saludo, han mantenido una larga charla en la que Paula le ha explicado lo ocurrido en las últimas horas y su sueño reciente con el supuesto asesinato perpetrado en Finlandia, (excepto, a petición de Judith, el hecho de que en sus sueños ella se sintiera atraída por su amigo el psiquiatra). Fruto de ello, Rodríguez ha accedido a hablarle a Rómulo de las extrañas circunstancias que, de forma inverosímil, se han ido sucediendo en torno a los dos hombres. Pese a que Robert no acaba de creerse toda esa nueva cantidad de dislates con la que la chica le ha atiborrado la cabeza, no quiere que su amigo Rómulo deje ni de poder decidir por sí mismo, ni de tener la oportunidad de llegar a conocer a una mujer de su misma edad que desea encontrarse con él.

Dos horas más tarde, una vez aterrizado su avión en Barajas, Paula recibe un mensaje en su buzón de voz en el que Robert le indica que Rómulo ha aceptado ver a Judith con la condición de que fuera ella sola. Si tenía que escuchar teorías que le iban a resultar difíciles de creer, prefería hacerlo de boca de una sola persona. Tener que torear con tres mujeres de carne y hueso era algo superior a sus fuerzas. Si Judith accedía, la cita tendría lugar en su despacho a las once de la mañana del día siguiente. De igual forma, después de un corto silencio, el mensaje invitaba a Paula a que se pasara por su oficina sobre la misma hora, pues acababa de recibir noticias de un asesinato cometido en Helsinki que quería analizar con ella. «Si te dijera lo que yo quiero analizar contigo, te caerías de espaldas», piensa Paula sin despegar los labios.

Antes de irse a casa, Alejandra y Paula han acompañado a Judith a su hotel. La empresaria ha decidido hospedarse en el *Ritz*, tal y como había escogido en sus sueños. El taxi las ha dejado en la entrada principal, situada muy cerca del Paseo del Prado, en la Plaza de la Lealtad n.º 5. Un bedel uniformado les ha abierto la puerta y las ha ayudado a bajar las maletas. Ya es casi de noche y la luz del crepúsculo configura una realidad de formas subjetivas: árboles que parecen enormes títeres de un teatro de sombras; la fachada iluminada del hotel que se asemeja a un gran circo romano; el ruido del tráfico nocturno que se confunde con el fragor de un océano de

insatisfacciones. Alrededor de ellas flota una niebla extraña. La brisa que recorre la ciudad y que al bajarse del taxi las ha estremecido, les avisa de algo, es como si dijéramos un indicio funesto, un punto de inflexión en sus vidas a partir del cual todo lo que conocen dejará de existir.

Tras registrarse en la recepción y subir sus cosas a la *suite*, se han dirigido al *Goya Restaurant*. Están hambrientas después de un día cargado de emociones. Se acomodan en una mesa alejada del pianista que en ese instante interpreta *La nave del olvido*, una balada tristísima compuesta por el cantante argentino Dino Ramos. La camarera les toma nota de inmediato. De beber piden un *Chianti* y para comer el menú degustación *Velázquez*. La idea ha sido de Jai, que dice que es un buen augurio de cara a la venta que le han encargado. El *tartar* de atún con caviar y los raviolis de rabo de toro están exquisitos. No así los lomos de merluza de pincho, que han quedado secos y que la camarera sustituye en cuanto se lo hacen notar por un delicioso *risotto* de trufa confitada. Las tres mujeres comen en silencio y con entusiasmo, haciendo solo de cuando en cuando algún comentario frugal sobre los platos. Con la llegada del postre, un *parfait* de albahaca con sorbete de frambuesa, elucubran sobre lo que podría suceder por la mañana. Sin embargo, pronto se aburren de especular sobre algo que a fin de cuentas van a saber dentro de pocas horas. Están cansadas y prefieren dormir. Además, se hace tarde y el restaurante ya empieza a llenarse. El pianista sigue tocando pero apenas se oye. Ahora es el turno de *Historia de un amor*, un bolero de Carlos Almarán de los años cincuenta. Hace falta un oído muy fino para poder seguir la melodía en medio del grave murmullo de las conversaciones. «Justo el momento de marcharnos», dicen casi al unísono. Al despedirse, después de desearle a Judith la mejor de las suertes en su reunión con el psiquiatra, Paula tiene el presentimiento de que las cosas se van a complicar. Sin embargo, Alejandra piensa que todo va a ir como la seda.

—¿Así que es usted la que sueña conmigo? —dice Rómulo una vez que la mujer se ha sentado en la silla.

—Por favor, no me llames de usted, debemos de tener la misma edad —dice Judith mientras intenta descifrar las chocantes facciones del forense.

—Perdona, la falta de costumbre —contesta *el rata* con esa grave voz que lo caracteriza.

«¿Y he de suponer que en mis sueños yo he besado a este hombre? Ni recordaba su cara de roedor ni que tuviera una voz tan profunda. Parece como si estuviera delante de una gruta sin fondo. Quizá mi mente me haya jugado una mala pasada», piensa la empresaria intentando ocultar su desazón.

—Bueno, sí y no —dice ella respondiendo a su pregunta previa—. En realidad ha sido Paula Burmester, de quien tu amigo Robert te ha hablado ya, la que soñaba que tú y yo teníamos unas conversaciones sobre una asesina. Lo que ocurre es que cuando me lo contó, recordé que yo también había soñado con lo mismo. Cuanto más lo

pienso, menos sentido le encuentro; parece un jeroglífico.

—Sí, Rodríguez me lo ha explicado todo. Por lo que se ve, hay una serie de muertos *de facto* con los que habéis soñado pero no existe la justiciera que según vosotras hay detrás de esos hechos. ¿Qué crees que puede significar? —dice Rómulo, pensando más en lo atractivo de la mujer que en ninguna otra cosa.

—Ni idea —contesta ella asombrada por las grandes paletas que enseña cuando habla. «Es clavadito a un conejo».

—Entonces ¿cómo podría ayudarte? —pregunta él ilusionado. Ya ni se acuerda de la última vez que tuvo una charla amigable con una mujer guapa.

—¿Verdad que esa pared acaban de enyesarla porque había una fuga? —lo interpela Judith acuciada por una repentina prisa por salir corriendo.

—Sí, como puedes ver, la pintura todavía está fresca —replica Rómulo sin saber qué pretende.

—¿Y no es verdad también que esa ventana se atasca al abrirla...?, y que el portero se llama Sebastián..., y que una vez sacó a la señora Botella de su cuarto de baño...

—Pues lo cierto es que sí... —responde él sin entender aún.

—Y que vives en la calle Amanuel, y que tu primer amor, a quien conociste en el aula de disección, se llamaba Estrella, y que la pobre murió a los veintiún años.

—¿Quién te ha contado todo eso?! —exclama estupefacto el psiquiatra, embargado de pronto por una pena que todavía le duele.

—Lo hiciste tú.

Rómulo sacude la cabeza. El recuerdo de su primer y único amor aún le desgarran por dentro. Si esa mujer ha venido para hacerle daño, desde luego que lo ha conseguido. «¿Se tratará de una broma de mal gusto de Robert? No lo creo, sabe de sobra que sería capaz de fusilarlo. Entonces, ¿cómo puede conocer todos esos detalles? No me puedo creer que sea clarividente», piensa Rómulo desconcertado sintiendo todavía el dolor en su pecho. La mujer le atrae, y viniendo además de parte de Robert, se muestra inclinado a creerla, pero su monolítica formación de psiquiatra pugna vigorosamente contra ese deseo. Es consciente de que la ciencia de lo paranormal ha descrito muchas veces visiones parecidas, pero él nunca se ha tragado esas cosas. El forense se haya por tanto ante una encrucijada de sentimientos con la que no sabe muy bien cómo lidiar.

—¿No recuerdas haber soñado conmigo? —dice Judith ante el prolongado silencio de su anfitrión. Rómulo sigue sin poder contestar y niega otra vez con la cabeza.

—Bueno, no importa. —Y es que después de conocerlo prefiere que no recuerde que una noche, en sus sueños, se fueron primero a tomar una copa y luego, antes de despedirse, acabaron besándose—. La verdad es que solo he venido para saber si existía el tal Sebastián y hacerle una pregunta.

—¿No lo has visto al subir? —Acierta a decir Rómulo, quien parece salido ya de

su catarsis.

—No estaba en la conserjería.

—Qué raro —dice él, extrañado de que al portero se le haya pasado por alto una visita—. ¿Y qué piensas preguntarle?

—Solo quiero saber si me recuerda —responde ella agarrando el bolso que ha dejado encima de una silla. Si sus temores no se confirman, está dispuesta a salir disparada—. ¿Podrías avisarle?

—Claro —responde él.

Cinco minutos después, escuchan primero unas fuertes pisadas y luego unos perentorios golpes en la puerta.

—¿Se puede pasar, señor Méndez?!

—Vaya, es la primera vez que lo oigo llamar —le dice Rómulo a Judith en voz baja, o al menos todo lo baja que su voz cavernosa le permite—. Sí, pase usted, Sebastián. —Y sin necesidad de que se levanten a abrirle, el portero hace su aparición.

—¿Qué desea? —pregunta el recién llegado posando una insolente mirada en la mujer.

—Una cosa bien simple; esta señorita quería saber si usted la conoce de algo.

Entonces Sebastián, que lleva su traje gris de siempre, con su cara rubicunda y sus largas patillas, chasquea los dedos y con una sonrisa cínica responde:

—Pero, don Rómulo, ¿cómo puede hacerme esas preguntas? Ya le he dicho muchas veces que para la profesión a la que se dedica usted no le viene bien estar tan en la inopia. Si hemos de depender de su persona para atrapar malhechores, lo llevamos crudo, señor Méndez. Pues claro que la conozco, Judith Torres, ¿no es así? Con el asunto de las humedades hemos coincidido en este mismo despacho en varias ocasiones. ¿No me dirá que no se acuerda? ¿Tengo entonces que llamar a un loquero? —Y diciendo esto, echa la cabeza hacia atrás y suelta una de sus risas estentóreas.

Rómulo y Judith se miran el uno al otro como si acabaran de despertar a un oso que estuviera hibernando. Ninguno de los dos se esperaba una declaración de tales proporciones. Él, porque jamás antes de esa mañana había recibido a la mujer, y ella, porque en realidad no había estado nunca en su despacho. «¿Sería posible que se hubieran visto los tres varias veces como el hombre afirmaba? —se preguntaban ambos—. No, no lo es, debe ser una broma...».

—¿Me permiten sentarme? —Y sin esperar su beneplácito Sebastián ocupa la silla que un momento antes ocupaba el bolso de Judith—. ¿Ha visto que bien ha quedado la pared? Un trabajo muy fino. Ya le advertí que el pintor era todo un artista. Pero eso, como diría alguno, es harina de otro costal, mejor vamos al grano. —Y se vuelve a reír con estrépito de su propia ocurrencia.

»Ya le dije, señor Méndez, que toda una vida de dedicación a este edificio bien merecía una generosa recompensa. ¿No está de acuerdo?

—No sé a qué se refiere —replica Rómulo con aspereza. Aunque es un hombre

tranquilo, cuando le provocan sabe enseñar las garras.

—Pues se lo explico en un periquete, ¿o prefiere hacerlo usted, señorita Torres?

—¿Y qué podría saber yo al respecto? Para eso tendrá que hablar con la Seguridad Social y ver qué pensión le corresponde —dice ella intentando escurrir el bulto pero presa de una ansiedad creciente.

—Qué Seguridad Social ni que ocho cuartos. Lo que yo quiero es que me pase una pequeña cantidad, trescientos mil euros de nada, a cambio de olvidarme del secreto que le contó a nuestro amigo aquí presente y que tengo grabado. ¿Lo ha entendido bien? —Y según dice esto trata de ajustarse sin éxito el nudo de la insulsa corbata.

En ese instante, Judith, horripilada por lo que acaba de escuchar de boca del portero y más aún si cabe por la contemplación de sus manos peludas, mira a Rómulo con desesperación. Esta vez sin embargo no le causa el rechazo de antes, sino que por el contrario y milagrosamente empieza a descubrir en él una amabilidad que no había detectado hasta el momento. Rómulo, que viendo la cara de espanto de su invitada, se ha imaginado que el secreto que conoce Sebastián debe de ser de órdago, se levanta de su sillón y le dice al conserje de forma atronadora:

—Sebastián, después de tantos años no me esperaba esto. Haga el favor de salir de mi despacho y entrégueme la llave. Tengo que hablar en privado con esta señorita —y sin añadir nada más, le coge de la manga, le rebusca en los bolsillos hasta dar con lo que le ha pedido, y luego lo empuja hasta dejarlo en medio del pasillo.

Cuando cierra la puerta y mira otra vez a la mujer se da cuenta de que está sollozando. Aunque no tiene experiencia en este tipo de trances y en cualquier otra ocasión no se hubiera atrevido a hacer nada, Rómulo se ve sin embargo apremiado a abrazarla. No sabe por qué, pero siente que no hacerlo sería un grave error del que se arrepentiría el resto de sus días. Entonces, siguiendo ese impulso que le nace de dentro, con una naturalidad de la que él mismo se sorprende, se aproxima a la empresaria, la ayuda a ponerse en pie y le da un abrazo. A pesar de su entereza y de lo curtida que está por todas las adversidades que durante su vida ha tenido que superar, Judith se ve abrumada por lo que ha sucedido y da rienda suelta a sus sollozos, que se convierten muy pronto en un torrente imparable de lágrimas. Agarrada al cuello de aquel hombre piensa que todo aquello por lo que ha luchado tanto se puede desintegrar en unas pocas horas. No ya por los trescientos mil euros que le ha pedido el tipo ese del traje gris y las grandes patillas, sino porque es consciente de que una vez que se cede a la extorsión, ya no hay manera de ponerle coto. Sin embargo, mientras llora a moco tendido y siente en su pecho la sincera calidez del abrazo de Rómulo, se da cuenta de que tampoco es eso lo que la ha trastornado. Ahora que lo ha pensado bien, sabe que la causa de su dolor es en realidad la infausta soledad en la que vive desde que se recuerda. Ese hombre en cuyo pecho ahora se acurruca y cuya honda voz ha alejado por ahora el peligro, le ha hecho recordar con nostalgia los días en que, siendo todavía una niña, su hermano Jacobo, a

quien ella en venganza le ha buscado la ruina y le gusta humillar cada mes, la protegía y lograba que no tuviera miedo.

«Hace ya demasiados años que tengo que afrontar yo sola todas las situaciones, no solo los sinsabores, sino también los momentos dichosos. No es que necesite un príncipe azul, ni mucho menos, pero con estas lágrimas que ahora derramo reconozco mi deseo de compartir esas cosas con alguien. Hasta este instante no he encontrado nunca a un hombre que sea de fiar. Quizá mientras estoy dormida sea más sabia que en mi vida normal y me haya conducido hasta aquí a propósito. ¿Cuál es el sentido si no de toda esta locura? ¿Acaso no existe un mundo en el que los sueños se mezclan indistintamente con la realidad y que se rige por unas normas que yo desconozco? Es probable que sí. ¿No fue Calderón de la Barca quien ya lo describió hace cerca de cuatrocientos años?

»Segismundo era un príncipe al que su padre el rey, por temor a que se convirtiera en un tirano, tenía recluido en una oscura cueva. Un día, para darle la oportunidad de demostrar la verdadera naturaleza de su ser, lo drogan y lo llevan a palacio, donde le dejan ejercer a su albur como príncipe. La idea de su progenitor era que, si su crueldad quedaba demostrada, lo volverían a dormir y le harían pensar que todo lo vivido había sido un sueño. ¿No habrá sido eso lo que me ha sucedido? ¿No seré yo una rica empresaria cuya vida no tiene sentido y que alguien por encima de mí esté tratando de salvarme? Pensándolo bien quizás esa sea la respuesta. Quizá tengo que mirar en el corazón de este hombre que he besado dormida y no prestar tanta atención al envoltorio externo. Tomás era guapo, pero al final resultó que era un hijo de puta y tuve que matarlo. ¿Puedo fiarme de mi capacidad de elección cuando estoy despierta? Por desgracia he de decir que no. Más valdría que probara entonces con lo que al parecer he elegido en mis sueños».

Robert Rodríguez acaba de regresar de su viaje a Hannover. La noche anterior acudió a la representación de *La Bohème*, y aunque en su cabeza todavía reverbera la portentosa voz del barítono en el papel de *Schaunard*, es consciente de que no pudo, ni siquiera durante un mísero minuto, olvidarse de la mujer que lleva más de tres meses persiguiendo. Antes de que su amigo Rómulo lo enrevesara todo con la increíble noticia de que una persona, presumiblemente otra mujer, había soñado con la asesina en cada una de las fechas en que fueron cometidos los crímenes, él ya había caído en una especie de fascinación incomprensible, pero desde que conoce su nombre y el psiquiatra le está suministrando nuevas pistas que parece lo acercan a ella, siente como si hubiera perdido el rumbo de sus emociones y el control de su vida. Ayer por la tarde, antes de abandonar el hotel Mussmann, en un impulso inconcebible de sus instintos, le pidió a la gerente que le reservara la misma habitación en la que había dormido la homicida unos meses atrás, y esta mañana, cuando ha abierto los ojos, después de que al principio de la noche hubiera estado revolviéndose en la cama durante un par de horas, lo primero que ha percibido ha sido el regusto a alcohol en la boca de los dos pelotazos de *whisky* que tuvo que trasegarse para poder dormir. Y cuando un rato después ha ido al cuarto de baño, ha notado el miembro todavía entumecido de haberse masturbado. Robert tiene muy presente en su memoria que desde hace quince años ninguna mujer había sido capaz de perturbarlo, y también que ha de remontarse algunos más para recordar la última vez que tuvo que recurrir a la masturbación para calmar su ardor. Por eso hoy, después de haber cogido el vuelo que lo traería de vuelta a Madrid, mientras se dirige con ojos enrojecidos al despacho de Rómulo, está de mal humor; no le hace ni pizca de gracia no ser él, en una analogía puramente operística, el que lleve la voz cantante de esa tragicomedia.

—¿Has logrado averiguar algo más? —pregunta *el rata* después de darle un caluroso abrazo y de que le hubiera explicado brevemente la historia del agujero de la pared y de las humedades.

—La asesina estuvo registrada en el hotel bajo un nombre ficticio: María del Mar Pérez Urquijo. ¿Te suena? ¿Lo ha mencionado tu fuente? —se apresura a decir Robert, que cuando está trabajando, y más aún si está cabreado, no le gusta ponerse a divagar sobre trivialidades.

—No —responde Rómulo escuetamente. Por mucha amistad que le una al detective, no piensa revelarle lo que ayer le confesó Judith. Primero porque se trataría en todo caso de un crimen ya prescrito, y segundo porque no está relacionado con los asesinatos.

—He puesto a mis hombres a buscar a una paleontóloga de unos treinta años que trabaje como investigadora, hable alemán y tenga recursos económicos. Además, he

convocado una rueda de prensa para mañana en la que difundiremos su perfil y el retrato robot. ¿Hay alguna otra cosa que creas debamos añadir?

—Ayer Judith..., quiero decir... mi fuente, me habló del crimen de Croacia, ya sabes, el del banquero.

—Así que Judith. Y por lo contento que te veo, parece que está buena.

Rómulo ni siquiera responde. Desde que llegó sabe que algo lo perturba y que si entra al trapo de sus provocaciones, lo acabará pagando.

—¿Dijo alguna cosa relevante sobre el crimen de Pula? —pregunta el inspector al comprobar que su amigo no ha reaccionado a su fanfarronada.

—Nada que no sepamos ya. Como información adicional comentó que una vez en la ciudad y antes de matar a su hombre, fue a visitar Fenoliga, una pequeña isla situada unos kilómetros al sur, donde se encuentran los fósiles de pisadas de saurópodos mejor conservados de la Tierra.

—Y dale con los putos fósiles. El iguanodonte me pareció grotesco. Me da en la nariz que está intentando burlarse de nosotros. ¿Para qué coño utiliza esos sueños?, ¿quiere que la atrapemos, o no?

—Creo que sí, pero solo a su debido tiempo.

—Pues más vale que sea pronto porque dentro de muy poco seremos el hazmerreír de toda la inteligencia mundial. Bueno colega, ahora debo marcharme. Avísame cuando esa zorra le cuente a tu contacto dónde vive y su nombre completo. Visto lo visto, lo demás no creo que nos sirva. —Y según dice esto, se levanta, se echa la americana por encima del hombro, le da un fuerte apretón de manos al psiquiatra y abandona la estancia.

Al verlo desaparecer tan rápido como había venido, Rómulo no puede evitar quedarse con la desgarradora sensación de haber estado hablando con algo similar a una masa de hielo, tanto es así que incluso le parece distinguir en la silla vacía un remanso de agua.

Al día siguiente por la mañana, tras su viaje relámpago a Bilbao, Judith se ha acercado otra vez al despacho de Rómulo. Aunque según le ha contado su abogada, sus negocios van viento en popa, no ha sido capaz de conciliar el sueño pensando en que Sebastián pudo haber oído la confesión que le hizo al psiquiatra. «Quién me habrá mandado abrir esta boca. Se ve que en cuanto me relajo con un hombre la vida se encarga de recordarme que no me he de fiar. Por una u otra razón hay que estar siempre con el hacha de guerra levantada. No creo que así este mundo dure demasiado...».

—¿Qué tal el viaje?

—Como tantos otros. ¿Qué sabemos de nuestro hombre? —pregunta Judith enseguida, afectada de un más que evidente nerviosismo.

—Ya te lo dije ayer, Sebastián no ha dicho ni esta boca es mía —responde el

psiquiatra intentando tranquilizarla.

—Este asunto me está desquiciando. ¿Seguro que no te ha insinuado nada?

—Seguro. Para mí que no logró escucharte.

—Ya, ya, y por qué dijo «el trabajo mata, don Rómulo».

—¿Quieres que vayamos a preguntárselo?

—No digas chorradas.

—Entonces es mejor que lo olvides; si él no da un paso al frente, lo único que podemos hacer es esperar. Por cierto, ¿te apetece que acabe de contarte qué ocurrió con Estrella? —le pregunta el psiquiatra a continuación para tratar de hacerle pensar en algo diferente. Intuye, y no sin razón, que su argucia podría tener éxito.

—¿Qué, un caramelito para que me distraiga? Venga, suéltalo ya.

—Me has vuelto a pillar —reconoce Rómulo con buen talante—. En fin, lo que el otro día no te dije, es que Estrella y yo nunca llegamos a hacer el amor. Padecía de un cáncer en el útero y para ella cualquier contacto íntimo hubiera supuesto un dolor espantoso. Esa circunstancia, junto con el terrible hecho de que muriera unos meses más tarde, hizo que aquello constituyera para mí una experiencia mística, una relación inmaculada y preciosa pero a la vez completamente ajena al mundo de las cosas tangibles. Antes de morir, Estrella me dijo que no debía idealizarla y prometió que no tardaría mucho en encontrar a una mujer a quien poder amar. Han pasado los años y ahora me doy cuenta de que tenía razón: no debí idealizarla, pues todo lo que me dijo resultó ser mentira —acaba diciendo Rómulo con una sonrisa. Le afligen sus propias conclusiones, pero en compañía de Judith todo le parece mucho menos dramático.

—Tuvo que ser muy duro —replica la empresaria, azorada por haber vuelto a despertar su dolor.

—Lo fue. Pero seguro que no tanto como recibir palizas de una persona que afirma que te quiere.

—Mirado así desde luego que no.

—Bueno, todo eso ya es agua pasada. Ciñámonos mejor al presente; ¿podrías leerme el sueño del crimen de Helsinki? Ya me hablaste de los dos anteriores y preferiría seguir avanzando.

Efectivamente, la tarde previa, mientras estaba de viaje, Rómulo había hablado con Judith. Además de por el placer de escuchar su voz y de ponerla al día sobre el incidente con Sebastián, también lo hizo con el propósito de recabar más datos para la rueda de prensa que Robert había convocado para el día siguiente (pero que al final, por un problema de agenda, no pudo ofrecer). Según le explicó el psiquiatra por teléfono, deseaba que le anticipara los crímenes de Barcelona y Copenhague. Después de un largo tira y afloja, la empresaria se avino a contarle que en esos sueños Paula no daba ningún dato que no fuera ya del dominio público.

—Claro que puedo leértelo —dice ella sonriendo por primera vez—. Has conseguido que me olvide de Sebastián y de su traje comprado en las rebajas.

Finlandia es una país impresionante. El propio nombre ya da la sensación de que estás a punto de conocer una tierra en la que solo habitan personas indómitas: pueblos aguerridos que han sabido sobreponerse al frío; navegantes audaces que han surcado mares recubiertos de hielo; gente ruda en definitiva acostumbrada a vivir en medio de una naturaleza hostil. Cuando vi por vez primera las fotos satelitales y observé sus más de 190 000 lagos rodeados de bosques de abedules y sus 98 000 islas, solo pude imaginarme un silencio esponjoso. Un sitio donde cualquier ruido sería absorbido de inmediato por la nieve y la vegetación, un lugar en el que los gritos de un hombre pidiendo auxilio no tendrían utilidad ninguna.

Sin embargo, yo pensaba actuar en la no tan inhóspita Helsinki, ciudad a la que vuelo a principios del mes de febrero, cuando el invierno aún no ha remitido y el viento del norte ulula todavía a sus anchas por las estrechas calles, vociferando como si fuera un rey, exigiendo a sus súbditos y a mí un último tributo en forma del abrigo de pieles que al final me he comprado. Una mezcla de marta y de visón, para ser más precisos.

Aquí no he venido a ver fósiles. Ese entretenimiento ya pertenece al pasado. Ahora me limito a seguir el orden alfabético que al principio, en un mero impulso irracional, yo misma me impuse, aunque he de avisaros que esta norma, como cualquier otra que pueda surgir, puedo en cualquier momento condenarla al olvido.

Talo Mäkinen, peletero de profesión, ha tenido la mala fortuna de toparse con una clienta como yo. Cuando entré en su establecimiento y comencé a probarme abrigos, no se le ocurrió otra cosa que ladrarle órdenes a la joven que estaba en la trastienda. Al aparecer al cabo del rato con las prendas que le había pedido, llevaba unas gafas de sol que no llegaban a ocultar su amoratado rostro. Refugiada ya en el hotel, mi investigación posterior dejó claro que aquella frágil chica era su hija, a quien el peletero había aporreado de forma reiterada sin que hasta el momento la justicia hubiera intervenido. Mejor para todos. La cárcel no es castigo suficiente para un maltratador. Cuando quede libre y salga a la calle buscará a otras víctimas y con certeza volverá a golpearlas. He comprobado que es un mal incurable. Ninguna medicina ni ningún tratamiento, excepto el que yo administro, resultan eficaces.

Cuando el virus de la violencia de género se apodera de un hombre, contamina hasta la más insignificante de sus células. Aunque durante un tiempo parezca apaciguado y exento de infecciones, llegará el día en que un nuevo brote, más violento si cabe, se manifestará. Por eso soy partidaria de eliminar el problema de cuajo. Una hija es algo sagrado, un tesoro por lo que cualquier ser humano que se precie daría con generosidad su vida. ¿Qué tipo de retorcimiento puede provocar que un hombre apalee a una criatura indefensa de su propio linaje? Yo os lo voy a decir: es la pura ignorancia, el único pecado imperdonable. Cuando en los albores de la humanidad, el hombre se percató de que la mujer era más sensible y más sabia que él, que vivía más años, que era más hermosa, y sobre todo, que tenía un apetito

sexual inextinguible, en vez de reaccionar con humildad y tratar de equipararse a ella, decidió someterla por la fuerza; utilizar lo único en lo que él era claramente superior para anular lo que consideraba una gran amenaza.

Han pasado los siglos y para nuestra desventura el problema persiste. Es cierto que ahora hay derechos humanos y leyes democráticas que hasta cierto punto nos protegen, pues el clamor de millones de hembras no puede ser por siempre enmudecido, pero eso solo son parches. Hasta que el corazón del hombre no se reblandezca por completo y decida por sí mismo ganarle la guerra a la ignorancia, no habrá nada que hacer. Y yo, debido a que no dispongo de una vida infinita, no puedo permitirme el lujo de esperar a que algo así suceda de manera espontánea. Es por eso por lo que dedico todos mis esfuerzos a prender una mecha. Si el hombre no quiere reaccionar, entonces tenemos el derecho de intentar sacudir su conciencia. Hacedme caso, mujeres de este mundo, blandid vuestras hachas y erradicad la causa de raíz. Hay 3500 millones de varones habitando en la Tierra. ¿Acaso nuestra especie se va a resentir por matar a unos pocos? Creo que con que murieran tantos como mujeres mueren en el mundo a manos de sus progenitores o parejas, sería suficiente. Tirando por lo bajo, más o menos unos seis al mes, una cifra que si actuáramos todas unidas, tal y como hacen ellos, sería muy fácil de alcanzar. El momento es propicio y la razón está de nuestro lado, ¿no vais a ayudarme?, ¿vais a permitir que la masacre siga y continúen matándonos a todas? Imagino que no.

En cualquier caso, hasta que eso suceda, seré yo la que haga el trabajo. Talo Mäkinen murió a la hora de almorzar. Por la mañana aparecí en su tienda y le compré otro abrigo. En vez de llevármelo, le pedí que su ayudante me lo trajera al hotel a eso de la una. En cuanto la vi salir del establecimiento con el paquete y Talo puso, como yo había previsto, el cartel de cerrado, me acerqué a la puerta y di unos golpecitos al cristal. Al principio el hombre me miró con asombro, pero luego una amplia sonrisa iluminó su cara; se le veía encantado. Una vez dentro, le dije que quería un chaquetón y que si no le importaba enseñarme los que tenía en la parte de atrás. Talo me respondió con una sonrisa todavía más amplia, una sonrisa que en cuanto le eché mano a la bragueta se transformó en asombro. Lo demás fue coser y cantar: bajarle el pantalón y los calzones y agarrarle el pene con determinación. Al menos esta vez se trataba de un tío aseado. Se agradece que la polla de un hombre esté limpia y desodorizada y he de confesar que la tenía bonita. Si no llega a ser porque le daba palizas a su hija, quizás hasta hubiera disfrutado chupándosela, pero no fue el caso. Simplemente fue un trabajo mecánico. Cogérsela primero en la palma y dejar que creciera a su antojo mientras le daba un pequeño masaje en los testículos. Metérmela en la boca sin dejar de mirarle a los ojos y ver cómo dejaba su vida entre mis manos. Apretar bien el glande, recorrérsela entera y darle varias pasadas con la lengua, y para terminar, agarrar el pincho que llevaba atado en el tobillo y clavárselo de repente en medio de los huevos, instante en el cual su amplia sonrisa pasó a convertirse de nuevo en un gran y postrimero asombro.

—Hay que ver cómo se las gasta la chavala, —dice Rómulo intentado asimilar por otra parte el ya familiar relato.

—A mí me tiene cautivada —contesta Judith. Parece que su angustia se ha disipado con la lectura y con el hecho de que, según ha comentado en una pausa, ya no capta el olor a polvo y humedad de los días pasados.

—¿Y qué piensas de su teoría?

—¿A qué te refieres?

—A eso de que el hombre es un ser ignorante.

—Salta a la vista. Mis vivencias son la prueba de ello. Pero dime, ¿qué opinas de que Paula se quiera convertir en una justiciera?

—Para algo están las leyes y los jueces. Si todos actuáramos de esa forma, no existiría la civilización.

—La civilización patriarcal querrás decir. ¿Tú crees que una sociedad que deja en el ostracismo y en la indefensión a la mujer puede considerarse como civilizada? —objeta ella a la vez que empieza a sentir la frente bañada de sudor. No sabe si es porque hace calor o por la indecisión que la atribula; desde antes de llegar tiene pensado proponerle algo al psiquiatra pero no está convencida del todo.

—Ese no es nuestro caso. Hemos avanzado mucho en lo que respecta a la igualdad de derechos.

—Sí, por eso mi fundación tiene tres pisos de acogida y están siempre repletos.

Al tiempo que introduce las manos en los bolsillos de su escaso chaleco, Rómulo niega con la cabeza. No obstante, es muy consciente de que no existen argumentos válidos para refutar los golpes que siguen recibiendo todas esas mujeres.

—Y eso en España, pero ¿qué me dices de los países en los que ni siquiera nos protege la ley? Si fuera a visitarlos con esta indumentaria, me lapidarían, no sin antes violarme —dicho lo cual Judith aprovecha para subirse las mangas y secarse el sudor con un pañuelo que ha extraído del bolso.

—Si te parece pongo el aire acondicionado —dice Rómulo observando su gesto—. En cuanto llegué, cerré los radiadores, pero debido a la inercia térmica desprenden todavía calor. Por lo menos estás en lo cierto y ya no hay humedad.

—Inercia térmica... —murmura ella intentando asentar en su mente el significado objetivo de ese principio físico.

Entendiendo que ha hecho un gesto afirmativo, el psiquiatra pone en marcha el aparato; el frescor apenas tarda unos segundos en sentirse.

—¿Mejor así?

—Lo que te decía, este mundo es demasiado peligroso para una mujer —responde ella con una sonrisa en señal de agradecimiento. Sin embargo, sabe muy bien que por encender el acondicionador su incertidumbre no ha quedado resuelta.

—Creo que estamos mejor que hace doscientos años —arguye él en un intento vacío de defender los avances sociales.

—Eso no lo discuto, pero vuelvo a insistirte en que sobre todo lo está para los

hombres.

—¿Y qué propones? ¿Unirte a la causa de tu asesina en serie?

—Si fuera lo bastante valiente..., pero ni soy Juana de Arco ni quiero tampoco terminar en la cárcel.

—Entonces me temo que tendrás que confiar en la justicia y en que las cosas vayan poco a poco a mejor.

—Ya te dije que no creo en la policía. Yo lo que quiero es encontrar y conocer a Paula. Quizás así reúna el coraje para hacer por otras lo que ya fui capaz de hacer por mí. En fin, dejémoslo. Aunque una de mis condiciones era que te leería un solo sueño en cada encuentro, como el único que queda es el que tuve en la madrugada del pasado día 11, te ofrezco que lo escuches ahora —dice Judith con la intención de ganar un poco más de tiempo. Sigue sin estar segura de querer plantearle lo que tiene pensado.

—Me encantaría. Lo que ocurre es que Robert está a punto de llegar. Mañana por fin da la rueda de prensa y quiere oír de primera mano todo lo que acabas de contarme. ¿Deseas conocerlo?

—En absoluto, cuanto más alejada de la poli, mejor estaré.

—¿Quieres pasarte por aquí mañana por la tarde?

—Cuenta con ello —dice Judith mientras recoge sus cosas y le tiende la mano. Entonces, justo cuando se pone en pie con la intención de irse, su intuición la anima a exponerle lo que llevaba todo el rato dudando—: ¿te apetecería salir esta noche a tomar una copa? —Y sin esperar contestación, abre ella misma la puerta y abandona el despacho. Rómulo, que el día anterior sintió un vacío glacial cuando su amigo se fue, esta vez tiene la sensación de que la habitación está llena de luz y poblada de mariposas blancas.

VI

Desde a lo cuantioso de la cena que ha ingerido en el *Ritz*, Paula ha dormido literalmente como una bendita. Pensando aún en las implicaciones del encuentro que le esperaba al día siguiente con Rodríguez, nada más llegar a su casa se ha quitado la ropa y se ha pegado un baño. Mientras el agua corre y la tina termina de llenarse, se ha mirado con delectación en el espejo. El vaho todavía no se ha condensado en las paredes y su imagen se refleja en el azogue con un realismo que casi la abruma. Tiene la piel morena y no le sobra ni un gramo de grasa. No es muy alta, pues apenas roza el metro sesenta, y sus cincuenta kilos, aunque escasos, dibujan unas formas delgadas pero voluptuosas. Gracias a que se ejercita con regularidad, los senos todavía son firmes. Tienen el tamaño aproximado de dos pomelos grandes. Lo suficiente para que por abajo se distinga una bonita curva y no lo bastante para que la gravedad haya hecho su efecto. Al contemplar sus oscuros pezones y la fina línea de vello púbico que no se depila, se acuerda de la última vez que un hombre se los estrujó y que fue penetrada. De eso hace ya más de un año. No lo echa de menos, pero de vez en cuando su cuerpo protesta, se rebela. En esos momentos hay algo en sus células que vibra con tal intensidad que si no utilizara un consolador y se masturbara repetidas veces, cree que podría llegar incluso a perder la cordura. Como esto le ocurre más o menos una vez al mes, lo considera como algo similar a la regla. Cuatro semanas durante las cuales las baterías de energía sexual se van recargando, y un episodio abrupto de liberación para evitar que exploten. «Pura física», según piensa ella.

Sin embargo, después de doce meses se da cuenta de que quiere algo más de lo que un simple aparato mecánico puede proporcionarle; un poco de calor, un poco de ternura, un cuerpo que la aplaste y le haga sentir otra vez vulnerable, unas manos que acaricien su piel y que arranquen de su garganta alaridos de gozo, un miembro duro y cálido que la penetre y que rebusque en sus entrañas todo aquello que oculta, esos secretos que ni ella conoce, ese dolor intrínseco que la acompaña desde su nacimiento como ser encarnado, algo que es similar a un quiste maligno y que solo el sexo puro y el deseo sin mácula podrían llegar algún día a extirpar. Pero esta noche, aunque ha tenido fantasías fugaces con el detective que mañana va a ver, Paula se ha refrenado. Después de contemplarse y de haber sentido ese familiar cosquilleo, se ha dado la vuelta y se ha sumergido en la bañera. Bajo la espuma, reconfortada por el agua caliente y las sales de baño, ha dejado que su ardor languidezca. «Tiempo habrá para eso, tiempo habrá para encontrar aquello que busco y que tal vez no exista. Mientras tanto he de vivir mi vida a mi manera, tal y como Frank Sinatra decía en aquella canción de finales de los años sesenta. Y ahora voy a dormir y a olvidarme del mundo».

A la mañana siguiente Paula se ha levantado fresca como una mandarina. Antes de desayunar ha bajado un rato a correr y a la vuelta ha comprado la prensa. Aunque hacía frío, en la calle había indicios claros de que la primavera estaba aproximándose; hojas brotando en las ramas retorcidas de los árboles, trinos de pajarillos buscando pareja a la desesperada, cielos límpidos desposeídos de nubes, y sobre todo, el atisbo de una cierta alegría reflejada en la cara de la gente. Una vez en el piso, se ha preparado unas tostadas de pan con aceite y una infusión de *rooibos*. Mientras se las toma, ha hojeado el periódico. Ninguna noticia relevante: en Cataluña habrá nuevas elecciones y el paro continúa creciendo; una gran inundación en la India está provocando la pérdida de todas las cosechas; Obama quiere endurecer la ley que permite comprar ametralladoras a cualquier persona mayor de dieciocho, pero se prevé que no logrará recabar suficientes apoyos; la *Voyager 1* ha abandonado por fin el Sistema Solar y sigue su trayectoria hacia una oscuridad indescifrable. Después de leer la previsión meteorológica, se ha dado una ducha rápida y se ha vestido para ir a la comisaría. Unos tejanos descoloridos, un suéter de cuello vuelto y encima una chaqueta gruesa. Hace frío y no quiere pillar una gripe a destiempo. En los pies se ha calzado unas *Asics* azules con franjas naranjas y para terminar se ha pintado los labios y se ha echado una pizquita de colonia.

—Pasa y siéntate por favor —le dice Rodríguez después de despedir al agente que la ha acompañado hasta el despacho y renunciando ya desde el primer momento a tratarla de usted—. Necesito hacerte unas preguntas.

Robert es sincero cuando dice que la ha llamado por ese motivo, pues tal como ayer le informó, ha tenido noticias de un crimen que podría encajar en el *modus operandi* de la asesina que ella afirma que aparece en sus sueños.

—¿Son en relación al crimen de Helsinki? —pregunta ella despojándose del abrigo marrón para luego sentarse en la silla.

—Ya te lo dije. Lo primero que quiero saber es si te acuerdas del nombre de la víctima.

—Sí, casualidad o no, me ha venido a la mente justo al salir de casa, cuando he sentido el impacto del frío en la cabeza. Acababa de salir de la ducha y aún sentía la *humedad* en el pelo... —Aunque sin pretenderlo, Paula ha pronunciado la palabra *humedad* con un manifiesto deje sugestivo—. Lo que quiero decir —puntualiza tratando ahora de parecer indiferente—, es que el frío ha hecho que recordara el nombre de Talo Mäkinen.

—Exacto. Aunque esa información no deja de ser pública, he de reconocer que me sorprendes. —Sin atender a lo que él piensa que son solo artimañas seductoras, Robert ha cogido el boli *Montblanc* de la mesa y se da golpecitos en la mano. Lleva una camisa blanca remangada y pantalones chinos, ambas prendas planchadas de una

forma impecable. Tiene los brazos musculosos y poblados de vello. Las uñas cortas, redondeadas y sin un solo padraastro, dan a entender que se las cuida. Paula no detecta que lleve perfume, pero le da la impresión de que de su cuerpo emana algún tipo de olor sumamente atrayente, como una clase de feromona masculina por la que sin duda cualquier multinacional estaría dispuesta a pagar unos cuantos millones. «Este tío parece demasiado perfecto, me pregunto dónde estará el regalo sorpresa del roscón, seguro que lo oculta en un sitio recóndito», piensa la chica, conocedora a la perfección del dicho ese que dice: «los hombres son como los perros; tarde o temprano todos terminarán ladrando».

—¿Me puedes describir lo que viste en tus sueños? —continúa diciendo el detective ajeno a los pensamientos de la joven.

—Sí claro, para eso vine la primera vez. ¿No será que ahora me crees?

—Digamos que empezamos a sospechar que los crímenes pueden tener algún tipo de vínculo.

—¿Entonces esta vez sí que se trata de un maltratador que ha muerto con un pincho clavado en los cojones?

—Si no te importa, yo soy el investigador. Primero cuéntame lo que recuerdas y luego, llegado el caso, hablaré yo —dice él manteniendo la seriedad de la conversación.

—Como usted quiera, señor agente —replica Paula en un tono que podría tildarse como irónico, tras lo cual le relata de cabo a rabo el diálogo que en sus sueños mantuvieron Judith Torres y Rómulo Méndez en relación a la muerte de Talo, el infortunado vendedor de abrigos residente en Finlandia.

—Tienes buena memoria —remarca Robert después de haber escuchado la historia. Durante la misma ha ido haciendo anotaciones en un bloc con el bolígrafo que ahora ha dejado en algún lugar de la anárquica superficie de su mesa—. De acuerdo a lo que cuentas, tu homónima conoció al peletero de forma fortuita y luego trazó un plan. ¿Es eso correcto?

—Según Judith, así fue. Yo soy una simple transmisora de datos.

—Hablas como *C-3PO* dirigiéndose a *Skywalker*. ¿Qué piensas de esas muertes? Me da la impresión de que no estás del lado de las víctimas.

—Has acertado —responde ella al tiempo que se retoca los labios con un lápiz de carmín que ha sacado del bolso.

—Si no quieres que atrapemos a la culpable, entonces ¿por qué acudes a mí? —pregunta el inspector pensando que esa hembra puede ser peligrosa. Parece demasiado resuelta frente a lo que él considera un curtido representante de la ley.

—Porque da la impresión de que esa asesina soy yo misma.

—¿Cómo? —se sorprende él empezando a distender el tono. Lo asuma o no, la chica le gusta y no le ve sentido a continuar ejerciendo su papel de policía impasible. «Si quieres seducirme, adelante. Luego ya veremos quién es la que sale malherida», piensa mentalizándose para jugar al juego más antiguo del mundo.

—Lo que has oído. La mujer tiene el mismo nombre y aspecto que yo, ha estudiado paleontología, habla alemán, odia a los maltratadores y le encanta aprovecharse de los hombres.

—No sé tantas cosas de ti —reconoce Rodríguez retrepándose en la silla y cruzando las piernas. A lo lejos se oye el zumbido sordo de una torre de refrigeración y el intermitente relincho de un caballo. Parece que este proviene del jardín que se ve detrás de la ventana.

—¿Quieres decir que no me has investigado? —responde ella simulando decepción y extrañada a la vez por la presencia cercana del equino que no detectó en su anterior visita.

—Todavía no. ¿Te gustaría que lo hiciera?

—No tengo nada que ocultar, señor policía —se burla Paula levantando los brazos como si la estuviera apuntando con su arma.

—Dejémonos de bromas —dice Robert, que considera que poner límites a las insinuaciones es siempre ventajoso—. ¿Has estudiado paleontología y hablas alemán?

—Mi padre es bávaro y de pequeña pasé muchos veranos en Ingolstadt. Y sí, estudié Ciencias Geológicas en la Complutense. Cuando terminé, trabajé varios años en Sudamérica, aunque en realidad nunca lo consideré como un trabajo.

—¿A qué te dedicabas?

—A excavar fósiles de dinosaurios y ese tipo de bichos.

—Suenas fascinante —dice él, en parte porque lo piensa de verdad y en parte porque estima que es una buena ocasión para regalarle los oídos.

—Lo fue. Aunque resolver crímenes tampoco parece que esté mal —responde ella por las mismas razones.

—Sí, sobre todo si te gusta estar rodeado de inmundicia. Lo digo en serio. Lo único que lo puede llegar a compensar es cuando logras evitar una muerte, pero ocurre pocas veces.

—Dicho de esa manera suena bastante duro. Yo no me cansé de pasarme las horas al sol recomponiendo huesos, pero sí lo hice de recibir órdenes de imbéciles que se creían dioses.

—Toda experiencia tiene su lado oscuro.

—¿Así que eres un apasionado de *La Guerra de las Galaxias*?

—Más o menos —confiesa Rodríguez, a quién en efecto le encanta la saga de *Darth Vader*—. Entonces, si no es para ayudarnos a detener a la asesina, si existiese, imagino que has venido para asegurarte de que no te inculpáramos, ¿o me equivoco?

—No quiero ir a prisión, especialmente si no he matado a nadie —mientras dice esto, Paula inclina la cabeza hacia un lado y se aparta el pelo que le cae por la frente. Por el rabillo del ojo ha visto que a su anfitrión su gesto no le ha pasado inadvertido.

—No es fácil enchironar a alguien. Imagino que los días de los asesinatos tendrías coartadas y personas que podrían declarar que estuviste con ellas. Uno no se recorre

media Europa sin dejar evidencias —Robert, que también quiere hacerse el interesante, vuelve a coger el *Montblanc* y lo examina con detenimiento, como si tratara de leer en él una inscripción que apenas se distingue.

—Ya. En todo caso quería cerciorarme. Por supuesto también me picaba la curiosidad; no podía creerme que algo tan elaborado y real, al final resultara mentira.

En el jardín alguien pone en marcha una desbrozadora y al cabo de un segundo, en lo que parece su peculiar forma de protestar, el alazán emite un luctuoso relincho.

—¿Tenéis un caballo en el patio? —pregunta ella evidenciando esa curiosidad de la que habla.

—Es una yegua. La policía montada iba a sacrificarla y decidimos hacerle un establo en nuestras dependencias.

—Vaya, así que vais por el mundo rescatando a princesas. Eso es muy loable.

—Sí, y también nos dedicamos a bajar gatitos de los árboles —responde él siguiéndole la broma—. En fin, volviendo a nuestro tema, he de decir que hay partes de tu historia que no se corresponden con los hechos reales. Por poner un ejemplo, el tipo de Helsinki ni murió el 11 de febrero ni regentaba una tienda de pieles. Además, aunque se lo cargaron de una puñalada en el escroto, a los pocos días su hija confesó que lo había hecho ella. Sin embargo, Olof Kierkegaard, un colega mío de Copenhague que estaba investigando un crimen similar y al que la policía finlandesa solicitó ayuda, no creyó su versión.

—Coño, Olof. Ese hombre también apareció en mis sueños. Recuerdo que tenía el pelo blanco y que fue él quien ató cabos por primera vez. Luego se puso en contacto contigo para prevenirte de un posible crimen en España. Por lo que dijo, os conocisteis en París.

—Joder, ¿cómo hostias sabes eso?

—Te lo he dicho mil veces. Lo he soñado.

A partir de este instante Robert Rodríguez ya no cuestiona que lo que le ha contado la chica es la pura verdad. No el contenido en sí, que ese parece tener algunas discrepancias, sino el hecho de que toda la información procede de sus sueños. «¿De qué otra manera podría ser si no? Conoce demasiados detalles. No es que sea imposible averiguarlos uno a uno a base de escarbar en la prensa o a través de contactos, pero requeriría de una inversión enorme de recursos para algo cuya justificación no queda explicada». No, para Robert estaba claro que no tenía sentido. La mujer que se sentaba frente a él era una manipuladora redomada, eso era innegable, pero no parecía que necesitara mentir para lograr sus fines.

—Vale, me rindo. Por muy descabellado que suene, ahora te creo. Pero explícame una cosa, si tus sueños son premonitorios, o *post monitorios*, como cabría aquí llamarlos, ¿por qué no concuerdan al cien por cien con los hechos reales? No tiene lógica.

—No lo sé. Por eso la otra mañana me disculpé y me puse en contacto con Judith. Quizás es el momento de que llames a tu amigo; a lo mejor ellos dos ya han

adivinado la razón...

Entonces, justo cuando Paula termina de pronunciar estas palabras y antes de que Robert pueda contestar, suena lo que parece la melodía de un móvil: es la famosa aria *Brindisi* de *La Traviata*, cantada por Luciano Pavarotti.

—Hablando del fundador de Roma. Me llama Rómulo —dice alargando la mano para alcanzar el teléfono que guarda en la chaqueta—. Hola *rata*, ¿cómo estás? ¿Te han convencido a ti también...?

—Creo que tenemos que vernos —le interrumpe el psiquiatra—. Ha ocurrido algo insólito. —Y sin más preámbulos le cuenta el altercado que acaban de tener con Sebastián y sus infames pretensiones de pedirle trescientos mil euros a Judith.

Alas ocho de la mañana de este hermoso día de finales de marzo, Robert Rodríguez y el resto de las jurisdicciones de la Europol han dado de forma coordinada la rueda de prensa anunciada a los medios. Unas horas después, la supuesta cara de la sospechosa ha aparecido delante de cuatrocientos millones de personas. Ese factor, junto con el hecho de haber divulgado datos cruciales de su biografía, deberían bastar para que en las próximas jornadas apareciera algún tipo de pista, o al menos eso es lo que han pensado los investigadores. De cualquier modo, hasta unos minutos antes, no han querido desvelar que el motivo de la convocatoria era informar de las recientes averiguaciones sobre la asesina del 11 de septiembre. El último homicidio se había producido hacía ahora once días y según se acercaba la fecha del siguiente, la presión sobre la policía se estaba acrecentando.

Tres días atrás, una próspera aristócrata alemana, tras averiguar que su esposo había violado a su hija hacía algunos meses, con el fin de asegurarse de que no volvería a repetirlo, lo había arrojado por la ventana de la tercera planta de su lujosa villa, situada en medio de la campiña de la Baja Sajonia. Al cabo de dos horas, sin haberse siquiera molestado en llamar a una ambulancia para que llevaran a su agonizante marido al hospital, condujo hasta la comisaría más próxima y se entregó, eso sí, no sin antes hacer un extenso alegato en defensa de la justiciera que había iniciado su particular epopeya a escasos cinco kilómetros de su domicilio, animando de paso a todas las mujeres maltratadas a que no se acobardaran y adoptaran medidas.

A instancias de tan remarcable suceso, el subsecuente debate incoado en la sociedad sobre la lucha entre los sexos ocupaba ahora las primeras páginas de la mayoría de las revistas y periódicos. Las asociaciones feministas, sin llegar al extremo de hacer apología explícita de la violencia, viendo que el número de asesinatos de mujeres a manos de sus parejas había disminuido en más de un veinte por ciento a lo largo del último semestre, azuzaban a sus simpatizantes para que hicieran campaña en favor de la legitimidad de la defensa propia. En sentido contrario, las fuerzas de seguridad y la judicatura al completo, habían hecho piña para dejar claro que, en un estado de derecho, si la ciudadanía aspiraba a conservar la paz social y el sentido de la equidad que proporcionaba la democracia, ningún colectivo, por marginado que pudiera sentirse, debía intentar tomarse la justicia por su mano.

Ante este tenso panorama, y ante la abochornante falta de indicios que apuntaran hacia alguna sospechosa, no era de extrañar que la portavocía de la Europol hubiera esperado hasta el último instante para anunciar que disponía de nueva información. «Esos buitres no afilan sus plumas hasta que no huelen de cerca la carne putrefacta — piensa Robert para sí unos minutos antes de la comparecencia—, pues les voy a dar una buena ración».

—¿Cómo saben que la asesina es de nacionalidad española y paleontóloga de

profesión? —pregunta con un fuerte acento británico una enviada especial del *Daily Telegraph* que, como el resto de los asistentes, ha escuchado con sumo interés todo lo que el detective de la Europol con base en Madrid les ha revelado.

—Me temo que ese detalle no puede hacerse público.

—¿Cuál es el motivo? —insiste la periodista.

—El mismo que me impide decirlo. Otra pregunta por favor.

—Señor Rodríguez, si existe un retrato robot, es porque debe haber algún tipo de testigo, ¿me equivoco? —interviene ahora un reportero del diario *El País* conocido de Robert.

—En efecto.

—Imagino que no querrá destapar su identidad, pero ¿puede explicarnos en qué circunstancias esa persona vio a la asesina?

—Lamento decirle que me es imposible. Pondría en peligro partes vitales de la investigación.

—Si no pude responder a nada ¿por qué ha abierto un turno de preguntas? —Lo acusa de forma mordaz una mujer de la cuarta fila con la que hace algún tiempo se pegó un revolcón.

—Solo por cortesía, señorita Aguirre. Aunque no lo parezca, la educación nos parece importante —replica Robert con una buena carga de segundas intenciones dirigida solamente hacia ella—. Eso es todo por ahora. En cuanto tengamos más datos se los haremos llegar. Y por favor, publiquen el retrato en gran tamaño y en una buena página. Muchas gracias.

Huelga decir que el revuelo que se armó después de la rueda de prensa fue mayúsculo. Los programas de opinión de toda Europa interrumpieron sus habituales tertulias de política y se lanzaron tras la noticia como vampiros que nunca antes hubieran catado el sabor de la sangre. Las centralitas de todas las delegaciones de la Europol se colapsaron en cuestión de minutos. El retrato robot llegó a través de las ondas a todos los hogares de la Unión, a pesar de que, sin nadie sospecharlo y por obra y gracia de Judith Torres, se trataba de un dibujo no precisamente fidedigno del rostro de la bella sospechosa. Las redes sociales bullían con los comentarios de gente que decía conocer a una persona que se ajustaba al perfil publicado. No transcurrió mucho tiempo antes de que en *Twitter* el nombre de Paula Burmester se convirtiera en el *hashtag* más repetido del momento.

Infaustamente para ella, al menos media docena de hombres despechados, conociendo su área de especialización y viendo, o queriendo ver, un cierto parecido con la foto que había salido en la televisión, pensaron que comentarlo entre sus seguidores, aunque ni de lejos creyeran que fuera la culpable, sería una buena manera de vengarse de esa mujer que los había tratado con tanta frialdad, o quizá, según ella, se ajustaría más a la verdad decir que no había caído rendida a sus hueros encantos. A

los pocos minutos de que la mismísima Paula fuera avisada por su amiga Jai de que su nombre corría en boca de todos como posible identidad de la asesina del 11 de septiembre, dos agentes de policía llamaron a su puerta.

—¿Paula Burmester? —dijo desde el otro lado una voz monótona cuando ella, después de haberlos espiado por la mirilla electrónica, les preguntó visiblemente nerviosa y en voz alta qué los traía por allí.

—Sí, soy yo, ¿qué desean?

—Somos de la policía, ¿podría abrirnos por favor?

—¿Traen una orden? —respondió, más debido a la angustia y a lo que había visto en las películas que a un acto racional.

—No señorita, no traemos ninguna orden, tan solo queremos hacerle unas preguntas —se escuchó a través del grueso blindaje del portón. La voz era la de una mujer, pero carecía de inflexiones hasta tal punto que más que de la garganta de un ser humano parecía provenir de una muñeca a pilas.

Después de que Paula les abriera y de que, sin dejarlos pasar más allá del *hall*, respondiera a sus otra vez monocordes preguntas, decidió que lo mejor, tal como le habían aconsejado, sería acompañarlos. Mientras la joven se dirigía en el coche patrulla hacia la sede de la Europol de la calle Miguel Ángel para reunirse con el inspector responsable del caso, Judith Torres llegaba por sexta vez en pocos días al despacho de Rómulo.

—¿Has escuchado las noticias? —le pregunta el psiquiatra nada más entrar y dejando de lado de momento el hecho de que el día anterior Judith le hubiera dado un beso.

—Sí, acabo de verlas por la televisión. Parece que esa mujer va a levantar pasiones —responde ella tratando de ocultar su incertidumbre con respecto a su arranque de la pasada noche.

—Y tanto. No hay nada más morboso que una asesina de hombres que haya ido a la universidad. Es como si tener cultura legitimara de alguna manera sus acciones. Se ve que la mujer de tus sueños sabe muy bien cuál es la fibra sensible de la gente. Por eso te ha dado tantas pistas sobre su educación.

—Creo que te vas a llevar una sorpresa cuando te lea lo que me ha transmitido en el último sueño. No tiene desperdicio. Pero antes necesito saber si tienes alguna noticia del portero —dice ella, alejando por ahora el fantasma de una posible conversación sobre su despedida que prometía ser de lo más espinosa.

—Ninguna en absoluto. Vino a ver cómo iba la obra y luego continuó con sus obligaciones. Ya te dije que no había razón para alarmarse.

—Eso ya lo veremos...

—Sin embargo sí que sé algo que te va a interesar. Me acaba de llamar Robert muy excitado. Una tal Paula Burmester, de profesión paleontóloga y que coincide con la descripción del retrato robot, va camino de su central. No en calidad de detenida,

sino para responder a unas preguntas sobre su paradero durante ciertos días de los últimos meses.

—Paula Burmester —repite Judith como si estuviera comprobando el sabor de un chicle que acabara de meterse en la boca—. El apellido no me suena de nada. Pero coño, te dije que quería conocerla antes de que fuera llevada a la comisaría —replica Judith simulando enfadarse y contenta en su interior de tener otro tema más candente sobre el que discutir.

—Es que todo ha sucedido en un santiamén —y entonces Rómulo le cuenta el alboroto que se ha armado en las redes sociales y cómo su nombre ha salido a la luz—. Pero no te cabrees, Robert es un hombre de palabra. Si queda en libertad, le pondrán protección para que no caiga en manos de la prensa, en cuyo caso me ha prometido que podrás visitarla. Y si es arrestada, se las apañará para que puedas acceder a su celda. Más no puede hacer. Confía en nosotros.

—Parece que no tengo otra opción —responde como si de verdad le importara.

—Además, es muy posible que no sea la persona que buscamos. Sería demasiado sencillo y no creo que tu Paula haya montado este embrollo para que al final la arresten enseguida —añade Rómulo en un intento de suavizar la situación.

—No lo sabes tú bien... —contesta Judith sacando su libreta del bolso.

«Grecia se está viniendo abajo, de eso no cabe duda. El patriarcado que ha venido gobernando el país, como no podía ser de otra manera, ha fracasado de forma estrepitosa. Por supuesto le echan la culpa a la crisis económica y a los ajustes que han venido de Europa, pero en realidad eso es solo la fachada de un problema subyacente más grave. El hombre es un lobo para el hombre, ya lo dijo Plauto doscientos años antes de que los fariseos condenaran a Cristo. ¿Podría alguien en su sano juicio imaginarse a una mujer o grupo de mujeres crucificando a un ser como Jesús? La respuesta es que no. Plauto era un agudo comediógrafo romano que tuvo sus fuentes de inspiración en los autores griegos. Cuando escribió su célebre frase, popularizada siglos más tarde por el filósofo inglés Hobbes, lo hizo con un propósito satírico. Un hombre delicado como él, encontró en el humor la única vía posible de enfrentarse a un poder que lo obligó a ser soldado contra su voluntad.

Desde entonces el mundo ha cambiado muy poco y por desgracia el significado de sus palabras se ha ido haciendo más funesto si cabe. Los gobernantes que antaño crearon un imperio a fuerza de esclavizar soldados, son los mismos que ahora manejan los hilos del poder económico. No os dejéis engañar por discursos que han salido de la boca de personas así. El gas corrosivo que circula por sus vasos sanguíneos tiene la facultad de transmutar los tejidos humanos; al corazón lo convierte en un bloque de hielo incapaz de sentir; al cerebro lo reblandece hasta que se transforma en una pasta amorfa carente de creatividad; a los genitales los hace adquirir una preponderancia tan desmesurada que llegan a obliterar la voluntad; a

los pulmones les crea una costra interior que los habilita para poder respirar un aire venenoso; y por último, en un acto puro de perversidad, ese gas corrosivo, envuelto entre tinieblas, da a luz a una membrana que a modo de segunda piel recubre el cuerpo y lo protege del gran peligro que supone el afecto.

A ese gas, que tiene la misma apariencia que la sangre pero que dista mucho de poder denominarse así, lo he bautizado con el nombre de Mangre. Quizá pensaréis que se trata de una palabra desdichada, y yo en eso no os quito la razón, sin embargo, a mi entender, es un término de lo más acertado. El vocablo de mi invención se origina apocopando el extranjerismo Man y la palabra Sangre, y viene a significar exactamente eso: el humor rojo que discurre por las venas de un hombre de mentira. Asimismo, y para continuar con las analogías, de ahora en adelante, en vez llamar hombres a los seres que mato, los voy a denominar Mangrantes. Por oposición, un macho de la especie humana verdadera, a los que yo respeto y sobre los que nunca descargaré mi brazo, al asestarle una puñalada en el escroto, se convertiría de inmediato en un cuerpo Sangrante.

En este hipotético caso, producido por lo que sería sin duda un acto deleznable, la sangre derramada, al ser auténtica, daría lugar a una considerable cantidad de dolor y al vertido de innumerables lágrimas. Los seres humanos se distinguen de los “otros” en que son capaces de provocar en sus semejantes ese tipo de cosas. Asesinar a un Mangrante, por el contrario, es equiparable a la acción de espachurrar a una cucaracha con una zapatilla. Nada por lo que nadie sufra y algo que según mi criterio la justicia no debería en modo alguno reprobar. ¿O es que existe acaso sin que yo esté al corriente una ley que vele por los derechos de tales sabandijas? Yo os puedo prometer que no. Porque la realidad es que soy abogada y que nunca he tenido en mis manos un libro que trate de paleontología. Y es que, aunque jamás he dicho una mentira, tengo el deber de confesaros que lo más cerca que he estado de un animal extinto ha sido en Hannover, cuando me acerqué a la urna que encerraba el esqueleto reconstruido de un iguanodonte. Lo que pasa es que tener un título de abogacía es algo que en la actualidad no impresiona a nadie, y yo a lo que aspiraba era a crear un mito.

Ahora os lo puedo contar porque, según mis cálculos, la policía ya habrá informado a la prensa de que la asesina era una suerte de científica loca, imagen que era justamente la que yo pretendía proyectar. También he de deciros, en lo que supone mi segunda y última transgresión del octavo mandamiento, que, aunque me exprese en un más que correcto castellano, a lo mejor no soy española de nacionalidad. Estos dos detallitos han constituido para mí lo que en un lenguaje técnico se denomina “cortina de humo”. Os pido disculpas por haber utilizado temporalmente un recurso tan zafio, pero me era indispensable ganar algo de tiempo. Si todo va como espero, con las informaciones vertidas a la prensa, lograré encender la mecha de la gran bomba en la que se ha convertido mi misión. Muy pronto lo veremos. Hasta ese momento yo seguiré en solitario comandando la nave, y cada día

11, llueva o truene, un Mangrante abandonará, sin quizá desearlo, este mundo cruento. Por lo que respecta al asesinato que cometí en Atenas hace ya algunos días, no tengo nada destacado que añadir. Otro pobre diablo que ha tenido la suerte, o la mala fortuna, según como se mire, de cruzarse conmigo».

—Joder, así tu indiferencia por lo de Paula Burmester. Ya sabías que ella no podía ser la responsable —dice Rómulo completamente anonadado y empezando a gestar un enfado como hacía años que no experimentaba.

—Sí —responde Judith con precaución. Intuye que lo siguiente que dirá el psiquiatra es que debería haberlos avisado.

—O sea, que me has dado la información sabiendo que era errónea —replica Rómulo, tal como esperaba la empresaria—. Aparte de que yo me pueda sentir dolido —añade él con una dura expresión—, vas a tener que explicármelo muy bien para que Robert no acabe deteniéndote. Me cago en la hostia Judith, ¿no tenías otra manera de joderme?

—Lo siento de verdad. El problema es que el sueño lo he tenido esta noche. Después de volver del bar me quedé un buen rato levantada pensando en lo que había pasado, y esta mañana, cuando por fin he abierto los ojos, eran ya más de las nueve y media y la rueda de prensa, según me habías indicado, ya habría concluido.

—¿Cómo que esta noche? No me tomes el pelo —dice él con la voz en el tono más ronco que recuerda—. Ayer me dijiste que hoy venías para leerme el sueño sobre el crimen de Atenas.

—Sí, el pasado día 11 tuve otro como los anteriores. Aquí lo tengo escrito —dice la mujer atropelladamente al tiempo que pasa hacia atrás una página de su cuaderno y se lo tiende al hombre—. Si quieres te lo leo.

Rómulo no sabe qué pensar. Quiere creerla con desesperación, pero lo que está oyéndola decir no le parece lógico. «¿A santo de qué la asesina querría revelar primero una información y luego desmentirla? ¿Es la idea de crear un mito una verdad plausible? No lo creo. Si quisiera jugar al gato y al ratón, se habría limitado a dejar pistas falsas. A no ser que... —Piensa Rómulo con un punto de alarma— sea la mismísima Judith Torres la homicida y no quiera más que restregarme sus crímenes y reírse de mí. Psicopatías más delirantes las he visto a montones. Mierda, debería haberle dado a conocer su identidad a Robert, él se habría encargado discretamente de comprobar sus coartadas los días de los asesinatos —reflexiona con resentimiento mientras se sujeta el mentón con las manos.

»Pero qué coño digo —recapacita en sentido contrario tras un lapso que ignora cuánto ha sido—, eso es imposible. ¿Para qué habría venido entonces a verme, para que la arrestemos? No, no puede ser... —murmura ladeando la cabeza— bien pensado, si lo que pretende la asesina es publicitarse y no ser atrapada, y además posee la habilidad de inducir los sueños de Judith en fechas específicas, ¿no sería lo más inteligente esperar a que la información falsa hubiera sido difundida para luego

dar otra? Y si ese fuera el caso, ¿no tendría todo el sentido del mundo lo que Judith acaba de afirmar?».

Tras estas largas cavilaciones, Rómulo decide rendirse. Tiene claro que él solo no va a lograr descubrir la verdad, y como lo que le interesa en realidad es la mujer, no se le ocurre otra cosa que hacerle una simple pregunta:

—¿Te apetece que vayamos a dar un paseo? —dice el psiquiatra por fin, convencido ya de que fuera o no cierto que hubiera tenido el sueño esa misma mañana, la creería igualmente, o al menos, fingiría que la había creído.

VII

Una vez cortada la comunicación, Robert se calla durante unos instantes y mira con atención a Paula. Según lo que *el rata* acaba de contarle por teléfono, el portero de su finca, ese tipo rudo y grandote del cual él siempre ha desconfiado, pretende, de algún modo, chantajear a Judith Torres con una información confidencial que sobre ella posee y que su amigo no ha querido explicarle. Además, no siendo esto ya poco extraño, resulta que, según le ha relatado Rómulo, esa información íntima ha sido recabada subrepticamente por Sebastián durante el transcurso de los sueños que la mujer ha tenido con el propio psiquiatra. «O yo me estoy volviendo majareta, o creo que esto está adquiriendo unos tintes *jungianos* —piensa Rodríguez para sí—. Si no me equivoco, la realidad y los mundos oníricos se están mezclando con algún tipo de propósito oculto. ¿Cuál será? Ahora mismo no se me ocurre nada. En todo caso, poder averiguarlo pasa porque nos reunamos los cuatro cuanto antes».

—Esto se está complicando por momentos —dice Robert una vez que ha terminado de pensar y observarla. Y entonces procede a contarle a la joven la conversación que acaba de mantener con Rómulo—. ¿Conoces la teoría de los sueños de Jung? —le pregunta después.

—No, solo sé que discrepaba con el misógino perturbado de Freud.

—En efecto. Freud considera los sueños como manifestaciones del inconsciente sexual reprimido, mientras que Jung afirma que su función primaria es la de intentar restablecer el equilibrio psicológico de la persona. Dicho de otro modo, para Jung, los sueños, son algo intrínsecamente positivo, un recurso que utiliza el inconsciente para ayudar a que el consciente, es decir, el soñador despierto, desarrolle su campo mental y madure.

—¿Te has leído sus obras completas? —dice Paula señalando sorprendida los volúmenes que tiene a su izquierda.

—Tanto como eso no, creo que me quedé atascado en el prólogo del tercer volumen —replica el detective sincerándose—. Pero da igual, Rómulo se ha encargado de aburrirme muchas veces con sus explicaciones, él se las sabe de carrerilla.

En el jardín, la desbrozadora continúa el trabajo sin que haga rato que la yegua proteste.

—Ya decía yo, no tienes tanta pinta de intelectual —dice ella en tono burlesco—. Pero dime, ¿estás afirmando que todo lo que he soñado va a contribuir a que madure?

—No me atrevería a decir que eso fuera posible —responde él devolviéndole el dardo—. Oye, ¿te importaría acompañarme afuera a fumar un cigarro?

—No había notado que fumaras, pero claro que no.

—Lo hago solo cuando necesito desmadejar un lío de los gordos. ¿Te apetece uno?

—Lo dejé hace tiempo. Mi segundo marido, pobre de él, murió de cáncer de pulmón.

—Joder, lo siento. ¿Has estado casada dos veces?

—Sí, y para mi fortuna y nunca mejor dicho soy doblemente viuda. Ahora me dedico a administrar sus bienes.

Esta vez Robert se ha quedado más rígido que una estatua de mármol. Nunca habría pensado que una chica tan joven pudiera ya haber enterrado a dos maridos, y mucho menos que después hablara del asunto como si se tratara de una simple operación bursátil. A él en particular le gustan las mujeres que no sean demasiado apegadas, pero el bello espécimen que tiene delante parece que ha llevado su doctrina al extremo. «¡Uf!, cualquiera se arrima a esta hermosa serpiente», piensa entretanto se levanta y echa mano de la chaqueta para ir a fumar.

—¿Qué?, ¿estás pensando que soy como una viuda negra? —pregunta ella adivinando el runrún que ronda por su augusta cabeza. Después, imitando a su anfitrión, Paula se levanta y se pone el abrigo—. Venga, vamos a echarnos ese cigarrillo a ver si nos aclara las ideas —añade bromeando para mostrarle que está acostumbrada a reacciones así.

Tras concluir el rito de inhalar humo para después expelerlo por la boca, durante el cual Paula le ha contado sucintamente a Robert cómo conoció a sus difuntos y la experiencia vivida con ellos, el agente le ha propuesto comer con Judith y Rómulo en un bar cercano al Templo de Debod. Según le ha informado, el lugar es tranquilo y podrán hablar sin la amenaza de que el portero irrumpa en mitad de la conversación, tal y como suele ser su fea y peligrosa costumbre. Como a la chica le ha parecido bien, en estos momentos se dirigen hacia la boca de metro más cercana.

Nada más salir del edificio, antes de enfilarse por la calle Almagro hacia la parada de Alonso Martínez, Paula se ha agarrado con firmeza del brazo del hombre. Una vez dentro del vagón, el traqueteo del tren les ha impuesto un silencio que no por obligado ha sido menos cómodo. La presión constante de los dedos de la mujer reconforta a Rodríguez y lo lleva en volandas a recordar un episodio del pasado, cuando, siendo aún veinteañero, viajaba en otro tren junto a la única mujer que en realidad ha amado, o quizá debiera decir, que en realidad ha creído que ha amado, pues eso su mente de adulto no sabe discernirlo. Aparte del contacto de su mano, lo que ha provocado que su cabeza vagara hasta allí, ha sido que quizá no por casualidad en aquel viaje se dirigían a Pula. Su novia, que se llamaba Estrella y que murió un año más tarde, se había emperrado, por no supo nunca qué motivos, en ir a visitar el anfiteatro romano de aquella ciudad alejada del mundo. Aunque Robert intentó convencerla de que fueran a Roma, un lugar mucho más cercano que disponía también de un imponente circo, no pudo conseguirlo. Aquella muchacha era más dura de mollera que la esfinge de Giza. Tal vez por eso fue que murió siendo todavía tan

joven, porque a los veintiún años había gastado ya la misma energía que cualquier otra persona a los ochenta.

El caso es que en aquel trayecto, mientras Estrella se agarraba de forma idéntica en que ahora lo hace Paula, le dijo, ya consciente de que iba a morir, que algún día, en el futuro, otra mujer lo cogería del brazo en un tren y volvería a conquistar su corazón. Ahora que lo medita, Robert se da cuenta de que no había pensado en ese recuerdo durante mucho tiempo. Solo el día anterior, cuando la joven que está a su lado habló de un banquero supuestamente asesinado en Pula, tuvo un fugaz vislumbre de lo que había acontecido hace ya quince años. Sin embargo, ahora no hay nada que impida que la imagen de aquel viaje lo golpee con toda su crudeza. «¿Está sucediendo esto de verdad? Cuando hace ya dos lustros Rómulo me contó la historia de *su* Estrella y yo le conté la historia de la *mía*, los dos estuvimos de acuerdo en que aquello no podía tratarse de una casualidad. El mismo nombre, la misma muerte prematura y el mismo tipo de premonición hecha por ambas jóvenes. Si no llega a ser por la circunstancia de que habían fallecido con quince años de diferencia, quizás hasta podríamos haber pensado que se trataba de una sola persona. Luego el tiempo pasó y ambos cubrimos aquel recuerdo con el grueso manto del olvido. No obstante—continúa pensando, arrullado por el eco rítmico del metro— por muy romántica que parezca la situación, esta no es ni mucho menos la primera mujer con la que desde entonces voy en un tren enganchado del brazo. Además, aparte de que ya no soy el mismo, todavía no tengo ganas de morir. No digo que no me apetezca acostarme con ella, pues salta a la vista que está como un cañón, pero dejemos el amor para mi amigo Rómulo, que sin duda es más digno de él».

Cuando la megafonía del vagón anuncia la parada de Plaza de España, Robert sale de golpe de sus ensoñaciones. Tras parpadear con fuerza varias veces, se levanta, agarra a Paula de la mano y se abre camino entre la gente que se agolpa delante de las puertas. Después de franquear los torniquetes de salida, cogen la escalera mecánica que los lleva directamente hasta la superficie. Desde allí bajan hacia Bailen y siguen por la calle Ferraz hasta Pintor Rosales. En el número doce encuentran *La esquina de Nabuco*, el bar en el que han quedado con la otra pareja.

—¡Joer...!, vas como una moto, ten en cuenta que yo tengo las piernas más cortas—dice Paula recobrando el resuello cuando por fin se detienen. Se ha plantado de espaldas a la entrada y se dedica ahora a admirar por enésima vez en su vida la gran belleza de la construcción egipcia que tiene justo enfrente. El templo, de 2200 años de antigüedad, fue traído piedra a piedra desde Egipto a finales de los años sesenta como regalo a España por la ayuda prestada para preservar los templos de Nubia, amenazados por la inminente entrada en servicio de la presa de Asuán.

—¡Ah! Perdona, es que andar despacio en la ciudad me pone de los nervios.

—¿No será más bien que si no andas rápido descubres que *ya estás de los*

nervios?

Robert, que nunca lo había visto desde esa perspectiva, duda un momento y luego responde con sinceridad.

—Seguramente tengas razón, pero el caso es que a mí me funciona. Es bonito ¿no? —dice dirigiendo la vista al edificio que se encuentra al otro lado de la calle.

—Precioso —conviene ella. Hace un rato que se han soltado las manos, y aunque no siente ya en la palma el calor que emanaba de sus nervudos dedos, todavía conserva su recuerdo—. La verdad es que yo hago lo mismo, me refiero a andar a toda leche, pero claro, nada comparado con lo tuyo.

El propietario de *La esquina de Nabuco* es amigo de Robert y les ha reservado, como ya ha hecho para él y *el rata* en muchas ocasiones, un saloncito privado que tiene en la parte de atrás. Además de dos mesas con sus correspondientes juegos de sillas, hay un par de butacas y una vieja diana para dardos. Cuando Paula y Robert ingresan en la estancia, Rómulo y Judith ya se encuentran allí. Han ido en autobús desde el despacho de la calle Gran Vía. Un trayecto que les ha llevado unos veinte minutos y durante el que no han parado de hablar de la misteriosa manera en que Sebastián ha obtenido una información que nadie excepto Judith conocía y que confesó solo una vez cuando estaba dormida.

Para Rómulo, formado como psiquiatra y conocedor de todas las teorías sobre los sueños formuladas desde el albor del tiempo, lo que ha sucedido no le encaja en ninguna. Ni los estudios clásicos de Freud, Adler y Jung, ni la moderna rama de la psicología transpersonal o las nuevas terapias holísticas, dan cabida a casos parecidos. Si quisiera encontrar una similitud, no le quedaría más remedio que recurrir a la filosofía, o alternativamente, a la literatura. Y como días atrás, a raíz de sus recientes conversaciones con la empresaria, le han estado viniendo a ráfagas multitud de recuerdos, se ha dedicado a desempolvar algunos libros y ha estado repasándolos en las últimas horas. Por poner un ejemplo, en la Primera Meditación de su obra *Meditationes de Prima Philosophia*, en uno de los pasajes que Rómulo tenía subrayados, Renato Descartes escribía:

«No de distinto modo que el cautivo, que acaso goza en sueños de una libertad imaginaria, en cuanto empieza a sospechar que duerme teme despertar y se demora en aquellas dulces ilusiones, así también [...] temo despertar, no sea que, las vigilias laboriosas sucediendo a la plácida quietud, no venga a dar al fin a alguna luz, sino a las densísimas tinieblas de las dificultades removidas»^[1].

Por no mencionar los párrafos que Rómulo ha releído en los que William Shakespeare hace en sus obras referencia a los sueños, o la totalidad del drama teatral de Calderón. No obstante, el psiquiatra piensa que en todo aquello debe haber alguna explicación y tiene la esperanza de que la reunión que está a punto de tener lo ayude de algún modo a esclarecerlo.

—Te presento a Judith Torres —dice *el rata* dirigiéndose a Robert en cuanto ve que han entrado por la puerta—. Y usted debe ser la señorita Burmester, ¿no es así?

—Por favor, no me trates de usted, debemos de tener la misma edad —ironiza Paula con una sonrisa y sin poder evitar quedarse hipnotizada por sus grandes incisivos y la mata de pelo cobrizo que tiene en la cabeza.

—Perdona, es que en general solo hablo con psicópatas —bromea el psiquiatra admirado por la belleza de la mujer que supuestamente aparecía en los sueños de Judith.

—Es un placer conocerte —dice la empresaria estrechándole la mano al policía—. Y a ti, Paula —añade mientras la saluda de forma efusiva con un par de besos— ¿qué tal te ha ido con este señor?

—No tan mal como me imaginaba —responde la joven dando muestras de lo contenta que está de volver a verla.

—El placer es mío —dice el detective cuando las dos mujeres han terminado—. Espero que Rómulo no te haya aburrido hablándote de mí.

—Qué va, como todo psiquiatra solo ha hablado de él mismo —dice ella guiñándole un ojo al referido.

—Eso es porque que le gustas. ¿Verdad *rata*?

—Anda, sentaos y dejadme tranquilo. Paula, ¿qué quieres tomar? —le pregunta Rómulo ofreciéndole la silla que tiene a su izquierda.

—Por el olor y el aspecto del lugar, intuyo que no comeremos ensaladas, así que tomaré una copa de Rioja.

—Que sea mejor una botella —dice Robert secundándola.

—Bueno, ¿y cuál va a ser el menú? —pregunta Judith, que con un gesto de la cabeza ha mostrado también su conformidad con la bebida.

—Le he dicho al dueño que nos traiga un surtido de las especialidades de la casa —aclarar Rodríguez—. Tenemos muchas cosas de que hablar y esta tarde la tengo ocupada; no hay tiempo que perder. Lo siento por ti Rómulo, pero hoy vas a tener que saltarte la dieta.

—¡Hum! A la rica grasa animal, estoy cansado de comer zanahorias —y entonces enseña las paletas y las mueve imitando a un conejo.

Los otros tres comensales ríen al unísono reconociendo que lo hace con gracia.

—Oye, Rómulo —dice Judith tras un momento de duda pero envalentonada por la amigable atmósfera que se ha creado en tan pocos minutos— ¿por qué te apodaron *el rata* y no *Bugs Bunny*?, es bonito y te pega mucho más.

—Pues no lo sé, tendría que preguntárselo a mi padrastro, aunque ignoro si continúa con vida. Pero tú me puedes llamar como te dé la gana. Y tú Paula también —dice él poniéndose la servilleta a modo de babero y empuñando los cubiertos como para exigir que les traigan ya de una vez los platos.

—Te agradezco la confianza —responde la chica—. Entonces te llamaré señor

Méndez, como lo hace Sebastián en mis sueños... —Y según dice esto se da cuenta de que su pretendida broma quizás haya sido una verdadera metedura de pata.

—Gracias por sacar el tema a colación —dice Judith sin acritud pero con seriedad—. Ya que es el único de los aquí presentes que aún lo desconoce, voy a ser franca con Robert. Aunque es policía, convendrá conmigo en que un delito que ha prescrito ya no puede ser considerado como tal, ¿no es verdad?

—¿A qué te refieres en concreto? —pregunta desconcertado el detective.

—A un asesinato. Yo maté a mi marido hace ahora veintiséis años, o mejor dicho, provoqué el accidente en el que yo casi muero y en el que él por fortuna murió.

—¡Joder...!

Judith ha acabado aceptando la propuesta de Rómulo y estos momentos se dirigen dando un paseo hacia la explanada del Templo de Debod. Situado en una loma del extremo oeste de la ciudad, desde su elevada posición se contemplan unas puestas de sol impresionantes. Después de una hora de recorrer las calles, durante la cual han hablado con Robert para informarle de que Paula Burmester no podía ser la persona que buscaban, han llegado finalmente a la plaza. Son casi las siete de la tarde y el sol se aproxima a su ocaso. Pese a la claridad diáfana de la jornada, el frío viento que sopla de la sierra ha acabado confeccionando sobre la ciudad un fino velo de nubecillas blancas. Bajo los cirros, el arrebol a que ha dado lugar el crepúsculo tiñe de un rojo carmesí los pinares de la casa de campo. En esta escena ya de por sí embriagadora para ambos, el contrapunto de luz lo producen las fachadas graníticas del Palacio Real y de la Catedral de la Almudena. Un poco más cerca, recortándose aún con nitidez sobre la negrura que se cierne ante ellos, las siluetas de los ingenios mecánicos del Parque de Atracciones les recuerda que, a pesar de su mezquindad, en el mundo todavía hay gente dispuesta a divertirse.

—¿Así que anoche estuviste levantada hasta tarde? —pregunta Rómulo apoyado en la barandilla desde la que contemplan los últimos resplandores de ese atardecer de finales de marzo.

—Sí, pensaba en el beso que nos dimos y en lo insegura que me siento al respecto —responde Judith junto a él pero manteniendo una cauta distancia.

—¿Y llegaste a alguna conclusión?

—No, sigo igual de perdida.

—Bueno, dejémoslo estar. Háblame de tu sueño.

—Ya lo conoces. Te lo he leído hace un rato.

—No te pregunto sobre su contenido, sino sobre cómo te sentiste cuando te despertaste.

—¿En esta ocasión, o en las demás? —responde ella subiéndose el cuello del abrigo y acercándose al hombre. Tras la puesta de sol, la temperatura ha bajado unos grados.

—¿Tienes frío? ¿Quieres que nos vayamos?

—Prefiero quedarme. Me encanta el silencio de la noche.

—En esta ocasión y en las demás —dice Rómulo, insistiendo en su pregunta previa.

—Las otras veces, me refiero a las siete primeras, por la mañana me levantaba con una energía desbordante, como si yo solita fuera a ser capaz de poner fin a todas las miserias que assolaban al mundo. Sin embargo, esta última me he despertado embargada por una tristeza profundísima, como si de repente me hubiera dado cuenta de que en la Tierra ya no quedara nadie excepto yo.

»Nadie a quien amar pero tampoco nadie a quien responsabilizar de mi desolación. Esta mañana ha sido la primera vez que he pensado que, tanto mi *vendetta* personal contra mi hermano, a quien me he encargado de arruinarle la vida, como la odisea de Paula, esa misión autoimpuesta de castigar a los maltratadores, no sirven para nada. Ni a la violencia se la podrá derrotar jamás con la violencia, ni la venganza podrá nunca devolvernos la paz. Sin embargo, lo peor de todo es saber que, aunque deseo amar y ser amada, es muy posible que ya sea demasiado tarde para mí.

—¿Lo dices por lo de Sebastián?

—No, no lo digo por él, a pesar de que estoy asustada. Lo digo porque tal vez, y me he dado cuenta de eso al confesártelo, al matar a mi marido inconscientemente renuncié para siempre al amor.

—Yo estaría dispuesto —responde Rómulo al tiempo que, arrepentido de no haberlo hecho cuando tuvo la ocasión hace tres días, la busca con sus manos y la abraza. Judith tiene la cara helada y unas frías lágrimas ruedan por sus mejillas—. Déjame que te invite a algo caliente o no creo que pases de esta noche, aunque seas una chica del norte.

—Del norte sí, pero por mis venas corre sangre andaluza.

—¿Y por la mías qué crees que corre, sangre o mangre?

—No seas tonto y llévame a tomar eso caliente que me has prometido.

—En taxi desde aquí hasta mi casa apenas se tardan diez minutos. Tengo una sopa hecha de ayer en la nevera. ¿Te gustaría probarla?

—*Mmm*, no suena mal de todo. ¿No tendrás intenciones malévolas? Querido *Bugs Bunny*, ¿o debería decir mejor querido *doc*?

—Siempre las tengo, pero por desgracia nunca llego a cumplirlas.

—Pues veremos si esta vez lo consigues...

Y acto seguido cruzaron de nuevo la explanada que ocupaba el templo, y después bajaron las escalinatas, y en Pintor Rosales, cogieron un taxi con rumbo al lugar donde había estado la vetusta fábrica de cervezas de *Mahou*, allí donde todavía se alza una chimenea de ladrillo rojo, y junto a la cual existe una fuente, cuyo rumor hace que no creas estar en el mismo centro de una capital bulliciosa y sucia, y donde esta noche, una pareja de *cincuentañeros* quieren descubrir, si habitan un bátratro lleno de violencia, o por el contrario, en un paraíso en el que el amor tiene todavía posibilidades.

Un par de horas antes de que Rómulo y Judith abandonaran la oficina con la intención de dar un paseo, Paula Burmester, completamente desconcertada por todo lo que había ocurrido, era conducida a una de las salas de interrogatorios situada en el sótano del edificio de la Dirección General de la Policía de la calle Miguel Ángel, a pocas manzanas de su propia vivienda. La estancia era igual que todas las que había visto en las películas; tres paredes de yeso gris sin adornos y un ventanal de cristal

negro desde cuyo extremo seguramente la observaban. En el centro, una mesa metálica y tres sillas, una de las cuales la ocupaba ella. Un teléfono, un bloc de notas cerrado, un vaso de plástico vacío y una botella de agua de litro y medio, eran todos los accesorios que veía.

Al cabo de un minuto, se abre la puerta y entra un hombre al que a bote pronto le calcula unos cuarenta años. El tipo es alto y musculoso. Viste una camisa azul bien planchada y unos pantalones vaqueros impolutos. En la mano lo único que trae es un bolígrafo negro de los caros. A Paula le parece un *Montblanc*, aunque no está segura. Cuando le mira la cara observa que es bastante atractivo; cejas pobladas, nariz rectilínea, unos ojos azulísimos que resaltan sobre el moreno de su piel y una barba entrecana a medio rasurar al estilo George Clooney. «Si alguien ha de interrogarme, que al menos sea guapo», piensa para sí entretanto se mira las uñas dudando si volver a mordérselas, como hacía cuando era más joven. «Ahora las llevo perfectas y sería una lástima», acaba sin embargo diciéndose.

—Le pido disculpas, señorita Burmester, por todo este atropello, pero le aseguro que venir aquí es mucho mejor que caer en manos de la prensa. Tal y como se estaban poniendo las redes sociales, su timbre no hubiera tardado más de cinco minutos en sonar.

—¿Me puedes decir de qué va todo esto? —responde ella negándose a los formalismos y a tratarlo de usted—. ¿Estoy detenida?

—¿Ve usted a un abogado? Si no lo ve, quiere decir que no lo está.

—Me alegro, de todas formas he llamado a una amiga para que avise al suyo, *just in case* —dice imitando a Jai, con quien ha hablado desde el coche patrulla.

—¿Está usted dispuesta a responder a unas preguntas sabiendo que todo lo que diga puede ser utilizado en su contra?

—Ya le dije a los agentes que no tengo nada que ocultar.

—Muy bien. Ya sabe que buscamos a una mujer sospechosa de haber asesinado a siete hombres asestándoles una puñalada en el escroto.

—Sí. La famosa asesina del 11 de septiembre. Y resulta que algunos de mis examantes se han chivado de que soy paleontóloga y me parezco a ella. Una cosa ridícula —declara la mujer empezando a tener un preocupante atisbo del monumental lío en el que puede estar inmersa.

Antes de acudir a la sala, Robert Rodríguez ha estudiado los perfiles que Paula tiene en las redes sociales. Apenas las usa y muestran pocos datos, pero la media docena de fotografías en distintas poses que ha contemplado, le han hecho revolverse: no le cabe casi ninguna duda de que esa es la misma mujer a la que él vio en el vídeo saliendo disfrazada de la cárcel. La misma con la que en las últimas noches ha tenido turbadoras fantasías sexuales y que de forma inexplicable tanto le atrae. Y también la misma que en estos instantes tiene pánico a conocer en persona por temor a perder el

control y a que ella pueda ponerlo en evidencia delante sus jefes. Pero a pesar de todo esto, sabiendo que se puede complicar la existencia e incluso yendo en contra de las normas, ha solicitado permiso para interrogarla a solas durante unos minutos.

—¿Me puede decir por favor dónde se encontraba el pasado día 11? Si la cosa le parece ridícula, entonces terminaremos pronto —dice Robert haciendo acopio una vez más, desde que entró en la sala, de su probada profesionalidad para no traicionarse. Ahora que la tiene frente a él, le parece más hermosa todavía y han comenzado a sudarle las manos.

—Pues casualmente me encontraba en Atenas. ¿No es allí donde hallaron a la última víctima? —ironiza Paula con el semblante serio. Ha comprendido de golpe que le va a resultar difícil salir de ese embrollo y no cree que sea momento para bromas—. Tenía ganas de ir a conocer el Partenón y pasé cinco días en Grecia.

—Pues empezamos mal, señorita Burmester. ¿Fue acompañada? —dice Robert, a quien no le queda ya mucho para convencerse de que está delante de la asesina que le ha sorbido el seso. «Una mujer de cuidado. A lo mejor me hice policía porque ninguna hembra corriente ha sido capaz de retorcerme el alma como lo ha hecho esta», piensa el detective en un intento de explicarse su actual desconcierto.

—No, fui sola —contesta Paula percibiendo un manifiesto nerviosismo en su interrogador. «Yo estoy acojonada, pero este tipo tampoco lo está menos. ¿Qué coño pasa aquí?».

—Vaya por dios, ¿así que no nos puede proporcionar constancia fehaciente de dónde estaba en cada momento?

—Me temo que no.

—Bueno, la lista es larga. Admito que podría ser una casualidad. ¿Qué me dice del día 11 del mes anterior? ¿Imagino que no me dirá que se fue a Finlandia a visitar una granja de renos? —pregunta Robert sarcásticamente. Se ha dado cuenta de que la mujer empieza a tener miedo y eso le ha hecho recuperar gran parte de su aplomo.

—Pues no. Pero estuve en Helsinki en la exposición de un artista al que le compro cuadros. Por supuesto aproveché la ocasión para conocer la ciudad y el resto del país. Pasé ocho días completos —replica ella con la certeza de que va a necesitar ayuda para salir de allí.

—Me parece, señorita, que empezamos a tener un problema. ¿Sabe si tardará mucho en llegar su abogado?

VIII

—¡Joder...! —ha exclamado Robert tras escuchar una de las confesiones más inesperadas de toda su carrera—, ¿y por qué coño me lo cuentas? Preferiría haber continuado sin saberlo.

—Si estás aquí sentado, es porque es necesario que lo sepas —responde Judith con firmeza—. No sé qué pensaréis vosotros, pero todo esto me está empezando a oler a chamusquina.

»Resulta que, aquí mi amiga Paula, ha soñado con que yo visitaba a nuestro también aquí presente Rómulo y le contaba los sueños que yo a mi vez tenía con una asesina de perpetradores de violencia de género, y que, por todas las evidencias recabadas y sorprendentemente, parece que se trataba de ella misma.

»Además, entre todo este barullo, en un momento de debilidad, o quizá de extrema franqueza, que para el caso es lo mismo, durante esas charlas que en los sueños de Paula —insisto—, yo mantenía con nuestro psiquiatra, le acabé confesando, tal como ahora acabo de hacer con Robert, aunque esta vez no ha sido en los sueños de nadie —espero—, que yo provoqué la muerte de mi difunto esposo desabrochándole el cinturón de seguridad al tiempo que me zambullía con nuestra furgoneta Mercedes Benz en la no poco profunda zanja de una cimentación.

»Esta confesión —continúa perorando Judith mientras los otros tres comensales no se pierden ni una coma de lo que está diciendo— aunque tal vez descabellada, no representa un problema en sí, pues al fin y al cabo han pasado más de veinticinco años y Tomás, que tal era el nombre de mi marido, dato que Robert ignora, o ignoraba, no era más que un gran hijo de puta que me pegaba unas palizas monumentales cada vez que no acertaba la quiniela, o que se encontraba debajo de la cama unos calzoncillos sucios que él mismo había escondido.

»Sin embargo, digamos que por mala fortuna, o porque tal vez dios existe y quiere castigarme, o porque resulta que la ley del karma al final es cierta y todos tenemos que pagar en vida por nuestros pecados, esta confesión, descabellada o no, llegó a oídos, como por arte de birlibirloque, del portero de la finca en la que Rómulo tiene su modesta oficina, un tal Sebastián, hombre soez donde los haya —acaba diciendo la empresaria con un gran suspiro.

—¡Guau! —exclama Robert, impresionado por la manera de expresarse de la mujer y por todo lo que acaba de escucharle decir. Pero antes de que pudiera añadir ningún otro comentario, se abre la puerta y aparece el dueño del bar con la botella de vino de Rioja y una bandeja repleta de humeantes viandas.

—Hombre, ¡qué raro! No os pillo jugando a los dardos. Parece ser que la compañía femenina os cambia las costumbres, ¡ay pillines! —dice el hombre con un fuerte acento segoviano. Sin embargo, como cualquier profesional de la hostelería que se precie, en cuanto detecta la gran premura con que es observado desde las cuatro esquinas de la mesa, cambia de tercio y dice—: Bueno, aquí os dejo el abridor,

las copas y los platos. ¿Ya os servís vosotros, verdad?

—Eso es, lo has adivinado —replica Rodríguez de forma amable pero tajante.

—Lo que os decía —retoma la palabra Judith cuando el propietario abandona la sala—, en todo esto hay algo que me escama. ¿Cómo es posible que Sebastián, el de verdad, no el que aparece en los sueños de Paula, conozca algo que no he revelado a nadie estando despierta y que afirme, como lo ha hecho esta misma mañana, que me ha visto varias veces en su oficina sin haber en realidad estado? No puede ser. No puede ocurrir una cosa así. A menos que vosotros —dice señalando a ambos hombres—, las dos mentes más sagaces de nuestras fuerzas de seguridad del estado, me podáis explicar cómo ha sido posible.

Ante la invectiva de Judith, Rómulo y Robert se miran confusos. A primera vista no parece que ninguno de los dos vaya a ser capaz de darle la información que pide. Finalmente, después de unos instantes de tenso silencio, es Robert el que interviene.

—¿Qué os parece si formulo una primera hipótesis basada en los hechos y vemos si es capaz de explicarlos?

—Adelante —dicen los otros tres—. ¿Un poco de vino mientras tanto? —Ofrece Paula, y sin esperar contestación coge la botella y comienza a descorcharla. Una vez ha servido las copas, traslada la bandeja al centro de su mesa y distribuye los platos de raciones. Nadie está pensando en la comida, pero ya que la tienen delante, empuñan mecánicamente los cubiertos y comienzan a picotear.

—Bien. Como punto de partida, vamos a considerar que lo que sucede en los sueños de Paula, aunque pueda contener cierta dosis de verdad, como así en efecto parece, solo ocurre en ellos. Es decir, que si Paula sueña que Judith muere, lo digo por dramatizar un poco, ella muere en sus sueños pero en esta habitación seguirá viva. ¿Hasta ahí de acuerdo?

—Por el momento sí —responde Rómulo, cuya mente, después de haber estado en la inopia durante un rato pensando en la anterior conversación sobre *Bugs Bunny*, ya ha empezado a funcionar al máximo.

—Perfecto —prosigue el detective—. Si esa premisa es cierta, la única manera de que Sebastián haya averiguado que tú provocaste la muerte de tu marido es que alguien se lo haya contado; o tú misma, o una segunda persona que conociera esa información. Si así fuera, todo quedaría explicado. Mentir en cuanto a que te ha visto en varias ocasiones en la oficina es muy sencillo y puede ser puro cuento, lo otro no.

—Vale, te sigo —replica Judith echándole mano a una croqueta de jamón—. Lo que pasa es que ese dato no lo conocía nadie excepto yo.

—¿Estás segura? —pregunta Rómulo pinchando un cuadradito de tortilla.

—Por completo. Llevo cargando con ese lastre durante más de veinticinco años.

—Sigamos entonces con la hipótesis —dice Robert, que hasta ahora no ha tocado el vino ni ha comido nada—. Considerando que lo que afirmas es verdad, según nuestra línea de pensamiento y de acuerdo con los hechos, la única persona que conocía el secreto además de ti, es Paula, pues según ella misma sostiene, soñó con

ello. ¿Me equivoco? —pregunta lanzándole una fría mirada a la joven con quien ha venido en metro agarrado del brazo.

Paula, que está dando cuenta de una alita de pollo, no puede creerse lo que acaba de escuchar. «¿O no he oído bien o este tío está tratando de acusarme?».

—¿Estás acaso insinuando que me he puesto de acuerdo con Sebastián para chantajear a Judith? —espeta de forma ácida al cabo de unos segundos con los carrillos aún llenos de comida.

—Yo no podría haberlo expresado mejor —replica el policía con dureza, que hasta ese momento no había considerado las verdaderas implicaciones de sus conjeturas—. No veo qué otra posibilidad hay. Los hechos son los hechos.

Esta última frase que ha pronunciado, ha caído en medio de la conversación como si se hubiera tratado de una bomba de gas paralizante. Los otros tres se han mirado de hito en hito y ninguno ha sido capaz de moverse durante dos minutos. A Judith la ha pillado con la copa en los labios, a Rómulo masticando una tostada de *foie-gras* y a la propia Paula tragándose el muslito.

—Me creáis o no —logra decir Paula al fin— yo jamás he visto a Sebastián y nunca he hablado o tenido ningún tipo de relación con él. Y por supuesto, no le he contado lo que hizo Judith —dicho lo cual, después de terminar de engullir no sin dificultad el resto de la alita, se limpia con una servilleta y añade—: a mí estos dos me dan igual, pero si tú Judith no me crees, lo mejor es que me vaya ahora mismo.

—Claro que te creo querida —dice la empresaria al tiempo que la retiene con la mano y dirige al policía una mirada fulminante—. Estamos solo al principio de nuestra especulación, seguro que Robert puede continuar una vez que eso ha quedado descartado, ¿no es verdad?

Entonces, cuando Rodríguez está a punto de objetar algo sobre la cadena de sucesos y sobre lo poco conveniente que es desestimar una hipótesis que no ha sido invalidada por otra cadena de sucesos alternativa, es Rómulo el que habla.

—Amigo mío —dice con un principio de irritación en su voz— me parece que tu lógica es aplastante. Sin embargo, yo también me fío de esta señorita. En primer lugar porque no la veo necesitada de dinero y no me cuadra que esté en tratos con una persona tan ruda como el portero de mi finca. Y en segundo lugar y no menos importante, porque Sebastián afirma que no solo la ha escuchado, sino que tiene también grabada la confesión de Judith. ¿Cómo crees que se ajustaría eso a tus suposiciones?

Robert, que en ese momento es el centro de todas las miradas y es percibido como la nota discordante, no se amilana.

—Será otra mentira. Una vez dicha la primera, las demás vienen todas seguidas. Ahora bien, existe otra posibilidad... —añade en un tono más relajado. No es que se crea ni mucho menos lo que va a proponerles, si no que se le ha ocurrido una estrategia mejor para desenmascarar a esa chica que ahora está convencido es una mala pécora. «Por dinero esta tía sería capaz de vender a su madre».

»Esta mañana le decía a Paula que el asunto estaba adquiriendo tintes *jungianos* —continúa diciendo mientras le hace un guiño a la joven que ella se niega a reconocer— y que quizá sus sueños fueran como un proceso curativo de algo que tuviera que sanar. ¿Crees *rata* que podría tratarse de algo así?

—Pudiera ser —responde Rómulo más que dubitativo. Sabe muy bien que los sueños de Paula, al contener tantos hechos reales desconocidos para ella, no encajan dentro de esa dinámica, pero se abstiene por ahora de juzgar lo que todavía no ha oído.

—Bien. Abundando entonces en esa idea —interviene de nuevo Robert—, y dado que es un hecho probado que nosotros cuatro estamos aquí reunidos como consecuencia de que Paula soñó, deberíamos pensar que todo esto ha ocurrido precisamente para eso, para que acabáramos conociéndonos. ¿Con qué motivo? Lo ignoro. ¿Alguien tiene alguna objeción a esta segunda hipótesis? —pregunta en un tono complaciente que no parece satisfacer a nadie.

—¿Y cómo se explica que Sebastián sepa que maté a mi marido? —inquire escéptica Judith.

—No se puede, de la misma forma que tampoco puede explicarse que Paula haya soñado con hechos que han sucedido y que no conocía, como por ejemplo la existencia de Olof Kierkegaard y mi relación con él.

—Sabiendo que la primera es falsa y ante la ausencia de otras más convincentes, la segunda debe ser la correcta —dice Paula como persona más afectada pero sin tragarse que Robert esté planteando en serio esa idea absurda—. Y en cuanto a los motivos de encontrarnos, me parecen evidentes —añade no sin cierta dosis de sarcasmo—, somos dos mujeres jóvenes, sanas y atractivas, ¿qué otra cosa podrían querer dos hombres de nosotras más que intentar cumplir nuestros deseos más íntimos?

Por un segundo, la declaración de Paula lo único que recibe como respuesta es un gran silencio. Silencio que se prolonga hasta que Rómulo se anima a romperlo.

—Brindemos por ello —dice alzando la copa que había dejado a medio terminar.

En este instante, aunque todos brindan con aparente júbilo, ninguno de los cuatro, cada uno por sus propias razones, está dispuesto a aceptar que sea esa la solución del acertijo. En el caso de Robert, porque se trata de una pura estrategia, y en el de los otros tres, no solo porque los argumentos esgrimidos por el detective estén cogidos con alfileres y pertenezcan al dudoso plano de lo metafísico, sino porque les asusta o les extraña o les hace sentirse inseguros, según qué casos, la posibilidad a la que Paula apunta.

En lo que respecta a Rómulo, aunque Judith le gusta mucho y sería un sueño hecho realidad poder amarla y compartir su vida con ella, no se cree que vaya a suceder. La promesa que Estrella le hizo de que algún día encontraría a alguien queda muy lejana y ya no está seguro de que fuera real. Su éxito con las mujeres ha sido nulo desde entonces y con cincuenta años y lo feo que es no piensa que la situación

pueda a ir a mejor. En cuanto a su trabajo, está cansado de perseguir a criminales cuyo número parece crecer como la mala hierba. No le encuentra sentido y lo que desearía ahora mismo sería reconducir de alguna manera su carrera.

«Quizá sea el momento de intentar ayudar a la gente corriente» —elucubra bajando la mirada para que nadie vea su cara de tristeza.

Judith, a quien con certeza le gustaría encontrar el amor, está llena de dudas. Después de que la tarde anterior llorara en los brazos de Rómulo y se diera cuenta del sinsentido de su venganza contra su hermano y de lo sola que estaba, y de que pensara que tal vez él, un hombre que físicamente al principio le causó rechazo, fuera una elección hecha por una parte más sabia de sí misma, ahora no está segura. Lamenta ser tan superficial, pero no se ve besando esa boca con dientes de conejo, ni acariciando esa mata de pelo que se asemeja más a un campo de hortalizas que a cualquier otra cosa. Ahora mismo desearía ser una persona más ecuánime y olvidarse de esas ridiculeces, pero lo cierto es que ignora cómo podría hacerlo.

En cuanto a Paula, que hasta antes de que Robert la acusara de ser cómplice del inmundo portero, había albergado, después de más de un año de no haber querido saber nada de hombres, algunas esperanzas de que aquello no fuera a consistir en un simple polvo o una serie de ellos, se ha desencantado. Como se temía, el tipo también ha acabado ladrando. Es cierto que su lógica había sido impecable y que ella en su caso habría dicho lo mismo, pero eso no era óbice para olvidar la calumnia que le había arrojado. No, de ninguna manera estaba dispuesta a consentir que un tipo le llamara mentirosa y luego se fuera de rositas. «Yo, que tengo todos los defectos del mundo menos ese —reflexiona Paula en silencio apretando los dientes—, que fui en dos ocasiones a un hospital y le dije a los dos hombres que luego serían mis maridos la verdad franca y llana, no voy a tolerar que un pedante, por muy guapo que sea, me insulte de esa forma», y según acaba de articular este pensamiento, se levanta de la silla y exclama:

—En fin, no sé vosotros, pero yo me he quedado sin hambre —tras lo cual recoge sus pertenencias, abre la carterilla, saca un billete de cien euros que deja encima de la mesa, y sin mirar a nadie excepto a Judith comienza a dirigirse hacia la puerta con la firme intención de dejarlos plantados.

—Un momento, Paula —dice la empresaria rápidamente—, hay una tercera posibilidad que a Robert se le escapa.

—¿Ah sí? —pregunta la joven frenándose en seco—, pues viniendo de ti, me interesa oírla.

—Imagino que conocéis la obra de Calderón —dice Judith mirando a los dos hombres—. Puestos a aceptar cosas inexplicables, ¿no se os ha ocurrido que todo esto pudiera ser en realidad un sueño? —Y sin esperar su reacción, recita en voz alta los afamados versos de Segismundo:

*¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño:
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.*

—¿Puedo hacer una llamada? —le pregunta Paula a Robert después de que este hubiera sugerido que no siguiera hablando hasta que su abogado estuviera presente.

—Por supuesto, no la hemos detenido ni confiscado su teléfono. Es libre de salir por la puerta y marcharse a casa si lo desea.

—Prefiero que salgas tú y me dejes sola. ¿Podría ser? —dice ella con orgullo a pesar de su ansiedad creciente.

Rodríguez, que lo que le gustaría de verdad sería llevársela a su casa y hacerle el amor hasta dejarla afónica, sin abrir la boca pero a la vez sin dejar translucir ni un ápice de su sentir, la mira con severidad y luego abandona la estancia.

—¡Ah! Y no me grabéis, estaríais vulnerando mis derechos —alcanza a decir antes de que el agente hubiera acabado de cerrar la puerta.

—Parece que esto se está poniendo feo —le dice Paula a su amiga Jai en cuanto coge el teléfono—. Cuando salió en la prensa el caso de la asesina del 11 de septiembre, me di cuenta igual que tú de que todas las víctimas habían aparecido en países que yo había visitado en los últimos meses, ¿te acuerdas?

—*Of course* —responde Alejandra al otro lado de la línea. Aunque Paula no lo sabe, en esos momentos va dentro de un taxi con destino al Ministerio de Cultura.

—Entonces recordarás también que estuvimos bromeando con el hecho de que pudiera ser yo la que andaba cargándose a esos hijos de perra.

—Claro, y bien que te chuleabas de que serías capaz.

—Pues ahora ya no me chuleo. Estoy acojonada, ¿has localizado a tu abogado?

—¿A Luis Pedroche? Sí, me dijo que tardaría en ir menos de media hora, y con la fortuna que gracias a mí se embolsa cada mes no creo que me falle.

—Eso espero, ¿podrías acercarte tú también? No puedo con los nervios —farfulla Paula secándose el sudor que desde hace un rato ha empezado a caerle a chorretones por la frente. En ese instante se oye un pitido que proviene de su móvil—. Creo que estoy quedándome sin batería. ¿Vendrás?

—En cuanto acabe la reunión con el director del Museo del Prado salgo corriendo para allá. Es sobre el dichoso pasaporte del cuadro de Velázquez. Sin ese papelucho no se puede vender, y tengo al *gentleman* inglés a punto de firmar.

—Ojalá no esté aquí para cuando termines, pero no dejes de intentarlo por favor. Voy a pedirle al guaperas un cargador. A ver cómo le sienta.

—¿A qué guaperas?

—Al que está interrogándome. Qué pena que sea poli.

—Siempre igual. Si fueras al infierno, te acabarías enrollando con Satán.

—No lo dudes bonita... —Logra escuchar Alejandra antes de que se corte la comunicación.

Por lo que respecta a Rómulo y Judith, en esos precisos momentos abandonan la oficina de la Gran Vía y se dirigen dando un paseo al Templo de Debod. Después de que el psiquiatra decidiera creer, o al menos, pretendiera creer, la afirmación en la que decía que su último sueño lo había tenido esa misma madrugada, los dos habían quedado amigablemente en ir a contemplar desde allí la puesta de sol. Aunque la noche anterior se habían besado, tras la tensa escena que acababa de tener lugar en el despacho, a ninguno le apetecía discutir sobre el tema. Judith porque no estaba segura de haber hecho lo correcto, y *el rata* porque tenía miedo de que la mujer se hubiera arrepentido.

—Me preocupa una cosa —dice la empresaria después de hablar un rato sobre banalidades.

—¿De qué se trata? —pregunta Rómulo con voz trémula, temiendo que vaya a decirle que se lamenta de haberlo besado.

—De la chica, esa tal Paula Burmester. Ahora estará en la comisaría declarando cuando sabemos que no puede ser ella. Deberíamos informar a Rodríguez.

—No te preocupes, será un puro formalismo. En cuanto pueda facilitar una coartada, la soltarán. A estas horas estará ya en la calle.

—Quizá, pero ¿podrías llamarlo de todos modos? De alguna manera me siento responsable; la han detenido gracias a mis declaraciones.

—Si eso te deja más tranquila... —dice Rómulo sacando su móvil para hacer la llamada. Al cabo de cinco tonos, su amigo descuelga el aparato.

—Hola *rata*, ¿qué hay de nuevo? —saluda el inspector.

—Nada. Solo quería saber si todavía teníais retenida a Paula Burmester.

—Pues sí, acabo de dejarla en la sala de interrogatorios llamando a su abogado. Está de mierda hasta el cuello. Resulta que en las fechas de los dos últimos asesinatos se encontraba precisamente en Helsinki y Atenas, y por la cara que ha puesto imagino que la cosa no se termina ahí.

—No jodas —dice Rómulo mirando a Judith. Están a la altura de la Plaza de Santo Domingo y el psiquiatra le hace una seña para que se siente en un banco junto a él.

—Parece que hemos pescado a la *tiburona*. Dale las gracias a Judith, sin ella no lo habríamos logrado —exclama Robert con voz triunfante. No quiere que su amigo note lo afectado que está por causa de la mujer.

—Me temo que hay un error.

—¿Cómo que un error?

—Sí, mi fuente —dice para que Judith tenga claro que sigue sin revelar su nombre— tuvo anoche otro sueño en el que quedó desmentido que la asesina fuera paleontóloga y española de nacionalidad. No puede ser esa chica.

Ante esta paradójica información, Robert primero enmudece y luego reflexiona.

Una fugaz esperanza de que al final no tenga que detenerla ha cruzado su mente, sin embargo, a la vista de las evidencias, acaba desechándola.

—No creo que eso importe ya. Considero que no hay que tomarse los sueños tan a rajatabla. ¿Cuántas mujeres que encajen en la descripción, que hablen alemán y que hayan estado en las ciudades de los dos últimos asesinatos pueden existir?

—Imagino que no muchas —responde el psiquiatra pensando que la cosa se está complicando por momentos. A su alrededor están produciéndose demasiadas contradicciones como para sentirse cómodo.

—Yo creo que solo una. Y está sentada en una habitación a diez metros de mí. Tengo que dejarte. Como te prometí, haré lo posible para que tu soñadora, quienquiera que sea, pueda hablar con ella. Mañana te cuento —y sin más explicaciones va y le cuelga el teléfono.

—¿Qué ha dicho? —le pregunta Judith a Rómulo cuando ve que ha acabado de hablar. Llevan un rato sentados en un banco de piedra y se le está quedando el culo literalmente helado.

—Dice que está convencido de que Paula es la autora. Por lo que me cuenta, viajó a Finlandia y Grecia en las mismas fechas de los asesinatos. Está esperando que llegue su abogado para seguir con el interrogatorio.

—Joder, ¿y cómo ha reaccionado cuando le has dicho que la asesina no es una científica?

—Ha afirmado que no tenemos que creernos tus sueños al pie de la letra. Según él, todo encaja y no hay que darle más vueltas al asunto. Mañana me dará más detalles. También me ha prometido que si la detienen, dejará que la entrevistes.

—Te juro que no lo entiendo. ¿Por qué me ha comunicado entonces esta noche que era abogada en vez de paleontóloga si es que es culpable? Esto es de locos.

—Sí, pero será mejor no pensar más en ello. Anda, sigamos o nos perderemos la puesta de sol —dice Rómulo temiendo que con esta noticia se arrepienta de ir.

—No sé, no me quedo convencida. En cualquier caso vámonos ya de aquí que tengo el trasero congelado —y según dice esto, se ponen en pie y para alivio del *rata*, enfilan la calle Leganitos con dirección a la Plaza de España.

Cuando después de haber hablado con Rómulo, Robert vuelve a entrar en la sala de interrogatorios, Paula está bebiendo a morro de la botella de plástico.

—Joder, ¡qué calor hace aquí! —dice intentando aparentar calma. Aunque ser sospechosa de asesinato no es una situación en la que se haya visto antes, estar a solas con un hombre, que además parece sentirse trastornado en su presencia, es algo que se le da muy bien y quiere aprovecharlo. Para empezar a jugar sus cartas, lo primero que hace es tratar de destruir la imagen de niña pija que el policía probablemente se haya hecho de ella. Beber a morro haciendo ruido al tragar cuando podía haber

utilizado el vaso, surte sin duda el efecto previsto. Cuando ha terminado de llenarse el buche y de protestar airadamente sobre el calor que hace en el cuarto, saca un pañuelo del bolso, se seca el sudor de la cara y luego se suena los mocos con estruendo. «Si lo de antes no ha demolido sus prejuicios —piensa Paula mirando al hombre de reajo— con certeza esto sí lo habrá hecho. Y si no es así, espera y verás».

Debido a que los agentes que habían ido a buscarla a su domicilio la habían pillado, por así decirlo, en ropa de andar por casa, y no había tenido tiempo ni ánimos de cambiarse, vestía una sencilla camiseta a rayas y unos pantalones vaqueros. Como prenda de abrigo, había cogido a la carrera un chaquetón *beige* no muy grueso que no se había querido quitar hasta el momento a pesar del calor. La razón para ello no era otra que el hecho palpable de que no llevaba sujetador y de que la camiseta, de algodón y demasiado fina, no lograba ni por asomo disimular sus atrevidamente redondeados pechos ni tampoco la sugerente aureola de sus pezones.

—¿Desea quitarse el abrigo? —pregunta Robert de manera ingenua sin figurarse las intenciones ocultas de la chica. Para Paula, que las estaba esperando, esas palabras son música celestial. Desprenderse de la chaqueta por *motu proprio* no hubiera tenido ni la mitad del efecto dramático que hacerlo a instancias del agente.

—Pues ahora que lo dices... —Y sin esperar ni un segundo más, se levanta y se despoja del chaquetón, que deja colgado del respaldo de su silla a falta de un lugar más propicio. Una vez vuelta a sentar, cruza los brazos y mira al detective a los ojos, cuyas pupilas, mal que le pese, se han dilatado al máximo sin que pudiera hacer nada para impedirlo. La turgencia de sus senos explicitada a través de un delgado paño que además está por algunas zonas bañado de sudor, actúa sobre él como un potente electroimán. Al igual que un trozo de hierro se vería de forma inexorable atrapado por su campo magnético, no solo su mirada, sino todos sus demás sentidos, se ven espoleados a caer por el embudo de la trampa. Esta artera maniobra, que Robert no se habría imaginado ni en sus más elocuentes fantasías, lo ha pillado completamente desprevenido y como consecuencia ha sufrido de golpe una fuerte erección, que por estar muy próximo a la mujer y por ir acompañada de un delator sonrojo, no ha habido manera de que a ella se le pasara desapercibida. Sin embargo, como lo que tiene delante no es un hombre corriente sino un conquistador nato, el policía se rehace con rapidez y sin mediar palabra se sienta en una silla, se coloca a escasos dos palmos de su cara y le dice:

—¿Así que te gusta chupar pollas y dar puñaladas en los huevos?

Paula, que tampoco se queda atrás en eso de la chulería, no cede terreno y, enviándole de paso una significativa mirada a su abultado pantalón, responde:

—Chupar según qué pollas, sí. Dar puñaladas hasta ahora no, pero estoy segura de que podría cogerle fácilmente el tranquilo.

—Vaya, nos ha salido bravucona la tía —replica Robert, cuya excitación es aún mayor al comprobar el desparpajo con el que ha contestado.

—Perdón, pero a mí trátame de usted, que porque se me transparenten las tetas no

tienes por qué tomarte confianzas.

—¿Va a venir su abogado o seguimos con las preguntas?

—Adelante, no tengo nada que ocultar.

—Eso salta a la vista —dice Robert posando de nuevo su mirada en lo que reconoce son unos pechos dignos de admiración—. Muy bien, me había dicho que estuvo en Finlandia durante las fechas en que se produjo el sexto asesinato. ¿Me equivoco si digo que estuvo también en Barcelona el 11 de enero y en Copenhague en la misma fecha de diciembre?

—No te equivocas.

—¿Y qué me dice de los días 11 de septiembre, octubre y noviembre? ¿Estuvo usted, señorita Burmester, en Alemania, Bélgica y Croacia?

—No sé si te lo había comentado, pero me encanta viajar.

—Déjese de chistecitos. Siete asesinatos es una cosa muy seria. «Joder como me pone esta tía. Menudos pezones. Deben de saber a gloria».

—Yo no he matado a nadie.

—Ya. ¿Sabe usted cuál es la probabilidad de que una mujer que se parece al retrato robot que tenemos de la asesina y que ha estado en los lugares de los crímenes en las fechas en que estos fueron cometidos no sea la autora? —dice él intentando mantener la compostura. Su excitación por suerte ha remitido, pero nota cómo el sudor le está empezando a empapar la camisa.

—Debe de ser muy próxima a cero, si las matemáticas no me fallan.

—Exacto.

—Pero no es cero, ¿o sí lo es?

—No, no es cero. Usted es científica y lo sabe.

—Pues mi caso pertenece a esa pequeña fracción infinitesimal.

Paula, que al principio estaba sobrepasada por la situación y era puro nervio, según van hablando y comprueba que el sujeto, después haber sufrido una vergonzosa erección, a duras penas puede mantener la vista apartada de sus prometedoras redondeces, se va sintiendo más cómoda con cada nueva pregunta de su interlocutor. Cierto es que se trata de un asunto muy grave, pero como ella se sabe inocente y no duda de que podrá probarlo con cierta facilidad, lo que vive sobre todo es una escena en la que un hombre intenta no rendirse a sus encantos por todos los medios, cosa que ninguno ha conseguido hasta ahora y que no cree que este pueda lograr.

«Este es el tipo de hembra que siempre he deseado. Si se ha cargado a siete cafres como si se ha cargado a doscientos mil —piensa Robert sin dejar de mirarla—, buen servicio le hace a la humanidad. Esos cabrones no se merecen nada distinto que la muerte. Pero claro, yo soy el poli y no puedo resquebrajarme, en especial mientras mis jefes estén al otro lado de esa puta ventana. Por el cariz que están tomando las cosas, no creo que me dejen seguir mucho más con este jueguito. Me temo que no voy a tener más remedio que leerle sus derechos...».

—Señorita, yo quiero creerla, pero usted comprenderá que mis superiores

necesitan una explicación. ¿Se le ocurre alguna? —pregunta Robert intentando ganar algo de tiempo.

«Este ya no sabe qué hacer para retenerme».

—Lo he estado pensando y la única que se me ocurre es que alguien me haya tendido una trampa.

—¿Una trampa? —pregunta sorprendido el agente, a quien lo que acaba de oír no solo le parece un argumento frívolo, sino también un posible asidero con el que poder sujetarse a la conversación.

—Pues sí. Desgraciadamente, hay muchas personas a quienes el tipo de vida que he decidido vivir no solo no les gusta, sino que incluso les repatea. Ya has visto lo que ha pasado en las redes sociales. En menos de una hora, algunos de los hombres que han tenido encontronazos conmigo se han encargado de airear que soy paleontóloga y que hablo alemán. Imagino que en algún sitio existe una mujer rabiosa, por no sé qué motivos, que me sigue los pasos y que ha decidido jugármela. También podría ser un hombre que actúe con un cómplice. Sí, esa debe ser la explicación. Ahora que la he verbalizado, me parece todavía más lógica.

—Yo creo que eso no se sostiene. ¿Quién se tomaría tantas molestias por una venganza? Existen formas mucho más sencillas de llevarlas a cabo.

—Tú eres el detective. Es tu deber averiguarlo. Yo soy inocente —dice Paula irguiendo la espalda justo lo necesario para que se le marquen más aún los pezones.

Robert, cuya camisa, antes bien planchada e impoluta, está ahora toda llena de cercos de sudor, ya no sabe qué hacer. Cuando por fin se le ocurre una nueva línea de acción para seguir con el interrogatorio, se abre la puerta de la sala y entra un agente acompañado por un señor de traje rutilante.

—Rodríguez, le presento a Luis Pedroche, el abogado de la señorita Burmester.

—Mucho gusto, señor Rodríguez —dice el hombre tendiéndole la mano—. Y ahora si no le importa me gustaría acompañar a Paula hasta su casa. Seguro que necesita descansar. ¿O es que está detenida?

—Por ahora no. No obstante, voy a solicitar una orden de registro de su domicilio y una prueba de ADN. Así que por favor no permita que se marche muy lejos —responde Robert retomado su actitud de policía impasible pero sabiendo que delante de la joven y de sus superiores ha hecho más o menos el ridículo.

—¿Nos vamos? —pregunta el letrado señalando la puerta.

—Sí, claro —responde Paula mientras se pone el chaquetón y recoge su bolso—. Hasta la vista, señor inspector —dice tratándolo ahora de usted—. Y piense en lo que le he dicho. Debe de haber alguien que me tiene mucha, pero que mucha tirria.

IX

Después de que Judith recitara con pasmosa desenvoltura los versos de *La vida es sueño*, Paula se ha acomodado otra vez en su silla. Aquel nuevo enfoque, aunque para ella carezca de credibilidad, ha tenido la virtud de calmarla.

—Si tu hipótesis fuera la correcta —dice Robert retomando la palabra— no habría por qué preocuparse; todo quedaría aclarado en cuanto nos despertáramos. Sin embargo, por lo que pueda ocurrir, recomiendo que sigamos actuando como si esto fuera la realidad, igual que hizo Segismundo.

—Estoy de acuerdo —convino Rómulo chasqueando la lengua.

Ante estos pueriles comentarios, las dos mujeres se miran con cara de circunstancias y sin añadir nada deciden quedarse a la expectativa. En lo referente a la comida, a los cuatro se les ha pasado el hambre y han parado de picotear.

—Bien. Siendo así, hay dos cosas de las que debemos ocuparnos —prosigue el investigador—. La primera es ir a hablar con Sebastián y pedirle que nos deje oír la grabación que esta misma mañana os ha dicho que tiene. Quizá no exista y resulte fácil apretarle las tuercas.

Judith y Paula asienten con un gesto pero siguen obstinadas en mantener su expresivo mutismo.

—¿Te viene bien mañana? —pregunta Rómulo, que tiene claro que deben ser ellos dos quienes se encarguen de conferenciar con el portero.

—Sí, esta tarde te confirmo la hora.

—Perfecto.

—La segunda tarea nos corresponde a Paula y a mí —dice mirando a la joven con una falsa actitud de reconciliación—. Se trata de averiguar hasta qué punto los asesinatos con los que sueñas son ciertos y si existe algún tipo de vínculo entre ellos. Hay unos hechos que coinciden y otros que no; nuestra misión es intentar penetrar en su lógica. Puede ser que ese detalle acabe resolviendo el enigma.

Tras su intervención, Robert mira expectante a las dos mujeres, pero no parece que tengan intención de despegar los labios, como si con su silencio estuvieran reprobando de forma categórica su actitud anterior.

—Ahora debo irme —se arranca a decir al ver que nadie abre la boca. Paula, ¿podrías venir conmigo y contarme todo lo que has soñado? Quiero investigarlo a fondo.

«¿A fondo? —Piensa la joven para sus adentros—, tú lo único que quieres hacer hasta el fondo es metérmela, capullo». Pero cuando la chica, tras pensar esto, ya está a punto de mandarle a tomar viento, recapacita y decide cooperar. Como se sabe inocente, piensa que cuanto antes se esclarezcan los hechos, antes se sabrá que ella no es la culpable.

—Todo lo que he soñado, y todo lo que sigo soñando —dice por fin haciendo

énfasis en la segunda parte de la frase—. La historia no se ha detenido en el séptimo crimen, sino que continúa su curso y sigue enmarañándose.

—Justo como en la realidad, o como en este sueño que pensamos que es la realidad —interviene Judith, que con estas palabras sale del letargo en el que parecía abismada.

—Exacto —corroborra Robert levantándose y haciendo una seña a Paula para que lo imite. No quiere llegar tarde a su reunión y está ávido de quedarse a solas con la mujer. Sigue pensando que la única posibilidad de que Sebastián conozca, como afirma, el secreto de Judith, es que ella se lo haya chivado. «Ya verás cómo al final acaba confesando».

Después de despedirse de Rómulo y Judith y de darle las gracias al propietario del bar, Paula y Robert han cogido un taxi para dirigirse de vuelta al edificio de la calle Miguel Ángel. Durante el trayecto, cargado de una notoria tirantez, Rodríguez ha recibido una llamada en la que le han comunicado que su reunión se ha pospuesto unas horas, circunstancia que una vez en la sede de la Europol han aprovechado para encerrarse en el despacho y repasar los hechos.

Mientras hablan y una cierta normalidad se va instalando poco a poco entre los dos, Robert ha confeccionado una tabla. En ella, los siete supuestos crímenes ocurridos en los sueños de Paula aparecen en la primera columna, y las seis muertes correlativas que se han constatado, en la segunda.

	Sueños	Realidad
Crimen 1	11/09 - Hans Mayer. Hannover, Alemania. Propietario de un taller. A la espera de juicio por pegarle una paliza a su mujer. Muerto de una puñalada en el escroto.	Fecha, nombre y lugar correctos. Propietario de un taller asesinado por lo que se sospecha fue una venganza personal. Muerte por puñalada asestada en el bajo vientre. Víctima con antecedentes de violación y maltrato.
Crimen 2	11/10 - Wouter Nielsman. Gent, Bélgica. Pastelero. Acusado de pegarle a su mujer con una manga pastelera. Retirados los cargos. Muerto de una puñalada en el escroto.	Fecha, nombre y lugar correctos. Pastelero de profesión asesinado también por lo que se sospecha fue un robo. Muerto por herida de arma blanca en sus partes. Víctima sin antecedentes o sospechas de maltrato.
Crimen 3	11/11 - Mirko Kovasevic, Pula, Croacia. Director de sucursal bancaria. Acusado de pegarles palizas a su mujer e hijas. En espera de juicio pero con posibilidades de salir libre. Muerto de una puñalada en el escroto.	Fecha, nombre y lugar correctos. Director de sucursal bancaria muerto de un ataque al corazón. Sin antecedentes o sospechas de maltrato.

Crimen 4	11/12 - Jonas Olsson. Copenhague, Dinamarca. Propietario de un puesto de gambas. Acusado de pegarle palizas a su mujer. Muerto de una puñalada en el escroto.	Fecha, nombre, lugar y profesión correctos. Muerto de un disparo mientras sufría un atraco. Sin antecedentes o sospechas de maltrato.
Crimen 5	11/01 - Nombre desconocido. Barcelona, España. Recluso cumpliendo pena por maltrato. Cambia el <i>modus operandi</i> y lo asesina con una cápsula de cianuro. Se desconoce el motivo.	Recluso muerto el 13/12 por apuñalamiento a manos de su mujer durante un vis a vis. Etnia gitana. En prisión por tráfico de estupefacientes. Parece que en este caso la maltratadora era la esposa.
Crimen 6	11/02 - Talo Mäkinen. Helsinki, Finlandia. Propietario de una peletería. Pillado por la asesina maltratando a su hija. Muerto de una puñalada en el escroto.	Nombre y lugar correctos. Fecha incorrecta (8/12). De profesión contable. Supuestamente asesinado por su propia hija en su casa por herida de arma blanca en sus partes pudendas. Bajo investigación. Se sospecha que la hija miente.
Crimen 7	11/03 - En este sueño no se facilitan los datos de la víctima. La asesina tan solo hace en él una disquisición sobre la violencia de género.	Sin datos. Hay que investigar posibles coincidencias.

—Esto es lo que tenemos —dice Robert sin dejar de pensar ni un minuto en cómo llevar a término su plan—: siete hipotéticos crímenes y seis fallecimientos que parecen corresponderse en diferentes grados.

—¿Puedo echarle un vistazo?

—Sí, claro —responde pasándole la libreta—. Cinco de las muertes de la segunda columna han sido violentas —explica él mientras ella examina la imagen—, tres fueron por heridas de arma blanca en los genitales o zonas cercanas, una por causas naturales, otra producida por un disparo y otra por una puñalada a manos de la propia esposa del occiso.

Paula mira con atención la hoja en la que el detective ha dibujado el cuadro y ha escrito los pormenores de cada caso. Le sorprende que haya podido trazar líneas tan rectas a mano alzada sin ninguna guía y que su letra sea tan bonita. «De todas formas no por ello voy a olvidarme de sus acusaciones», piensa dándole vueltas a la manera en que todo pueda cobrar sentido. Después de un par de minutos, sin saber muy bien de dónde le ha salido la idea, comenta en voz alta:

—Parece como si mis sueños estuvieran basados en hechos reales que hubieran sido modificados por mi subconsciente, o por la persona que me los haya inducido, con algún propósito.

—¿Qué has dicho? —pregunta Robert con un principio de excitación en su voz. Hay algo en sus palabras que intuye podría llevarlo en la dirección de lo que está

buscando.

—¿Sobre qué? —replica ella sin entender muy bien la pregunta.

—Eso de que alguien haya inducido tus sueños. ¿Podría ser —continúa sin dejarla intervenir—, que una persona te los hubiera provocado, no con el fin de que nos conociéramos los cuatro, según nuestra segunda hipótesis, sino para poder chantajear a Judith? —inquiere el policía según va perfilando su siguiente pregunta.

Paula entrecierra los ojos y rebusca en su mente; hay algún elemento de esa suposición que le chirría.

—Admitiendo que alguien tuviera la capacidad de imbuirme todas esas imágenes —dice una vez ha encontrado el factor discordante— ¿por qué haría algo tan complicado? Hay maneras mucho más sencillas de conseguir lo mismo.

—Ya —responde Robert, quien por supuesto esperaba esa obvia objeción. ¿Y si ese no hubiera sido el motivo original? ¿No podría ser que el propósito hubiera sido otro y que en el transcurso de los acontecimientos, digamos que, como un efecto colateral, se hubiera desvelado lo que Judith guardaba con tanto celo?

—Me parece un poco rocambolesco, ¿no crees? Además, eso no elimina el problema, puesto que para que sea cierto lo que dices debe de existir alguien en este lado de la realidad, aparte de mí —y esto lo recalca Paula con extrema vehemencia—, que sepa lo del asesinato de Tomás.

Rodríguez, cuyas anteriores preguntas han sido instintivas y ni siquiera sabe muy bien lo que significan ni cómo se le han ocurrido, en este momento respira triunfante. «Ya te tengo dónde yo quería. Ahora veremos si puedes escaparte», piensa estudiando con cuidado su siguiente paso. Al final, para que la mujer no se cierre en banda y evitar tener que recurrir a métodos más bruscos, decide abordar el tema mediante una maniobra envolvente, como le gustaba hacer a Napoleón en todas sus batallas.

—¿Tú crees a Judith cuando dice que no le ha contado a nadie, excepto a Rómulo en sus propios sueños y en los tuyos, que ella fue la que provocó el accidente?

—Sí, claro que la creo, ¿por qué no habría de hacerlo?

—Por lo que acabas de mencionar de que es necesario que alguien más lo sepa para que todo encaje. En general, la teoría más evidente es la que suele resolver la mayor parte de los delitos. ¿Tú se lo contaste a alguien? —pregunta al fin intentando pillarla por sorpresa.

—¿Yo? ¿Ya estamos otra vez? —replica ella dando señales de una incipiente irritación. Después, tras meditar durante unos segundos, niega con la cabeza y añade:

—Se lo conté a Jai, pero ella no es de esas personas que van chismorreándolo todo por ahí.

—¿Qué Jai?

—Pues mi amiga Jai, Alejandra Márquez es su nombre completo.

Al escuchar ese patronímico, Robert Rodríguez se queda estupefacto. Se acaba de dar cuenta de que ha cometido un grave error.

—¿Hablas de Alejandra Márquez, la tratante de cuadros?

—¿No jodas que la conoces?

—Pues da la casualidad de que sí. La estamos investigando por la desaparición de un retrato atribuido a Velázquez. Ella afirma que se lo robaron del almacén, pero todo apunta a que se lo ha vendido a un coleccionista británico por una jugosa cantidad. Su marido Teófilo Quiñones parece que también está metido en el tomate. Los dos, supuestamente, forman parte de una red internacional.

—¡Joder...!

«**M**ucha tirria». Esas son las últimas palabras que Robert le ha oído. Paula las ha pronunciado con su boquita de piñón justo antes de que se marchara con el hombre del traje rutilante. «Más que un abogado parece un sapo bufo con esmoquin. ¿Cómo ha dicho el agente que se llama? ¿Luis Pedroche? Sí, eso es, creo que me suena de algo». En cuanto han abandonado la sala de interrogatorios, Rodríguez ha cogido la botella de agua y la ha llevado al laboratorio para que, de manera extraoficial, un compañero suyo al que le suele cuidar el gato cuando está de viaje, tome una muestra de la saliva de la joven y obtenga un perfil de ADN. Después se ha ido a despachar con los jefes de su departamento.

Durante la breve reunión mantenida, sin que nadie hiciera la menor mención a la evidente *cantada* de Rodríguez durante el careo, han telefoneado al juez de instrucción para solicitar la orden que les permita al día siguiente hacer un registro de la vivienda y tomarle a la sospechosa una muestra biológica. «Ojalá pudiera hacerlo yo, llevo meses obsesionado con esa mujer y estoy seguro de que ella no pondría impedimentos. Pero bueno, más vale que deje de fantasear y que llame a Rómulo; he prometido mantenerle al corriente». Cuando sube otra vez a su despacho el sol ya se ha puesto y la negrura de la noche ha engullido el jardín. La luz inorgánica de las farolas ilumina desigualmente los almendros en flor y los arriates de césped. En una esquina, junto a lo que sabe que son unas balas de paja, se vislumbra el contorno de la todavía garbosa figura de la yegua Esperanza. Según sus cálculos, el encargado ya debería haberla metido en la caballeriza, pero por alguna razón que a él se le escapa continúa allí, ramoneando lo que parece ser la hierba que han segado con la desbrozadora. Se ve que sus relinchos de protesta han tenido su efecto.

Mientras contempla la escena, Robert se pregunta si su deseo realmente es detener a Paula. Se acaba de dar cuenta de que en el fondo de su corazón lleva meses suspirando por ella, sentimiento que no hizo más que recrudecerse desde que conoció el contenido de los sueños de la mujer que visita a su amigo el psiquiatra. Que sea la responsable de unas muertes que la mayor parte del mundo agradece, la hace a sus ojos mucho más deseable. «A lo mejor, como he pensado antes, inconscientemente me hice policía para poder conocer a una mujer así. ¿Dónde iba a poder encontrarla si no? —Piensa según se acomoda en la silla dispuesto a coger el teléfono—. Eso de andar follisqueando por ahí está de puta madre, pero como todo, acaba desgastando. Si resulta que es culpable, no estoy seguro de que vaya a querer cumplir con mi deber..., en fin, mañana mismo tendré los resultados del análisis y sabré la verdad. Entretanto espero que Rómulo tenga fortuna y consiga por fin lo que tanto ha buscado...» murmura en la latente quietud de su oficina mientras marca su número.

—¿Qué me cuentas de la chica? —pregunta *el rata* nada más atender la llamada.

—Ha venido a recogerla su abogado y hemos dejado que se marche. Mañana efectuaremos el registro. Para mí que es culpable —contesta Rodríguez sin dejar entrever su desazón.

—Apuesto a que su ADN no coincidirá con el de la asesina —dice Rómulo convencido de que tiene razón.

—¿Eso crees?

—Me juego lo que quieras.

—¿Y qué propones? —pregunta el detective sin estar seguro de querer ganar una posible apuesta.

—¿Qué te parecen dos entradas para la ópera de Viena?

—¿Imagino que no será para que sea yo el que te acompañe?

—Lo has adivinado.

—Si es lo que estoy suponiendo, con independencia de que gane o pierda, te las regalo yo. ¿Estás con ella ahora?

—Sí —responde Rómulo, que en ese mismo momento va con Judith camino de su casa.

—Pues nada campeón, te deseo la mejor de las suertes —le dice Robert para despedirse. «Hasta pronto colega, si soy yo el que gana, tal vez no volvamos a vernos...», piensa después de colgar el teléfono. Por muy desatinado que parezca, ha decidido que, si la joven es culpable y tiene la más mínima oportunidad y está dispuesta, se escapará con ella para quizá vivir como fugitivos en algún país exótico.

Un poco después de que Rómulo informara a Judith sobre la puesta en libertad de Paula, la pareja llega a su destino. El taxista los ha dejado enfrente del portal, muy cerca de la plaza de las Comendadoras, justo al otro lado del piso en el que la empresaria estuvo varias veces durante el rodaje de *Lucia y el sexo*. «Te voy a contar un cuento lleno de ventajas», le escribe en la película Tristán Ulloa a Najwa Nimri, según acaba de recordar Judith. «Eso es precisamente lo que quisiera oír, un cuento sin final cuyos personajes solo abrigaran intenciones honestas...». Una vez dentro de la vivienda, tras colocar los zapatos debajo del banquito que suele utilizar para tal menester, mientras Judith se asoma a la ventana y observa la alta chimenea y la fuente del patio, Rómulo se ha puesto a calentar la sopa. La noche anterior él tampoco fue capaz de conciliar el sueño. Demasiadas emociones para un único día: primero escuchar su relato; después pleitear sobre la quimérica legitimidad de los crímenes; y por último la cita en el bar de la calle del Pez, donde al final de la velada, justo antes de despedirse, Judith lo besó inesperadamente.

El piso de Rómulo se halla en uno de los extremos de la última planta. Además de un salón con amplios ventanales, dispone de una acogedora terracita. No tiene más vistas que una porción diminuta de la esfera celeste, pero como está llena de macetas cuya vegetación se entremezcla con un bonito mobiliario de ratán, parece que tuviera

la capacidad de hechizar a cualquier persona que se encontrara cerca. Aunque tal es el caso de Judith, como todavía está helada de frío, se refrena de abrir la puerta y salir a contemplar el cielo. Si lo hubiera hecho, habría visto, a través de las nubes, la luz anaranjada de una luna en su último tercio de su cuarto menguante, altiva como una mujer que buscara venganza, y afilada como el cuchillo que utilizaría para procurársela.

En medio del orden exquisito del salón, conectado con la cocina por una larga barra de madera, hay una mesa redonda sobre la que Rómulo ha puesto los cubiertos. Más allá, junto a las cristaleras, hay un tresillo azul oscuro y una mesa de centro. A la derecha está el corredor que debe conducir a las habitaciones, «y con suerte también al lavabo, porque lo necesito con urgencia», piensa la mujer justo antes de comenzar a hablar.

—¿El baño está por ahí? —dice señalando hacia el hueco donde empieza el pasillo.

—Sí, adelante, es la segunda puerta.

Mientras Judith se baja la falda y se acomoda en la resplandeciente taza del váter, en el salón empieza a oírse música. No sabe de qué ópera se trata, pero no le sorprende en absoluto el género. Junto al televisor ha visto un equipo de música con un plato de aguja y una colección enorme de vinilos.

—¿Qué has puesto? —pregunta cuando regresa.

—*El elixir del amor* —una obra que compuso Gaetano Donizetti en el breve término de dos semanas.

—¿Ah sí? ¿Es eso posible? —replica Judith, que de ópera no entiende casi nada.

—Posible y hasta frecuente en aquella época. Los teatros rivalizaban por la programación y el público exigía estrenos cada dos por tres. Ten en cuenta que no existía ni la radio ni la televisión ni los móviles, y que la floreciente aristocracia estaba ávida de diversiones nuevas.

—Cuesta imaginarse un mundo sin tecnología. *El elixir del amor* —repite en voz alta como si estuviera saboreando las palabras. ¿De qué va?

—Es una ópera cómica en la que el campesino *Nemorino*, enamorado de *Adina*, una rica terrateniente, utiliza un pretendido elixir que le vende el estafador *Dulcamara*, y que no es más que vino de Burdeos, para usarlo a modo de poción amorosa que haga que la chica se enamore de él.

»Después de muchas peripecias, incluyendo la ruptura del contrato matrimonial que *Adina* tenía con el sargento *Belcore*, todo acaba bien y se arma una gran algarabía en la que una muchedumbre acude en masa a comprar el elixir y a emborracharse. Justo como la vida misma —bromea Rómulo invitándola a que tome asiento: la sopa está caliente y servida.

—Deliciosa. ¿Cómo es que te gusta tanto la ópera? —pregunta Judith cuando, ya con medio plato en el estómago, ha entrado en calor. Entretanto Rómulo ha servido también dos copitas de vino.

—Fue gracias a Federica Quiñones, la mujer del profesor Urbiza, mi mentor, quien después de dedicarse infructuosamente a buscarme pareja durante muchos años, se dio cuenta por fin de que lo único que había conseguido fue que me enamorara de la misma música que a ella la volvía loca. ¿A ti qué te gusta escuchar? Quizá tenga algo...

—No, no, por favor, esto está muy bien. Yo oigo sobre todo la radio. Programas de música tradicional y flamenco. Me tiran las raíces. A tu profesor no llegué a conocerlo, pero por lo que he oído es un hombre muy majo. ¿Así que su esposa no consiguió encontrarte una buena mujer?

—Todavía no. Pero tal vez algún día lo logre.

—Brindo porque así sea —dice Judith apurando su copa e instándole a que la imite.

—¡Brindemos entonces! —exclama el psiquiatra, animado por sus palabras y también por el vino—. ¿Cuál es tu cantante favorito? —añade después para cambiar de tema.

—Si he de elegir, me quedo con Enrique Morente.

—Espero poder escucharlo algún día contigo —dice él atreviéndose a cogerle la mano.

—Cuenta con ello, me has ayudado mucho. Rómulo —prosigue Judith recurriendo a un tono más formal— estoy pensando que no puedo continuar así.

—¿A qué te refieres? —responde él en voz baja, figurándose que ahora vendrían las consabidas excusas tipo Rebecca Morgan.

—A lo de Sebastián. No puedo seguir con esta incertidumbre. ¿Podrías ayudarme?

—Pues claro —dice *el rata* emitiendo un suspiro de alivio.

—No quiero ver a la policía ni en pintura, pero ¿le pedirías a tu amigo Robert que nos acompañara a hablar con el portero? No tiene por qué saber los pormenores, solo que tenemos la intención de averiguar si su propósito es chantajearme.

—Entonces conocerá tu identidad.

—¿No la sabe ya?

—No. No suelo engañar a mis clientas —dice Rómulo con buen humor.

—Me da igual. Lo prefiero a vivir angustiada.

—De acuerdo, así lo haremos; si ese tío sabe algo, Robert es la persona idónea para meterle miedo.

—Gracias, eres un amor.

—De nada. Mañana le llamo. Venga, termínate la sopa que voy a prepararte una tortillita de espárragos trigueros, ¿o prefieres mejor uno de mis famosos sándwiches?

—*Mmm* —dice ella—. ¿A eso te referías cuando me contabas que tenías intenciones malévolas?

El psiquiatra, que no se ha visto en una situación semejante durante muchos años, traga saliva. Si no se equivoca, y cree que no lo hace a pesar de su falta de

experiencia, eso ha sido una invitación en toda regla a que haga algo rápido. Por el centelleo que detecta en el fondo de los ojos castaños de la mujer, que se ha bebido ya dos copas enteras de eso que a él le gustaría que fuera el inigualable elixir de *Dulcamara*, está dispuesta a todo. «Es ahora o nunca —se dice Rómulo para darse ánimos—, o la agarro ya mismo o va a terminar arrepintiéndose». Y sin pensarlo ni un segundo más, se pone en pie, le coge de la mano y se la lleva al rincón donde se halla el sofá. Las copas de vino se han quedado en la mesa, y la tortilla de espárragos ya no es más que un lejano recuerdo.

Judith, que se sabe achispada, cosa que ha hecho a propósito, una vez que se ha ocupado de amortiguar la luz, ha dejado que Rómulo la ayude a tumbarse. Lo ve nervioso, pero como en el fondo le gusta esa indecisión que lo atenaza, le rodea con sus brazos y lo besa, igual que la noche anterior pero ahora con un ansia redoblada. Aunque es un hombre inexperto, durante los últimos encuentros con la mujer, de forma para él inexplicable, Rómulo ha visto cómo en su interior nacía una madurez particular que ahora provoca un cataclismo. Y es que en el mismo momento en que ha sentido el ardor de la lengua de Judith en su boca, toda la virilidad atesorada a lo largo de tantísimos años, se ha cristalizado dentro de su ser formando algo así como un núcleo primario, una roca novísima sobre la que sabe puede erigir sin miedo todo aquello que sueña.

Y es con esta seguridad imperturbable con la que él ha correspondido al furor de sus besos, y con la que ha palpado la blanda curvatura de sus senos, la misma con la que después de desnudarla despacio, y de mimar cada centímetro de su exquisita piel, ha buscado esa oquedad silenciosa donde se ocultan sus anhelos más puros, ese lugar inalcanzable y cálido que ella ahora le ofrece y que Rómulo explora; primero con esas manos que a ella tanto le gustan; después con los labios, aplicando la boca a esos pliegues perfectos; y por fin con su miembro, un instrumento al que Judith ya ha besado y cuya forma y dureza le parecen egregias, como si intuyera que aquello se trataría de una máquina extraordinaria venida del futuro y que tuviera la capacidad de sanar su aflicción.

Y efectivamente, tal y como lo ha presagiado, cuando Rómulo empuja esa vara asombrosa y ella siente en sus carnes que la está penetrando, se abre un acceso oculto, un pasadizo hacia la eternidad que restaña en un solo instante de lujuria infinita las heridas sangrantes por las que ambos llevan tanto tiempo supurando dolor.

X

Joder...!, ha exclamado Paula cuando Robert le ha contado que su amiga Jai está siendo investigada por un presunto fraude. Su primera reacción ha sido pensar que era todo una broma, pero cuando el inspector ha comenzado a relatarle los entresijos del caso y le ha facilitado información detallada sobre la biografía de Alejandra Márquez, abogada y tratante de arte, casada con Teófilo Quiñones y copropietaria de la galería Mare Nostrum, se ha echado las manos a la cara y se ha puesto a llorar. No puede creerse que la mujer con la que ha compartido tantas tardes en su casa, y a la que ha hecho partícipe de todos sus dilemas de los últimos años, no solo le haya mentado sino que también, y eso es lo que más la atormenta, que la haya traicionado utilizando la información que ha averiguado de Judith para chantajearla.

Aunque al principio Robert se ha quedado sentado permitiendo que la chica expresara su entendible dolor, al cabo del rato, ha rodeado la mesa, ha tirado de su mano para ayudarla a ponerse de pie y la ha estrechado entre sus fuertes brazos. Paula, que de inmediato ha sentido el calor reconfortante de su pecho, en la misma medida en que han cedido poco a poco sus lágrimas, ha ido dándose cuenta cada vez con mayor claridad que había sido ella la que, de forma involuntaria, había provocado que Sebastián mintiera sobre el hecho de que conocía a Judith de anteriores visitas, y que luego la amenazara con revelar la verdad concerniente al fallecimiento de su esposo Tomás.

—Ya nos ocuparemos de tu amiga más tarde —dice Robert una vez que ha comprobado que Paula ha dejado de llorar. Mientras la tenía contra su corazón, ha podido aspirar el agradable aroma que emanaba de su sedoso pelo y se lo ha acariciado.

»Lo más urgente —continúa diciendo instándola a sentarse de nuevo— es tratar de hablar con Sebastián y ayudar a Judith.

No es que Robert esté muy preocupado por una mujer que a fin de cuentas no conoce de nada, pero sabiendo que a Rómulo le gusta y probada ya la inocencia de Paula, su quijotesca imaginación de policía se ha buscado una nueva misión.

—¡Quiero llamar ahora mismo a esa hija de perra! —masculla Paula furiosa una vez se ha secado las lágrimas.

—No puedes. Eso interferiría con la investigación y lo que acabo de contarte es confidencial.

Paula no lo ha escuchado. «¿Para qué coño me acompañó a Bilbao? Y encima para soltar dinero. No puede ser cierto. Sin embargo Robert no ha podido inventárselo».

—De acuerdo —conviene después de haber asimilado lo que hasta ahora ni siquiera había oído.

—Entonces trata de olvidar el asunto y cuéntame lo que has soñado estos días. Tal vez ahí encontremos la clave.

—*Ok* —dice intentando sacarse de la cabeza a la persona que en esos momentos desearía matar— pero que sepas que todo lo que voy a decirte lo he soñado en el transcurso de una única noche. —Y entonces, como primer bocado, le relata a Robert la conversación que Judith Torres y Rómulo Méndez tuvieron a propósito del asesinato cometido en Grecia y en la que en realidad no se contaba un crimen, sino que se postulaba sobre la extravagante teoría de que los maltratadores, en vez de sangre en las venas, tenían un gas corrosivo que trasmutaba su humanidad y la convertía en algo duro, insensible y reseco. Dicho gas había sido bautizado con el nombre de *Mangre* por la homicida y daba lugar a lo que ella misma denominaba *Mangrantes*; los *hombres falsos* a los que se comprometía a seguir matando el día 11 de todos los meses venideros.

Aparte de esto, la asesina, durante el sueño que Judith había tenido, había querido dejar claro que el dato de que era paleontóloga era pura invención y que tal vez tampoco fuera española de nacionalidad. Según ella, el objeto de haber afirmado lo contrario en anteriores ocasiones no era otro que, mediante esa *cortina de humo*, ganar tiempo y poner trabas a la investigación.

—Vaya, así que *Mangrantes* —dice Robert una vez concluido el relato de Paula.

—Debo ser una chica muy original —responde la joven refiriéndose al hecho de que los sueños parecían sugerir hasta ahora que ella misma era la culpable.

—Pero por lo que oigo, te has autodescartado.

—Sí, pero solo en este lado de la realidad. ¿Quieres que continúe?

—Para eso estamos aquí.

«Ya, ya», piensa Paula justo antes de proceder a narrarle la gran cantidad de acontecimientos adicionales que habían sucedido en el curso de esa sola y embarullada noche.

—Tras la rueda de prensa que diste tú mismo —comienza diciendo— y la posterior publicación en los medios de un retrato robot facilitado por la propia Judith y del hecho de que la asesina tenía como profesión la paleontología, las redes sociales comenzaron a bullir con cantidad de pistas. No habiendo pasado ni una hora, y escucha bien porque vas a empezar a alucinar con esto —añade Paula con regocijo— la policía detecta que en *Twitter*, un *hashtag* con el nombre de Paula Burmester, es decir, el mío, y que hace referencia a una posible sospechosa, está batiendo records. Como consecuencia de ello, los sagaces sabuesos de la Europol, es decir, tú y tus colegas, enviáis una patrulla a casa de la mujer, es decir, a la mía, para que dos agentes de voz aburrida me interroguen.

—Joder. ¡Cómo no me lo has contado antes!

—No ha habido ocasión —responde Paula, que está empezando a divertirse de verdad.

—Continúa por favor, no me dejes a medias...

—Eso nunca lo haría... —replica ella con una gran sonrisa. Y acto seguido le narra, también con todo lujo de detalles, todo lo que en su sueño ocurrió después.

Durante casi una hora Paula le habló del interrogatorio al que había sido sometida por su parte y de la increíble circunstancia de que ella, en sus sueños, había visitado todos los países en los que habían ocurrido los crímenes justamente durante los días en los que estos habían sido perpetrados. Y también del curso que había tomado la relación de su querido amigo Rómulo y Judith Torres, los cuales, después de un largo paseo hasta la explanada del Templo de Debod para asistir a lo que luego se confirmó que sería un bello atardecer, se dirigieron a casa del psiquiatra, donde este tuvo el gentil gesto de invitarla a una deliciosa sopa de garbanzos, y donde finalmente hicieron el amor a la luz de una altiva y amenazante luna.

Robert, que según avanzaba la narración, en la que la joven además omitió de forma deliberada el pasaje relativo a su carencia de sujetador, y por ende, a la manifiesta transparencia de sus pezones y a la innegable erección que tuvo él durante el interrogatorio, flipaba cada vez más y era incapaz de despegar los labios. Tan solo movía la cabeza de tanto en tanto o emitía algún que otro gruñido. Cuando llegó el tiempo de que Paula hubo terminado de contar su historia, eso sí, no sin antes haber recalcado el hecho de que ella, al final de su careo, cuando el abogado Luis Pedroche fue a recogerla en sus sueños, ya había avisado al propio Robert de que con toda probabilidad había alguien en algún lugar que le tenía «mucho pero que mucha tirria» y que estaba orquestándolo todo para que ella pareciera culpable.

—O sea, que la Paula de tus sueños ya te había alertado sobre la posibilidad de que alguien estuviera inculpándote —dijo Robert después de sacudirse el aturdimiento.

—Sí, pero jamás pensé que pudiera ser cierto.

—Parece que esa Paula es más lista que tú.

—Eso creo yo ahora.

—Bueno, por lo que veo, lo que has contado no hace más que reforzar la teoría de que Alejandra está utilizando la información que le diste por medio de Sebastián.

—Sí, menuda hija de la chingada —maldice la joven recordando sus viejos tiempos del DF.

—Quizás el portero sea solo un factótum, un hombre de paja. Creo que ha llegado el momento de hacerle una provechosa entrevista. ¿Te apetece venir?

—Lo estoy deseando...

Mientras todo esto tenía lugar en el despacho de Robert, Rómulo y Judith, después de abandonar *La esquina de Nabuco*, deciden acercarse al Templo de Debod; lo tienen enfrente y Judith desea conocerlo.

—Son unas vistas preciosas. Desde aquí se ven unos magníficos atardeceres —dice Rómulo apoyado en la barandilla del final del parque—, pero claro, para eso faltan por lo menos tres horas. Mejor lo vemos otro día.

—Mejor —replica Judith, que empieza a tener frío y se agarra a su brazo—.

¿Todo eso es la Casa de Campo?

—Sí, ahí están la lanzadera y la montaña rusa —confirma él señalando los ingenios mecánicos que se recortan contra el verdor del bosque.

—Ya —responde la mujer con voz ausente mientras se embelesa con la oscuridad que arrojan las sombras de los pinos.

—¿Sigues pensando en lo de Sebastián?

—¿En qué va a ser si no? Ojalá fuera mañana. Estoy deseando que vayáis a interrogarle, no puedo con los nervios.

—¿Quieres ir ahora?

—No, prefiero que esté Rodríguez; tiene más mala baba.

—En eso te doy la razón. Pero, ya que ha salido el tema, ¿podría hacerte una pregunta? —dice Rómulo, a quien, esa misma mañana, después de haber consolado a Judith tras la tentativa de chantaje del portero, esta le había contado todo lo referente a la venganza que seguía llevando a cabo cada primero de mes sobre su hermano.

—Qué cosas tienes. Claro que puedes, aunque creo que ya lo conoces todo sobre mí.

—Ahora soy yo el que dice ojalá. En fin, lo que quería saber es qué placer obtienes viendo a tu hermano. ¿Jacobó me dijiste que se llamaba, no?, humillarse ante ti cada cuatro semanas después de haberle arruinado la vida. ¿No te basta con eso? ¿Quieres ser como la asesina insaciable de los sueños de Paula?

—Me alegra que me lo preguntes —contesta la empresaria, quien desde la noche anterior, incomprensiblemente para ella, siente cómo si todo su rencor se hubiera evaporado—. Lo cierto es que hasta hace muy poco era como si necesitara esa rara droga para poder continuar con mi existencia, como si el acto mismo de verlo mendigar ante mí equivaliera a montarme en un caballo, o mejor dicho, en una yegua, sobre la que galoparan todas mis esperanzas y sobre la que podría llegar algún día a olvidar mi dolor... —termina diciendo Judith agarrándose con fuerza de Rómulo. Cuando este la mira, se da cuenta de que han comenzado a brotar lágrimas de sus ojos.

—Vaya, siento haberte entristecido —dice el psiquiatra al tiempo que la vuelve a abrazar. Si por él fuera, podría dedicarse a consolarla el resto de su vida.

—Todo lo contrario. Creo que necesitaba expresarlo con palabras para darme cuenta de que ya es suficiente. Ha pagado con creces sus agravios. Es el momento de dejarle proseguir con su vida y de que yo comience a disfrutar de la mía. ¿No crees?

—Totalmente, y para celebrarlo ¿te apetecería que hiciéramos algo juntos? —dice él, envalentonado por la confesión que le acaba de oír.

Judith, que al principio no entiende la pregunta, se ha soltado de su abrazo y se dedica ahora a secarse las lágrimas.

—¿Algo como qué? —dice después de haber procesado el sentido de la frase que hace un rato, no sabe cuánto, le ha escuchado decir.

—No sé, tal vez ir a mi casa a poner unos discos —balbucea él como si fuera una

idea que acabara de venirle a la mente. En realidad, Rómulo lleva pensando en proponérselo desde que los cuatro se despidieron en el bar.

—¿Unos discos? Estoy segura de que eres de los pocos que todavía utiliza un plato de aguja.

—Lo has adivinado. Tengo una colección de vinilos que te encantaría. Y también otras cosas... —dice embravuconado y jugándose sus últimas cartas.

—*Mmm*, ¿y qué tipo de cosas son esas? ¿No tendrás intenciones malévolas, verdad?

—Siempre las tengo, pero por desgracia nunca llego a cumplirlas —dice dándolo todo por perdido.

—Pues veremos si esta vez lo consigues...

Y entonces, Rómulo y Judith cogieron un taxi y fueron a escuchar esos discos que supuestamente le iban a encantar, y después de eso, en una terraza que tenía el poder de hechizar las mentes, mirando hacia un cielo donde por la noche luciría una altiva luna, se besaron por primera vez en la realidad, porque en esos sueños que Paula tenía ya se habían besado, y un poco más tarde, desnudos los dos en el blando lecho de sus ilusiones, abrieron el acceso oculto que los llevaría a sanar heridas, y a descubrir cosas que nunca pensaron que descubrirían.

Cuando Rómulo ha querido abrir los ojos, Judith ya se había marchado. No hará ni media hora que el psiquiatra ha sentido cómo se deslizaba de la cama y sigilosamente, como un ladrón furtivo, se ponía la misma ropa que él le había quitado y salía sin hacer ruido por la puerta. Sin embargo, al hombre le ha parecido oír que, antes de irse, la empresaria le ha dejado una nota. Nota que lo esperanza pero que al mismo tiempo le provoca pavor. Por eso se ha tirado casi treinta minutos en la cama con los ojos cerrados, porque si todo lo que ha pasado no ha sido más que un sueño como los que la mujer ha venido a contarle, entonces prefiere no saber lo que pone. Pero como para bien o para mal ya ha cumplido cincuenta años y sabe que sea lo que sea no tiene más remedio que afrontarlo, al final se ha levantado, ha buscado el papel y ha leído con júbilo lo que en él había escrito: «*Gracias por esta noche. Una sopa magnífica. Llámame en cuanto hables con Robert. Besos*».

Esta mañana el trayecto desde su casa hasta la oficina está siendo dulcísimo. El día ha despuntado sin el velo de nubes que ayer cubría la ciudad y un sol radiante caldea con sus rayos su sosegado ánimo. Rómulo callejea despacio evitando las grandes avenidas. La velada ha sido demasiado preciosa como para ahora mancillarla con el ruido del tráfico. Envuelto todavía en la complaciente lasitud de una noche imborrable, *el rata* deambula en silencio y reflexiona sobre los posibles devenires que tomará su vida. «¿A quién le importa que una asesina de lo que ella acertadamente denomina *Mangrantes*, ande suelta y haga el trabajo que la justicia es incapaz de hacer? A mí no, desde luego, y me imagino que como yo habrá cientos de miles. Además, se ha confirmado que el propósito de su misión está siendo cumplido. Desde el septiembre pasado los asesinatos por violencia machista se han visto reducidos en un veinte por ciento. Parece que los *hombres falsos* comienzan a temerla. Pero lo más importante es que, gracias a *ella*, yo he encontrado a Judith. No sé cuánto me durará este gozo, pero lo de esta noche ha compensado con creces el vacío de los últimos años y no voy a permitir que Sebastián, o quienquiera que esté detrás de esto, le arruine la vida. Para ello quebrantaré la ley o haré lo que haga falta, y Robert, si no está de mi lado, no será quien se atreva a impedírmelo», termina de pensar justo antes de abrir la puerta de su despacho y coger el teléfono; «mi chica está en aprietos y ha llegado el momento de acudir al rescate».

—Bueno qué, ¿hubo suerte anoche? —le pregunta su amigo cuando por fin atiende la llamada.

—No es asunto tuyo.

—O sea que sí la hubo. Vamos, *rata*, desembucha que llevo muchos años

esperando algo así. Me lo merezco.

—Está bien, pero no se te ocurra joderla. Esta noche ha dormido en mi casa.

—¡Eureka! —exclama Rodríguez verdaderamente entusiasmado. Han sido muchas tardes viéndolo suspirar por el amor como para callarse—. Pues que sepas que has ganado la apuesta; te debo dos entradas para que vayáis a ver la ópera de Viena como dos tortolitos.

—¿Así que Judith tenía razón y Paula no es culpable?

—No es oficial, pero tengo los resultados del análisis; han dado negativos.

Efectivamente, lo primero que ha hecho Robert al levantarse, ha sido acercarse al laboratorio en el que su colega se ha pasado la noche trabajando. Cuando este le ha recibido, acababa de cotejar los datos. El informe que en esos momentos estaba imprimiendo demostraba sin lugar a dudas que los perfiles de ADN no eran coincidentes. Aunque en un primer instante Rodríguez ha respirado con alivio, después de un rato le ha invadido de nuevo la congoja. «Pero si ella no es la asesina, entonces a lo mejor no es más que otra mujer corriente y toda la película que me he montado se desmoronará. Yo ya me veía huyendo con ella amparado en las sombras y adoptando nuevas identidades, viviendo tal vez en un país asiático y en un permanente estado de zozobra. Sin embargo ahora, ¿qué me cabe esperar? ¿Fichar por las mañanas en la comisaría e ir por las tardes a buscar a los niños al colegio? Creo que esa no es mi misión en la vida. Quizá lo que tenga que hacer es seguir buscando a la que de verdad ha matado a esos hombres...».

—Me alegro por ella. Y también porque la asesina siga libre. Me ha hecho un favor impagable —responde Rómulo sin poder percibir el estado de ánimo de Robert al otro lado del teléfono.

—Hombre *rata*, nunca te había oído estar de parte de alguien que ha incumplido la ley —dice cínicamente el detective.

—Pues vete acostumbrando —replica Rómulo con rotundidad—. Tengo que pedirte un gran favor. —Y entonces, sin darle oportunidad a que responda, le cuenta a su amigo todo lo referente a la irrupción que el portero hizo en su despacho justo después de que Judith Torres confesara que había provocado la muerte de su esposo.

—¡Hostias! Al final te vas a liar con una homicida, lo que te faltaba —dice Rodríguez pensando en lo curiosa que puede ser la vida—. ¿Judith Torres has dicho? ¿Cuánto hace de eso?

—Lo suficiente para que haya prescrito. Ya no hay crimen que valga.

—¡Coño Rómulo! Me pones en un brete —responde Robert adoptando el papel de policía ofendido.

—Te he dicho que necesitaba que me hicieras un gran favor. Si fuera una cosa fácil, la haría yo mismo.

—Tengo que pensarlo. Ahora estoy de camino al domicilio de Paula Burmester. Están a punto de acabar el registro y he de ser yo quien le dé la noticia, aunque será de forma extraoficial.

- Ya, ya, ya conozco ese tono. ¿Cuándo vas a venir? Lo necesito con urgencia.
—Te llamo en cuanto termine, si es que estás disponible.
—Qué gracioso. Espero que no tardes.

Cuando Robert llega a la vivienda de la sospechosa, el equipo forense ha acabado ya de recoger. Han sido cinco ininterrumpidas horas de registro y Paula está cabreada y exhausta. No que hayan hecho destrozos o dejado sus cosas por en medio, pero saber que han hurgado hasta en el cajón más íntimo de lo que ella considera un santuario, la ha sacado de quicio. Por eso, cuando ha llegado Robert Rodríguez no ha querido ni hablarle. Tan solo se ha limitado a asentir o a negar con un gesto a las varias cuestiones que le ha planteado.

—¿Se encuentra usted bien, señorita Burmester?

Gesto de asentimiento. «Jamás confesaría lo contrario».

—¿Puedo ayudarla en algo?

Gesto de negación. «Jamás permitiría tal oprobio».

—¿Han estropeado o roto alguna cosa?

Otra vez gesto de negación. «Si lo hubieran hecho lo pagarían muy caro».

—¿Se han llevado o nota que le falte algo?

Gesto de negación. «Al que se atreva le corto las pelotas, nada de clavarle un pinchito en los huevos».

—¿Puedo hablar a solas con usted, señorita Burmester?

Gesto de negación. «¿Y ahora que pretende este pinche cabrón?».

—Le aseguro que es un tema importante. Y podrá seguir callada si eso la congratula. ¿Acepta?

Gesto de asentimiento. «¿Congratula? Vaya puto pedante».

Justo cuando Paula ha aceptado hablar en privado con el hombre, la responsable del equipo forense se acerca a ella y le tiende media docena de papeles.

—Ya hemos terminado, señorita Burmester. ¿Puede firmar esto? Es una declaración de que está conforme con el estado en que hemos dejado sus objetos y que no falta nada. La copia sellada es para usted.

Tras rubricar en todas y cada una de las hojas sin pronunciar tampoco ni una sola palabra, el equipo recoge su instrumental y abandona a continuación el piso. Como consecuencia de ello, ante la ausencia de Rolando que tiene el día libre, se produce de forma espontánea la situación de privacidad que Rodríguez había demandado.

—Bueno, ya estamos solos —gruñe Paula sin distender ni un ápice su expresión de cabreo.

—Tengo que pedirte disculpas —dice Robert tuteándola sin su permiso pensando que esta vez no le importará tanto; después de todo ha venido a exculparla—. Tu perfil de ADN no coincide con el de la asesina.

—Eso ya te lo dije. Pero... ¿cómo lo sabes?, no habéis tenido tiempo de analizar

las muestras que me han tomado esta misma mañana.

—Me tomé la libertad de sacar una de la botella que ayer utilizaste para beber a morro. Lo hiciste muy bien. Fue bastante efectista —añade el agente, dando a entender que se percató de su artera estrategia.

—¿A que sí? —dice ella desafiante.

—Sí, pero no tanto como querer desconcertarme con la palpable ausencia de tu sujetador. Está claro que lograste ponerme en evidencia. Te felicito por ello. Por cierto, tienes unos pechos preciosos.

—Tú llevas pistola y yo tengo las tetas bonitas. Estamos más o menos en paz — replica Paula dejando entrever un indicio de que está comenzando a relajarse.

—Fuera ya de bromas, parece que podrías tener razón y que hubiera alguien ahí fuera que te tuviera tirria, o *mucho más que tirria*, parafraseando tus propias palabras, si te quiere cargar con siete asesinatos.

Ahora que Robert no la ve envuelta en su propia fantasía, la mujer, aunque sea indiscutiblemente una belleza, no ejerce sobre él más poder que cualquier otra hermosa hembra de las que con frecuencia estrecha entre sus brazos.

—También te lo dije.

—Lo que no se explica es que la asesina vaya dejando por ahí rastros de ADN si pensaba inculparte. Tanta elaboración y olvidarse después de ese detalle no parece lógico —dice Robert acercándose a la gran biblioteca que hay junto al sofá. Al comprobar la temática de los libros se acuerda de pronto de que Rómulo le había dicho que lo de la paleontología era una pista falsa.

—Por cierto, ya que te veo mirar mis libros, ¿quién coño se inventó que la asesina era una paleontóloga? —dice ella, como si le hubiera leído los pensamientos—, y ya puestos, ¿de dónde carajo han sacado el retrato robot?

—Eso son partes secretas de la investigación.

—Pues creo que te conviene revelármelas, quizás en ello y en lo que yo sepa se encuentre la clave. Parece que en una u otra medida estoy relacionada con el caso. ¿No es así?

Robert, que al principio se ha quedado callado, cuando ha acabado de sopesar que la joven puede tener razón, se acerca otra vez a ella y le pregunta:

—¿Tienes hambre? Es la hora de comer y lo que he de contarte va a llevarnos un rato.

—Claro que tengo hambre; tus amiguitos no me han dejado desayunar tranquila. Anda, vamos a la cocina. Algo habrá en la nevera.

Aunque hasta ahora había estado concentrado en su diálogo con Paula, es en este instante cuando Robert se da verdadera cuenta del nivel de vida que gasta la muchacha. Los cuadros contemporáneos que imagina no son imitaciones, la chimenea en medio del salón, el sofá de cuero de proporciones épicas, la librería lacada, la mesa de centro con forma de escultura, el comedor de madera noble y las sillas antiguas, y en definitiva cualquiera de los costosos detalles que adornan el

espacio sin recargarlo y con la dosis justa de funcionalidad. Por lo que ha averiguado sabe que es doblemente viuda y que sus maridos no eran lo que se dice precisamente pobres. «A lo mejor se ha cargado a los dos y no es tan mosquita muerta como ahora me creo...», piensa volviendo a esperanzarse por un momento con su propia película de criminal errante. La amplia cocina es igual de refinada y sumamente práctica. Después de sacar varios platos ya preparados de la nevera, Paula los coloca encima de una bandeja térmica.

—Estarán calientes en unos minutos. ¿Qué quieres beber?

—Agua por favor, del tiempo si es posible.

Paula entonces abre un cajón y saca dos botellas de agua mineral.

—Toma —dice ofreciéndole un vaso— para que no tengas que beber a morro —y por primera vez en toda la mañana dibuja con sus labios una débil sonrisa—. Venga, empieza a hablar por esa boquita que yo me encargo de servir —le urge invitándolo a sentarse en uno de los taburetes que hay junto al voladizo de la encimera de pizarra alcarreña.

Cuando ya está acomodado y ha terminado de asimilar que una chica tan joven pueda vivir de forma tan holgada, Robert Rodríguez comienza a narrarle a su anfitriona todo lo relativo a las visitas que la rica empresaria Judith Torres le ha estado haciendo al psiquiatra forense Rómulo Méndez, y en las que esta le ha contado los sueños que ha tenido sobre la asesina que trae de cabeza a los investigadores de toda la Europol. Mientras él hablaba y sin apenas hacerle preguntas para no interrumpir el hilo de la historia, Paula ha ido sirviendo los platos a medida que iban cogiendo la temperatura adecuada. Primero ha repartido los pinchitos *satay* que sobraron de la comida que tuvo el otro día con su amiga Alejandra. Después ha servido una sopa miso con escamas de atún rojo desecado, una de las especialidades más sabrosas de Rolando. Y para terminar ha llenado dos generosos cuencos con un cuscús de repollo y calabaza que ella misma cocinó dos días atrás, en una de esas tardes de aburrimiento en la que no se podía imaginar que al día siguiente fuese a aparecer la policía para, con casi total seguridad, cambiar por completo el rumbo de su vida.

—Si no llega a ser porque inventarse una historia así no tiene sentido, no me la creería —dice Paula justo después de engullir la última cucharada de cuscús—. ¿Me estás diciendo que esa señora, Judith Torres o como se llame, ha soñado que yo misma le describía en sus sueños cómo había asesinado a cada víctima?

—Exacto —dice Robert compungido, pues ya no sabe qué actitud tomar.

—¿Y además, que luego, en otro sueño, desmentí que la responsable fuera yo?

—Sí.

—O sea, que la persona que en primer lugar le contó los asesinatos a la tal Judith Torres, nunca fue esta que te habla, ¿es así?

—Eso parece. Es alguien que ahora afirma ser abogada y que no es española de nacionalidad. ¿Conoces a alguna mujer que cumpla esos requisitos y que sepa la

fecha y los lugares que has visitado en los últimos siete meses?

—No..., bueno..., mejor dicho... sí, pero es imposible...

—¿Qué es imposible?

—Que sea Alejandra Márquez, es mi mejor amiga... ¡menuda hija de puta la argentina de mierda! —exclama Paula al caer en la cuenta que ambas condiciones se cumplen y que no hay otra persona que conozca sus movimientos mejor que ella, pues suya había sido la idea de que visitara esos países por orden alfabético.

Según dice esto, Paula le pega un manotazo a su vaso, que sale despedido y acaba estrellándose en el suelo haciéndose añicos. Estaba lleno hasta el borde y el suelo de la cocina se ha puesto perdido. Robert, a quien al escuchar ese nombre se le ha erizado el pelo, antes de hablar espera a que amaine la tormenta.

—¿Esa Alejandra Márquez a la que te refieres no será por casualidad tratante de arte? —dice por fin cuando Paula ha acabado de fregar y de vituperar por undécima vez a la que hasta solo unos momentos antes era la persona en quien más confiaba.

—Justamente. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque es conocida nuestra y me temo que no es trigo limpio. Está siendo investigada por un posible fraude relativo a un retrato atribuido a Velázquez. Ya decía yo que el nombre de Luis Pedroche me sonaba; es su abogado.

—¿Un fraude con el Velázquez? No me lo creo. ¡Menuda cabrona! ¿Pero con quién coño estuve comiendo yo aquí el otro día? ¿Con una delincuente que además es asesina múltiple? —resopla sujetando la fregona como si fuera un arma.

—Delincuente sí, pero la asesina ella no puede ser. Además de que su fisonomía no coincide, la tenemos vigilada desde hace meses y en todo este tiempo no ha salido nunca del país.

—Bueno, me alegra saberlo. Entonces ¿qué ha hecho exactamente?

—No debería contártelo, pero me imagino que nadie me lo reprochará. Ahora mismo eres una pieza fundamental del puzle —dice Rodríguez, que cada vez entiende menos lo que está sucediendo.

—Vamos hombre, no seas melodramático —masculla Paula dejando la fregona otra vez en su sitio.

—Pues resulta que tu amiguita parece que se las compuso para convencer a una rica panameña, propietaria de un retrato cuya autoría se sospechaba era de Velázquez, para que llevara la mencionada obra a Múnich. El propósito del viaje era realizar pruebas de datación y de composición de los pigmentos en el laboratorio especializado de la Neue Pinakothek.

»Además de eso, convocó a dos especialistas europeos para que acudieran a examinar el cuadro. Una vez convencida la dueña, transportado el retrato y realizado todas la valoraciones necesarias, se determinó que la obra era auténtica y que el autor no era otro que el insigne pintor sevillano —explica Robert de un tirón y sin apenas tomar aire.

—Parece que te sabes el discurso de memoria —dice Paula, que juguetea

nerviosamente con las migas que han quedado sobre la encimera de pizarra.

Ante este insulso comentario, Robert frunce el entrecejo, da un trago de agua del vaso que la chica todavía no ha roto, y luego continúa hablando:

—Bien. Lo siguiente que sucedió es que Alejandra le ocultó a la propietaria panameña que, según las leyes españolas de protección del patrimonio histórico, el retrato debía ser tasado por el Museo del Prado y ofrecido en venta en primera instancia a Patrimonio Nacional, y que, solo si este rechazaba la oferta, podría ser vendido a un coleccionista extranjero y ser subsecuentemente sacado del país.

»Lo que tu amiga, o examiga, pretendía, era endosárselo a un millonario británico dispuesto a pagar mucho más que el valor de tasación del Prado, pero hete aquí que, cuando la operación estaba a punto de realizarse, las autoridades intervinieron para que Patrimonio Nacional lo adquiriera. Viendo peligrar su negocio, y estando en esos momentos el retrato bajo su custodia en el almacén de seguridad de su galería, no se le ocurrió otra cosa que simular un robo. Con ello mataba dos pájaros de un tiro; por un lado sacaba una jugosa tajada del comprador británico que había aceptado, a cambio de no desvelar el chanchullo, comprarlo por un precio significativamente menor al de mercado, y por otro cobraba del seguro y se quitaba de encima a las autoridades.

—Joder con la Jai, sí que es lista la tía.

—Ella sí, pero su marido Teófilo Quiñones la cagó. Él fue el encargado de organizar el robo. Para evitar sospechas, viajó a Ámsterdam y contrató los servicios de una banda internacional con la que tenía contactos indirectos por un trapicheo anterior referente a una importación ilegal de diamantes, con tan mala pata para él, y tan buena para nosotros, que escogió un miembro que estaba vigilado por la Europol. A partir de ahí todo fue cuestión de seguirle los pasos, y todo hubiera salido a pedir de boca si no fuera porque, cuando robaron el cuadro, nos dieron esquinazo y desapareció.

—Vaya operación de vigilancia más chapucera. ¿Teófilo importaba diamantes ilegales? Pero si su familia está forrada. Todo esto me parece muy raro —dice Paula, que ha quedado completamente atrapada por la historia y ha dejado incluso de jugar con las migas.

—Sí, y no solo diamantes. Después de que el hombre dilapidara toda su fortuna en el casino y de que contrajera una peligrosa deuda, la pareja necesitaba dinero con urgencia y estaba dispuesta a correr cualquier riesgo. Total, que tenemos todas las evidencias menos el maldito retrato y no podemos trincarlos. ¿Te habló a ti Alejandra del comprador británico?

—Algo me comentó, pero no mencionó su nombre.

—¿Qué fue lo que dijo?

—Que la había querido seducir pero que era un tipo muy basto. Dijo que tenía un acento extraño, la cara rubicunda, largas patillas y manos peludas.

—¡Joder..., pero si esa descripción coincide con la de Sebastián! —exclama

Robert, que viendo la manera en la que todo se ha enrevesado no duda de que el portero, a quien conoce desde hace años y del que siempre ha hecho ascos, pueda estar implicado.

—¿Y quién coño es Sebastián?

Y entonces Robert se dedicó a explicarle a Paula todas las vicisitudes que habían ocurrido en torno a la confesión que Judith le había hecho al psiquiatra en su despacho y la posterior irrupción del conserje de la finca, de nombre Sebastián, durante la misma.

—Ha llegado la hora de llamar a Rómulo y de hacerle una larga entrevista a su conserje. ¿Te apetece venir? —dice Robert invitándola a que lo acompañara como si fuera ya parte de la investigación.

—Por supuesto —responde ella entusiasmada—. Tú llevas tu pistola, ¿hace falta que yo me quite el sujetador?

—Ese tío no se merece ver esas dos maravillas de la naturaleza. Anda vamos. Y sin más dilación coge el teléfono y marca el número de su amigo el psiquiatra.

XI

Justo después de que Robert le hubiera propuesto a Paula ir juntos a hablar con Sebastián, recibió una llamada del comisario en jefe indicándole que la reunión que tenían programada se había cancelado. No queriendo perder tiempo, Rodríguez ha telefoneado de inmediato a Rómulo para proponerle ir a su oficina y acordar allí la estrategia a seguir con respecto al tema del portero. Sin embargo, el psiquiatra no ha cogido la llamada, ni tampoco lo ha hecho Judith cuando más tarde lo han intentado con su número. Por lo que supieron al día siguiente, tras salir del bar, se habían acercado primero al Templo de Debod y desde allí habían cogido un taxi hasta el domicilio del forense, donde, después de ayudarse mutuamente a quitarse la ropa, se dedicaron a descubrir pasadizos secretos y a explorar oquedades profundas. Como consecuencia de ello, Paula y Robert se encuentran ahora a solas en el despacho de la comisaría sin nada urgente que hacer y con el resto del día por delante.

—Nuestro gozo en un pozo —dice la joven cuando constatan que no van a poder localizarlos.

—Eso parece —replica Robert, quien se ha puesto otra vez a darle vueltas a su boli *Montblanc*.

—¿No podríamos ir a apretarle las tuercas a esa hija de la gran chingada que tengo por amiga?, o que tenía, si quiero ser correcta con los tiempos verbales.

—No es aconsejable, sería mucho mejor que antes obtuviéramos una confesión de Sebastián. Pero dime una cosa, ¿por qué has vuelto a llamarla hija de la gran chingada? ¿Acaso estuviste en México excavando fósiles?

—Sí, y también explorando las capacidades viriles de los mexicanitos —añade chispeando los ojos y reconduciendo así sus diálogos hacia el terreno cenagoso de las insinuaciones.

—¿Y cuáles fueron las conclusiones de tu investigación? —contesta Robert, que después de que se hubiera demostrado que sus suposiciones con respecto a la chica eran falsas, está encantando con la idea de meterse nuevamente en el fango.

—¡Huy!, sería muy largo de contar.

—No importa, me han cancelado la reunión...

Entonces Paula, que tampoco tenía nada mejor que hacer y que además estaba empezando a disfrutar de nuevo con la compañía del detective (y también, por qué no decirlo, a verlo como una más que probable conquista), le relató lo que en resumen había sido su vida durante los años que pasó en Sudamérica desenterrando huesos y analizando hombres.

—Tras terminar la carrera de Ciencias Geológicas y romper con el tío que me había mantenido durante el último año, me las piré al DF —dice Paula recostándose en la silla y cruzando las piernas—. Quería aprender técnicas para la adquisición de fósiles de dinosaurio y por aquel entonces, la UNAM, la Universidad Nacional

Autónoma de México, ofrecía un curso de los más renombrados.

»Como no te voy a atormentar con los detalles académicos ni con las peripecias de mi vida en el caótico Distrito Federal, baste decir que, cuando se me acabaron los tres mil euros que mi ex había tenido la amabilidad de prestarme a fondo perdido, me lie con el director del máster, con quien, una vez concluido el curso, me marché al Estado de Coahuila, donde se encuentran los yacimientos de dinosaurios más importantes del país.

—Vaya, veo que te las gastas finas —dice Robert por todo comentario antes de invitarla a seguir. Está disfrutando de lo lindo y no tiene intención de distraerla.

—Hace 72 millones de años, en la era Mesozoica —continúa diciendo la joven mirándose las uñas— la región de Coahuila era una planicie de inundación con multitud de deltas. El clima tropical daba lugar a una exuberante vegetación compuesta sobre todo por grandes árboles y helechos. Todo ello propició un entorno favorable para la conservación de los huesos que, enterrados en un cieno anóxico y más tarde litificados mediante procesos bioquímicos complejos, nos dedicábamos a extraer con mucha paciencia y no poco sufrimiento; el calor, la humedad, los mosquitos, las posturas incómodas, y lo peor: la estupidez reinante.

—¿Te refieres a la del director? —pregunta Robert dándole por supuesto.

—Mayormente. Se creyó que además de darme órdenes en el trabajo, cosa muy natural y en la que yo no ponía reparos, podía también decidir con quién me juntaba en mis ratos de ocio. Allí lo dejé con el esqueleto a medio excavar del *Gryposaurus* más grande jamás encontrado en la historia de México.

—¡Menudo cabreo que debió de pillarse!

—No lo sé, no pude despedirme.

—¿Y adónde fuiste?

—Me las jalé con su principal colaborador, un paleontólogo norteamericano que se conocía todos los yacimientos importantes del continente. Viajamos juntos durante dos años, eso sí, de forma discontinua. Yo no quería oír ni hablar de la fidelidad, y a él le gustaban demasiado las mujeres como para ofrecérmela. Fue una de las relaciones más auténticas que he tenido en mi vida.

»Desde México fuimos a Colombia, donde sacamos a la luz algunas planchas fosilíferas de reptiles marinos. De ahí bajamos hasta Chile, al yacimiento de Cerro Guido, de escaso interés pero situado junto al incomparable Parque Nacional Torres del Paine y sus bellas montañas, uno de los lugares más paradisíacos del planeta —sigue contando Paula, que a estas alturas ya se ha dejado invadir por la nostalgia.

—¡*Guau!* Qué envidia me das. Visto así yo no he salido de mi pueblo. «Creo que después de todo esta tía me gusta. No me importaría irme con ella a alguno de esos sitios», piensa Robert comprendiendo lo pobre de su experiencia comparada con todo lo que ha vivido esa chica menuda.

—De allí pasamos a Argentina, a la región de la Patagonia Central, más concretamente a Chubut, donde acababa de hallarse un fémur de saurópodo de más

de dos metros de largo perteneciente al dinosaurio más grande que jamás ha existido. Me quedé allí durante un año y medio y mi amigo, que en ese momento me propuso que viviéramos juntos, después de mi negativa, se volvió a su país.

—Cualquiera se te arrima. O te mueres a los pocos meses o te quedas deseando morirte —dice Robert con buen humor.

—Veo que me has investigado. ¿Acaso te parece que obro mal?

—Investigar es parte de mi trabajo, pero no me parece que hayas obrado mal. Todo lo contrario. Si fuera a enamorarme alguna vez, sería de una chica como tú. Lo malo es que ni tú te dejarías, ni yo sirvo para estar en pareja.

—La belleza también acarrea problemas —dice ella en consonancia con su anterior observación.

Al escuchar de nuevo la sugerente voz de Paula, Robert Rodríguez, que a lo largo de la última hora se ha sentido extrañamente atraído por esa mujer que hasta hacía muy poco calificaba como a una mala pécora, ha visto cómo, de forma no del todo consciente, han salido las siguientes palabras de su boca:

—Sin embargo, aunque no sea capaz de enamorarme, sí que me gustaría enrollarme contigo —ha dicho el detective sorprendiéndose él mismo de lo que acaba de soltarle a la joven.

Paula, que no estaba preparada todavía para escuchar una declaración de ese calibre, acusa el golpe pero no se amedrenta.

—Eso ya se verá —replica al final sin inmutarse.

—Perdona, no me he expresado bien: de enrollarme contigo ahora mismo —decide añadir el policía. Un vez metidos en harina, prefiere tensar la cuerda al máximo.

—¿Quieres decir aquí en tu despacho? —responde ella mirándose las manos con aire indiferente. Ya que el juego ha dado comienzo, le apetece divertirse un ratito.

—Aquí no, sería incómodo y podrían oírnos. Además, intuyo que necesitaría varias horas para satisfacerte —dice él sin dejar de clavarle la mirada. Lo que había empezado casi sin darse cuenta, se ha convertido ahora en una realidad electrizante.

En el exterior todo está en calma. Ni la desbrozadora ruge ni la yegua Esperanza relincha. Lo único que se oye a lo lejos dentro del edificio es una persona clavando un clavo a golpes espaciados pero muy regulares, como si con ello estuviera intentando ralentizar el tiempo.

—¿Y qué pretendes, llevarme al hotel Miguel Ángel? Me parece demasiado caro para ti —dice Paula mirando a través de él como si no existiera.

—No te creas. Tenemos descuentos especiales —replica Robert, que ha comenzado a sentir ya una presión familiar bajo su pantalón—. Pero está un poco lejos —prosigue al cabo de un silencio calculado.

—¿Lejos? ¿Doscientos metros es lejos para ti? —pregunta Paula sin poder evitar sentirse sorprendida.

—Comparado con veinte, sí.

—¿Tienes aquí un apartamento?

—Se trata en verdad de una celda de lujo —y entonces Robert, a quien ya le ha parecido suficiente, se levanta, rodea el escritorio, coge a la chica de la cintura sin que ella lo impida y la acomoda encima de la mesa, de tal forma que ahora sus miradas están a escasos diez centímetros la una de la otra. Paula, que no ha hecho ni un solo ademán por resistirse, siente el aliento del hombre en su boca y a la vez en su vientre un reguero de lava, pero no mueve ni una sola pestaña. Lo único que hace es mirar con sus ojos negros y almendrados a los suyos azules y profundos y exhalar después un suspiró minúsculo. Aunque no tanto como para que Robert no comprenda al instante que se ha tratado en realidad de un suspiro mayúsculo.

—Está solo a tres plantas de aquí —alcanza a decir justo antes de atraerla hacia él para besar sus labios.

Después de unos minutos en los que se han abrazado y durante los cuales han satisfecho ese primer envite de deseo primario, los dos han pensado que lo mejor sería trasladarse a un lugar más privado.

—Creo que antes que una celda prefiero el hotel Miguel Ángel. Pago yo —dice Paula, que no quiere ni oír hablar de un humilde camastro, por muy de lujo que él afirme que sea.

Un cuarto de hora más tarde, sin haberse quitado todavía la ropa, se tumban en medio de una cama magnífica. Saben que la primera vez siempre deja una impronta, algo que no se olvida y que es demasiado sagrado para hacerlo con prisas. Por eso se besan hasta la extenuación. Y por eso se miran hasta la saciedad, hasta que son capaces de reproducir con los ojos cerrados cada peca que tienen, cada arruga que atisban, cada facción de esos rostros que hasta hace muy poco eran rostros sin nombre. Después él le quita la blusa y descubre sus pechos. Primero los libera de ese sujetador que ella no quiso mencionar al narrarle sus sueños y luego se los estruja, convirtiéndolos en una carne exultante aún más prieta si cabe. Ella deja que se los palpe y le urge a besarlos, a succionar de ellos esa esencia vital que alimenta a los hombres, ese elixir espléndido sin el cual el futuro sería tan solo un vacío helador.

Y luego le quita a él la camisa y hunde su cara en su ampuloso torso, allí donde reside esa fiereza indómita que es capaz de espantar a las bestias, que posee una sabiduría innata en la que se sumen las raíces del pasado y del tiempo. Entonces, cuando ya se conocen y la blandura y la robustez de sus pechos finalmente se encuentran, se fusiona el presente, ese instante que cabalga entre lo que no existe y lo que ya está muerto, ese milagro de la conciencia humana que produce el amor, aunque en este caso haya querido disfrazarse de sexo.

Después Robert le ha quitado las medias y ha besado sus nalgas. Ella a la vez ha buscado su miembro y lo ha encontrado bajo su pantalón, ese objeto duro y reconfortante que rezuma deseo, que palpita con un ritmo beatífico a la vez que se

agrandada hasta adquirir proporciones ciclópeas. Entonces él ha hurgado primero con el dedo en su vulva, y después con su lengua, y más tarde con la entera superficie de su boca, intentando extraer todo el placer que se encuentra escondido en esa gruta de paredes rosáceas, en ese misterio indescifrable de la naturaleza codificado a base de lamentos, de gritos carentes de dolor, de posturas y escorzos imposibles.

Y ella, que quiere que él también goce y sentirlo más cerca, le ha despojado del resto de la ropa y lo ha dejado en cueros encima de esa cama soberbia. Ha explorado sus músculos, duros y bien formados como efigies de mármol. Ha besado hasta el último rincón de esa piel oscurecida y limpia. Ha acariciado sus testículos y los ha sopesado, como si con ello quisiera certificar la calidad del género. Luego ha agarrado su pene y ha jugado con su boca con él hasta que casi explota.

Y cuando los dos lo han creído oportuno, Robert ha introducido su masculinidad en el interior perfecto de su femineidad y han unido sus labios. Y entonces, en ese instante único, en el que la sed insaciable de ambos ha sido de una vez satisfecha, los dos han sabido que no lo tendrían tan fácil para no enamorarse. Pero no han dicho nada. Se han quedado callados. No han pronunciado con palabras lo que sencillamente no se puede expresar, no se debe expresar, porque los sentimientos puros, al atravesar la garganta se abrasan convirtiéndose en polvo, en promesas falaces, en trozos de roca extraterrestre que al chocar con la atmósfera se desintegran como estrellas fugaces.

Después de que Rodríguez, estando todavía en casa de Paula, hubiera intentado sin conseguirlo hablar con su amigo Rómulo para que fueran los cuatro a interrogar a Sebastián, acordó con la chica que lo mejor sería esperar hasta la mañana siguiente para hacer la visita. Unos minutos más tarde, cuando Robert estaba esperando el ascensor en el rellano de la escalera dispuesto a despedirse, después de escudriñar el rostro de la joven y creer detectar en su mirada un poso de deseo, durante unos segundos valoró si debía olvidarse de sus convicciones y volver a entrar o si debía por el contrario hacerle caso a su sentido común, ese que le decía que aquella mujer podría dejar su estilo de vida reducido a cenizas. Tras optar por la segunda opción, le dio dos besos y le dijo que la llamaría tan pronto como tuviera noticias del psiquiatra, circunstancia que no sucedió hasta la mañana del día siguiente.

Una vez establecido el contacto, con el propósito de no poner sobre aviso a Sebastián, decidieron que lo mejor sería reunirse una hora más tarde en el piso de Paula, lugar en el que se encuentran los cuatro en estos momentos. Después de hacer las oportunas presentaciones, pues ni la joven conocía a la otra pareja ni Judith había visto nunca a Robert en persona, se acomodan alrededor de la mesa del comedor y se disponen a saciar el apetito mediante la ingesta de un copioso desayuno que ha preparado Rolando.

—Vaya casa más mona —dice Judith gratamente sorprendida.

—Gracias —responde la anfitriona, que evita mencionar que la heredó de su primer marido para no tener que explicar una historia que todos en esa mesa ignoran.

—Estaba deseando conocerte. Ahora sé que no eres realmente tú, pero en los últimos siete meses de alguna manera has estado en mis sueños —dice Judith cogiéndole del brazo. ¿Te lo ha contado Robert?

—Sí, algo fascinante. ¿De verdad sueñas con la asesina y gracias a eso han llegado hasta mí?

—Eso parece...

—Bueno... antes de nada —interrumpe Robert, que no es muy amigo de las divagaciones y ve que si no las ataja, las dos mujeres podrían tener rollo para rato—, me gustaría ponerlos al día de cierta cuestión. —Y entonces les cuenta a Rómulo y Judith el descubrimiento que hicieron el día anterior sobre la posible implicación de una tal Alejandra Márquez, la mejor amiga de Paula, en el asunto del chantaje, así como los pormenores del supuesto robo de un retrato atribuido a Velázquez que estaba bajo su custodia y que, según la versión de la policía, había vendido de forma ilícita a una persona cuya descripción coincidía, seguramente no por casualidad, con la del mismísimo Sebastián.

—¡Puto cabrón! Ya te dije que el tío estaba espiándonos cuando te conté lo de Tomás —exclama Judith enfurecida soltando algunas migajas por la boca, pues ha

sido la primera que ha empezado a dar cuenta del succulento desayuno.

—¿Qué Tomás? —dice Paula, perdida en la conversación.

—Mi difunto marido —aclara ella percatándose de que la muchacha es la única que no conoce los detalles. Tras un segundo de vacilación, viendo que esa chica puede ser una pieza clave, decide ponerla al día de los hechos.

—¡Cojones! —Resuella la joven después de oír la historia—. Sí que le echas narices. Brindo por Judith y por su furgoneta. —Y entonces alza la taza de café como si fuera una copa de champán de los caros.

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora? —Vuelve a impacientarse Robert, que acaba de servirse un plato de *tempe* con *quinua* marinado en salsa de ostras; por la mañana no le gustan los dulces.

—Paula, ¿me pasas las tostadas? —interrumpe Rómulo, que a todo esto se ha dedicado en exclusiva a comer como un lobo. Esta mañana se ha levantado con flojera en las piernas.

—Creo que lo mejor sería llamar a Alejandra y dejar que nos cuente su versión —dice Paula pasando la bandeja—. Es lo mínimo que puedo hacer tratándose de mi mejor amiga.

—Eso no voy a consentirlo. Cualquier información recabada en un interrogatorio informal no tendría validez —objeta Robert, que conserva todavía casi intacto el sentido de la profesionalidad.

—¡A mí me importa un huevo la validez legal! —dice Paula airada, quien está dado buena cuenta de medio pomelo con una cucharilla.

—Eso tendrá que decidirlo Judith, ¿no crees?, es a ella a la que más le afecta todo esto —replica Robert apartándose un poco de la joven por temor a que le clave el cubierto.

—Si de mí depende, voto porque vayamos los cuatro a ver a Sebastián y que Robert le amenace con detenerlo por intento de extorsión. Igual se viene abajo —dice la aludida untando una tostada con aceite.

—¿Y si lo niega todo? ¿Le rompo las piernas?

—Mejor lo emparedamos detrás del tabique. No creo que lo vuelvan a picar hasta dentro de mucho —interviene Rómulo con su humor macabro.

—Buena idea, *Bugs* —dice Judith, que ha decidido bautizarlo con un nuevo apodo, lo del *rata* ni le parece acertado ni le gusta. Al oírlo, Rómulo mira a los demás encogiendo los hombros en señal de impotencia, aunque se nota que lo hace lleno de satisfacción.

—Creo que estamos en un callejón sin salida —concluye Rodríguez—. Mientras Sebastián no te amenace o dé un paso en falso, no podemos acusarlo, y si el cuadro no aparece, no podremos imputar a Alejandra por ausencia de pruebas. Opino que lo más prudente es esperar. A fin de cuentas, si el portero no contacta contigo, no debes preocuparte.

—¿Y si le vende la información a la prensa? Sé de una revista que pagaría un

pastón. Desde que les retiré toda la publicidad de mi empresa por haber publicado un reportaje defendiendo a un maltratador solo porque era famoso, me la tienen jurada. Vaya si pagarían. Millones.

—Entonces soy yo la que tiene que hacer algo —dice Paula con una sonrisa maligna y blandiendo la cuchara como si fuera el mismísimo estilete que utilizara la Paula de los sueños de Judith para ensartar el escroto de sus víctimas.

—Dejaos de chorradas. Se me ocurre otra cosa —injiere el recién motejado *Bugs* agravando todavía más su voz para atraer la atención de los comensales, que a esas horas ya han dado rienda suelta a sus ansias de aplacar su apetito.

—¿De qué se trata? —Logra pronunciar Robert a duras penas sin que se le salga la comida de la boca.

—¿Qué tal si le tendemos una trampa? —Antes de continuar, Rómulo se traga un resto de magdalena y se limpia los labios. De momento ya está satisfecho. Cuando termina, cuenta el resto de su idea.

»Primero le pido a Sebastián que suba a mi oficina, instante en que Robert y Paula accederán a la vivienda que tiene en el entresuelo. Judith estará conmigo y entre los dos trataremos de acorralarlo. Eso corre de mi cuenta, que de psicología criminal sé una barbaridad.

—¿Y qué se supone que haremos en su piso? —pregunta Robert, extrañado por la repentina ingenuidad del psiquiatra.

—¿No es sospechoso de robar un cuadro?

—Bueno... tanto como eso... solo he dicho que su descripción coincide.

—¿Se te ocurre algo mejor? Si Judith está en lo cierto y acude a la prensa, no hay tiempo que perder. Y además, si el cuadro está en su poder, le habremos trincado.

Robert evalúa el plan en su mente, y aunque no lo ve muy sólido, tampoco se le ocurre qué otra cosa podrían hacer. Además, sabe que su amigo esta coladito por Judith y que necesita su apoyo. Aunque no condujera a nada, lo haría sin dudarlo. Por una vez que el amor parece que ha llamado a su puerta, no va a ser él quien joda la marrana.

—Venga —dice por fin—. Pero es mejor cubrimos las espaldas y pedir una orden judicial. No vaya a ser que nos pille en la casa ilegalmente. Entonces tendría la sartén por el mango.

—De acuerdo —responde Rómulo, sabedor de que el policía está en lo cierto.

—La tendré en una hora —aclara para alivio de Judith, que muestra una visible expresión de preocupación ahora que ya tiene el estómago lleno.

—¡Pues que así sea! —dice Paula proponiendo un brindis con las copas del zumo de naranja.

Tras esperar durante la hora pertinente para obtener la orden judicial, el cuarteto, convencido de que sus aspiraciones son legítimas, se desplaza en taxi hasta el Círculo

de Bellas Artes, lugar desde el que se dirigen, ya separados por parejas y con una diferencia de varios minutos, hasta el edificio en el que Rómulo tiene la oficina.

—Ya estoy aquí, señor Méndez —dice el portero tras entrar otra vez en el despacho con la llave maestra—. Como verá, he acudido raudo a su llamada a pesar de que estoy sumamente ocupado. Pero para eso estamos, don Rómulo, ¿qué se le va a hacer! ¡Ah! Veo que también está la señorita Torres. Me alegro de verla —farfulla subiéndose el pantalón del traje.

—¿Cómo sabe mi nombre? No nos han presentado —replica Judith, a la que la sola presencia del aquel sujeto le provoca nauseas.

—¡Huy!, pues no lo sé, se le debe de haber escapado a su amigo, aquí donde le ve es más parlanchín de lo que a simple vista parece, ¿verdad, *doc*? —le dice en un derroche de familiaridad del que no había hecho gala hasta la fecha.

—Muy bien Sebastián, gracias por venir —dice Rómulo con cara de circunstancias—. Quería hacerle una pregunta delicada. ¿Está usted listo?

—Claro, señor Méndez, lo que usted quiera. Intentaré responderle lo mejor que sepa, aunque debe ser consciente de que si se trata de algo relacionado con algún otro vecino, me temo que no podré ayudarlo. *La discreción es mi santo patrón*; ese es mi lema, lo sabe usted de sobras...

—Bueno, déjese de vainas y conteste con sinceridad: ¿escuchó el otro día la conversación que manteníamos esta señorita y yo antes de que irrumpiera usted otra vez sin permiso?

—¿Me permite sentarme, señor Méndez? —dice alargando la mano para coger una silla—, últimamente los huesos me están matando. Aquí arriba se está muy bien, pero en el entresuelo hay mucha humedad y eso está agravando mi reuma. ¿Quiere bajar a comprobarlo? Verá cómo se apiada usted de mí.

—Adelante siéntese —responde Rómulo tardíamente, pues el conserje ya ha plantado su enorme trasero en una silla cercana a Judith, quien no puede evitar hacer un mohín de repulsa—. Ya la veré otro día —contesta a la anterior proposición de visitar su casa. «Este tío se las sabe todas. A cuento de qué viene mencionar el entresuelo justo cuando Robert estará forzando la entrada para acceder al piso. Tengo que ganar tiempo».

»Entonces, ¿qué me dice? ¿Oyó nuestra conversación o no?

—¿Quiere que le sea franco?

—Por supuesto Sebastián, desembuche de una vez.

—Pues lo cierto es que sí —dice extendiendo de forma teatral sus manos peludas—. Y me viene que ni pintado que me hayan hecho venir porque quería decirles que conmigo su secreto está a buen recaudo. Ya se lo dije antes; *la discreción es mi santo patrón*, y no será esta vez cuando deje de serlo.

—¿Y qué fue exactamente lo que escuchó? —añade el psiquiatra, que no acaba de fiarse. Por su parte Judith se ha quedado más muda de lo que ya estaba. Tiene ganas de abalanzarse sobre el hombre y cruzarle su cara rubicunda, pero su buen juicio le

dice que se controle y espere un poco más.

—Ya sabe... lo que aquí la señorita hizo para quitarse a su marido de en medio. Muy loable por cierto, ese tipo de personas no merece vivir —dice mirándola con una gran sonrisa.

—Está bien. No quiero imaginarme cómo fue que lo pudo oír a menos que estuviera detrás de la puerta, pero lo importante es que tengo su palabra de que no se lo va a contar a nadie, ¿no es verdad? —dice el psiquiatra percatándose del creciente nerviosismo de la empresaria.

—Sí, sí, claro, por supuesto. Lo único que quería decirles es que estoy cansado de tanto subir y bajar escaleras, lo digo sobre todo por el estado de mis huesos. Los médicos me han recomendado irme a vivir, si es posible, a un lugar cálido y yo había pensado en las Canarias. Yo creo que con mi jubilación y trescientos mil euros podría ir tirando. ¿Qué piensan ustedes?

—¡Cabrón hijo de puta! —grita Judith mientras, en uno de sus ataques de ira, se levanta y arremete contra el hombre con lo primero que pilla, con tan mala fortuna que se trata del pisapapeles que el profesor Urbiza le había regalado a Rómulo con motivo de su graduación. El primer golpe lo logró esquivar, pero el segundo le impactó de lleno en la sien y lo dejó fuera de combate, tanto que lo siguiente que hizo fue desplomarse de la silla como si fuera un saco de legumbres.

—¡Joder, mi amor, qué has hecho! —dice Rómulo temiéndose lo peor y sin dar crédito aún a lo que ha presenciado.

—Creo que acabo de curarle para siempre el reuma —acierta a decir Judith con voz temblorosa y con el pisapapeles todavía en la mano.

Al cabo de cinco minutos, cuando la pareja ya se ha convencido de que Sebastián no volverá a quejarse nunca de sus huesos, y por desgracia que tampoco volverá a respirar, se escucha la voz de Robert al otro lado de la puerta.

—¡Bugs, ábreme, hemos localizado el cuadro!

XII

—¡Se lo ha cargado! —dice Paula dando un brinco cuando se despierta en el lado derecho de la inmensa cama del hotel Miguel Ángel. A su izquierda está Robert, que ha sentido la alarma de la mujer pero que no ha logrado captar el significado de sus palabras.

—¡Judith se ha cargado al portero! —repite con cara de consternación.

—¿Cómo? —replica el detective incorporándose aunque no muy convencido de querer hacerlo.

—Hay que localizarlos. No vaya a ser que quieran interrogar a Sebastián y ocurra una catástrofe. Lo he visto en mis sueños.

—A ver Paula —dice el hombre ya despierto del todo—. Explícate mejor —añade cogiéndole del brazo y atrayéndola hacia sí. La visión de su pecho desnudo ha vuelto excitarlo y en esos momentos no le importan lo más mínimo sus benditos sueños.

—¡Déjame! ¡Ya hemos follado bastante! Te digo que estamos al borde de que se produzca un homicidio y tú solo piensas en tu polla. ¡Hombres!

«¡Joder, vaya par de tetas! ¡Y qué ganas tengo de comérselas!», es lo único que le viene a la mente al pobre esclavo de sus instintos.

—¿Qué homicidio? —dice al final rindiéndose ante el empuje de esa mujer que cuanto más se cabrea más atraído hacia ella se siente.

Paula ha saltado de la cama y, sin ni siquiera ducharse, todavía oliendo a sudor y a sexo, se pone la ropa y le tiende la suya al policía.

—¡Vamos chaval, que tienes que detener a alguien!

Robert se ha quedado inmóvil pensando que durante la noche, debido a una de esas posturas imposibles que han practicado a instancias de ella, se le ha caído un tornillo y se ha vuelto tarumba.

—¿Detener a alguien?

—A Sebastián. ¡Resulta que él es quien ha comprado ilegalmente el cuadro! —sigue diciendo con grandes aspavientos.

«Definitivamente se ha chalado. No debimos practicar la postura invertida. La sangre se le ha bajado a la cabeza y está mezclando la realidad con sus peores sueños».

—¿Puedes explicármelo mejor? —dice él en un intento de aplacar lo que piensa que es un brote psicótico. Cree que obligándola a expresar con palabras su caos mental, el orden acabará imponiéndose.

Entonces Paula, que ve que Robert se obceca en no entender nada, se sienta a su lado y le explica lo que ha soñado con detalle, pues siendo sincera, reconoce que a ella misma le resultaría difícil creerse algo así.

—¿Quieres decir que Sebastián es el supuesto comprador que ha adquirido el retrato de Velázquez que estaba en el almacén de tu amiga Alejandra? —pregunta extrañado cuando ha terminado de oír la historia que le ha contado Paula.

—Exacto.

—Cariño —dice Robert sin entender cómo le ha venido ese vocablo a los labios—, comprendo que todo te parezca lógico. Yo en tu lugar, después de tener todos esos sueños acerca de muertes que han ocurrido de verdad, pensaría lo mismo. ¿Pero no crees que esto es excesivo? Ayer te conté lo de tu amiga y esta noche, tu cabeza, con todo el ajeteo, te ha jugado una mala pasada —añade apretándole la mano y esperando que no reaccione en su contra.

—Sí, claro. ¿Entonces cómo he podido darte detalles del caso que no conocía? ¿Cómo explicas eso?

—No puedo.

—¡Pues venga, mueve tu sabroso culo y llama ahora mismo a Rómulo! No querrás que ya que ha encontrado el amor, se meta en un lío, ¿o sí?

—Desde luego que no —y viendo que iba a ser imposible razonar más sobre el asunto sin poner en peligro lo que prometía ser... (y aquí Robert se detiene porque, visto que ya la ha llamado cariño, no sabe cómo denominarlo), coge el teléfono y hace la llamada.

Después de localizar a su amigo, cuya voz al otro lado de la línea sonaba exultante tras reconocer que había pasado la noche con Judith, y explicarle sucintamente lo que Paula había soñado, decidieron reunirse los cuatro en un sitio discreto y alejado de la oficina del psiquiatra, a saber; el piso que Paula tenía en el Paseo de la Castellana. Como todavía era temprano, a todos les pareció bien desayunar allí, y Paula, que para eso se daba el lujo de tener cocinero, llamó de inmediato a Rolando para que empezara a prepararlo todo.

Una hora más tarde, los cuatro se encuentran allí reunidos, al igual que el día anterior lo habían estado en el bar *La esquina de Nabuco*.

Bien —interviene Robert después de los consabidos abrazos del reencuentro y siempre deseoso de ir directamente al meollo de las cosas—. Por lo que afirma Paula, nuestro amigo Sebastián es la persona a la que Alejandra le ha vendido el cuadro de forma ilegal por un precio irrisorio, aunque no menor de unos cuantos millones.

—Me cago en la leche —dice Judith sin referirse en absoluto al café que acaba de servirse—. Esto se complica cada vez más, como si existiera una mano negra que desde las sombras estuviera orquestándolo todo.

—¿Qué os parecería si seguimos el mismo plan que seguimos en el sueño de Paula? —sugiere Robert sin creerse todavía que lo que sostiene la muchacha pueda ser verdad. Sin embargo, como hasta ahora no han ocurrido más que cosas improbables y todas han sido para bien, está dispuesto a tomar ciertos riesgos—. Eso sí, Judith, a ser posible no le atices con el pisapapeles —añade atacando con la cuchara el *tempe* marinado en salsa de ostras, pues antes de las doce no le entran los dulces.

—Por mí no hay problema —replica Rómulo, quien no ha parado de atiborrarse de cruasanes en vista de que esta mañana, para su ventura, ha sentido una inusual flojera en las extremidades.

—¡Pues que así sea! —dice Paula proponiendo un brindis con las copas del zumo de naranja.

Tras esperar durante la hora pertinente para obtener la orden judicial, el cuarteto, convencido de que sus aspiraciones son legítimas, se desplaza en taxi hasta el Círculo de Bellas Artes, lugar desde el que se dirigen, ya separados por parejas y con una diferencia de varios minutos, hasta el edificio en el que Rómulo tiene la oficina.

—Ya estoy aquí, señor Méndez —dice el portero tras entrar otra vez en el despacho con la llave maestra—. Como verá, he acudido raudo a su llamada a pesar de que estoy sumamente ocupado. Pero para eso estamos, don Rómulo, ¿qué se le va a hacer! ¡Ah! Veo que también está la señorita Torres. Me alegro de verla —farfulla subiéndose el pantalón del traje.

—Déjese de hipocresías Sebastián. Hemos venido a hablar del asunto de los trescientos mil euros que el otro día le pidió a mi invitada. Nos gustaría resolver el tema de forma amigable.

—Eso por supuesto, señor Méndez. Nunca ha sido mi intención enemistarme con ustedes, tan solo deseo vivir en paz y librarme de este reuma que me está atormentando. El médico me ha recomendado que me mude a las islas Canarias y con mi jubilación no me es suficiente. Compréndanlo, no todo el mundo ha nacido rodeado de lujos —dice el portero con solemnidad al tiempo que chasquea los dedos repetidas veces.

—Ya veo —contesta el psiquiatra, que ya está empezando a enfurecerse—. Pues mucho temo que va a tener que conformarse con Soto del Real, allí el clima es frío pero bastante seco.

—¿Y qué se me ha perdido a mí en Soto del Real, don Rómulo? Yo no soy un hombre de campo. A mí lo que me gusta es el ruido y el tufo de los tubos de escape.

—La cárcel, Sebastián, la cárcel. Ahora mismo mi colega Robert Rodríguez está registrando su piso con una orden judicial y no quiero ni contarle la de años que le van a caer cuando encuentren el cuadro —dice el psiquiatra apostándose el todo por el todo y confiando en que las ensoñaciones de Paula sean otra vez ciertas.

Cuando Sebastián escucha esto, ante el temor de que todo se acabe complicando de verdad y pueda terminar por error en prisión, decide que ya ha jugado bastante y empieza a desembuchar. A fin de cuentas, él es solo un peón y los tres mil euros que le han soltado tampoco son una cantidad tan generosa como para arriesgar la libertad.

—¡Qué carajo! —dice por fin—, que se joda la señora Federica y todo su séquito de manipuladores. —Y entonces el portero les cuenta ahí mismo todo lo que sabe en relación al gran embaucamiento que la mujer del profesor Urbiza, Federica Quiñones,

ha urdido para lograr que Rómulo Méndez y Judith Torres se conozcan, y para que de paso, como un daño, o en este caso como una ganancia, colateral, Robert Rodríguez y Paula Burmester tengan la suerte de haberse finalmente encontrado.

Al cabo de cinco minutos, cuando Sebastián está ya en plena faena de confesión, se escucha la voz de Robert al otro lado de la puerta.

—¡*Bugs*, ábreme, hemos localizado el cuadro! —exclama ignorando que todo se trata de un gran montaje y que el retrato que lleva a cuestas con tanto esfuerzo no es más que una burda falsificación.

Epílogo

—¿Te acuerdas de ese detective que Rómulo Méndez me presentó una noche en la ópera y que te dije que me gustaba tanto para tu amiga Paula? —le pregunta Federica Quiñones a su cuñada Alejandra Márquez, a quien ha invitado a tomar el té en su casa de la lujosa urbanización La Finca, muy próxima a la ilustre villa de Pozuelo.

—*Yes my dear*. Robert Rodríguez se llamaba, ¿no? Ya te dije que sería inútil presentárselo. Es un caso perdido. En los últimos tiempos los hombres ya no le duraban ni la primera noche y ahora lleva más de un año sin querer verlos ni en pintura.

—Sí, sí, lo recuerdo muy bien. Tal y como entonces me explicaste, me quedó muy claro que una simple cita no serviría de nada. Pero no es por eso por lo que te he llamado. Ahora tengo otra idea. ¿Un poco más de té querida? —dice Federica antes de continuar, pues considera que los buenos modales nunca deben estar reñidos con los temas mundanos.

—*No darling*. Todavía tengo un poquito en la taza —responde Jai educadamente—. Venga dispara, ¿qué se te ha ocurrido esta vez? Me imagino que se tratará de otro de tus estrambóticos juegos, ¿no? Soy la primera que reconoce que ser millonaria puede ser aburrido, pero lo tuyo se sale de madre.

—Ni que lo digas preciosa —responde la rica aristócrata, que se casó por amor con un modesto profesor aficionado a la ópera y no puede evitar, cada vez que se le presenta la ocasión, hacer de celestina.

—Desde que viste aquella película de Michael Douglas y Sean Penn, no has parado de poner en práctica tus propios y carísimos *Games*. Todavía me acuerdo de cuando llevaste a tu marido a Suecia haciéndole creer que estaba nominado para el Nobel. Vaya plancha se dio.

—Creo que me excedí. Pobrecillo. Aunque para él fue un alivio; huye a todo trance de la notoriedad —replica Federica un poco abochornada dándole un bocadito a una teja de almendras.

—¿Y de qué se trata esta vez?

—Pues mira. Como ya sabes, desde hace muchos años colaboro con varias fundaciones dedicadas a la lucha activa contra la violencia de género. Los maltratadores siempre me han repugnado y no ayudar a esas mujeres me parecía, y me sigue pareciendo, una actitud intolerable.

—Estoy de acuerdo contigo. No es de recibo que en pleno Siglo XXI sigamos como hace doscientos años.

—A eso voy —dice Federica con los ojos brillantes. Tiene casi setenta años, pero aún conserva una mirada que podría fulminar a un mamut—. La cuestión es que hace unos meses conocí a la presidenta de la Fundación MB, Judith Torres, una mujer digna de admiración de la que había oído hablar y a la que solicité una entrevista para

hacerle entrega de un cheque por valor de doce mil euros.

—Te sigo —dice Alejandra dándole otro sorbito a su té.

—Bien. Nuestro primer encuentro tuvo lugar en su oficina de Bilbao y fue algo sencillamente mágico; no tardamos más de cinco minutos en entablar amistad y en empezar a contarnos nuestras vidas. Después de que diera orden a su secretaria de que nadie la molestara, nos pasamos el resto de la tarde encerradas en su despacho hablando como si nos conociéramos desde los ocho años.

—Sé de lo que hablas. No es fácil que suceda algo así. A mí solo me ha ocurrido una vez; con Paula.

—Sí, siempre te he envidiado por ello.

—*Come on*, me tienes intrigada.

—Después de esa primera reunión, nos hemos visto con regularidad. Al menos una vez al mes o ella venía a Madrid o yo iba a verla a Bilbao. En el transcurso de nuestras conversaciones, llegado un momento —continúa explicando Federica pero ahora con el semblante ensombrecido—, me confesó que, estando casada, su marido solía golpearla con violencia por cualquier razón, y que una mañana, hallándose con él en el interior de un vehículo de su propiedad, había terminado provocando el accidente en el que él se mató y en el que ella también casi pierde la vida.

—¡Joder! —replica Alejandra, incapaz de reprimir esa expresión que sabe que tanto le disgusta a su anfitriona. Sin embargo, esta vez la mujer se lo pasa por alto. Lo que está a punto de confesarle es demasiado atroz como para que le preocupen ese tipo de cosas.

—¡Jolines!, eso mismo dije yo. Nada más contármelo, Judith prorrumpió en un llanto pavoroso del que no pudo salir en más de media hora. Todo ese tiempo la tuve entre mis brazos. Su cabeza descansando contra mi pecho mientras un río de lágrimas me empapaba la blusa. Llevaba cargando con esa culpa durante veinticinco años y ya no pudo más. El crimen había prescrito y sabía que yo no podía salir perjudicada. Para mí fue un gran honor escucharla y compartir con ella esa profunda herida. Pero esto, aun siendo terrible, no es lo más dramático de todo.

En ese instante Federica se ahoga con sus propias palabras. No se ha puesto a llorar, pero sus ojos están empañados con un velo que indica que no le falta mucho.

—¿Te encuentras bien? ¿Necesitas que te traiga un vaso de agua?

—No, no. Es solo la emoción. Lo que te decía —añade a los pocos segundos—. Cuando Judith se acabó consolando, me dijo que prefería estar sola y yo me fui al hotel. Era tarde y estaba fatigada. Sin ni siquiera tomar algo de cena, me di un baño y me puse el camisón para irme a dormir, pero antes de acostarme, según estaba abriendo las sábanas, recordé algo. Algo terrible. Algo que la reciente confesión de Judith debió de sacudir en mi interior y que al principio no pude creerme, o mejor dicho, no quise creerme: recordé a mi padre metiéndose en mi cama cuando yo era apenas una niña y abusando de mí. Me decía que me quería mucho y que no tuviera miedo. Que eso era algo que ocurría entre la gente que se amaba de verdad. Que

aunque doliera, ese dolor era insignificante comparado con el que sufriría si me quedaba sola. Y luego se me echó encima, me abrió las piernas y me metió algo duro, algo desgarrador, un objeto que yo no podría describir, caliente, enorme y repulsivo. Después se marchó y nunca más volvió a entrar en mi cuarto. Y yo, por lo visto, sepulté convenientemente aquel recuerdo para poder hacerle frente al resto de mi infancia.

Alejandra, que aprecia mucho a la hermana de su marido Teófilo, horrorizada por lo que acaba de escuchar, no sabe qué decir. Por lo que le habían contado, su padre era una persona muy distante. Un hombre rico y serio siempre al cabo de sus ocupaciones y con muy poco tiempo para dedicarlo a su escasa familia. Su suicidio fue algo que al parecer nadie lamentó mucho, ni siquiera su madre, que estando en casa fue la única que oyó el golpetazo del cuerpo cayendo al jardín desde la ventana de la tercera planta.

—Lo siento muchísimo Federica, ¿hay algo que yo pueda hacer? —dice Jai conmovida mientras se acerca y le coge la mano—. Maldito hijo de... —Se refrena antes de acabar la frase. No quiere añadir más leña al intenso fuego que ya ve que arde en el corazón de su cuñada—. Teófilo jamás me habla de vuestro padre Inocencio; tenía solo un año cuando él murió.

—No te preocupes, poco a poco ya lo voy encajando. Lo peor de todo fue averiguar que mi incapacidad para concebir me vino de su parte. No he podido tener hijos porque me causó daños irreparables en el útero. Mi madre siempre me había dicho que fue debido a la caída que de pequeña tuve cuando montaba a nuestra yegua Esperanza. Hay que joderse con las madres —dice en lo que considera un alarde de chabacanería—. Pero en fin, eso ya no tiene solución. Lo que sí la tiene son otras cosas. Por eso te he llamado, para pedirte ayuda. ¿Quieres que te cuente el nuevo juegucito que se me ha ocurrido a raíz de unos sueños que he tenido en las últimas noches? —dice recobrado ya su ánimo y con una sonrisa maliciosa.

—¿De unos sueños?

—Sí, por extraño que parezca.

—*Go ahead* —replica Jai, dispuesta a hacer lo que sea por esa mujer cuya fortaleza siempre ha admirado—. ¿Puedo tomar un poco más de té? —añade después, consciente de que tendrá que pasarse allí toda la tarde.

Federica, antes de comenzar, le llena la taza y le ofrece otro dulce.

—Lo primero que has de saber es que, al igual que estoy convencida de que Robert Rodríguez y Paula formarían una pareja idílica, tipo Bradd Pitt y Angelina Jolie, también pienso lo mismo de Judith Torres y Rómulo Méndez, al que como bien sabes todo el mundo conoce como *el rata* y con quien has tenido la ocasión de coincidir en muchas de mis fiestas.

—Huy, huy, ya te veo venir, eres incorregible *sweet heart* —responde Alejandra, refiriéndose a su remarcada mentalidad *hollywoodiana*—. Venga sigue, me tienes con los nervios de punta.

—Lo segundo que tengo que decirte es que, con motivo de lo que me contó Judith y de los dolorosos recuerdos que me ha despertado, agravado todo ello por el hecho de que nuestra sociedad no parece querer poner remedio a la plaga que desde tiempos inmemoriales ha sido la violencia de género, he decidido ser yo misma la que escarmiente a toda esa calaña, de tal forma que sean conscientes de que hay una suprajusticia a la que no podrán escapar por muchas triquiñuelas que utilicen.

Aunque está más que acostumbrada a las excentricidades de su cuñada, Alejandra esta vez no es capaz de reaccionar hasta que ha pasado al menos un minuto.

—¿No hablarás en serio? —exclama por fin con los ojos fuera de sus órbitas.

—Desde luego que sí. Ya me conoces; no es mi estilo hablar a la ligera.

—¡Joder! —vuelve a proferir Jai a sabiendas de que no será reprendida—. ¿Y qué piensas hacer, matarlos?

—En un principio esa era mi idea, pero ahora me inclino más por darles una severa reprimenda. Si vuelven a reincidir, entonces tomaríamos medidas más drásticas. ¿No sé si me entiendes?

—Perfectamente —dice Jai sobrecogida—. ¿Y cómo piensas llevarlo a cabo?

—A eso voy...

Y entonces Federica le cuenta de forma exhaustiva a su cuñada Alejandra los sueños que ha tenido en las últimas noches y en los que Judith Torres, presidenta de la Fundación MB, siglas que la empresaria había utilizado como muestra de agradecimiento a la sin par ayuda que había obtenido de su furgoneta Mercedes Benz, acudía al despacho de Rómulo Méndez y le contaba los sueños que ella a su vez había tenido con una asesina, muy parecida a Paula Burmester, que estaba causando estragos entre los maltratadores de media Europa. Y a continuación también le relató las escenas que en esos mismos sueños se habían desarrollado entre su amiga doblemente viuda y el detective Robert Rodríguez y que habían terminado con el desenmascaramiento de una compleja confabulación urdida por la propia Federica, cuyo fin no era otro que hacer que intimaran las dos parejas que ella en su imaginación ya había concebido como idílicas, objetivo que en sus fantasías nocturnas había acabado felizmente logrando.

—¡Joder...! —dice Alejandra por tercera vez tras la larga hora que ha estado escuchando sin abrir la boca—. ¿Todo eso lo has soñado tú sola?

—Eso parece.

—¿Y por qué tengo que ser yo la mala de la película? Además de robar un cuadro y de traicionar a Paula, al final me convierto en la sospechosa de los asesinatos. ¿Tan mal concepto tienes de mí?

—Claro que no, querida —dice Federica dejando su taza en la mesita de cristal que tiene delante—. Todo lo contrario. Mi inconsciente ha elegido a la persona en la que más confío para ser mi cómplice. Además, tú no tienes nada que ver con las muertes. Solo compartes con la supuesta culpable el hecho de que eres abogada y de que no eres española de nacionalidad, pero esos dos atributos también los poseía mi

madre.

—¿Tu madre? ¿Qué pinta Estrella en todo esto? —pregunta Jai, que por el cariz que ha tomado la conversación ha preferido dejar de hacer uso de sus frecuentes coletillas en inglés.

—Como sabes, era abogada y nació en Argentina, lo mismo que tú. En la cama del hospital, justo antes de dar el último suspiro, me pidió que la perdonara por no haber intervenido hasta mucho después. Entonces no lo entendí.

—¡Hostias...! —exclama Alejandra, incapaz ya de contener su lengua e imaginándose una historia de lo más truculenta.

Federica al escucharla le hace un sutil gesto de censura. Comprende sus sentimientos, pero eso no quiere decir que tenga carta blanca para maldecir en su presencia.

—Lo que ahora creo —prosigue la mujer con una calma que a Jai le parece encomiable— es que en mis sueños ella es la que encarna a la asesina. Poco después de la revelación que tuve en el hotel, comprendí que mi madre había sido la que había arrojado a mi padre por la ventana causando su presunto suicidio. Los sueños solo han sido una consecuencia lógica de todo lo que he vivido en los últimos meses, una especie de mecanismo curativo al más puro estilo *jungiano* —concluye Federica con un suspiro, que, aunque al contrario que su marido no tiene el título oficial de psiquiatra, nunca le ha ido a la zaga.

Alejandra ya lo había supuesto, pero oírlo de labios de su propia cuñada ha sido escalofriante. Es la clásica historia que ha escuchado mil veces en los medios pero que no se cree que pueda suceder en su propia familia.

—Lo siento... —Acierta solo a decir la pobre mujer, que se está viendo superada por la gran cantidad de revelaciones que ha tenido que escuchar en una sola tarde.

—No pasa nada. Las cosas fueron como fueron y no pueden cambiarse. Además, como te he dicho antes, esos sueños han tenido en mí un efecto curativo. Mi rabia y mis deseos de matar se han transformado al cabo de unos pocos días en algo mucho más edificante: en pura compasión. No es que vaya a defender ahora a esos malnacidos, ni mucho menos, pero mi intención es poner la mayor parte de mis energías en que en el mundo pueda haber un poco más de amor y menos ignorancia. Por eso en vez de cargármelos como sugería mi madre, me voy a limitar a darles una educativa reprimenda. Y esa es la razón por la que te he llamado; porque ha llegado la hora de poner en marcha mi proyecto.

—¿Y cómo vas a conseguirlo? —se limita a preguntar Alejandra, consciente de que sería inútil intentar convencerla de que desistiera.

—Bueno, está claro que va a ser imposible hacerlo de la manera en que todo ha ocurrido en mis sueños; no tengo por ahora la capacidad de imbuirlos en la mente de nadie. Pero sí que tengo otra idea —exclama Federica con una sonrisa triunfal en los labios.

»Para llevarla a cabo —prosigue diciendo emocionada— cuento ya con la

colaboración de nuestro querido abogado Luis Pedroche, del policía danés Olof Kierkegaard, al que conocí en Mallorca, del bueno de Sebastián, a quien he convencido para que pretenda disponer de una información con la que pueda chantajear a Judith, de algunos periodistas que se ocuparán de airear ciertos hechos que necesitaremos hacer públicos, y por supuesto también de los ejecutores, sicarios a sueldo que enviarán amenazas a decenas de maltratadores dejando pistas que apunten a una mujer española, morena y paleontóloga de profesión. Lo tengo todo planificado al milímetro. Solo me queda buscar una buena excusa para que Judith vaya a visitar al psiquiatra y que os apuntéis tú y mi hermano Teófilo, a quien no creo que te cueste trabajo convencer.

—¿Una excusa creíble?

—Sí, a falta de sueños, es necesario que ella vaya a verlo por alguna razón, pero estoy segura de que también con eso me podrás ayudar.

—No sé. Me parece un poco arriesgado. ¿Y si la cosa se tuerce y acabamos todos metidos en la cárcel? Eso no se arregla con dinero.

—¡Ay! Hija mía —se permite decir, pues es veinte años mayor que su cuñada—, cómo se nota que no tienes amigos en la judicatura.

Alejandra mira a la mujer como si fuera la primera vez que le oye decir barbaridades. Sobornar a un juez es algo que a ella en particular le parece excesivo. Sin embargo, dadas las circunstancias, continúa la conversación como si fuera la cosa más natural del mundo.

—Y en caso de que aceptáramos, ¿cuál sería nuestro cometido?

—Vuestro papel, al igual que en mis sueños, será el de organizar el robo del supuesto cuadro atribuido a Velázquez. Pero no te preocupes, esta vez seré yo la sospechosa de estar conchabada con el sinvergüenza del portero. A veces hay que ser una hija de la gran chingada para poder ayudar a las personas a las que más aprecias —dice saltándose de forma enérgica todas sus convicciones con respecto al lenguaje—. ¿Qué te parece? ¿Te animas a ayudarme?

Aunque no entiende cómo Federica logrará urdir una trama mínimamente creíble con esos elementos, Alejandra intuye desde hace rato que su cuñada ha vuelto a atraparla con sus maquinaciones. Por eso mismo, y también porque desea con todas sus fuerzas que su amiga del alma pueda encontrar de una vez el amor, es por lo que, al cabo de unos segundos, compone una sonrisa y pronuncia una única y prometedora palabra. Una palabra que cambiará el futuro, no solo el de Rómulo Méndez, y el de Judith Torres, y el de Paula Burmester, y el de Robert Rodríguez, sino también el futuro del mundo.

—*Alright* (vale).

Corolario

Apreciado lector/lectora, si el final de la novela te ha desconcertado, déjame que te confirme algo: sí, efectivamente, todas las peripecias narradas en sus veintiséis capítulos han ocurrido solo en los sueños que ha tenido Federica. El epílogo es por tanto lo único que se puede decir que ha sucedido de verdad. Queda averiguar cómo la aristócrata logrará llevar a cabo sus planes teniendo en cuenta que no posee la capacidad de hacer soñar a nadie. Quizás, si así me lo demandas, daré la solución del acertijo en una todavía no escrita segunda parte. Hasta pronto.

Por otro lado quería decirte que, si te ha gustado la novela y deseas hacerme llegar unas palabras, puedes enviármelas a josedocavo@gmail.com. Si lo haces, además de contestarte personalmente, te mandaré tres de mis mejores relatos. ¡Ah!, y si es posible, no te olvides de dejar tu opinión en Amazon, me ayudará mucho en mi aún incipiente carrera literaria. Un saludo y hasta la próxima.

JOSE DOCAVO



Ingeniero y escritor. Autor de la saga de novelas El tercer nacimiento de Ulises y de Los relatos del Ingeniero Andante.

Sobrino nieto de Rafael Alberti, hace dos años que decidió dedicarse por entero a la literatura.

Notas

[1] Traducción de Juan Barja (Historia, sueño, fin. Abada Editores). <<